LOS MÁS BELLOS RELATOS DE MONTAÑA

100 paisajes para meditar

José Gómez Muñoz

Mis mejores amigos

Mis mejores amigos
13 relatos de primavera

1- Granada y tú, como un sueño

Los almendros ya habían florecido. No había llegado aun la primavera pero, después de las abundantes lluvias a lo largo de todo el invierno, la hierba relucía. Como ansiando mostrar su fuerza y también con el deseo de alfombrar con miles de florecillas.

Sin embargo, aquella mañana de marzo, todo el campo amaneció nevado. Blanco puro, como si otra vez el invierno hubiera vuelto. Se asomó él a la torrentera y caminó despacio. Buscando la pequeña senda que, por el barranco que desciende hacia el río, avanza hacia las tierras de la vega.

Pisando la nieve o más bien resbalando por ella, bajó a toda prisa. Como en un juego y agradeciendo al cielo estampa tan bonita. Y, mientras lo hacía, la recordaba. Lejana, como ya hacía mucho, mucho tiempo pero inmaculada y alegre en su alma, como el primer día. Y de nuevo dio gracias al cielo por tan hermoso sentimiento en su corazón, a pasar de la distancia y el tiempo.

Llegó a la corriente del río, lo cruzó, subió por el terraplén, atravesó los olivos, por donde las parras aun desnuda y siguió bajando en la misma dirección que las aguas. Y al poco dejó atrás el estrecho desfiladero del río y salió a la panorámica. Donde el terreno se configura como un gran balcón frente a Granada y por donde la senda, agarrada a la ladera, se abre como un fantástico abanico. Y aquí se paró. Miró despacio y la visión que la ciudad le regalaba le llenó el corazón de hondo gozo.

Sobre la alta colina, recostada y alargada, se veía la Alhambra. Al fondo, las altas cumbres de Sierra Nevada y a los pies, la fantástica ciudad de Granada. Blanca hoy y como durmiendo pero bella como el más delicado y hermoso de los sueños. Meditó un momento, miró al cielo, todo azul a pesar de la gran nevada y luego pensó en ella. Y como susurrando para sí y para el viento que le acariciaba, dijo:

“Una vez más mi corazón se alegra solo con recordarte. Fuiste tan buena en aquellos días, que de armonía y paz y para la eternidad, dejaste sembrada mi alma. Por eso a cada instante sigues palpitando en mi pecho. De aquí que ahora mismo y, hoy de nuevo, te regale Granada. Los almendros ya han florecido y la nieve, esta noche, lo ha vestido todo de blanco. Y tú sigues viva, florecida y rociando de gozo y paz todos los sentimientos que laten en mi pecho”.

2- Noche con aromas de nardo

Antes de la primera luz del alba me han despertado los autillos con sus finos cantos. Y, conforme ha ido avanzando el día, he contemplado

despacio las últimas estrellas en el cielo y, luego ya, el sol naciendo con su color rosado. Me gusta ver salir el sol cuando me levanto y más me gusta aun verlo relucir sobre vosotros en el prado. Pero quiero preguntarte: esta noche ¿qué ha pasado? Yo de nuevo hoy lo apunto en mi cuaderno y con cariño lo guardo para después compartirlo con nuestra niña querida y con los amigos. Pero ¿cómo les cuento yo, a los que quieran oírme, lo que esta noche ha pasado?

Bajo la noguera vieja que clava sus raíces en el mismo centro de este prado de primavera yo he dormido esta noche. Sobre la hierba, con el telón de fondo de las laderas y con las música del río dulcemente arrullando. Pero no sé si he dormido o he soñado porque al despertar te he visto recostado en la misma ribera y pegado al viejo tronco del álamo. ¿Con qué has soñado tú o por dónde has estado esta noche? Enebro se ha venido aquí conmigo, muy pegado a la cabecera de la almohada de trébol que esta noche ha perfumado mis sueños. Y el caballo Bandolero, al amanecer, lo veo al lado de arriba de la llanura, comiendo por entre las zarzas del arroyo que viene del collado. No hay más en este amanecer mágico de la llanura junto al río y las ruinas del viejo molino abandonado. Pero te pregunto otra vez: ¿qué es lo que esta noche ha pasado?

Te miro como extrañado y escribo en mi cuaderno. Yo ayer por la tarde le dije al caballo Enebro:

- Necesito ir a la Cueva de los Madroños, mi casa y mi palacio, a por algo que tengo allí y ahora me hace falta. ¿Quieres venir conmigo? Me gustaría estar contigo un buen rato.

Y el caballo Enebro, listo como tú y Bandolero o como el mismo viento que en la noche nos ha besado, se puso a trotar como si ya fuéramos de camino. Pero luego se volvió y se vino a mi lado y, sin que yo le dijera nada, se me ofreció para que lo montara porque quería llevarme sobre su lomo al alba. Desde unas de las piedras gordas del río salté a su lomo y le dije:

- ¡Ea, amigo Enebro! Llévame de paseo siguiendo el cauce del río y ve con cuidado que todo esto ahora está lleno de nidos. La nutria tiene el suyo por aquel lado, los patos silvestres lo tienen por aquí, por allí anda el mirlo acuático, por este lado cantan las perdices y, el mirlo que siempre nos da compañía, tiene su nido en el mismo acebo de la puerta de mi cueva. Así que trota con la suavidad del viento para que nadie se asuste y huya de tu presencia. Ha llegado la primavera y todo brota y nace y regala fuerza. Es la fuerza de la vida que se instala junto a nosotros para llenarnos de energía. Tú ve con cuidado para que los habitantes de estos prados nunca puedan decirnos que no los respetamos

Trotando con la armonía del monte y con la caricia de la hierba Enebro me llevaba por el camino río arriba hacia mi cueva. Y las dos tórtolas turcas, la pareja azul perla que a todas horas juega con el aire, volaron desde los fresnos al prado de la cascada y luego se posaron sobre las ramas de los álamos. Cuando llegamos al Prado de los Fresnos me bajé de Enebro, subí a mi cueva, cogí lo que necesitaba, recorrí la senda de la cascada y al llegar de nuevo al caballo ¿sabes lo que vi? Como en un sueño vi un hermoso caballo blanco que pastaba junto a Enebro en el prado. Cerca y, descansando sobre la hierba, vi una muchacha que me ocultaba su cara y, al verme

ella, subió en su caballo y se alejó como en un vuelo de paloma blanca. Como galopando y siguiendo un camino a través del viento. Ese camino que ya he visto otras veces y creo que se pierde por entre las estrellas hacia el alba. No pude ver más. Solo la blancura de su hermoso caballo hondeando sus largas crines y la figura de la muchacha que se evaporaba como en la luz de amapola clara. Al llegar a Enebro le pregunté:
- ¿Sabes quién era y si quería algo?
El caballo me miró y movió su cabeza para la hierba al borde del charco. Lo seguí con mis ojos y allí, junto al agua clara del arroyo y cerca de una piedra, vi una carta. Comprendí que me la había regalado ella y por eso me agaché y la cogí. Inmediatamente quise leerla pero luego me resistí pensando que mejor cuando estuviéramos todos juntos en el llano del molino viejo. Así que me subí en Enebro y, como si dentro de mí y por mis venas ahora me corriera el cielo, bajamos galopando por el camino que recorre el río. Como si tuviéramos prisa de llegar para contaros. Y al llegar vi que nos esperabais y por eso mirabais como diciendo: "A ver qué nuevas nos traéis de aquel prado". ¿Acaso sabíais vosotros algo?

Con vosotros me quedé ayer todo el día por este lado del edén del río y, con la carta que me habían regalado, esperando en mi bolsillo. Quería abrirla y leerla pero para gustarla más despacio me la guardaba con cariño y seguía esperando. Y ya viste tú que a ratos, me paraba entre la hierba y miraba al cielo, como si por entre el azul lejano, esperara verlos asomar galopando. Y me tocaba en el pecho con mi mano para sentir la presencia de la carta y no la leía. Tampoco la he leído esta noche. Mira, ves, aquí la tengo. Creo que al llegar este nuevo día es el

momento pero antes de abrirla y leerla te sigo preguntando, a ti y a Enebro y a Bandolero: ¿qué ha sido lo que esta noche ha pasado? Te vuelvo a decir que no sé explicarlo pero en el silencio y el viento he sentido algo muy dulce y mágico. Como un perfume de paz que, invisible, haya brotado de la carta que ayer me regalaron y guardo con el cariño de un niño ilusionado.

Canción de una noche de primavera

Noche de estrellas
con cálido viento
y serena,
lago de calma
sobre un mar de seda.
Noche vestida
de hierba
por la llanura
y las riberas
del río, limpia música,
de primavera.

Noche exhalando,
por las praderas,
aromas de nardo
que en el alma dejan
caricias de cielo
que al cielo llevan.

3- Recogiendo en mi cuaderno trozos de un sueño

De hoy no pasa, de ahora mismo, sin que cumpla yo lo que te he prometido. Esta mañana es un buen momento para nuestro recorrido por las ruinas del viejo molino. El día se va levantando y tiene aspecto, más bien, de un día de invierno por las nubes negras

que cubren y por el airecillo fresco. Y otra vez parece que puede llover en cualquier momento y vendría bien para las tierras y los manantiales que también van presintiendo la llegada de la primavera. Hoy es un día más pero, como lo tengo delante de mí y tú estás a mi lado, este nuevo día vuelve a ser especial. Nuevo otra vez y, para mí, como si fuera el último o el primero. Ahora mismo te llevo conmigo y te enseño lo que ya te he prometido.

Pero solo un minuto más, para un par de asuntos mientras el día acaba de abrirse. Quiero apuntar en mi cuaderno algunas cosas importantes para que tampoco se me olviden porque tengo mucho interés en ellas. Me han llegado nuevas noticias de la Princesa y de su Bandolero, el de las hípicas. Hablan de su Bandolero y se ve que de nosotros no sabe nada. ¡Pobre caballo aquél y dichoso este nuestro! Tú no te preocupes ni le digas nada luego a este Bandolero nuestro pero quiero compartir contigo las últimas noticias que tengo. Del mundo real en el que, aunque no nos pertenezca, nosotros sí estamos viviendo, también tengo noticias. Una muy grande que me da mucho respeto y, más, comentarla contigo en este valle. Pero es la realidad y también la apunto en mi cuaderno. ¿Sabes qué? El Papa se está muriendo. Sí, has oído bien y te repito: te hablo del tema y siento mucho respeto. El Papa de los cristianos, el de la Iglesia Universal, se está muriendo y muchos lloran y rezan por él. Yo también lo siento y siento que nosotros, desde estas montañas, hablemos de esto. Pero bien sabe el cielo que nosotros, a nuestro modo y desde lo que somos, pido perdón a unos y a otros y rezamos del modo que sabemos. Que el cielo también

nos perdone si parece que no tenemos respeto y hablamos como no debiéramos.

Pero, estoy intentando ser sincero y por eso te miro a ti y miro a las nubes negras que nos regala el nuevo día y apunto en mi cuaderno. Porque todo me interesa y en todo tengo un trozo del alma y el aliento que cada día nos regala el cielo. Vente conmigo por aquí y mírate en el agua del río. Este es nuestro espejo y viene en forma de líquido de aquellas cumbres a lo lejos. Y te lo digo porque quiero que sepas que por aquellas laderas y cumbres van caminos que conozco de tiempos lejanos y no dejo de soñar con ellos. ¿Qué te parece a ti si un día de estos nos echamos a recorrer estas montañas como si fuéramos aventureros? Podría ser a los días siguientes del bautizo de Bandolero. Y esto es otra cosa que también ahora escribo en mi cuaderno. Para el bautizo de Bandolero quiero invitar a todos los conocidos. Para que estén al tanto los hechos y para que luego no digan. ¿Que cómo será esa invitación? Sencilla pero clara y por un medio seguro para que nadie se quede sin ella.

Ya estás viendo tú cuántas cosas en este nuevo día y todavía me quedan más en el tintero. Y sé que te estás preguntando: “¿Y la carta de la muchacha del caballo blanco?” Pues aquí la tengo y ya la he leído. Me fui ayer por los caminos de estas altas laderas y, bajo aquellas rocas de las montañas, me senté mirando a este valle. Con vosotros ante mis ojos y con el tapiz verde de la pradera y el río saltando alegre, me preparé y abrí la carta. La fui leyendo y la meditaba despacio y, esto que vas a oír ahora mismo, es lo que en su carta nos dice la del caballo blanco:

Por las ruinas del molino de la Parra

Aquí estoy contigo. Ya ha llegado el momento y cumplo lo que te he prometido. Vente por este lado de arriba del fresno y cruzamos el río. Mientras Enebro y Bandolero están en su tranquilidad, en la hierba de la llanura de la Huelga de la Parra, vamos a darnos un paseo por las ruinas de viejo molino. Abro mi cuaderno, donde tengo apuntado los datos, y te voy leyendo. Ya estamos sobre las ruinas y lo primero que puedes ver es que lo levantaron justo donde el río tenía el mejor vado. Al otro lado del cauce, hacia la Bruna y el collado de la Tejea, sigue todavía el valle de la noguera que es donde se han quedado los caballos. Ya has descubierto tú que es una llanura muy grande y de tierra buenísima. Este viejo molino tenía mucho terreno y de la mejor calidad. Por esa llanura, ahora sólo hay hierba, juncos, los árboles frutales que ya te he dicho entre los bancales y rodeándola, muchos álamos, fresnos y robles en los que se engarban las parras.

Unos metros todavía antes de llegar y encontramos las piedras del molino. Se ve que las arrancaron, las desplazaron de su sitio y las dejaron por la llanura de la puerta. También están aquí las aspas de hierro sobre las que caía el agua y con su fuerza giraban dando movimiento a toda la maquinaria del molino. Alguien las arrancó de su sitio, se las trajo hasta esta llanura y junto con la piedra, por aquí las dejó. Seguro que quisieron llevárselas y por lo que fuera, luego las dejaron abandonadas. El hierro de las aspas está muy oxidado y por eso creo que ahora ya no pueden servir para otra cosa que para adornar. Las pongo sobre la misma piedra que en el molino molió y

le hago una foto. También a mí me apetece llevármelas pero en fotos para así no olvidarlo nunca.

Según nos acercando a la casa restaurada vemos una puerta de hierro. A la altura de una persona, esta puerta tiene una mirilla con sus rejas y todo. Me sorprende verla tan nueva, con sólo un cerrojo que corro y entro sin ningún problema. Es la estancia de la vivienda restaurada por los que compraron el molino años atrás. Ahora es nuestra casa y para siempre aunque no la usemos. No es muy grande el recinto y, según se entra, al fondo, tiene la chimenea. Por encima de ella, una pequeña cámara sin tabiques que la cierre pero sí con sus escaleras para subir. Y antes de la chimenea, una mesa de madera rodeada de asientos también de madera. Todo está muy nuevo. Como si lo hubieran restaurado hace poco. En una repisa en forma de alacena que se abre en la pared por el lado del río, sobre unas tablas, hasta hay unas latas de atún, media botella de aceite, sal, vinagre y un cartón de leche. Algunos dineros, monedas sueltas, que ni siquiera cuento ni cojo. Entiendo que dejaron abierta esta estancia para que las personas que vengan por aquí, puedan entrar sin problemas y así de este modo, quizá no rompan las cosas. Es una buena reflexión y creo que está bien.

En un rincón veo que también hay unos cubos, un cepillo de barrer, varias cajas de plástico, palos para la lumbre, algunas sartenes y hasta un par de cucharas. También tenedores y botes de conserva vacíos. Hay también un cacharro para hacer café. En la chimenea hicieron fuego no hace mucho pero está muy ordenada y limpica. Tiene sus trébedes, un candil de aceite y restos de algunos tizones. Salgo y ahora

miro con más atención la puerta. Escrito a lápiz encuentro un rótulo que dice: “Villa Pedí”. ¿Qué querrás decir esto?

Por la parte de atrás de este edificio, lo que de verdad fue molino, sí que lo vemos bien roto. Muy abandonado y sólo con algunos metros de pared. La acequia que traía el agua a las aspas del molino y las ponía en movimiento para que éste andara, le entra por detrás. Arranca desde el río y sin apenas caída llega al molino y se vacía sobre las aspas. Crece por aquí una gran parra que da uvas negras, bastante gordas y además buenas. Lo sé yo de aquellos tiempos. La rodean algunas higueras y varios cerezos. El tubo por donde entraba el agua, todavía se encuentra por aquí. Desde este punto, creo que la parte de atrás del molino, mirando hacia el canalón de la Bruna y el collado de la Tejea, observa y descubre como el molino tenía dos cuerpos. El lado que da para la cueva Grande era el molino, quizá con alguna habitación para almacenar los frutos y la parte de la derecha, que es por donde el río se aleja, era la vivienda. Esta división tiene su chimenea exterior y un tejado a dos aguas.

Cruzando el cauce, a sólo unos metros del molino, queda la gran llanura. Se derrama entre las aguas del río y las paredes que caen desde la montaña por el lado de la Bruna. Y para atravesar el río no hay puente alguno. Sólo unas piedras que todavía están desde aquellos tiempos por donde se avanza saltando de una en otra. La corriente por aquí discurre muy serena y por eso se forma un pequeño vado. Por este punto cruzaban las vestías cuando ellos iban o venían con ellas cargadas con las

cosechas, maderas y otras cosas. Es justo por aquí por donde pasaba la vieja senda que ya te he contado en varias ocasiones. La que surcaba a estas sierras desde un extremo a otro.

En la llanura ahora sólo crecen muchas hierbas, zarzas, algunos de aquellos viejos membrillos, parras, álamos y pasto. La hierba es la que ahora ha tomado su relevo sobre las buenas tierras que ellos araron a lo largo de tantos años y sembraron de tantos, buenos y abundantes productos. Por este lado derecho mío baja un arroyo desde el collado de la Tejea. Por ahí mismo todavía se distingue una acequia. Es la que traía el agua a la llanura que ahora es nuestro paraíso. Por el borde mismo de esta acequia sube una senda. Es la vieja senda que tenemos que buscar el día que nos vayamos de aventureros por estas montañas. Ya casi no se ve porque se la están comiendo las zarzas, el pasto y los bujes. En algún momento y no sé para qué, por donde debió ir la senda, intentaron construir una pista de tierra. Metieron una máquina e hicieron un enorme destrozo por este barranco pero, la pista de tierra que pretendían abrir, se quedó en pretensión y poco más. Me alegro de esto y ya te diré y verás por qué.

4- El misterio del arco iris sobre el cerro

Tú no estés asustado. Ahora mismo voy a subir contigo a los pinos de ese cerro para ver de dónde brotan los colores de ese arco iris tan brillante. Nunca he visto yo algo igual, un arco iris tan grande y vivo, tantas horas ahí clavado y desprendiendo tanto brillo. Tú lo miras asombrado y también Enebro y

Bandolero y yo tampoco me lo explico. Ahora mismo me abrazo a tu cuello y voy contigo para ver de dónde brota ese fulgor que reluce tanto entre los pinos. Pero espera un momento. Quiero lavarme mi cara y mis manos en el agua de este río para que la luz de este nuevo día y los colores vivos de ese resplandor tan bonito me coja perfumado de hierba y bien limpio. A lo mejor no me entiendes pero yo sé lo que quiero y digo. Es solo un momento, en seguida estoy contigo.

Y mientras me voy lavando medito para apuntar en mi cuaderno lo que desde ayer ha ocurrido. Porque ayer a media mañana estaba yo contigo, bajo el cerezo grande y sentado sobre la hierba, te decía despacico:
- ¡Ay que ver cuántas flores inmaculadas le han salido a este cerezo en solo dos días! Lo miro y cada vez más me parece un inmenso mar repleto de primaveras o un nido de azucenas que el mismo viento ha tejido.
Y miraste tú al cerezo y algo debiste encontrar entre sus florecillas blancas porque te quedaste como dormido fijo en sus ramas seda y plata. Te dije otra vez:
- Ahora mismo me voy a poner camino de Granada. Es primer sábado de mes y el Papa se está muriendo. Quiero ir a la iglesia de la patrona a rezar un poquito y para estar entre la gente que también rezan y miran, como tú ahora, al infinito. Y no había yo terminado de pronunciar estas palabras cuando, por lo alto de la montaña, aparecieron las nubes negras. Temí que fuera una tormenta pero como estaba decidido, me puso rumbo a Granada. Antes de coger el camino miré al cerro de los pinos. Desde las nubes negras y, por entre el bosque, vi brotar el brillo de un arco iris inmenso. Me quedé mirando y me dije: “Si no llueve ni reluce el sol ¿cómo es que ha salido el arco iris sobre

los montes?” Nadie respondió a esta duda mía pero tú y Enebro y Bandolero también os quedasteis mirando a los pinos por lo extraño que os parecía ese surtidor de colores tan bonito. Os dije a los tres:
- Me voy a Granada y vuelvo a caer la tarde. Quedaros aquí tranquilos y esperadme.

Subí despacio desde el río, con mi mochila gris en mis espaldas y decidido. De vez en cuando miraba para el cielo y las nubes negras cubrían densas. No hacía frío, todo estaba en calma, pero el arco iris parecía como si se viniera conmigo. Siempre a mi derecha y como a unos cien metros me regalaba su brillo y sus colores. ¿Qué quieres que te diga? Sus colores eran tan vivos que parecían tener corazón. Llegué a Granada y me fui directamente a la iglesia de la Virgen de las Angustias, la patrona de esta ciudad, y entré dentro. Vi muchas personas allí arrodilladas y, junto a la Virgen guapa, todos rezaban en silencio. Empezó la misa y el celebrante dijo:
- El Papa se está muriendo. Vamos a elevar por él una oración al cielo.
Y vi que las personas más que rezar lloraban y, entre sí, se abrazaban bajo los ojos de la Virgen que nos abrazaba desde el cielo. Fue un rato muy hermoso, intenso, lleno de dolor que nacía de dentro. Pasado unas horas salí a la calle y vi que estaba lloviendo. La nubes negras que me habían acompañado cubrían con denso manto negro y el arco iris, allí frente a mí, como chorreando del cielo. Miré a las personas y me dije: “¿Estarán ellas viendo lo que yo veo?” Y creo que no. El arco iris inmenso que ante mis ojos se derramaba sobre Granada solo lo veían mis ojos. ¿Por qué sucedía eso? No tuve miedo a la lluvia sino que me gustaba sentirla chorreando por mi cara y sobre mi

cuerpo. Por eso no me paré más en la ciudad sino que a paso ligero recorrí las calles saludando a las personas desde dentro y tomé de nuevo el camino hacia este rincón nuestro.

La tarde ya caía y, mientras regresaba solo, la fría lluvia me resbalaba por la cara y por los ojos. Y a mi derecha, siempre a mi derecha y siempre intenso, la viva luz del arco iris como brotando de la tierra o como chorreando del cielo. Como mi cabeza agachada, pensaba en ti y me preguntaba en silencio: "¿Qué será esto?" Cuando ya llegué, a los tres os vi en el centro de la llanura verde y, por encima de vosotros, en el cerro de los pinos, el mismo chorro de luz transparente, con los colores vivos del arco iris, ardiendo fuerte. Te dije:
- Vente aquí conmigo bajo el cerezo de las mil florecillas blancas y deja que la lluvia siga cayendo. Vamos a mirarla despacio y le damos gracias al cielo. Este rocío que cae de las nubes parece como el beso de cien millones estrellas o como el abrazo de un ángel bueno. Y tú ya lo sabes, porque te lo he dicho, pero te lo repito de nuevo: el Papa se está muriendo y ahora parece que en todo el mundo, millones de personas, miran y rezan al cielo. ¿Será este arco iris el color de los corazones de todas esas personas?

Fue cayendo la tarde y sobre el cerro, la lluvia y la cascada del arco iris. Sobre las nueve y media se iluminó todo el valle del río y el arco iris brilló con más fuerza. Te asustaste más y te acurrucabas conmigo casi temblando. Lo mismo hizo Enebro y Bandolero y entonces yo os abracé en mi pecho. Y sin dejar de mirar a la luz que caía sobre el valle, sobre el cerro y las montañas, os dije:

- No tengáis miedo. Todo es como un anuncio y un beso. ¿No estáis sintiendo como yo su calor quemando dentro?
Y noté que os llenasteis de paz. Bajo el cerezo, con sus cien millones de flores lavadas ahora con el incienso del rocío que regalaban las nubes, he dormido yo esta noche. Metido en mi saco y con mis ojos abiertos para no perderme un detalle de la lluvia y el arco iris sin parar toda la noche ardiendo. Al amanecer lo primero que he mirado ha sido a la ladera y a los pinares del cerro. Y ahí sigue: el mismo arco iris de ayer, ahí sigue refulgiendo vivo y como si estuviera invitando a que vayamos a verlo.

¿Y mira, ves? Ya me he lavado en el río. Ya tengo limpia mi cara y a limpio huele todo mi cuerpo. Vente por aquí conmigo que ya podemos ir a verlo. Y que se vengan con nosotros también Enebro y Bandolero. Vamos a subir los cuatro a los pinares del cerro y vamos a entras los cuatro en el corazón de esa cascada de colores que parece venir del cielo. Pero tranquilos: ninguno de vosotros tengáis miedo. La lluvia nos ha lavado y yo me he purificado un poco más con el agua que por el río baja cantando. También la hierba del valle nos ha perfumado y las flores del cerezo nos han prestado su blancura. Así que no tengáis miedo. La luz del brillo de este arco iris es como la caricia de un beso. ¿No lo estáis notando? Yo sé que el Papa esta noche ha muerto y sé que en estos momentos cientos de personas, en todo el mundo, están unidas en un abrazo en el cielo. ¿No será este arco iris eso: los colores de los corazones que lloran y rezan? ¿No veis como parte del arco iris parece brotar de la tierra y la otra parte parece descender del cielo? Es un abrazo y por eso vamos

tranquilos a su encuentro y no temáis nada. Es un beso.

5- Junto al río sentando mirando al agua

Ahí lo está viendo sentando. Desde que vino, ayer por la mañana, yo sé que le pasa algo. El pastor es nuestro amigo y él nos trata bien y le gustan nuestras cosas. Es un hombre sencillo y lo único que quiere es vivir la vida sin meterse con nadie ni que nadie se meta con él. Pero en cuanto lo vi ayer supe que algo le ha ocurrido. ¿Míralo, lo ves? Ahí frente al río está sentado y junto a él, en la hierba está acostado, el mastín Álamo. Como si hubiera comprendido que su amo está dolido por algo. Sinombre, ahora dentro de un rato nos vamos a ir los cuatro, río arriba por entre las madroñeras, al lado del pastor. No sé cómo pero podemos intentarlo: el pastor, nuestro amigo, tiene una pena y creo que está llorando. De la manera que sea debemos consolarlo. Ahora en seguida nos vamos con él.

Pero necesito un momento, quizá un buen rato, para apuntar en mi cuaderno. El nuevo día va llegando y, como aunque sea poco, la lluvia ha regado los campos, cantan los pajarillos a sus anchas celebrando este amanecer y la hierba verde que la lluvia ha mojado. Los mirlos no paran. Hoy el cielo aparece despejado y ya hace menos frío. Los cerezos, este año, están de flores que no pueden más. Míralos todos blancos y con tanta fuerza que parece que fuera la primera vez que por ellos pasa la primavera. También los almendros ya se visten de verde y, en sus ramas, los nuevos frutos, tiernos y prometedores, emergen. ¿Sabes qué te digo? Que yo creo que este

año sí tendremos una buena cosecha de almendras. También de cerezas y de higos y de nueces. Aunque no ha llovido mucho este invierno la primavera está siendo buena y, de estos el que más se alegra, es nuestro amigo el pastor. ¡Míralo! Allí sigue con su pena, sentado frente al río, y callado. ¿Qué le pasará y porque no se atreve a contárnoslo?

Cuando ayer llegó lo primero que hizo fue preparar un buen plato de palomitas de maíz. De la cosecha que recogió de su huerto el año pasado. Y las preparó en la lumbre de la chimenea de su rincón, en las ruinas del molino. Ese es su gran palacio y ahí lo tiene todo. Después de saludarnos y dejar claro que es nuestro mejor amigo, nos dijo, animando:

- Tengo noticias para vosotros. Muchas y muy importantes, pero antes, quiero haceros un regalo. Os preparo en seguida tres kilos de palomitas de maíz y mientras os la vais comiendo os cuento y charlamos.

Tú te pusiste contento y también Enebro y Bandolero. Y poco después, sobre la hierba y, entre los pétalos inmaculados de las flores de los cerezos, os rocié yo las palomitas de maíz. Para que os las comierais despacio y sin problemas. ¿A que parecía el prado una fantasía de seda cubierta de copos blancos? Solo ver aquello ya se llenaba uno de entusiasmos. Y mientras vosotros os comíais tan ricas golosinas y yo os miraba meditando y, satisfecho el pastor, se fue a su huerto diciendo:

- Tengo que labrarlo y quitarle las malas hierbas. La primavera ya está empujando y la cosecha irrumpe con fuerza de la tierra. ¡Ay que ver como corre el tiempo aunque pase tan despacio!

Le dije yo:

- Nosotros también tenemos que compartir contigo todo lo que nos ha pasado. Tenemos un montón de preguntas y por eso te estábamos esperando. Y es verdad que la primavera ya sí, con fuerza, se ha presentado.

Y con él nos fuimos al huerto y, como pudimos, le ayudamos. ¿Viste qué altas están ya las habas y los ajos y las lechugas y las espinacas y los rábanos? Y también las fresas ya están casi a punto de caramelo. ¿Las fresas? ¿Te acuerdas el año pasado? Al madurar las primeras fresas aun teníamos con nosotros la sonrisa de la Princesa y nos hacía soñar, a ratos. Pero este año… Y lo que quiero decirte es que en el huerto del pastor las plantas están más llenas de primavera que en otros lados. Ayer lo vimos y vimos también que él estaba preocupado. Ahí lo tienes: junto al río solo sentado, mirando a las aguas con melancolía y hasta creo que está llorando. Venga, vámonos con él y, con mucho tacto, le damos compañía a ver si nos cuenta y le contamos.

6 - Vivir la vida en paz

El pastor se ha ido a las cumbres con sus ovejas y, aquí en el río, nos hemos quedado nosotros. Su pena se la ha llevado con él pero ahora yo, estoy intranquilo. ¿Qué es lo que ha pasado en el Cortijo de la Viña, donde tenemos otros amigos y vive la niña? Yo esta noche casi no he dormido y ahora me estoy preparando. Ni siquiera sé qué hacer pero ya tengo algo decidido. Dentro de un rato, en cuanto el día se abra un poco más y se vea bien el camino, Enebro y yo vamos a irnos galopando al Cortijo. ¿Qué habrá

pasado allí? El corazón lo tengo lleno de miedo y no dejo de pensar en la niña de nuestros sueños.

Pero mientras el día va llegando, cojo mi cuaderno y aquí, junto a las aguas del río, escribo las cosas para que no se me olviden. Tú te has venido a mi lado y conmigo miras concentrado a las aguas de la corriente y a la hierba que tapiza por el prado. Te digo:
- ¿Mira, ves? En ese peñasco pulido por la corriente estaba ayer sentado el pastor. Sobre la alfombra de hierba que hay al lado de la roca apoyaba él sus pies y, sin mirar, como nosotros en estos momentos, tenía sus ojos puestas en el charco. Ayer no estaba aquí aunque estaba y hoy sigue aquí aunque no está. Ayer parecía no querer nada con nadie pero no era eso: estaba preocupado y tenía una pena en su alma y no sabía cómo expresarla. Meditaba él y nosotros nos vinimos para que nos sintiera a su lado y tampoco sabíamos qué decirle.

Subimos despacio por la senda que viene desde la llanura del molino y pasa por entre las rocas de los lentiscos. Subíamos despacio para no perturbar la oración del pastor junto a las aguas del río y también para no asustar a los animales que se acurrucan en sus nidos. Los cuatro veníamos como apiñados en uno mismo y como sintiendo en el corazón la preocupación que le afligía al pastor. Y al rozar los peñascos de los lentiscos que caen de la ladera levantó vuelo el mochuelo. Te dije y a Enebro y a Bandolero:
- En las grietas de esas rocas tiene su nido.
Te quedaste parado y yo me acerqué sigiloso y con mucho cuidado. Y encontré lo que te había dicho. En

un pequeño agujero estrecho del peñasco y, entre las raíces de los lentiscos, vi el nido. Perfectamente construido con pasto, plumas y hebras de lana de las ovejas de la montaña, estaba encajado en la roca y, parecía que con cariño, recogía en si los huevos del mochuelo hembra. Te volví a decir:
- Es muy bonito y parece tan delicado que no me atrevo ni a tocarlo. Vamos a seguir nuestro camino y lo dejamos aquí en su sitio. Otro nido más en este valle de la hierba y el silencio callado. El día que nazcan estos pajarillos y aquellos y las crías de la nutria ya veréis vosotros qué espectáculo y qué algarabía de vida por aquí la vida celebrando. Sigamos el camino.

Y seguimos caminando con sigilo para no enturbiar la paz dolorosa del pastor. Llegamos a su lado y allí, en su armonía y sobre la hierba, me senté sin perturbado. Tú y Enebro y Bandolero lo fuisteis rodeando y como, con vuestras miradas, diciendo: "Estás muy callado y pareces llorar dolido ¿podemos ayudarte en algo?" Y vi que el pastor os miró animado, tiró una piedrecita al agua y, como suspirando, dijo:
- Deberían dedicarse a vivir sus vidas y dejar que, en paz, cada uno vivamos la propia. Tienes que ir al Cortijo de la Viña. Aquello ya no es igual.

7 - Diálogo con Sinombre y la tormenta

Ayer, según iba abriéndose el día y los campos se llenaban de luz, yo te decía:
- Hoy tengo que subir al Cortijo de la Viña. Lo que me ha dicho el pastor me ha dejado intranquilo y no puedo vivir en paz pensando en la niña. Necesito ir para ver qué pasa y para darles nuestro cariño aunque no pueda hacer nada. Y voy a llevarme conmigo al caballo Enebro. Yo sé que ella se alegrará al verlo.

Y te digo esto porque he pensado que tú y Bandolero os quedéis solos en este prado del río y esperéis hasta que vuelva. Debería llevarte conmigo pero ya sabes que los de las hípicas, ahora allí presentes en las tierras del cortijo chico, no te quieren cerca de sus caballos. Sabes que tienen miedo a que tú les contagies enfermedades y, aunque a mí me duele que te desprecien tanto, no quiero discutir con nadie ni tener jaleos en esta vida. Mientras podamos vivir en paz, dejemos al mundo tranquilo y que ellos piensen lo que quieran. Con el canto del mirlo, los juegos de la nutria, la corriente del río, la hierba fresca, la dulzura de nuestra niña y la lluvia, tenemos nosotros bastante para tenerlo todo y sentirnos libres y dueños del mundo. Y si, además, el cielo nos regala prados como el del molino viejo y primaveras como las de este río Azul ¿qué más necesitamos nosotros? Pero tú no te preocupes que no os voy a dejar solos y abandonados porque, a vuestro cuidado y dándoos compañía, también se queda el mastín Álamo. No tengáis miedo que nada os pasará. Enebro y yo volveremos pronto y ya seguro que vendremos más aliviados. Ahora estoy muy preocupado pensando en lo que les puede haber pasado. ¿Se habrán enfadado, los de las hípicas, con los del Cortijo de la Viña? ¿Le habrán quitado las tierras de aquel prado? ¿Habrán llegado los turistas para tomar todo aquello y dejarlo sin vida? ¿Habrán sido los de las constructoras que andan ya por allí cortando árboles y trazando pistas? ¿Tendrán que irse de allí los del Cortijo de la Viña? En la ciudad no tiene casa la niña ni tampoco la madre ni los que trabajan en la finca. Sinombre, ya te lo he dicho: que estoy preocupado y por eso tengo que ir corriendo y quedarme, si lo necesitan, a su lado.

Ya Enebro lo sabe y, míralo, allí está preparado para salir disparado en cuanto se lo diga. Este caballo es un tesoro como en el mundo no hay otro. Pero yo también estoy pensando en el camino que tendremos que tomar para ir al cortijo. Subir ahora desde este río a nuestro rincón de la viña no es tan fácil como antes. Si nos vamos por el barranco del huerto para salir a la cañada del cortijo chico por ahí no tenemos paso. Aquellas tierras ya están valladas por los de las hípicas para sus caballos. Y si nos vamos río arriba hasta el puente de cemento luego tendremos que volver para atrás para entrar por el collado de cortijo chico. También por ahí está el camino cortado con las alambradas donde ahora encierran ellos sus caballos. No nos queda otro camino, para subir al Cortijo de la Viña, que la senda vieja de la ladera de los romeros. Es más larga y más complicado el paso pero tendremos la ventaja de ir perfumados por las flores de las jaras. Siempre hay que buscarle a la vida su lado bueno. Con la llegada de la primavera, por todos lados, se visten de flores blancas las laderas y los barrancos y las zamarrillas verdes y las jaras y los jaguarzos. Así que por esta vereda que te digo vamos a irnos ahora mismo Enebro y yo, volando, volando, volando…

Pero ayer, según iba llegando el día y comentaba estas cosas contigo, al mirar veía por las cumbres asomar las nubes. Empecé a temer que se fraguara una tormenta y eso fue lo que pasó. Según iba naciendo el día se fue nublando el cielo y antes de que saliera el sol crujieron fuertes los truenos. Al poco empezó a llover y los barrancos se llenaron de nieblas. Y nosotros, sin miedo aunque yo estuviera

preocupado, nos metimos bajo la encina vieja y entre sí nos acurrucamos y nos dedicamos a gozar de la lluvia que caía a cántaros. Tú ya sabes que a mí me gustan mucho las tormentas, la lluvia que derraman, los truenos, las nubes espesas y, ver en lo árboles, las gotas chorreando por las ramas. Ayer sopló fuerte el viento y, las recias gotas al caer, arrancaban los pétalos de las flores de los cerezos. También me gusta mucho ver este juego que no tiene igual con ninguna otra realidad en este suelo. La hierba se llenó de agua y la corriente del río parecía dibujar los bailes más bonitos. Y por entre la lluvia, el viento y la niebla, te miré como escondido y, preocupado pero contento, te dije:

- Con esta tormenta tan recia y tanto viento y tanta niebla ¿cómo vamos a subir nosotros por esa ladera? Pienso en los del Cortijo de la Viña pero también pienso en Enebro. Así que me resigno y espero y que caiga, que caiga la lluvia y que riegue de vida la tierra. Es lo que más falta hace ahora en el mundo y en esta primavera.

8 - Encuentro con la niña en el Cortijo de la Viña

Va la niña por el Prado del Arroyo
y parece un sueño
que Enebro se lleva volando,
por entre la hierba, al cielo.

En mi cuaderno recojo las cosas para que no se pierdan y para luego compartirlas contigo. Hoy se levanta el día sin nubes, sin viento, sin frío…Es primavera y estoy en el cortijo de la Viña con nuestros amigos. Pero el día parece ya traer entre sus brazos

las primaras señales del verano y le estoy temiendo. No me gusta el verano, entre tantas cosas que me gustan en la vida y en estos campos. Yo ahora mismo, media mañana ya de este día de primavera, estoy asomado al balcón del Cortijo de la Viña. Es el mirador de la habitación de la niña y ella no está. Desde la sala de la chimenea del cortijo he subido a buscarla y al ver su ventana abierta me he asomado a mirar. Y la he visto pero no aquí en su habitación ni en su cama de seda azul, su nido tierno. A estas horas del nuevo día me la encuentro a ella que va con su caballo negro recorriendo las tierras del Cortijo de la Viña. Y desde el palco de su habitación la he llamado y le he dicho:
- ¿A dónde vas tan sola, tan de mañana en la primavera y tan libre por los campos?
Desde la belleza que le presta el viento, mientras arranca en galopo a su caballo, me saluda diciendo:
- Baja y vente por aquí conmigo que quiero que veas lo que ya te he dicho.

En el Cortijo de la Viña he dormido yo esta noche, al calor de la lumbre y en la compañía de los amigos, de la madre de la niña y también de ella. Y te he recordado a ti, Sinombre y a Bandolero. Os habéis quedado solos en el prado del molino en compañía del mastín Álamo. Ahí habéis dormido solos esta noche y Enebro aquí en el cortijo. ¿Quieres que te diga qué es lo que por aquí he visto? Cuando la tormenta del otro día se calmó subí al lomo de Enebro y, por la senda vieja de los romeros, remontamos galopando. Cortando el aire y mojándonos las carnes con las gotas que la nube había dejado sobre las hojas de las jaras y los jaguarzos. Los pétalos de las flores blancas se nos quedaban pegados, a mí en las manos y en la

cara y a Enebro, en sus patas, en sus costados y también en su cara. Le decía yo al caballo:
- También esto es como un juego aunque tengamos tanta prisa y vayamos tan corriendo. Respira hondo el aire que sube de los barrancos y verás como la primavera se te hace flor en las venas de tu pecho.
Y creo que Enebro me comprendía porque disfrutaba más que yo cruzando los jarales que tapizan la ladera. Al llegar al collado de la hierba, el que mira al arroyo de la izquierda, ya divisamos las tierras del cortijo.
- Ya lo tenemos ahí cerca.
Le volví a decir a Enebro y yo creo que él me comprendió porque vi que se los comía el entusiasmos y por eso se puso a relinchar como llamando. Pero más que llamar yo creo que él daba gracias a la vida y a los campos y a la presencia de la niña que en el corazón llevamos. Como si conociera ya el terreno y también como si supiera que ella le estaba esperando. Y la niña, que ni siquiera sé yo qué hacía en estos momentos, al oír los relinchos de su caballo Enebro, se asomó a la puerta del Cortijo de la Viña y al llegar allí nos estaba esperando. ¡Qué gozo verla! Tú no la viste pero quiero que sepas que parecía toda una princesa recién arreglada para la fiesta. Nos saludó con sus manos, con un abrazo al aire, después con un beso y luego con otro abrazo inmenso. Y, mientras en su pecho achuchaba la cara de su caballo, le preguntaba diciendo:
- Sigues siendo el más guapo. ¿Me has echado de menos? ¡Uy! ¡Qué bien hueles! ¿Quién te ha perfumado con rocío de lluvia de tormenta y con las flores silvestres de los campos? Porque hueles a jara vieja, a romeros florecidos y a tomillos recién lavados ¿Por dónde has estado tú y en qué sitio te has revolcado?

Y el caballo Enebro me mira como guiñando y preguntando muy bajito: “¿Dónde hemos estado nosotros?” Pausadamente susurrando le digo yo a él: “Dile que venimos del viento que duerme por los barrancos y que las flores que, con sus perfume te han regado, son las que la primavera por las montañas ha sembrado”.

Esta noche su caballo negro ha dormido en la cuadra y ha comido heno en el pesebre antiguo de piedra. También ha comido buena cebada y paja y ha bebido agua del balneario viejo. La niña lo ha mimado con cariño y, como le ha dado tanto gusto verlo, esta mañana en seguida se lo ha llevado al campo de paseo. Desde el balcón de su habitación ahora mismo los estoy viendo. Me voy con ellos. Luego, cuando volvamos, escucharé a los del Cortijo de la Viña y lo escribiré en mi cuaderno para que nada se pierda y que tú también lo sepas. ¿Y sabes lo primero que vamos a hacer esta mañana? En las aguas templadas del manantial del balneario voy a darme yo un buen baño y luego se lo daré a Enebro. Y si la niña quiere jugar con nosotros claro que está invitada a este juego. ¿Te acuerdas tú de los baños tan ricos que nos dimos este invierno? En este mismo manantial que brota tan caliente de las entrañas del suelo. Parece que por aquí todo sigue teniendo la misma cara aunque no sé qué siento dentro. Luego te cuento con más detalle que ahora me voy corriendo que me están esperando. Va la niña por el Prado del Arroyo y parece un sueño que Enebro se lleva volando, por entre la hierba, al cielo. Allá voy yo como un rayo antes de que se me escapen y nos quedemos sin ellos.

9 - Con la niña por el Prado del Arroyo

Te cuento: estoy sentando junto al charco del arroyo, el que tanto te ha gustado a ti, y miro al prado. Ahí veo a Enebro acostado entre la hierba y no estás tú ni Bandolero. Pero recuerdo que este invierno pasado pastabais los tres en este mismo prado. A mis pies corre el arroyo que baja del balneario y a mi derecha corre la acequia que construimos para llevar el agua al castillo de la niña. ¿Te acuerdas el gozo que irradiaba? ¡Qué feliz momento! Ella, en estos momentos, juega buscando fresas silvestres por el borde del acantilado. Hace un rato ha estado aquí conmigo y me ha regalado un ramito de flores silvestres, margaritas y amapolas, y me ha dicho:
- Las primeras amapolas del Prado del Arroyo. Se las debería regalar a tu borriquillo pero hoy es un día muy especial. Quiero subir contigo a la ermita del cerro de la viña para poner este ramo de flores en el altar. Guárdalas aquí contigo y luego me llevas a ese sitio para rezar, por muchas cosas, un poquito.
Le doy las gracias y, mientras se vuelve para el prado y se pone a buscar fresas silvestres, caigo en la cuenta por qué dice y piensa ella que hoy es un día especial. En esta mañana de abril y de primavera, entierra al Papa, Juan Pablo II, en la ciudad de Roma.

Anoche lo estuve viendo todo, por la tele, en el Cortijo de la Viña. Más de cuatro millones de personas han pasado estos días por delante de su cuerpo para darle el último adiós. Y esta mañana, allí en Roma, se celebran las exequias y su entierro. Han ido todos los mandatarios del mundo y, según las noticias, el mundo entero hoy se apiña en este

acontecimiento. También lo están retransmitiendo por televisión y por la radio. Nosotros no hemos podido ir a este lugar pero a la niña no se le olvida y por eso recoge flores silvestres por el Prado del Arroyo. A nuestra manera, nos vamos a unir a los millones de personas que en este día están rezando y despidiendo al Papa que ha muerto. Y estoy yo reflexionando sobre esta realidad y la escribo en mi cuaderno pensando en ti cuando oigo que me llama:
- Ven corriendo que quiero que veas lo que te decía hace un rato.
Le he contestado:
- Voy enseguida pero antes necesito dos minutos. Tengo que anotar lo que está pasando.

Y es que quiero ordenar un poco las cosas mientras el día se va abriendo. Así que escribo rápido porque ella me está llamando y me interesa mucho irme, en estos momentos, a su lado. Ayer, me di yo un buen baño en el agua calentita del balneario. Y bajo la cascada se metió conmigo Enebro. La niña también se puso su bañador de colores y, con entusiasmo, restregó bien a su caballo para que se quedara limpio y sano. ¡Cuánto te echamos de menos y lo mismo Bandolero! El agua del balneario es la más sana y la mejor medicina que el cielo nos ha regalado. ¿Pero sabes? Por lo que me decía la niña, rato después, yo creo que esta es la última vez que nos bañamos en este manantial. Y lo siento por ella y por ti. No te he traído conmigo y bien sé que, meterte bajo el chorro de agua de este manantial, es una de las cosas que más te gusta en este mundo. Creo que ya nunca más podrás. Lo siento y te lo explico rápido:
La niña me decía ayer, cuando ya salimos del charco y nos pusimos al sol para secarnos:

- En la llanura del Prado del Arroyo, dicen que van a construir un campo de golf. Por donde el cerro de mi castillo, según nos enseñaros en los planos, construyen un hotel con un mirador al río colgado. Y por la derecha, por donde la Cueva de Belén y el bosque de los robles, quieren construir un paseo con recovecos anchos y aquí, en esta cascada del balneario, proyectan levantar un lujoso hotel con piscinas y baños.

Y le pregunté yo a la niña:

- Ya me estoy enterando que, en este Cortijo de la Viña, muchas cosas están cambiando pero al pastor, nuestro amigo de los campos ¿qué es lo que le ha pasado?

Y me dijo ella:

- Te lo contaré más despacio porque el otro día, los de las hípicas, casi le pegaron. Le decían que sus ovejas han infectado estos campos de garrapatas y ellos no quieren que se contagien sus caballos. A gritos le pedían que no vuelva más por aquí con su rebaño. Y que si no hacía caso lo denunciarán y le obligarán a que pague los gastos. ¡Me dio una pena cuando vi a nuestro amigo el pastor llorando! Y más me dolió cuando vi y oí lo que decían del perro mastín Álamo.

Guardó silencio la niña y, como yo la estaba mirando, vi que también ella, al recordarlo, se la comía la congoja y casi no podía expresarlo. Y ahora mismo otra vez la oigo. Me sigue llamando y por eso dejo mi cuaderno y salgo volando. Voy a ver qué quiere. Luego te sigo contando.

10 - Una reflexión sobre la vida en su forma más natural

Lo de las garrapatas, por las tierras que ahora ocupan los caballos de la hípica, se lo dijeron directamente al pastor. Ellos creen que las culpables son las ovejas y por eso las han condenado. Pero lo del perro mastín Álamo, también para ellos un peligro por estas tierras, por escrito se lo han dado a la niña. Y al entregárselo le decían:

- Tú decidirás la manera de hacérselo saber, a ese hombre que va por las montañas con sus ovejas, pero nosotros te lo entregamos firmado. Y ya veréis qué medidas tomáis porque nosotros lo tenemos claro.

La niña se asustó aunque ella no supiera que era una amenaza pero en su corazón algo se le quebraba. Y ella hoy me ha entregado a mí ese papel y ahora mismo lo tengo en mis manos. Te lo voy a leer y de paso lo transcribo a mi cuaderno para que se quede bien guardado. Pero antes, quiero que sepas que, a pesar de todo, hoy vuelve a ser otro día fabuloso y mágico.

Amanece y estoy en el cortijo con los que trabajan las tierras, con la madre y con la niña. Desde la sala de la cocina miro por la ventana al valle y me enamora el campo. Está mojado, cantan sin parar los pajarillos, hay muchas nubes en el cielo y hace algo de viento. Ha llovido esta noche y mucho. Tiernamente otra vez se han regado los campos para que la primavera tenga todo lo que le es necesario. Me acuerdo de ti y de Bandolero y también os recuerda la niña. Por eso me pregunta:

- ¿Cómo habrán pasado la noche, solos los dos, en aquel valle del río y con esta lluvia y este viento frío?

Y le respondo yo a ella:
- Hubo un tiempo, antes de que los Humanos dominaran la Tierra y domaran a los caballos, en el que todos los animales vivían en libertad y sabían defenderse con fuerza. Les caía la lluvia, les azotaba el viento, les quemaba el sol y les helaba el hielo y ellos, los caballos, los burros y los perros y las ovejas, luchaban y salían adelante y eran libres comiendo hierba y galopando a su aire pos las tierras. Sinombre y Bandolero están hechos a las lluvias y al viento y en el valle profundo de aquel río son felices porque viven en su estado más puro y bello.

Yo creo que la niña me ha entendido y por eso, mis ojos, la ven tan guapa. Y ahora te digo que ella ayer, por las tierras de este Cortijo de la Viña, estuvo festejando a la vida y a la primavera que regala florecillas. Del acantilado del río solo cogió tres fresas. Mostrándolas en sus manos de ninfa, me decía:
- ¡Mira qué rosadas y qué chicas! Las fresas silvestres que crecen por estas rocas no han madurado todavía.
Y le dije yo a ella:
- Pero con solo estas tres perlas menuditas ya tenemos bastantes para celebrar la alegría de la primavera y de la corriente del arroyo y de la sonrisa que otra vez nos regalan las nubes en este día.
Ella se fue con su caballo, le regaló las tres fresas, luego cogió el ramo de flores que a mí me había regalado momentos antes y me decía:
- Llévame ahora mismo a la ermita y me ayudas a poner, en el altar, estas blancas margaritas.
Y le respondí yo:
- Venga, vamos en seguida. Hoy no es un día triste aunque parece que haya razones para que lo sea. La

primavera es la muy bonita y por eso los pajarillos y el viento desgranan tantas melodías.

En la ermita del Cerro de la Viña, ayer la niña y yo, estuvimos rezando. Levantamos el corazón al cielo y dimos muchas gracias y pedimos para que se arreglen las cosas por las tierras de estos prados. Luego salimos al aire y, cuando la tarde caía, nos refugiamos en el cortijo. Esta noche ha llovido, ha soplado el viento y, cuando esta mañana de nuevo ha amanecido, todo está mojado y huele a incienso. De nuevo la vida es como una limpia fiesta aunque tenga una herida y a nosotros nos duela. Pero te lo repito, hoy la mañana parece la primavera más hermosa con las azucenas más finas. Y tengo aquí conmigo el escrito que, los de los caballos, le entregaron a la niña. Yo no se lo daré al pastor, él es nuestro amigo y también Álamo, pero lo transcribo en mi cuaderno y lo leo para que se sepa que no todos tienen, de la vida, del aire y de los campos, la misma visión y medida.

11 - Los juegos de la niña con su caballo Enebro

La niña tiene un don especial para comunicarse con su caballo. Ella le habla y, de alguna manera que yo desconozco, él la entiende, la sigue y le obedece. Cuando su caballo Enebro come tranquilo en el prado si ella se acerca y lo llama:

- ¡Enebro, mira lo que traigo aquí!

El caballo deja de comer, levanta su cabeza, la mira durante unos segundos y luego se pone a caminar cadenciosamente como diciendo: “Voy a ver qué me traes y lo hago con gusto. Porque aunque no me traigas nada me agrada estar contigo y que me toques

la cara”. Y yo creo que la niña, además de comunicarse con su caballo usando un lenguaje especial, lo conoce mejor que a ella misma. En cuanto ve que la mira y se viene a ella parece que sabe lo que el caballo siente y cuál va a ser su comportamiento. A mí me gusta mucho verlos a los dos con tan buen entendimiento y en tanta armonía. Y por eso me pregunto, muchas veces, a escondidas: “¿Dónde ha aprendido esta niña el lenguaje de su caballo y cómo conoce ella tanto su carácter?”

Te estoy contando esto, mientras lo escribo en mi cuaderno, porque quiero que sepas lo que ayer por la tarde vi en Enebro y en la niña. Estaba yo sentado en una de las rocas que hay por encima de la era del Cortijo de la Viña y me entretenía pensando en ti y en Bandolero, ahora los dos solos, en las hondas llanuras del río Azul. Os recordaba y me preguntaba si nos echáis de menos. Enebro andaba suelto por la era y la senda que lleva al pilar de las nogueras y también se entretenía buscando las mejores matas de hierba. Los del Cortijo de la Viña trabajaban, más abajo, en la tierra y la madre con su niña, se afanaban en sus cosas dentro del cortijo. Y a mí yo me decía: “Solo por la armonía y belleza que regala y se concentra en este rincón de la Tierra, solo por esto, merece la pena y vale por encima de todo, este pequeño paraíso”. Y en estos momentos, por la puerta del cortijo, salió la niña. No me vio ella a mí pero sí, en seguida, llamó a su caballo negro:
- Vente aquí conmigo que quiero jugar contigo un juego.

Iba el caballo tranquilamente andando y se

acercaba a las nogueras en busca de la hierba, que alta y fresca, crece al borde de la acequia. Al sentir la voz de la niña, campanillas de primavera, se quedó parado en seco. Muy tranquilamente giró su cabeza y, al verla, cinco segundos se quedó inmóvil y fijo en ella. Luego se dio media vuelta y, como si se fuera al encuentro del más fresco prado, caminó por la senda hacia la niña. Quiero que sepas, que a mí se me llenó el corazón de amor contemplando esta escena. El cuerpo del caballo de la niña recortado sobre el verde de la hierba y, al fondo el azul del cielo, era un cuadro único. Y la frágil figura de la niña, nardo al viento, inmóvil sobre el fondo de los pinos y de la ladera cayendo para el río, era un sueño emocionante. Todo bello como una mañana nueva descorriendo su velo sobre la Tierra.

Según se acercaba a ella su caballo Enebro la niña lo recibía diciendo:

- Ahora mismo no te voy a regalar nada. Solo quiero acariciar tu cara y darte un beso.

Y el caballo, que lentamente se le acercaba, parecía decirle con sus miradas: "¿Y te parece poco lo que me regalas? Con que solo me dejes estar a tu lado y que tus manos acaricien mi cara lo es para mí todo". Al llegar el caballo a la niña le alargó la cara, se quedó parado y ella le hablaba:

- Te doy un abrazo, te regalo un beso, me quedo aquí contigo y te propongo un juego. ¿Corremos un poco y saltamos luego aprovechando que la hierba tapiza con primor la era?

Yo no sé decirte cómo se entendía ella con Enebro ni como el caballo se comunicaba con la niña, pero lo que te voy a decir es cierto: le dio ella un tierno abrazo y Enebro se le dormía como un niño en su pecho.

Cerró los ojos y le ponía la cara y luego la olía y abría los ojos y la miraba. Le dio ella un sincero beso y le decía:

- Vamos al juego.

Y se puso a correr despacio por la era. La siguió el caballo casi al compás de sus pasos y cada vez que la niña le indicaba:

- Ahora más aprisa y al llegar allí saltamos.

El caballo obedecía como si para él ella fuera su amo. Al llegar a las rocas que hay al borde de la era, saltaba la niña como jugando y lo mismo hacía el caballo y miraba a la pequeña como esperando. La niña le señalaba:

- ¡Qué guapo! Me gusta jugar contigo por lo bien lo haces y siempre tan manso. Te mereces un premio porque otra vez te lo has ganado.

Y en estos momentos la niña le dijo al caballo que se volviera para atrás. Le puso su mano en la frente y los dos se vinieron a mi lado. De mi mochila gris sacó ella un buen puñado de pipas y se las dio a su caballo. De las blancas manos de la niña recogía él las semillas y, mientras saboreándolas se las comía, la miraba como diciendo: "¡Si no fuera por ti qué sería de mí en esta vida!" Le acarició con ternura sus rosados labios y me pidió permiso para sentarse a mi lado y, mientras seguía jugando con su caballo Enebro, me preguntó:

- ¿Tú crees que los caballos tienen memoria? ¿Se acordará Enebro, dentro de un año, del juego que por aquí los dos hemos echado?

12 - Tapizar la tierra de buenos sentimientos

A veces, a mí, me pasan estas cosas y como no sé de qué modo explicarlo, me conformo con escribirlo y dejarlo. Hoy, estoy sentado frente a la cascada del balneario y me parece tener a mi lado una montaña de gavillas. Como esas que hacían los segadores cuando, en otros tiempos, iban segando los trigos por las campiñas. Millones de haces formados, no con espigas de trigo o cebada, sino con los sentimientos del corazón de los humanos. Y todo me parece como si, en estos momentos, la Tierra entera esperara ser cubierta con estos ríos de emociones. Son como montañas de flores de colores que han brotado de los corazones de los humanos y, aquí junto a mí, se apilan en gavillas primorosas y como esperando que alguien las extienda y, con ellas, tapice la Tierra. Y al mirar y ver yo me digo: "¡Cuantos sentimientos positivos han florecido, en estos días, en el suelo! Algo nuevo está pasando y todo me parece bueno, muy bueno".

Estoy sentado frente a la cascada del balneario y la niña no está conmigo pero escribo en mi cuaderno y te recuerdo. Anoche, dormí junto al fuego del Cortijo de la Viña y, mientras la noche pasaba, sentí quejarse el viento sobre las ramas del pino viejo. Otra vez ha vuelto el frío y ha nevado por el norte y en gran parte de España. También en estas Sierras Nevadas nuestras para que los turistas aun disfruten unos días más. ¿Sabes? Dicen que el próximo domingo veinticuatro de este mes cierran la estación de esquí de estas cumbres blancas. Por estas tierras donde vivimos nosotros solo hace frío, en estos días, y corre el viento. Pero anoche, antes de quedarme dormido junto al fuego, estuvimos todos reunidos como en un buen grupo de amigos. La madre nos

preparó una buena sartén de palomitas y mientras nos las íbamos comiendo charlábamos sin parar, junto al fuego. La niña se sentó delante de mí, en el suelo, y a mi derecha estaba la madre. Detrás y a la izquierda y rodeando la lumbre, estaban los del cortijo y nos mirábamos y comíamos palomitas de maíz y nos calentábamos acurrucados junto al fuego. Fuera soplaba el viento y cantaban los autillos y también parecía oírse los pasos del tiempo.

Por la tarde, unas horas antes, yo había vuelto de la ciudad de Granada. Solo había ido a dar un paseo para que no digan que del mundo estamos lejos. Y al pasar por la plaza, la que ahora está arreglada, me paré un rato solo para mirar a las personas allí sentadas. La Plaza del Triunfo, la de la Inmaculada, ahora se llena todos los días de jóvenes que cantan, sonríen y bailan. Corre el agua por las dos cascadas artificiales y en sus bordes se sientan ellos y, mientras esperas, charlan. El rincón ahora es tranquilo y por eso hasta parece otra cosa la ciudad de Granada.

Y anoche, alrededor del fuego, yo lo comentaba y la niña preguntó dos veces:

- ¿Por qué parece que en estos días por todos sitios brotan buenos sentimientos?

Y le dije a ella:

- Con la muerte del Papa ya estás viendo tú como las personas están sacando de sus corazones sus mejores cosas. ¡Cuantos sentimientos positivos han florecido, en estos días, en el suelo! Algo nuevo está pasando y todo me parece bueno, muy bueno.

Nadie respondió a mis palabras y allí seguimos junto al fuego sentados sintiendo como avanzaba la noche resbalar, quedamente, sobre el viento. Luego, nos

fuimos retirando y en el suelo, tendí mi saco y al calor de la lumbre la noche me ha llenado de sus besos. Al amanecer me he levantado y todavía con el lucero me he venido junto a la cascada de este balneario viejo. Ya sale el sol y la niña, con su caballo negro, va por el camino que lleva a la Cañada del Agua, la del silencio. Sé que volverá dentro de un rato y por eso aquí la espero. Ella quiere que yo le explique por qué nos pasa a nosotros esto mientras, por el bosque de los robles y en la caída del cerro, ya han cortado los centenarios almezos y las higueras grandes y los añosos almendros.

13 - Los retozos de Enebro

Estoy yo parado justo al borde de la acequia y observo despacio el tronco del almez. El hermoso árbol que hasta hace unos días crecía en este rincón del cortijo de la Viña. Más de doscientos años tenía y pienso, que ya solo por esto, merecía que hubiera sido respetado. Pues lo han cortado junto con las higueras, los almendros y las nogueras y también algunos de los centenarios robles de estas tierras. Estoy meditando frente al trozo de tronco que aún queda en la tierra clavado y me digo que alguien debería decirme algo porque creo que no hay derecho. Porque busco una respuesta y no la encuentro pero no me cabe en la cabeza lo que veo y sigo, en silencio, observando. No sé si escribirlo en mi cuaderno o si olvidarlo pero, para mí, me digo: “De todos modos, es uno más entre tantos. ¿Qué puedo hacer yo si ni siquiera sé cómo expresarlo?”

Estoy mirando y medito y me preparo para escribirlo y recogerlo cuando, del lado de la cascada

del balneario, llega la niña subida en su caballo. Tú ya sabes, que ella es la vida y por eso siempre es el sol por más que el cielo esté nublado. Se para junto a mí, suelta a Enebro que en seguida se aleja y, a galope, atraviesa y llena de belleza todo el prado. La miro yo ahora a ella y me dice, sentándose junto a la peana de lo que ya no es árbol:

- A lo mejor no es el momento pero los de las hípicas, cuando ven a sus caballos retozar como ahora mismo lo hace Enebro, siempre dicen que están haciendo el tonto. Por ejemplo: "Mi yegua Careta, se volvió loca haciendo tonterías". "Pues la loki de la mía…" "Pues el mío estuvo toda la tarde haciendo estupideces". Y no quería preguntarte pero es que yo me aclaro: si un caballo salta, galopa y da patadas al aire y relincha y va de un lado a otro libre por el prado ¿Por qué a eso ellas le llaman tonterías?

Miro yo a la niña y le digo:

- Lo que ahora mismo hace tu caballo Enebro es expresar su gallardía. Tu caballo se divierte retozando igual que los niños con sus juegos. Para un caballo sano y libre nada hay más normal que galopar y dibujar cabriolas en el aire y relinchar. Tú fíjate y verás como sus correteos son piruetas cargadas de belleza. La expresión más natural de la belleza de un caballo.

- Pero entonces ¿por qué a ellas siempre les oigo decir que su caballo no para de hacer tonterías?

- No saben lo que dicen pero lo dicen porque es lo que oyen de sus amigas. Si una dice que su caballo hace el tonto la otra lo repite y así cree que está en sintonía. Las personas somos así.

Por el Prado del Arroyo, el que cae desde la cascada del balneario, Enebro regala al viento su energía. Y su juego es tan bonito que embelesa solo

verlo. No dudo que estas tan divertidas contorsiones son otra expresión más de su deseo de libertad. Me gusta ver al caballo Enebro dando salto y patadas como si dijera: “Así es como yo quisiera ver esta tierra: sin barreras para poder disfrutar de la hierba y del aire”. Y a la niña también le gusta ver la alegría que derrama su caballo. Me he sentado junto a ella al borde de la acequia, tocando con mis manos el tronco, que del almez, ha quedado y de nuevo me pregunta:

- ¿Se acordará Enebro, cuando pase mucho tiempo, del juego que ahora dibuja por el prado?

Me acuerdo yo, en estos momentos, de algo que algunos amigos me contaban el otro día. Apoyado en ello le digo:

- Los caballos tienen memoria. Lo recuerdan todo aunque pase mucho tiempo. Escucha que te repaso lo que hace unos días me contaron:

- Un hombre tenía a una yegua asignada, por ser militar, y eso era en la Península, y dada la casualidad que la yegua vino a Melilla y se quedó en el club, y él la llamaba y ella venía a verlo y todo eso suelta en el Picadero.

- Eran dos caballos hermanos y los dueños tuvieron que decidir cuál de los dos vender, pues a la madre la tenían en el prado, por ahí en la sierra y como se alimentaba del pasto no costaba apenas su mantenimiento. Los dueños Se quedaron con el más pequeño y yo compré el que tenía cinco años. Después de varios años ¿se acordará aun este caballo de su dueño? Pues no lo sé, pero yo creo que algo sí. Porque cuando viene el muchacho a la hípica entra a visitar a mi caballo, y de vez en cuando, en el picadero, si le pega un silbido al caballo, viene y se acerca un poco hasta donde el chaval.

- Va un caballo de paseo por un camino y que le salga un perro de unos arbustos y que le asuste, aunque no pases por ese camino en dos años, te digo yo que la siguiente vez que lo recorra, el caballo se acuerda del sitio y se pone alerta al acercarse al lugar del susto.
- Había un caballo al que nadie le quería limpiar la cuadra ni a él, porque era asustadizo y tiraba de las cuerdas y las rompía. Me encariñé mucho con él y le cuidaba todas las mañanas, él tenía mucha confianza y conmigo no hacía esas tonterías. Unos años después de que se fuera de allí lo vi en un concurso, y me acerqué para preguntar si era ése pero no hizo falta decir nada porque el caballo me reconoció al momento.
- Un amigo, por motivos que no vienen al caso, tuvo que regalar a su caballo. Cada vez que va a verlo el caballo se vuelve loco relinchándole, llamándole.
- Hay un caballo en mi hípica que lleva ahí un año más o menos, y solo se coge para paseos. Bueno, pues vino un día el antiguo dueño, que lo domó, y le sacó el paso español chiflándole... Ni siquiera sabíamos que el caballo sabía hacer eso... Y se acordaba de esto aun llevando un año sin haberlo hecho... solo con escuchar su voz, se puso "firme"... Lo más gracioso fue que el dueño actual después le intentó sacar el paso español y no lo consiguió.
- Una vez leí en un libro que un señor compró un pony sin domar para su hija. Le pidió a la hija de un vecino que lo domara, y durante el tiempo que duró la doma esta niña y el pony congeniaron muchísimo. Pasaron los años, y el pony fue vendido a otro dueño. Un día estaba el pony concursando con su nueva dueña, y de repente se salió de la pista y se fue galopando al encuentro de una espectadora atónita: la niña, ahora ya mujer, que lo había domado.

Tenía su propio sueño

Ella tenía su propio sueño,
su primavera particular,
su puesta de sol color fuego
y su mágico río, azul cristal.

Y aquel invierno llovió mucho. Sin parar día y noche y por eso los ríos se llenaron de agua hasta los bordes. Se llenaron a tope los manantiales y las fuentes, en las laderas de las montañas y prados, corrieron cristalinas. Sinuosas por entre los prados y la hierba y desgranando conciertos únicos.

La vieron aquella mañana. Era primavera recién llegada y, por la estrecha senda que atraviesa los castañares, bajó solitaria. Como al encuentro de algún tesoro por donde los charcos del río o como a la cita del príncipe más hermoso. Y, mientras se acercaba al río, dejaba que el viento jugara con su pelo. También ofrecía su cara al sol de la mañana y recogía florecillas brotadas a los lados del camino.

Cuando llegó a la corriente del río, se paró. Justo al lado de la gran roca gris, por donde el charco se remansaba y miró despacio. Metió su pie en el agua y, al notar que estaba templada, se animó. Sobre la misma roca fue dejando su ropa y luego se zambulló en las aguas. Su cuerpo de espuma casi se hizo transparente y luego azul verde, mientras feliz dejaba que el agua la abrazara. Como si ardiera en deseos de hacerse corriente con las aguas del río. Y por eso cruzó el charco, una vez y otra y abrazaba con sus manos el líquido cielo plata.

Sobre la roca blanca
el sol la fue besando
y, en el limpio silencio de la mañana,
se iba y se iba con el río, soñando.

Zaherido // Pequeño homenaje a Delibes

Desde pequeño se afanó en recorrer los campos. Al atardecer se sentaba en la roca de la ladera, frente al sol cayendo, y miraba embelesado. Y, al amanecer, desde la puerta del cortijo, oteaba el horizonte y otra vez se extasiaba ensimismado en la llegada de un nuevo día. Y en primavera, verano, otoño o invierno, siempre recorría los paisajes, con la ilusión del joven más enamorado. Libre como el viento y en todo momento disfrutando del verde en los bosques y del rumor de las aguas yéndose por los regatos.

Desde pequeño y, según fue creciendo, se despertaba en él la necesidad de recoger y guardar sus abrazos con estos campos. Por eso, a su modo y de la mejor manera que sabía, cada día escribía en su cuaderno. Dibujaba algunos planos, ponía nombre a los árboles, rocas, fuentes y ríos y daba colores a las nubes. Y su cuaderno se fue llenando. De sencillos versos, de relatos vírgenes, de caminos blancos, de flores, de vuelos de pájaros y, sobre todo, de muchos y precisos planos. Y cuando el padre le preguntaba:
- ¿Y para qué quieres todo esto?
Él siempre respondía:

- Para mí mismo. Para tener siempre conmigo las cosas que me gustan tanto.
- Pero todas estas cosas las tienes cada día y en vivo frente a ti.
- Es cierto pero no es lo mismo. Este cuaderno y los planos que en sus páginas estoy dibujando, es como un tesoro único y personal. Como mi mayor fortuna.

Y el padre callaba y dejaba que siguiera con su juego. Hasta que un día, cuando ya tenía bastante años, se presentó en el cortijo el dueño de aquellos campos. Saludó al padre y luego le preguntó:
- ¿Y tú hijo?
- Con su cuaderno y por los caminos recorriendo los campos.
- ¿Su cuaderno?
- Sí, su tesoro más íntimo y preciado.
- Me gustaría tocarlo y echarle una ojeada.
Y el padre se fue con el dueño en busca del hijo. Desde el cortijo en la ladera, bajaron hasta el valle del río y luego subieron al cerro de los robles. Llamándolo a cada instante y mirando por todos los caminos. Caía la tarde y era primavera. Por eso todos los paisajes olían a hierba fresca, a flores y polen nuevo y cantaban los pajarillos.

Se lo encontraron sentado en la roca alta, mirando al horizonte, con su cuaderno en las manos y esperando a que el sol se pusiera. Le dijo el padre:
- El señorito, dueño de todas estas tierras, quiere hablar contigo.
Miró él al señorito y le preguntó:
- Aquí me tiene. ¿Qué quiere usted de mí?
- Me han dicho que tienes un cuaderno donde escribes y dibujas cosas únicas y bellas.

- En mis manos usted ahora mismo lo está viendo.
- Déjame verlo.

Y el dueño de las tierras arrebató el cuaderno. Lo abrió y lo ojeó y luego dijo:
- Lo que aquí tienes recogido son cosas que me interesan mucho. Desde hacía mucho tiempo, esto es lo que yo estaba buscando. Me quedo con tu cuaderno para siempre.
- Pero esta obra es mía, es mi sueño, mi tesoro, mi pequeña vida.
- Debes tener en cuenta que yo soy el dueño y estos campos son míos.

Se ponía el sol y por el camino del río el dueño se alejaba llevando con él el cuaderno. Sobre la roca sentado, frente a sol de la tarde, triste dijo al padre:
- No tiene derecho. Es mi tesoro, mi íntimo sueño.
- Pero ten en cuenta, hijo mío, que él es el dueño.

Secretos en el Albaicín, Granada

Conozco uno de los muchos secretos y misterios que se han dando y dan en el barrio del Albaicín. Ha llegado hasta mí a través de una persona amiga. Esta persona un día me dijo:
- ¿Has oído tú alguna vez el secreto de la muralla del Albaicín?
Algo sorprendido lo miré, estuve en silencio un buen rato y luego le pregunté:

- Algunos secretos sé yo de este barrio pero el de la muralla del Albaicín nunca lo he oído. ¿Qué misterio es?
- Dicen que solo se puede ver una vez al año y desde un punto concreto.
Y como la curiosidad se fue apoderando de mí le seguí preguntando:
- ¿Qué día del año y desde qué lugar se puede ver?
- El día es justo mañana. El primer día de la primavera y solo se puede ver este secreto a la hora exacta en que entra esta estación del año.
- Pues yo ya me muero en deseos de vivir esta experiencia. Mañana entra la primavera justo a la seis de la tarde. ¿Quedamos y vamos a este barrio y me muestras el enigma que me dices?
- Si tú quieres quedamos y te lo enseño.
Y no se habló más. Aquella mañana nos despedimos quedando vernos al día siguiente en el Mirador de San Nicolás.

Se sabe que el barrio del Albaicín es el más antiguo de Granada. Y se dice que su origen es árabe. De la época de la Alhambra o mucho antes. Aunque algunas personas dicen que el Albaicín nació con los primeros pobladores de estas tierras. Cartagineses, fenicios griegos, romanos, ziríes, andalusíes, árabes… Y también muchos dicen que sobre el cerro donde ahora se asienta este barrio, fue donde nació Granada. Justo en lo más alto, desde donde se ve mejor todas las tierras de la Vega y la gemela colina de la Alhambra. El lugar exacto se le conoce ahora como Alcazaba Cadima, alcazaba vieja, y también Palacio de Daralhorra.

Quizá por todo esto y algunas cosas más son tres las murallas que tiene el Albaicín. Por el barranco y ladera de la Cuesta Alhacaba, entre el mirador de San Cristóbal y la colina de Alcazaba Cadima, es donde se pueden ver restos de estas murallas. Por aquí y por otros sitios del actual barrio del Albaicín: por algunos tramos de la calle San Juan de los Reyes, por donde Haza Grande, por las laderas de San Miguel Alto…

Estas cosas y más aun, se saben del bonito barrio del Albaicín, en Granada. Porque eso sí: este barrio es el lugar más hermoso de la ciudad de la Alhambra, no solo por su historia y el trazado de sus calles y casas. También y fundamentalmente por el sitio que ocupa. Como ya he dicho: en lo más alto de un precioso cerro que forma colina gemela con la de la Alhambra. Se puede decir que el Albaicín es el espejo de la Alhambra y, al mismo tiempo, la Alhambra espejo del barrio del Albaicín. Porque, en lo más elevado de las colinas, se miran y reflejan sobre las aguas del río Darro y las tierras de la Vega, iluminados por las nieves de Sierra Nevada. Cosas estas realmente curiosas y originales que son apreciadas por muchas personas. Pero este blanco barrio, antiguo y nuevo, guarda en sí misterios y secretos que muy pocas personas conocen. Al menos el secreto que pretendo contar y que me descubrió la persona que ya he dicho.

A la noche siguiente del encuentro que dije, llovió mucho. Sin parar estuvo lloviendo toda la noche y, al amanecer, la lluvia seguía cayendo. Recordé yo que la persona conocida, el día anterior me había comentado:

- Y además de ser en el primer día de la primavera, la noche antes tiene que haber llovido mucho. Sin embargo, cuando se acerque la hora exacta del paso del invierno a la primavera, las nubes deben abrirse en el cielo y el sol tiene que salir. Si estas cosas no se cumplen no será posible ver el secreto que te he anunciado.

Así que al amanecer del día acordado descubrí que las cosas estaban siendo tal como él me lo había contado. Pero temía que a la hora exacta de la llegada de la primavera, el sol no saliera. Sin embargo, confié y a mediodía, salí de mi casa. Con el paraguas en la mano y con la ilusión de encontrarlo en el Mirador de San Nicolás.

Despacio subí por la Cuesta Alhacaba y lentamente me fui acercando al mirador. Y me lo encontré como siempre: lleno de gente que miraba y hacia fotos a la Alhambra y también muchos hippies con perros. Miré y vi a mi amigo. Estaba sentado en el viejo aljibe de ladrillos y también miraba esperando. Seguía lloviendo y por eso se cubría con un paraguas. Le dije:

- Aquí estoy.

- Has llegado a tiempo.

- ¿A dónde tenemos que ir para presenciar el acontecimiento?

- Hay que caminar un poco para llegar a un punto muy concreto.

- ¿Qué punto es ese?

- Es un lugar en este barrio del Albaicín que no te digo ahora. Vamos a caminar y lo verás dentro de un momento.

- Pues, cuando tú quieras.

Y dejó el sitio donde estaba sentado y se puso a caminar. Lo seguí. Cruzamos la plaza por detrás de la iglesia de San Nicolás, entremos en el callejón Cementerio de San Nicolás, salimos a la placeta Hornos Moral, rozamos el aljibe Polo, cruzamos la plaza Aliatar y por el lado de arriba caminamos. Recorriendo muchas callejuelas siempre en dirección a la ladera de San Miguel Alto, que es por donde hay muchas cuevas. Pensé que me llevaba a una de estas cuevas pero no fue así.

Lentamente fuimos remontando toda esta ladera hasta que coronamos al Mirador de San Miguel Alto, por delante de la ermita con el mismo nombre. También pensé que sería por aquí donde él debía mostrarme el secreto pero tampoco acerté. Porque seguimos caminando, le dimos la vuelta a la ermita y volcamos para el barranco del Sacromonte. Y al llegar a este sitio sí le pregunté:
- ¿A dónde me llevas?
- Observa el cielo.
- Sí, parece que ya no llueve. Las nubes se abren y, en algún momento, el sol quiere salir. ¿Es esto lo que tiene que suceder para que podamos ver tu secreto?
- Exactamente esto.
- ¿Y queda mucho por llegar al sitio?
- Muy poco.

Nos acercamos a un tramo de muralla. No digo ahora exactamente el sitio porque esto fue lo que me pidió mi amigo:
- A nadie debes decir nunca las cosas con claridad para así evitar que muchas personas vengan a este lugar.

Y le dije a él:
- Cumpliré siempre con este deseo tuyo.
Por eso ahora solo digo que nos fuimos acercando a un pequeño trozo de muralla, sobre el cerro de San Miguel Alto. Buscamos un punto muy concreto, desde donde se ve todo el Albaicín y seguimos con los ojos puestos en el cielo. Las nubes se abrieron más, el sol comenzó a brillar y la hora exacta en que debía comenzar la primavera se acercaba.
- Todo va a salir bien, ya verás.
- Estoy tan nervioso que hasta me parece que esto no es cierto. ¿Qué tenemos que hacer ahora?
- Debemos buscar la piedra que, al tocarla, nos abrirá la gran puerta al secreto.
- ¿La piedra?
- Sí, una piedra no muy grande, algo blanca porque es caliza y casi redonda.
- ¿Sabes dónde se encuentra?
- Tranquilo.

Miró el reloj, miró luego al sol y se agachó un poco. En este momento miré yo y vi la piedra. Metida en un trozo de la tapia que conforma la muralla y del color que me había dicho. Volvió a mirar al cielo, se abrieron mucho más las nubes, brilló con mucha fuerza el sol y él alargó su mano. Eran las seis en punto de la tarde, momento en que comenzaba la estación de la primavera. Con su mano tocó la piedra y, antes mis ojos, ocurrió el asombro. Vi como el trozo de muralla que teníamos ante nosotros, se abrió en dos. No al frente si no a lo largo. Como si el grueso de la pared que conforma la muralla, a lo largo, se abriera por el centro. Y no solo el trozo que teníamos por la izquierda, hacia la Alhambra, sino el de la derecha y por el otro lado de la ermita de San Miguel Alto, lado

de Haza Grande. Y el trozo que caía para el barrio del Albaicín comenzó a transformase como en mil pétalos de rosas, en todos los colores. Lo mismo sucedía con el trozo de muralla que caía hacia el barranco de Sacromonte.

Y, conforme estos trozos de muralla se transformaban en grandes pétalos de rosas, del centro de estos pétalos, comenzaron a surgir más hojas, también de mil colores y brillantes casi como el mismo sol. Y, entre estos pétalos del centro, vi aparecer todo el barrio del Albaicín. Como transformado en una gran montaña de color blanco y desprendiendo haces de luz hacia los lados. Lentamente surgía del centro de esta gran rosa y al mismo tiempo se elevaba hacia el cielo. Al fondo, muy al fondo y sobre montañas de nubes rojas, se veía la Alhambra.

Con el aliento contenido, yo miraba sin creer que fuera cierto lo que mis ojos estaban viendo. Pero me animé y le pregunté:

- ¿Qué explicación tiene esto?

Y él, con su mano apoyada en la blanca piedra, me respondió:

- Yo no lo sé y por eso no me preguntes más. Solo puedo decirte que no es sueño y de aquí mi deseo de que lo vieras.

- Pero, y si me permites, yo sé que muchas de las personas que han vivido y viven ahora en este barrio del Albaicín, lo pasaron y lo pasan mal, tuvieron y tienen enfermedades, sufrieron y fueron y son pobres. ¿Cómo es que todo lo que ahora mismo veo es glorioso y bello? ¿De dónde sale tanta luz y tantos colores fantásticos?

- En lo que preguntas es donde se encuentra el gran misterio. Y quizá por esto es por lo que a tantas personas les gusta mucho todo este barrio del Albaicín.
- Sigo sin entenderlo.
- Ni yo sé explicarte más. Pero te repito: Esto no es un sueño.

El agua milagrosa

Los vi y me llamó mucho la atención. Siguiendo la carretera llegaron al lugar, se pararon a la derecha, miraron para el río durante unos minutos y luego comenzaron a bajar, siguiendo el caminillo. Por el río, conforme iban llegando, se esparcieron. Como buscando entre los juncos, en la corriente del agua azul verde y entretenidos con algún que otro animal: peces ranas, renacuajos…

Y vi que uno de ellos no se fue con el grupo para el río. Siguiendo una sendilla de animales silvestres, caminó por entre el monte, buscando la elevación del cerrillo. Coronó en poco rato y rodeó el gran peñasco. Lo vi agacharse y beber del pequeño manantial: un hililllo de agua pura como el viento más fino y fría como el hielo, que brotaba justo de los pies de la roca. Y, cuando terminó de beber, se alzó y miró a los que se movían por la orilla del río. Uno de ellos llamó preguntando:
- ¿Has encontrado lo que nos decía?

Le contestó:
- Aquí, a los pies míos lo tengo.

Y el que había preguntado dijo a los demás:
- Parece que ha encontrado el manantial del agua milagrosa.
Y dos o tres del grupo exclamaron:
- ¡Vayamos corriendo!
Y se pusieron a subir a toda prisa por las veredillas que surcaban el monte. Conforme iban llegando se paraban junto a él y preguntaban:
- ¿Estás seguro que ésta es el agua milagrosa?
- Es un agua buena como ninguna otra. Fría como el hielo, clara como el viento más puro y con sabor a roca y a ramas de enebro.
- ¿Y podemos beber toda la que queramos?
- Poneros en fila que yo os voy dando.

Y vi como él, otra vez se agachó junto al manantial, escarbó e hizo una pequeña poza, con tierra y piedrecitas y dejó que pasara un rato para que el agua se "aposara". Luego, con sus manos en forma de cuenco, recogió un puñado de agua de la poza y lo acercó a la boca del primero de la fila. La probó y al instante dijo:
- Es un agua como no he saboreado nunca antes. No hay duda, tiene que ser milagrosa.
Y el que había hecho la poza dejó que fueran acercándose y bebieran toda la que quisieran.

Uno detrás de otro, se fueron agachando e hincando las rodillas en el suelo, bebían de la poza. Con cierta ansia y también con el deseo de que el fino líquido obrara el milagro. Desde la distancia, apiñados

junto al manantial de la roca, yo los estaba viendo. Y por eso ahora puedo dar testimonio de ello.

Entre la nieve, junto al río

Durante varios días estuvo nevando. Sin parar un momento a lo largo de estos días y por las noches y sin que apenas se moviera el viento. Con el cielo todo cubierto de espesas nubes negras y con las nieblas subiendo por los barrancos y coronando las crestas.

Pero aquel día, una mañana ya del mes de febrero, amaneció sin nubes en el cielo. Todo azul, con el viento en calma y la nieve reluciendo blanca. Extendida como una inmensa alfombra mágica, por todas las laderas de las montañas, por las llanuras y barrancos. Y, sobre todo, por la ladera de las encinas, el valle de las rocas, por donde la gran curva del río y por el arroyo de los fresnos. Por aquí y esta parte de la montaña la nieve había caído en tanta cantidad que ni se veían los caminos ni las aulagas ni los romeros.

Pero aquella mañana de cielo azul intenso, fría y blanca como la escarcha más pura, se asomó a la ladera. La de las encinas, frente a la curva del río y el valle de las rocas. Y, antes de continuar avanzando, se paró justo en lo más elevado. Miró, durante largo rato y descubrió que toda la ladera estaba cubierta por una gruesa capa de nieve. Se dijo para sí: “Me gusta esto. Así que no tengo miedo ni me acobardo”. Y pasado unos minutos meditando y sin dejar de observar, respiró hondo y susurró: “¡Dios mío, si estuviera!”

Y pasado y largo rato comenzó a caminar. Pisando la blanca nieve y dejándose deslizar por ella como en los años lejanos, todavía muy pequeño. Y su gozo fue inmenso. Recibió la caria del aire en el rostro y sintió como si cayera al vacío de sus más bellos sueños. Esquivó el pino centenario, la encina de tronco retorcido, la roca boronda y el acantilado de la izquierda. Y, sin preocuparse nada más que de la sensación que gustaba en el corazón, descendió y descendió hasta aterrizar en las tierras llanas del valle. Justo por donde el río se remansa y, a la derecha, se apiñan los fresnos.

Sintió voces y miró. Por la ladera de enfrente, solana, los vio. Eran los mismos de siempre, con sus mismas vestimentas y la misma actitud. Se dijo en su corazón: "¿Cuándo dejaréis de recorrer estas montañas como feriantes que solo buscan divertirse en la fiesta? ¿Cuándo descubriereis que estos lugares son sangrados y por eso antesala del cielo?" No les hizo caso. Metido en sí, caminó ahora hacia el bosquecillo de los fresnos. Buscó por entre la vegetación y las rocas y encontró el refugio. Construido de madera, pegado a unas de las rocas más grandes y muy cerca del cauce del arroyo.

Al llegar empujó la puerta, abrió y entró dentro. Vio la chimenea y, a la derecha, el montón de troncos y ramas secas. Se puso, prendió fuego a las ramas más delgadas y luego echó troncos más gruesos. El fuego prendió con fuerza y, por eso en poco rato, toda la estancia estaba caldeada. Frente a la lumbre se sentó, abrió su mochila, sacó los alimentos y se puso a comer. Y, mientras contemplaba

las llamas, saboreaba los alimentos y fuera el silencio se fundía con el frío, para sí otra vez se dijo: “Nunca sabrás que hoy una vez más te regalo estos paisajes, este cálido rincón y este momento. Me gustaría que estuvieras. Pero no me importa, lo sabe el cielo y mi corazón”.

La excursión

Los conocía desde hacía mucho tiempo. Por eso, muchas veces, ya lo habían invitado. En ocasiones, para reunirse y hablar de temas elevados y, en otros momentos, solo para verse y compartir cosas elementales y también para ir por algún lugar de la ciudad. Por todo esto, ya los consideraba buenos amigos y hasta los tenía por los más buenos.

Pero en aquella ocasión, cuando se enteró de la excursión, descubrió que ya lo tenían casi todo acordado. Directamente a él no le pidieron que se uniera pero por sí mismo interpretó que podía acompañarlos. Porque de ningún modo le había vetado su presencia. Por eso aquella mañana, ya con la primera parte de la excursión en marcha, se pararon un momento. Junto a la pequeña casa, todavía un poco antes de los manantiales y donde la explanada, los árboles y la fuente de aguas claras. Dijo el que iba al frente del grupo:
- Juguemos un rato, tomemos un bocadillo y luego seguimos.

Y enseguida, varios se pusieron a correr detrás de un balón, a charla en corro y, sin saber cómo ni por qué, se vio solo. Sin participar en nada, a

un lado de todos ellos y sin que ni siquiera le dijeran que los acompañara. Se puso a jugar con su pequeño perro y al poco vio como todos se concentraba alrededor de la fuente. Sacaron bocadillos, los intercambiaron entre sí y tampoco les dijeron nada. Ni le ofrecieron un bocadillo ni una fruta ni nada de lo que entre ellos compartían. Y en estos momentos sí se sintió marginado. No dijo nada. Se limitó a estar allí, entre ellos mientras se acercaba al que creía era su mejor amigo. Éste ya había terminado de comerse su bocadillo y por eso dijo:
- No te entretengas muchos y recoge tus cosas que en un momento nos vamos.

Entró a la vieja casa, donde había dejado su mochila, recogió y metió dentro de la mochila algunas de las cosas que un compañero habían dejado por allí y, al poco, salió fuera con la intención de unirse a ellos y continuar el camino. Pero y de repente, descubrió que ya se habían marchado todos. Sin apenas meter ruido y sin decir nada. Ni siquiera tenía claro la dirección que habían tomado. Llamó a su perro que sí estaba por allí retozando, lo acarició y miró para el lado del arroyuelo, por donde se veía un trozo del camino.

En la misma explanada se paró un coche, bajó de él un hombre y una muchacha y el hombre se acercó y le preguntó:
- ¿Sabes a qué sitio se han dirigido?
Y le dijo que todos se habían marchado sin darle ninguna explicación. Le dieron las gracias, arrancaron el coche y se fueron. Mirándolos se quedó él, acariciando a su perro, con la mochila preparada y dudando si seguir, quedarse por allí sin tener claro

para qué o regresar. Porque tenía claro que todos lo habían dejado a un lado sin darle la más mínima explicación.

El puente

Al caer la noche llegaron a la vieja casa. A las afueras del pueblo, al lado norte y sobre una buena elevación del cerro. Y en la casa vieja, por la noche, encendieron una buena lumbre. Y junto a esta candela extendieron sus sacos. En ellos se metieron y, mientras contemplaban las llamas de la lumbre y antes de quedarse dormidos, el más joven comentó a la niña:

- Ya verás como esta noche aparecen por aquí los fantasmas.

- ¿Tú crees en ellos?

- A mí me han dicho que los que hay en esta casa y buenos, muy buenos.

- Pues podrías contarme qué es lo que te han dicho a ti.

Mientras la noche trascurría y en la chimenea danzaban las llamas, el que había hablado de fantasma, contó:

- Me dijeron que en otros tiempos, en esta casa vivieron hombres solteros. Como formando una comunidad de no sé qué cosas extrañas. Y el jefe de estos hombres, maltrató mucho al más humilde y pobre de ellos. Le racionaba la comida, no le daba ni ropa ni mantas y le obligaba a que viviera en el rincón más frío y sucio de la casa. Este hombre se resignaba y rezaba al cielo hasta que un día murió. Y dicen que desde aquel momento se apareció muchas veces al

que le había humillado. Siempre haciéndole ver que tendría un gran castigo su mal comportamiento.

Se hizo el silencio mientras la noche siguió avanzando. Y en la quietud de este silencio se oían crepitar los tizones de la lumbre y también silbar el viento por entre los árboles fuera de la casa. Y llovió mucho a lo largo de toda la fría noche. La niña, antes de quedarse dormida y desde su saco, dijo al que había contado la historia del hombre pobre:
- ¿Sabes? A mí siempre me ha dicho el Anciano que nunca debo tener miedo de los fantasmas. Que éstos solo existen en la imaginación de aquellas personas que no tienen su conciencia tranquila y que sí hay que temer mucho a las personas que no tiene buen corazón. A los que, como este jefe que has dicho tú, hacen daño a los demás, robando, engañando o maltratando.
- ¿Y tú no tienes miedo ahora mismo?
- Ninguno. Tengo mi corazón en paz y no creo en los fantasmas sino en la bondad o maldad de las personas.
- ¿Estas cosas también te las enseñó el Anciano?
- Estas cosas y ya sabes que yo a él le hacía y le hago mucho caso. No hubo nunca en este mundo una persona más buena que este amigo mío.
- ¿Y también te enseñó lo que ahora quieres mostrarnos?
- Claro que sí y por eso tengo tanto interés en que lo veáis.

Era media mañana cuando salieron de la vieja casa, al norte del pueblo pequeño. Tomaron por la calle estrecha que, trazando algunas curvas, descendía en busca del puente. Dejaron atrás la

pequeña plaza sembrada de durillos, las tres farolas de hierro, el bosquecillo de eucaliptos y, poco a poco, se fueron aproximando al río. El pequeño cauce que, por el lado sur del pueblo, lo circundaba embutido en un hondo tajo. Por eso, en tiempos muy lejanos, construyeron aquí el puente. Y por eso lo cimentaron con un solo arco. Todo de grandes bloque de piedra, en un solo arco y, desde cuyo centro, se ve la mejor panorámica del río y del pueblo, con su castillo en todo lo alto.

Y justo cuando ya iba llegando al puente, en el cielo se abrieron las nubes. Por el lado de la mañana, que era por donde el sol trazaba su camino. Y por eso, un gran chorro de sol plateado, comenzó a caer en algunas partes y casas del pueblo. Dijo ella, animada por la brillante luz del sol que desde las nubes se derramaba:
- Lo mismo que en aquellos días cuando por aquí me traía el Anciano.
Y preguntaron ellos:
- ¿Y por qué le gustaba a él tanto esto y en los momentos que nos dices?
- Esperad un poco y lo descubriréis con vuestros propios ojos.

Esperaron pero sin dejar de caminar, acercándose lentamente a la pequeña cuestecilla, trozo final de la calle y primeros metros en la calzada del puente. Volvieron a preguntar:
- ¿En dónde es exactamente?
- Solo unos pasos más y ya estamos en el lugar concreto.
Remontaron la pequeña cuestecilla, toda pavimentada con piedras redondas del río y avanzaron veinte

metros más. Y justo en este momento, el sol brillaba con mucha fuerza y las nubes se abrieron un poco más. Llegaron al mismo centro del puente, donde el gran arco trazaba su curva principal, y se pararon. De nuevo dijo ella:

- Haced las cosas tal como yo os indique y ya descubriréis como de ningún modo os estoy engañando.

Y ellos estuvieron de acuerdo.

Parados en el mismo centro del puente la niña les pidió que miraran para atrás. Le hicieron caso y al mirar descubrieron todo el blanco pueblo descolgándose por la ladera del cerro y el castillo en todo lo alto. Iluminado por los dorados rayos de sol y hermosamente limpio y reluciente. No dijeron nada pero sí expresaron su gran asombro. Ella les indicó de nuevo:

- Y ahora mirar para el lado del sol de la mañana.

Y otra vez le hicieron caso. Descubrieron por aquí el cauce del río y las aguas claras que por el cauce venías resbalando. Y sobre la vegetación y las aguas el sol se derramaba como en una cascada de fuego. Por eso ahora sí comentaron:

- ¡Es fantástico!

Dejó ella que transcurrieran unos minutos y otra vez les dijo:

- Y ahora mirar a las paredes de piedra del puente sobre el que estamos parados.

También le hicieron caso y, al descubrir el espectáculo, su asombro llegó casi al extremo. El sol iluminaba con fuerza cada piedra del puente. Y lo hacía con unos colores tan vivos y una luz tan especial que exclamaron:

- Es mucho más de lo que nos habías dicho.
Y entonces ella afirmó:
- Es lo que tantas veces me enseñó el Anciano, al tiempo que me decía: “Si tu corazón es capaz de asombrarse con estos colores del sol también tú serás capaz de hacer el bien y disfrutar de lo bello. El mejor camino para ser tú misma y no masa como tantos”.

Viaje a la nada

- ¿Cuándo te marchas?
Le preguntaron. Y él respondió:
- Mañana, al caer la tarde.
- ¿Y ya lo tienes todo preparado?
- Todo menos lo más importante.
Y quisieron seguir preguntando pero le dijeron:
- Si organizas una fiesta de despedida nos gustaría ir a ella. Queremos decirte algo.

Hubo un momento de silencio y luego él preguntó:
- ¿Qué es lo que me queréis decir?
También ellos esperaron un rato y luego, el más amigo, dijo:
- Queremos que sepas que toda marcha, todo viaje hacia lo desconocido y nuevo, todo cambio de lugar, es como ir a la búsqueda de lo esencial. ¿Estás tú de este modo preparado?
Y él les respondió:
- En el fondo sé que aquí me dejo lo que más siempre he amado. Y más en el fondo sé que si no me llevo conmigo lo que tanto me duele dejar, de nada sirve mi cambio. Porque llegaré al lugar y comenzaré a vivir por allí pero sintiéndome vacío y sin tener conmigo lo que, desde que vivo, estoy ansiando.

Hubo otro momento de silencio y luego de nuevo le preguntaron:

- ¿Y cómo es aquello?

- Todo campo verde, un río muy claro y un gran valle repleto de altos árboles.

- Sin duda es un lugar hermoso por lo que nos estás contando. Pero ya sabes: todo cambio de lugar, en el fondo es como dar un paso al encuentro de tu final, de lo esencial, de tu hondo sueño, de tu más pura realidad. De nada sirve ir a un lado u otro buscando si no tienes claro que el fin eres tú mismo.

Y nada más se habló en aquel momento. Al poco, los amigos se fueron y él se quedó solo en su habitación. Dio unos pasos y se acercó a la ventana. Miro fuera y descubrió que estaba nublado, no hacía frío y en los álamos de la ladera, arrullaban dos tórtolas y canturreaban algunos mirlos. “Hoy puede llover”, se dijo. Luego cogió un bolígrafo y una hoja de papel y escribió los siguientes versos:

Si me faltas,
si no estás conmigo
por donde vaya,
aunque cambie de lugar
seré nada.

Lo más importante
no es cambiar de casa
ni de país
ni de playa,
si no estás conmigo
vaya a donde vaya
siempre tendré un vacío

en mi alma.

Recordando su blanco juego

Era invierno. Ya final del mes de enero y el día amaneció tranquilo. Solo con algunas nubes en el cielo, el viento en calma y sin apenas frío. Por esto, aunque era invierno, apenas lo parecía. Pero sí, unos días antes, había llovido mucho. Sin parar a lo largo de dos meses y de una forma casi torrencial. Y lo había hecho a largo y ancho de toda la región y por las montañas y campos de sus recuerdos.

Y aquella mañana gris, de viento en calma y con cara de invierno, comenzó a subir por el camino. La pista de tierra que arranca en el corazón del valle y, zigzagueando ladera arriba, pasa por el collado de las encinas en busca del cortijo de las pitas. Y, conforme avanzaba por el carril dirección al cortijo, miraba. Despacio y con interés, como si buscara algo que en el fondo necesitaba. Y él sabía que sí lo necesitaba y por eso tenía claro también qué era lo que buscaba.

Siguiendo el carril de tierra, remontó a la curva cerrada del collado de los majuelos. Se paró un momento y fijo, miró al frente. No muy lejos, descubrió el cauce del arroyo grande, el puente de cemento por donde el camino cruzaba y, más arriba y coronando, la oscura silueta del cerro. Como mirando o vigilando el zigzagueo del camino y como ofreciendo una atalaya en la misma roca que en todo lo alto se clavaba. Siguió atento buscando y sus ojos se fueron hacia la figura del cortijo.

Y al fin descubrió, algo asombrado y al mismo tiempo emocionado, que a pesar del tiempo aun permanecía blanco, misterioso, sereno, hermoso… Oculto un poco por entre las encinas, como en aquellos tiempos, rodeado de eucaliptos, de olivos y de pitas y en el rellano de la derecha del cerro. Mirando al sol de la tarde, de igual modo que en aquellos tiempos y como escondiendo en sí el más importante de los secretos. Secretos o tesoros llenos de recuerdos amables que era lo que, en el fondo, él venía buscando. Con el deseo de rellenar, de alguna manera, el vacío y hambre que tanto le dolía dentro del pecho.

Por eso, después de un largo rato observando la figura del cortijo y meditando los recuerdos, se fue llevando sus miradas para la ladera por encima del puente y del arroyo. Se veía por aquí el camino trazando curvas y aplastado entre las encinas y la tierra. Y por una de estas curvas, le pareció verla. Subiendo con la misma elegancia y belleza que en aquellos días, montada en su bicicleta. De espaldas al arroyo y de espaldas a él pero exhalando tanta belleza que enamoraba y llenaba de dolor al corazón. Quiso llamarla para verla más de cerca y que no se le escapara del tiempo pero cayó en la cuenta que todo era puro recuerdo. Que no era cierto que en ese momento ella por allí subiera aunque su corazón sí la estuviera viendo.

Sin embargo, sí percibió que el aire le regalaba con la misma esencia de aquellos días lejanos y con la misma imagen del cortijo clavado en lo más alto del cerro. Sacó de su bolsillo un bolígrafo y

papel y, sin dejar de mirar para donde le parecía subía montada en su bicicleta, escribió los siguientes versos:

Ha pasado el tiempo
y todo conmigo
se ha hecho tan viejo
que ni siquiera reconozco
estos cerros.
Pero mi corazón
te sigue viendo
igual de alegre y joven
y en tu mismo juego.
Sincera eternidad
en mi eterno sueño.

El bosquecillo de la ladera

Cubría casi toda la torrentera. Desde la parte baja, por donde pasaba la carretera hasta lo más alto, donde se abría la explanada de la facultad. Y el bosquecillo estaba compuesto por almeces, pinos, almendros, unos cuantos fresnos, varios álamos y también robustos cedros. Y, en la parta baja, se tupía con pequeños arbustos como madroñeras, durillos, arrayanes y adelfas que en primavera daban flores rojas y blancas. Por todo esto el bosquecillo, aun en invierno cuando los árboles se quedaban sin hojas, daba gusto verlo. Era como un oasis contractando con el negro asfalto de la carretera y el gris cemento de los edificios cercanos.

Y casi todos los árboles del mágico bosquecillo eran centenarios. Especialmente unos cuantos cedros muy gruesos y tres o cuatro almeces.

Ni se sabía quién los había plantado ni cuando de tan viejos como eran. De aquí que este pequeño bosque tuviera un valor incalculable. Y no solo por la antigüedad de estos árboles sino también por el aroma y color que a lo largo de la primavera y todo el verano regalaban al campus universitario. Y por el milagro de vida que por entre las ramas del bosquecillo bullía en cualquier época del año. Porque entre estos árboles vivían ardillas, mirlos que al amanecer y atardecer alegraban con sus cantos y bandadas de gorriones, jilgueros, carboneros y petirrojos.

Todas estas pequeñas esencias de vida se podían ver y disfrutar en el singular bosquecillo aparte de otros aspectos aun más interesantes. Porque al llegar el otoño, cada año y por el rincón de ensueño, las lluvias de hojas amarillas caían y alfombraban delicadamente. Como en el más hermoso de los sueños y en el reino más fantástico. También se cubría el suelo de pequeñas bayas, de fresca hierba, de mucho musgo y de setas. Un buen número de especies que, junto con las alfombras de hojas otoñales y los líquenes agarrados a los troncos de los árboles más añosos, llenaban de un perfume único todo el entorno. Desde por la mañana temprano, a lo largo de todo el día y por la noche. Y también cuando la lluvia caía y el viento soplaba, del bosquecillo manaba una música muy hermosa. Como un concierto vivo que generosamente amenizaba en las horas del día y de la noche.

Y él vivía justo a unos cien metros de este bosquecillo. En el segundo piso y su ventana se abría a la pequeña ladera tan estéticamente engalanada. Por eso y, a lo largo de muchos años, un día y otro

contemplaba el pequeño rincón tan repleto de colores, de aromas y de vida. Y por eso conocía cada árbol, cada rama, cada mirlo y cada ardilla. Y más aun conocía la música que la lluvia desgranada al derramarse y quebrase por entre la espesura del pequeño edén. De aquí que ya lo considerara como un trozo de su mundo más íntimo y querido.

Pero aquella mañana de invierno, no fueron las nieblas ni las lluvias ni el viento ni en canto de los mirlos lo que llenaron sus oídos y ojos de asombro. A primera hora, sintió un ruido muy fuerte. Rápido se asomó a la ventana y los vio. Dos hombres con una máquina chica, comenzaban a cortar uno de los árboles más viejos. No tardó en bajar, salir a la calle y acercarse a ellos y preguntar:

- ¿Qué es lo que estáis haciendo?

- El rector de la universidad ha dado orden para que cortemos todos los árboles de este bosque.

- ¿Y por qué?

- Dice que algún día, uno de estos árboles puede caer encima de una persona o un coche. Y, antes de que suceda eso, ha dado orden para que los cortemos todos.

Mudo se quedó mirando y, como quizá ellos comprendieron, en forma de excusa le seguían diciendo:

- Pero no te preocupes que luego en este terreno sembraremos otras plantas más pequeñas.

No dijo nada más. Por allí mismo se quedó. Paseando por la acera de enfrente, no para ver y disfrutar del espectáculo sino para, de alguna manera, despedirse de lo que a lo largo de tantos días había sido su mejor recreo y sueño. Y miraba a los que

cortaban los árboles sin molestarlos en su trabajo. Y para sí se decía: “¿Qué otra cosa podrían hacer?” Y sentía en su corazón cada golpe en las ramas y troncos del pequeño bosque.

A media mañana cayó el almez más viejo, un poco después, un cedro, luego un olmo y después el almendro Anciano. Y, lentamente pero sin parar un solo momento, fue viendo como la pequeña ladera se iba quedando sin su bosque centenario. La miraba y la veía extraña, fría y fea. Toda la ladera ya sembrada de trozos de ramas y troncos y desprendiendo olor, no a musgo, setas y fresca hierba, sino a serrín, a gasolina y achicharrada madera.

Al mediodía llegó otra máquina. La pusieron en la misma acerca, le engancharon un tubo y dentro fueron echando los trozos de ramas. Por el grueso tubo comenzó a salir un chorro de trozos pequeños de ramas trituradas. Y ahora sí preguntó y le dijeron:
- Esto servirá de abono para toda la tierra de la ladera.
- Si veo que ahora por aquí solo van quedando algunas mantas de hierba ¿qué sentido tiene este abono?
- Ya te hemos dicho que sembraremos nuevas plantas. Tú Verás luego, cuando llegue la primavera, qué aspecto tan espléndido muestran estas tierras.

Y no habló más con ellos. Cabizbajo y pensativo regresó a su habitación. Volvió a la ventana y, durante mucho rato, estuvo mirando. Para ver despacio a ir asimilando la nueva imagen que iba presentando la torrentera del bosquecillo. La tarde cayó y llegó la noche. Y fue comprobando como lentamente todo se quedó en silencio por el rincón. En

su silencio de siempre aunque ahora con un sabor nuevo y muy extraño.

Porque, al atardecer, ningún mirlo revoloteó ni cantó por donde la pequeña ladera. Tampoco al amanecer se vio por el lugar la presencia de ninguna ardilla ni carboneros ni petirrojos. Ni siquiera se oía el paso del viento quebrándose por entre las ramas y hojas de los árboles. Ni la alfombra de hojas otoñales ni se percibía el olor a setas y a musgo añejo. Solo un silencio mudo y muy profundo y una muy extraña quietud serena que parecía enmarcar el reflejo del negro asfalto y el gris feo de los edificios de cemento.

Asomado a su ventana, unos días después y una fría mañana de invierno, la recordaba mientras miraba y meditaba la desnudez de la ladera. Y sin saber por qué pero sí empujado por un agudo dolor interno y una pequeña amarga tristeza, escribió los siguientes versos:

El bosque nuestro,
el pequeño paraíso
tan bello,
también ya ha desaparecido
de este suelo.
Ni siquiera su nombre queda
para el recuerdo.

Al encuentro de su sueño

Tres noches seguidas tuvo el mismo sueño. Y al despertarse, al día siguiente, siempre sentía la misma extraña sensación y el mismo vacío y gozo

dentro. Como si acabara de regresar de algún mundo nuevo, donde se le hubiera quedado lo mejor del corazón. Y por eso, al volver, observar y tocar la misma realidad que cada día le rodeaba, siempre se notaba como extranjero. Como si ahora nada por aquí la satisficiera y deseara, con mucha fuerza, regresar a la vivencia y el mundo de su sueño. Y a nadie nunca comentó nada. Todo para sí se lo guardaba, compartiéndolo únicamente con ella en el recuerdo y esperaba que algo muy especial sucediera en cualquier momento. Como si una voz dentro le gritara: “Tu fe, tu ansia de eternidad y amor por lo elevado y bello, no te traicionará. Un día, todo se te hará real con la misma luz y fuerza que lo has visto y deseado tantas veces en tu sueño”.

Al caer la tarde de aquel día del mes de enero, se paró junto al manantial. Y, en el pequeño rellano a la derecha de los tres viejos álamos, se puso y levantó la tienda. Clavando lentamente y tensando cada cuerda. Y, cuando ya la oscuridad de la noche llegaba, la tienda estaba perfectamente colocada. Aquí mismo, a solo unos metros de la tienda y no muy cerca del manantial, preparó y encendió un fuego. Con ramas secas de carrascas y troncos de sabinas y enebros. Junto a esta lumbre se sentó y, mientras las primeras horas de la noche avanzaban, aquí estuvo sentado acurrucado. Preparando también algo de alimento y recogido en sí y meditando.

Luego, cuando ya la noche llegaba casi a su centro, se metió en la tienda, se acurrucó en el saco, rezó una breve oración, a su manera y como tantas otras veces y relajó su cuerpo. Dejó en blanco su mente y se dispuso a hundirse en el gran silencio de la

noche. No hacía mucho frío aunque sí unos días antes las nieves habían caído sobre las crestas de las montañas y luego llegaron las lluvias. Dos días después las nubes se abrieron y tímidamente el sol salió. Sol tibio de invierno, teñido todo de color pálido y alumbrando con muy poca fuerza. Por eso la noche se presentaba rasa, con algunas estrellas muy brillantes en el cielo, con el viento por completo en calma y con un silencio hondo como el universo.

Y durmió plácidamente, relajado y confortado por el calorcito que le proporcionaba el saco. Como acurrucado en las más finas sábanas de seda y el más blando colchón de lana. Por eso, antes de quedarse dormido y cuando en algún momento se despertó a lo largo de la noche, se decía hablando consigo mismo: “Quiero relajarme y fundirme totalmente con el puro silencio de la noche. Para que el sueño se apodere de mí y me hunda hasta lo más profundo de la placidez y el silencio. Para fundirme, sin notarlo, en el océano mismo del tiempo y en la quietud de la eternidad”. Esto, más o menos se decía a sí mismo mientras el silencio de la noche lo iba envolviendo.

Y durmió hasta el amanecer profundamente y en la mayor de todas las dulzuras. El canto de unos pajarillos le despertaron y, tal como estaba acurrucado en su saco y dentro de la tienda, abrió sus ojos, corrió un poco la cremallera de la puerta y miró para fuera. Comenzó a ver la claridad del nuevo día y la silueta de las montañas recortadas en el cielo. No se incorporó. Tal como estaba acurrucado, se quedó quieto, meditando también, pensando en ella y agradeciendo al cielo la noche tan hermosa y el lugar tan privilegiado. Siguió envuelto en su saco. Como si no

tuviera prisa porque ninguna obligación le esperaba ni tenía que ir a ninguna parte.

Sin embargo, y según se iba espabilando, también comenzó a decirse que debía aprovechar y ver el nuevo amanecer. El sitio y el momento eran únicos y por eso no debía perdérselo. Varios pajarillos seguían desgranando sus cantos cerca de la tienda, por donde el manantial y entre las ramas de los álamos. Y por eso se dijo de nuevo que debía agradecer al cielo tan especial y único regalo al tiempo que, una vez más, se le avivaba en el alma su recuerdo. Como tantas otras veces y más, en aquellos momentos en que la vida y las cosas les regalaban estados hermosos y placenteros. A pesar de tanto tiempo, de ningún modo se le borraba en el alma ni se le apagaba en los latidos de su corazón.

Sintió murmullo de personas que se acercaban. Tomó la decisión de incorporarse y lo hizo rápido. Salió de su saco, se puso las botas, abrió un poco más la puerta de la tienda, se alzó sobre sí y miró con el deseo de ver quienes se acercaban. Y los descubrió. Subían en grupo desperdigado por la senda que, recorriendo la ladera, remonta desde el río en busca de las ruinas del cortijo. Y enseguida descubrió que venían cargados con grandes mochilas, portando bastones de madera, gorros de lana en muchos colores y a juego con el resto de ropa que vestían.

En la misma puerta de la tienda se quedó quieto esperando que se acercaran. Notó que, según se aproximaban, fueron descubriéndolo. No tenía nada que temer y menos que ocultar. Por eso, desde la más auténtica serenidad y sintiéndose el más libre de los

humanos, los saludó todavía antes de que llegaran. El que precedía a la comitiva le preguntó:
- Venimos buscando las ruinas del cortijo del misterio. ¿Sabes tú si son estas que vemos a la derecha?
Y le respondió:
- Yo solo sé que, en sus tiempos, éste fue un gran cortijo donde vivieron algunas de las personas que poblaron estas montañas. Las personas más humildes y buenas que jamás nunca nadie haya conocido. Ahora solo queda de él, las ruinas que estamos viendo.
- ¿Se puede recorrer por dentro?
- Ya ves que no tiene ni puertas ni ventanas.
- Es que nos han dicho que este es el cortijo del misterio y hoy nos hemos juntado personas de muchos sitios para venir a explorarlo. Tú no lo creerás pero a nosotros nos gusta mucho esto.

Y no habló más con ellos. Dejó que se acercaran y que llevaran a cabo el plan que traían entre manos. Se apartó un poco de la tienda y caminó en busca de la roca en el extremo del puntal. Por donde crecen las grandes madroñeras y se abren los voladeros profundos en forma de amplio mirador hacia el ancho y hondo valle. Y, al llegar al borde mismo de este grandioso mirador natural, se paró. Frente al profundo cañón del río y frente al lejano valle.

Por entre las nubes, los débiles rayos del sol invernal, se escapaban y relucientes se derramaban solo en algunas partes muy concretas del lejano y hondo valle. Como si algo muy grande y desde el cielo pretendiera mostrarle alguna realidad muy concreta y única. Esto pensaba él cuando, de pronto, esta realidad parecía materializarse ante sus ojos: un haz

gran de rayos de sol, incidió fuertemente sobre un rincón del valle. Y este rincón se iluminó con tanta claridad que parecía arder en llamas azules y blancas. Del cielo vio descolgarse una gran figura en forma de estrella que quedó suspendida por encima del rincón iluminado. Miraba fijo y embelesado cuando en su interior le pareció oír: “Tu fe, tu ansia de eternidad y amor por lo elevado y bello, no te traicionará. Un día, todo se te hará real con la misma luz y fuerza que lo has visto y deseado tantas veces en tu sueño”.

Nace un niño

La noticia llegó hasta los campos. Y él, que también trabajaba la tierra, alzó su cuerpo, miró despacio al horizonte y dijo a sus compañeros:
- Yo voy ahora mismo a verlo.
Y los que le acompañaban también comentaron:
- Nosotros no podemos dejar el trabajo porque, si se entera el dueño, nos despide. Vuelve pronto y nos traes noticias.
Y no se habló más.

En la misma tierra dejó sus herramientas, se puso un poco de ropa, lavó sus manos en el agua del arroyuelo y, sin perder más tiempo, recorrió el camino en busca del lugar. Llegó al pueblo, preguntó y fue directamente a donde la madre con el niño. La saludó, le dio y beso y luego dijo:
- El nacimiento de un nuevo niño, en estos tiempos, es la noticia más grande. Y este niño es el más bello que nadie haya visto nunca.
La madre le dio las gracias y luego comentó:

- Mi casa se ha quedado sola. Regresa y lleva a los vecinos la noticia de este acontecimiento. Da de comer y beber a los animales que allí tengo y luego vuelve a los campos y comparte con los demás lo que tus ojos están viendo.

Regresó por los caminos y, mientras bajaba por la senda que surca la ladera de los romeros, se dio cuenta que por el cielo revoloteaban una pequeña bandada de palomas. “Parece como si también se alegraran de la presencia del niño que ha nacido”. Y, en este momento, una de las palomas, se separó de la bandada y se vino volando como a su encuentro. Como si pretendiera acercarse para compartir con él la alegría del acontecimiento.

Llegó al cortijo, dio de comer y beber a los animales y luego, de nuevo se puso en camino para regresar a los campos. Junto a las aguas del río se encontró con los niños que jugaba sus juegos. Les dijo:
- Os traigo una gran noticia: un niño dulce y muy pequeño acaba de nacer. Lo he visto con mis propios ojos y es lo más hermoso de este mundo.
Y los niños dijeron:
- Queremos verlo.
- Venid conmigo, se lo decimos a los que trabajan las tierras, también a los pastores y a los demás de estos campos. Luego todos juntos volvemos y os enseño dónde ahora mismo se acurruca este ángel.

Y los niños le siguieron. Llegaron a los hombres que trabajaban las tierras y les dijeron:

- Es el milagro más grande que nunca se ha dado por estos lugares. Vamos todos junto a comunicárselo al dueño.
- ¿Y si nos despide porque hemos abandonado el trabajo?
- Le decimos que él también se venga con nosotros y que vea.
Y no se habló más. Unos se fueron en busca del dueño, otros hacia la montaña al encuentro de los pastores y otros para la ciudad. Y el que había visto al niño, a unos y a otros, les repetía:
- Y decidle a todos que hay que organizar una fiesta. El nacimiento de un niño es lo más grande de todo.

El color de un sueño

- ¿Nunca lo has visto tú?
Preguntó él. Y ella respondió:
- Nunca en mi vida lo he visto. Ni siquiera en sueño y, ahora que me lo dices, sí que me gustaría verlo. ¿Es del mismo color que me has dicho y tan hermoso?
- Y aun más porque las palabras ni siquiera pueden definirlo. ¿Quieres verlo?
- Pues claro que sí.

Y aquella tarde, todavía un poco antes de que el sol se pusiera, subieron por la senda que recorre la ladera. Llegaron a lo más alto del cerrillo y, al dar vista al arroyo, se pararon. Frente al cerro gemelo donde, en todo lo alto, se veía el cortijo. Ya muy viejo, casi en ruinas y recortado en el cielo. Al fondo, por donde la tarde se iba, se veían las nubes y los rayos del sol surgiendo por entre ellas. Más cerca de ellos, entre las ruinas del cortijo y el cerrillo donde estaban parados,

se veía el arroyuelo. Sin agua ninguna, con unos cuantos álamos clavados en la llanura de abajo, un par de majuelos algo más arriba y el manantial de las rocas, en la parte alta.

Dijo él:
- De ese manantial, la fuente más pura y fresca de estas montañas, cogían el agua para beber los que vivieron en el cortijo.
- ¿Y todavía sigue ahí el venero?
- Todavía y parece que cada día con el agua más clara y fresca.
- Quiero verlo y mojar mis manos en esa agua y beber un trago.
- Es necesario para apreciar después los colores que te vengo diciendo.

Y sin más, avanzaron de nuevo por la senda. Siguiendo la línea de la pequeña loma y atravesando la espesura de romeros. Rozaron el majuelo grande y se acercaron al manantial. Justo donde el arroyo comienza a fraguarse y por el lado de debajo de las dos llanuras grandes. Y, al acercarse, vieron que la fuente manaba copiosa, clara y remansada.
- ¿A caso es milagrosa esta agua?
Preguntó ella.
- Yo no sé si tiene propiedades pero sí puedo confirmarte que es agua buena, muy buena.

Bebieron, se lavaron las manos, se quitaron los zapatos y, en la corriente que caía desde la fuente, mojaron sus pies y luego siguieron.
- La tarde está cayendo y por eso tenemos que darnos prisa.

Y subieron rápidos recorriendo la ladera del cerro frente a las ruinas del cortijo. Llegaron a todo lo alto justo cuando el sol se ocultaba tras las lejanas montañas. Y él de nuevo comentó:
- Mira despacio y espera unos minutos.
Hizo ella lo que le pedía y, a los tres minutos, vieron como el color violeta claro se empezaba a derramar por todos los paisajes. Como en forma de lluvia mansa pero impregnando profundamente. Dijo ella:
- Lo estoy viendo y no lo creo pero compruebo que tenías razón: es fantástico. Como el color de un sueño.

La noche más fría del año

En algunas partes del mundo, es casi normal que el frío sea tanto. En toda Rusia, en Noruega, en Alemania y en gran parte de Europa, por estos días primeros de enero, los termómetros han bajado mucho. A menos cuarenta grados han llegados en Noruega. Y, en algunas partes de Rusia, lo mismo o quizá más. Por eso allí y, en algunas ciudades, han creado hasta castillos de hielo. Tal es el caso de Irkutsk, la gran ciudad de Siberia, donde han hecho un museo del hielo, un gran palacio, todo construido con bloques de helados y dentro han colocado muchas figuras representando a los personajes de algunos cuentos clásicos. Todo de hielo transparente porque aquellos lugares se consideran los sitios más fríos del mundo y justo en estas fechas del año.

En el Cortijo de la Viña, al norte de la ciudad de Granada y en esta mañana diez de enero, el Anciano le decía a la niña:

- En Rusia, que haga tanto frío y que por las calles construyan figuras de hielo, es normal. Lo extraño es que estas cosas ocurran en nuestro país y más extraño es que suceda aquí en Granada.

Y ella preguntó al Anciano:

- ¿Tú crees que esta noche ha sido la más fría del año?

- Lo ha sido. Y por eso se han helado las cascadas del río, las fuentes en las calles y plaza de Granada, los ríos en las cumbres de Sierra Nevada y los manantiales y arroyos por estas tierras nuestras.

Y ella dijo:

- Quiero que me lleves a las cascadas del río. Un espectáculo como el de hoy solo ocurre en sueños o una vez cada muchos años.

Y él le contestó:

- Te voy a llevar a las cascadas heladas del río. También yo quiero verlas y disfrutar contigo tan fantástico y transparente espectáculo.

- ¡Vale! Porque también luego, cuando estemos por entre las obras de arte que dices el frío ha esculpido esta noche por esos sitios, quiero preguntarte algo.

- ¿Qué es lo que deseas preguntarme?

- Luego, cuando ya toque con mis manos las cascadas heladas del río, te lo digo.

Y no se habló más. Eran exactamente las nueve de las mañana del día diez de enero. Ocho grados bajo cero marcaba el termómetro que hay colgado en la puerta del Cortijo de la Viña. Quince o veinte grados bajo cero decían las noticias que por la noche, a las seis de la madrugada, habían señalado

los termómetros de muchos sitios en Sierra Nevada. También hoy había mucha nieve en casi todos los paisajes de España. Nevó ayer mucho. Durante casi todo el día y hasta por la tarde. Luego, cuando ya se ponía el sol, las nubes fueron marchándose y esta noche se ha quedado por completo raso. Sin una nube en el cielo y por eso los termómetros han bajado tanto. Por eso ha helado y por eso, al amanecer de este nuevo día de enero, todo se ve tan frío, transparente y blanco.

Mientras se preparaban para salir del cortijo y ponerse en camino hacia las cascadas del río, observaban por la ventana. Bajo ella y fuera, se veían las ramas del acebo y, en estas ramas, los puñados de bayas rojas.

- Se habrán helado.

Comentó la niña.

Y en estos momentos se oyeron los chillidos de un mirlo y los alborotos de los gorriones.

- También estarán muertos de frío.

Seguía comentando. Y el Anciano le ayudaba a ponerse las botas, el abrigo, la bufanda y el gorro de lana. Ella continuaba diciendo:

- Y luego, si nos da tiempo y el frío no acaba con nosotros, quiero que me lleves a ver las fuentes de Granada. Será un espectáculo verlas heladas y también será un espectáculo ver heladas las fuentes y acequias de la Alhambra. ¿Te acuerdas del arroyuelo que corre pegado a la muralla?

- Claro que me acuerdo.

- Pues también quiero verlo. Helado y por entre aquellos olivos y raíces de los álamos, será emocionante. Y toda la Alhambra, con la blancura de

Sierra Nevada al fondo, de ningún modo hoy quiero perdérmelo.

Ya el sol se derramaba limpio sobre los paisajes cuando salieron del cortijo. Cruzaron las eras, tapizadas de hierba, hoy blanca por la escarcha, y tomaron la senda que lleva al arroyo del balneario. De las ramas de las nogueras, desnudas de hojas y cubiertas por la escarcha, colgaban algunos carámbanos. Las últimas gotas de lluvia de unos días antes el frío las había convertido en hielo. Dijo ella:
- Dan ganas de cogerlos y comérselos.
- Cuando yo era pequeño siempre pensaba como tú ahora mismo. Y a estos carámbanos tan relucientes y cristalinos yo les llamaba "caramelos de invierno, regalo de las estrellas".

Ella no comentó nada más en este momento. Se acercaron al arroyo del balneario y, antes de cruzarlo, vieron que por el lado de arriba, de la pequeña cascada, colgaban muchos carámbanos, mostrando las formas más variadas, todas bonitas y acariciadas por el limpio sol de la mañana. Junto a las aguas del arroyuelo, en los tallos de la hierba, en los palos de las ramas secas, en los juncos y en las piedras, el hielo colgaba en mil pequeñas figuritas brillantes. De nuevo comentó ella:
- Y en verano, ya sabes la de veces que nos hemos bañado en la corriente y charcos de este arroyo. Hasta me acuerdo ahora mismo que el día que estuvo por aquí ella las temperaturas llegaron a cuarenta grados. No se podía vivir y ahora, el frío es tan intenso que hasta se congela el aliento.

Cruzaron la corriente, siguieron la senda que lleva a la ladera del olivar, bajaron por entre el bosque de los robles y, sin dejar la vereda, fueron descendiendo hacia el río. Por donde las cascadas más grandes y los redondos charcos azules. Y conforme iban acercándose, hasta ellos llegaba el estruendo de las aguas. Los días de lluvia, durante casi dos meses y hasta anteayer mismo, habían dejado mucha agua por los campos. Y, sobre todo, en las montañas al levante y por entre los bosques de pinares y castaños. Por eso ahora esta mañana, el río bajaba tan lleno.
- Como hace ya muchos años que no lo he visto yo.
Comentó el Anciano. Y como respuesta ella dijo:
- Fíjate como se muestran las cascadas.

Frente a las grandes cascadas se pararon y el Anciano miró para donde ella señalaba. Y asombrado descubrió el fantástico espectáculo. De arriba abajo y hasta los mismos charcos, caía brillante un amplio manto de hielo: carámbanos en forma de estalactitas y estalagmitas, engarzadas entre sí como con hilos de plata y dejando traslucir su transparencia a los rayos del sol que los besaba. Y arriba, donde las aguas del río comienzan a despeñarse para forma la cascada, los bloques de hielo eran tan grandes que hasta daba miedo acercarse más. Pero ella no sentía miedo y por eso decía al Anciano:
- Quiero ponerme justo debajo y al borde del charco azul. Dame tu mano y sígueme con cuidado.

Le hizo caso él y, durante unos minutos más, caminaron por la orilla del río. Pisando cristales de hielo y procurando no resbalar. Cuando ya estuvieron

donde ella pretendía, se pararon, miraron embelesados y entonces preguntó:
- ¿Crees tú que Dios existe?
Y el Anciano permaneció callado. Ella aclaró:
- Te hago esta pregunta porque sé que muchas personas dicen que Dios no existe. Pero yo pienso que estas maravillas tan perfectas que ahora mismo tenemos ante nosotros, alguien las tienes que haber modelado. Tú mira despacio y verás como descubres la mano de Dios en ellas.

Para seguir creyendo

Llegó al manantial, miró durante unos minutos, buscó por donde mejor acercarse y se aproximó un poco más. El manantial, no un chorro de agua surgiendo de la tierra en forma de borbotones sino como una ancha manta extendida, manando por todos lados. Porque el manantial brotaba al final de la ladera, donde el terreno forma un pequeño barranco que caes casi llano, hacia el río. Y hoy el agua, por este peculiar venero, brotaba a raudales.

Saltó por unas piedras, se agarró a unos juncos, se acercó a los borbotones y buscó un lugar para sentarse. Lo más arriba posible y lo más cerca de las aguas para tocarlas con sus manos y oírlas con claridad. Encontró un grueso peñasco, casi clavada en la tierra empapada pero seco por el lado de arriba, y aquí se sentó. Mirando en la dirección en que se iban

las aguas y casi metido en el centro de la extensa manta de hilos y borbotones.

Por lo alto de las cumbres, las espesas nubes asomaban. Anunciando lluvias y arrastradas por el fuerte viento. Y la lluvia había caído a lo largo de toda la noche y también ya de madrugada. Sobre la ciudad de la que había salido al amanecer y sobre los montes que al norte la rodean. Y mientras caminaba en busca del manantial, pensó en ellas muchas veces. Ya hoy era cuatro de enero, todavía fiesta en la ciudad y por eso, a estas horas, las imaginaba metidas en su piso. Quizá durmiendo la resaca de la última noche de fiesta, quizá con frío y con pocos alimentos y quizá preocupadas.

Extranjeras y estudiantes y con solo tres meses en la ciudad, quizá tendrían, si no serios problemas, sí pequeñas y muchas dificultades. Por eso, a lo largo de los muchos días de fiesta: Navidad, año viejo y nuevo, reyes…las había recordado con frecuencia. Y a punto estuvo de llamarlas y felicitarlas pero siempre acudía a su mente el último día que las vio. Se comportaron con él sin respeto y sin ni siquiera tener el tacto de irse sin dejar ver su desprecio. Simplemente dijeron que se tenían que ir y lo hicieron. Lo dejaron en medio de la calle, con la boca abierta y mirándolas irse. Por eso su comportamiento le dolió tanto que, a partir de aquel momento, no paraba de recordarlas. Y también por eso, no se atrevió a felicitarlas en ninguno de los días de fiesta. “Las extrañas cosas que ocurren entre los humanos y con estas muchachas estudiantes y extranjeras”, se decía continuamente.

Sentado en la gran piedra, casi en el centro de amplio manantial, se puso a mirar despacio los hilillos saltando ladera abajo. Y, mientras las recordaba y las nubes lo arropaban, una vez más pensó que no eran buenas y que carecían de sensibilidad. En su corazón le aprisionaba un profundo dolor. Miraba al cielo, miraba a las aguas deslizándose limpias hacia el río y, a su modo, rezaba. Para que de alguna manera el cielo les ayudara. Y también y de alguna manera, para animarse a sí mismo a seguir creyendo en ellas. Sacó de su bolsillo un cuaderno y cogió un bolígrafo. Meditó un momento y luego escribió el siguiente poema:

Como el agua de este río
te marcharás en la tarde
por tu camino
pero sin llevarte
el sueño dorado y limpio
que quise darte.

Tampoco te llevarás
el perfume limpio
de los jardines de Granada
ni los latidos
de las nieves blanca
que sí han soñado contigo
de madrugada.

Y sí serás un suspiro,
leve pavesa herrada
que fuera de su camino
se aferra en buscar la vida
que hoy has perdido.
Sin luz te llevas el alma

y el corazón vacío.

Excursión a las cascadas

El responsable de organizar la salida dijo:
- La excursión será el día tres y el autobús partirá a las nueve de la mañana, del sitio que todos conocéis.
Y preguntaron varios:
- ¿A dónde iremos?
- Os lo diré en su momento.
Y nada más se habló.

El día tres, a la hora fijada y en el sitio acordado, el autobús ya estaba esperando. Llegaron los primeros y, entre ellos, el responsable. Tres minutos después, llegó un pequeño grupo y se dispusieron a subir al autobús cuando el responsable aclaró:
- La excursión será a la ciudad para ver monumentos.
Y los últimos que habían llegado comentaron:
- A la ciudad no queremos ir de excursión. A nosotros nos gusta más la montaña.
Y el responsable confirmó:
- Pues esto es lo que hay.

Cinco minutos más tarde el autobús se ponía en marcha solo con tres o cuatro dentro. Uno de los que se había quedado en tierra, dijo:
- Propongo hacer por nuestra cuenta una ruta a las montañas.
- ¿A qué sitio?
- A las cascadas de las cuevas, en el cerro oscuro que muchos conocemos. Después de tantos días de lluvias

y hoy con este sol tan espléndido, aquello tiene que ser un espectáculo.
Y casi todos a una dijeron:
- ¡Vale! Ese sitio es fantástico.
Y no se habló más. Cogieron sus mochilas y se pusieron en camino con la intención de subir a las cascadas.

Unas tres horas después, llegaron al cruce de los arroyos. Al que por la izquierda baja desde las cascadas y al que por la derecha llega de frente desde los llanos altos. Uno del grupo dijo:
- Si os apetece descansamos un momento, tomamos un bocadillo para reponer fuerzas mientras esperamos a los que vienen rezagados.
Y todos estuvieron de acuerdo.

Se apartaron de la senda, caminaron unos metros cerrillo adelante hacia la izquierda y, cuando dieron vista al río, pararon.
- Este es un sitio muy bueno para descansar mientras comemos algo y esperamos a los que se han quedado atrás.
Y los demás vieron que lo que decía era cierto: en lo más alto del cerrillo, la hierba tapizaba, varias rocas se elevaban ofreciendo asientos y mesas y la elevación del terreno, fraguaba como un mirador natural sobre las aguas del río y pequeñas cascadas y charcos. El río bajaba repleto y espumoso. Las lluvias de los días pasados habían dejado mucha agua sobre las montañas altas y los llanos. Por eso hasta ellos llegaba el estruendo de las grandes cascadas de las cuevas, a la izquierda y muy al fondo.
- Estaremos allí en poco tiempo.
Comentaban.

De sus mochilas sacaron algunos alimentos y se pusieron a tomar un bocadillo. Uno de ellos tiró un racimo de uvas, con solo dos o tres granos pequeños.
- Esto lo recicla la naturaleza.
Comentaba. Y, casi al instante, tres pajarillos, carboneros y currucas, saltaron desde los pinos cercanos y se pusieron a comer los granos de uvas que todavía quedaban en el racimo. Todos se quedaron mirando y solo uno, muy quedamente para no asustar a las avecillas, comentó:
- Solo por ver esta escena, ya puedo decir que es fantástica y ha merecido la pena esta excursión nuestra.

La noche de fin de año

Aquella noche, la penúltima del año, llovió mucho. Sin parar estuvo lloviendo casi toda la noche y, al amanecer, se incorporó en su cama. Enfrente tenía la ventana, por completo abierta y por ella miró durante mucho rato, mientras meditaba. Seguía lloviendo, no hacía frío y sí se oían las ramas de los cedros empujadas por el leve viento. Recordó que unas horas más tarde ya sería final de año. La última noche y meditó un poco en las fiestas y jolgorios que en esta noche viven muchas personas. Y pensó en ellas.

Las había conocido solo unos meses antes. Al comienzo del curso y, nada más verlas, las trató con el máximo respeto y atenciones. Procurando transmitirles su cultura, su forma sencilla y noble de

ver y enfocar la vida, el cariño y amor por las cosas y personas y, sobre todo, intentando en todo momento que se sintieran respetadas, tanto en sus creencias y pensamientos con en sus cuerpos.

Él tenía su casa en uno de los barrios más bonitos de la ciudad. Lugar tranquilo, elevado en la ladera y por eso con hermosas vistas sobre la ciudad y la vega y sobre las altas cumbres. Y su hermosa y cómoda casa, estaba rodeada del mejor jardín. Con fuentes llenas de claras aguas, árboles frutales y muchas flores y hasta un pequeño bosque de pinos y robles. También naranjos que daban naranjas buenas y un trozo de tierra donde cultivaba hortalizas y legumbres. Por todo esto y por la gran tranquilidad y el amplio espacio su casa, aunque no fuera un palacio, sí era muy bella, muy cómoda, recogida y con aires puros.

Y a él no le faltaba de nada. Tenía buena calefacción, comida sana y abundante, teléfono y ordenador y coche para ir a donde quisiera. Pero vivía solo aunque continuamente ocupaba su tiempo en meditar y en hacer y dar a los demás no dinero ni alimentos sino cariño, respeto y apoyo humano. Por eso nunca tuvo ni sentía envidia de nadie ni tampoco exigía que los demás le aceptaran o lo comprendieran. Decía que era como era y así se manifestaba y dejaba que los demás fueran ellos mismos. Pero se sentía sabio, inteligente, bueno y muy seguro de sí. Nunca en su vida había sentido envidia ni de nada ni de nadie.

Por eso a ellas, nada más conocerlas, les ofreció todo lo que en sí era: sinceridad, cariño, respeto, libertad, sus manos y sus fuerzas. Sin más

pretensión que ayudarles en lo que necesitaran. Pero ellas no se comportaron con respeto ni agradecidas. En varias ocasiones rechazaron su compañía y, en algún que otro momento, también le mintieron para irse con otras personas y sitios. No les reprochó nada. Dejó que pasara el tiempo, meditando en la distancia y en silencio y respetando sus modos de comportarse y de ser. Sentía que estaban en su derecho y eran libres.

Pero aquella mañana, el último día del año y después de la gran noche de lluvia, nada más despertarse pensó en ellas. Y cayó en la cuenta que a la noche siguiente ya sería Noche Vieja. Y él sabía que en esta noche muchos se van de fiestas, se emborrachan, bailan, se abrazan, se besan, vomitan y se mean por las calles y gritan y... Y pensó en ellas, extranjeras y jóvenes y muy alejadas de él. Y meditó despacio en muchas de las cosas que en esta noche se viven y sintió pena. Se dijo que en el fondo, aunque buscaran amigos y se divirtieran mucho en esta noche, luego se sentirían vacías y desorientadas. Porque, y según su modo de ver y sentir las cosas, no estaban comportándose con inteligencia ni hacían lo correcto. Y de nuevo sintió pena por ellas, mientras las recordaba y pensaba en la noche de fin de año.

El primer día del año

Amanece en el Cortijo de la Viña y hoy no es un día como otro cualquiera, aunque lo sea. Se despierta e incorpora él y, desde su cama, mira por la ventana. La tiene abierta de par en par, como tantos otros días, noches y horas del año que ya atrás queda.

Y por la abertura de su ventana, lo que ve fuera, es casi igual a lo de tantas otras veces: el cielo nublado, hojas secas por el suelo en las laderas de los álamos, hierba verde hoy bañada en rocío, las ramas de los cedros meciéndose levemente empujadas por el vientecillo, el acebo bajo su ventana y la luz gris del nuevo día de invierno.

Se oye solo el canto de un mirlo, el arrullo de una pareja de tórtolas, los golgojeos de los gorriones y la música del aire rompiéndose por entre las ramas y las hojas. Un día más de invierno como otro cualquiera del año. Pero hoy es el primero en las páginas del calendario y del año 2010. Doce meses más que han pasado y un poco más viejo, con las mismas ausencias en el corazón, casi la misma ilusión y la misma espera. Esto es, más o menos, lo que medita desde su cama incorporado, mientras observa al nuevo día y ve su gris húmedo de invierno.

Son las nueve de la mañana y en el cortijo, la niña y la madre duermen. Anoche se acostaron tarde. No porque ellas se fueran de fiesta por las calles de la ciudad, como sí tantos. Simplemente ellas y el Anciano, anoche estuvieron sentados frente al fuego de la chimenea, comentando cosas intranscendentes, meditando algo y dejando que pasara el tiempo. Fuera llovía de vez en cuando. A chaparrones fuertes y con mucho frío. Sí, porque justo anoche y sobre las doce, cuando se terminaba en año y comenzaba el nuevo, las temperaturas bajaron mucho. Ellos escuchaban también la radio, única ventana abierta al mundo real que les rodea y esperando las campanadas de las doce.

Sonaron y se comieron las uvas, mientras se miraban y observaban. Y unos a otros se decían que esto de las uvas, como otras cosas en esta noche, no tiene sentido ni sirve para nada. Así se lo comentaban a la niña y luego dijeron que, por comerse unas uvas, tampoco pasa nada. Porque además, esto es lo que en ese momento hacían muchas personas. A continuación se quedaron en silencio y escuchando. A lo lejos, muy de fondo y por entre el frío de la noche, las nubes y la oscuridad, se oían las explosiones de muchos cohetes. Dijo él a la niña y a la madre:
- Son los que viven en la ciudad. Ahora mismo todos se han echado a las calles y gritan, tocan instrumentos, tiran cohetes y se amontonan y van de un lado para otro. Así reciben al nuevo año y despiden al viejo.

Durante bastante tiempo estuvieron oyendo la intensa lluvia de explosiones y hasta se veían los resplandores de los colores. Luego se calentaron un rato más en las llamas de la lumbre y la madre invitó a los dos a dar gracias al cielo por el año que se iba y por el nuevo que llegaba. Después, se fueron a la cama y ahora, cuando el nuevo día se abre, ellas todavía duermen. Él observa desde su cama incorporado y medita y parece que todo es igual que ayer. Pero da las gracias por el nuevo día, primero de año y la recuerda.

La niña y el Anciano
Cuento de Navidad 2009

El Anciano, durante mucho tiempo y siempre pensando en el día de la Navidad y en el regalo para la niña, estuvo trabajando. Pacientemente tallando pequeñas estatuillas de madera: Un pastor con su cayado, un camello, un borriquillo, dos o tres ovejas, la imagen de un niño durmiendo, San José, la Virgen… A escondidas siempre para que ella no lo viera porque quería darle una sorpresa y poniendo en su trabajo todo el interés y el mayor cariño.

Cuando salía de paseo por algunos de los rincones de las montañas que rodean al Cortijo de la Viña, buscaba ramas secas. De fresno, de noguera, de pinos, de álamos, de robles y encinas, de cedros… Y prefería aquellas ramas que estuvieran sanas y, al mismo tiempo, secas y que mostraran colores bellos. Cuando alguna vez la niña lo veía cortando estos trozos de madera, le preguntaba:
- ¿Para qué los quieres?
Y él le respondía:
- Te lo diré en su momento.
Y siempre cortaba los trozos con su navaja pequeña, los guardaba en la mochila y, cuando estaba en el cortijo a solas en su habitación, se ponía a trabajar con paciencia. Teniendo, a todas horas en su mente, la imagen de la niña y el recuerdo de ella.

Hasta que unos días, todavía antes de la Navidad, llamó a la niña y le dijo:
- Tengo para ti un regalo especial.
- ¿De qué se trata?
- Ven y verás.

A toda prisa subió con él a su habitación y, al abrir la puerta, le mostró encima de la cama, su pequeña obra de arte. La niña se le quedó mirando y no sabía qué decirle. Él sí le comentó:
- Llegará la Navidad dentro de unos días. Y, como el año pasado y el anterior querías un belén especial para ti, este año quiero colmar ese deseo tuyo.
Y preguntó ella:
- ¿Para esto querías todas aquellas ramas secas que recogías cuando íbamos por los campos?
- Para tallar las estatuillas que, en forma de belén, en estos momentos te regalo.

Contenta ella como la más feliz de todas las niñas del mundo, dijo al Anciano:
- Pues ahora tienes que ayudarme a ponerlo en la sala grande. Junto a la chimenea, cerca de la ventana y en el mismo lado en que se sentaba ella. Para que tu obsequio sea el más completo de cuantos regalos nadie nunca haya hecho y como un hermoso homenaje a su recuerdo.
Y el Anciano se sintió contento y muy bien pagado. Ella de nuevo le reveló:
- Y también quiero que, a partir de ahora y en estos pocos días que aún quedan para la Navidad, me ayudes a encontrar las cosas necesarias para decorar con la dignidad que se merece, este belén que me regalas y el árbol.
- No te preocupes que eso está hecho.

Y pocos minutos después, los dos y con el apoyo de la madre, ya estaban montando el belén justo donde la niña quería: En la sala grande del cortijo, a la derecha de la chimenea y justo en el mismo sitio donde tantas veces se había sentado ella.

19 de diciembre

I- Llovió a lo largo de toda la noche. Sin parar en ningún momento y con chaparrones fuertes aunque sin viento. Y comenzó a notarse el frío según la noche avanzaba y por eso parecía que, también en algún momento, la lluvia se convirtiera en nieve. No fue así. Según la noche trascurría, la lluvia siguió cayendo mansa y persistente sobre las ramas de los árboles, sobre los grandes charcos en el suelo, sobre el empedrado, en la entrada del cortijo y sobre los campos, a lo ancho.

Ya de madrugada, el Anciano dejó su cama, abrió la ventana que da al acebo viejo y se puso a escuchar el chapoteo de la lluvia. Embelesado y al mismo tiempo como trasportado a un mágico sueño. Para sí y dentro de su alma, quedamente susurraba: "Una Navidad más, Dios mío, que llega y un año más sin ella. Y esperando cada día, cada hora, cada momento, a ver si aparece y ni el más mínimo consuelo. ¡Qué larga, cielo santo, es esta espera, este vacío, este desconsuelo!"

Y, estaba él rumiando los recuerdos mientras gozaba la caricia de la lluvia en el alma y meditaba, cuando se le acercó la niña. Recién levantada y, por eso, con sus ojos aun llenos de sueño y con la cara toda bañada en amapola y malva. Se puso al lado del Anciano, miró despacio, dejó que pasara un rato y luego dijo:

- Yo ya estoy preparada. Cuando tú quieras nos ponemos en camino.

- Con esta lluvia tan recia nos empaparemos. Pero lo que digas tú. ¿Vamos o lo dejamos para mañana?
- Ya sabes que a mí la lluvia no me asusta. Si tú te animas yo ya estoy dispuesta.

Salió la madre de su habitación, se acercó a la chimenea, removió las brasas de la lumbre, echó un puñado de ramas secas y al instante prendieron las llamas. Comentó ella:
- Os preparo el desayuno en un periquete.
Y comenzó a preparar las tostadas con aceite y el chocolate con leche. Poco después, sentados al calor de la lumbre frente a la chimenea, los tres saboreaban las tostadas recién hechas con una taza de chocolate calentito. Dijo de nuevo la madre:
- Poneros los gorros y los guantes, abrigaros bien y coged los paraguas. Las noticias dicen que hoy bajaran mucho las temperaturas y que caerá nieve casi por toda España. Y tened cuidado con los charcos, al cruzar el arroyo y con la cascada del Balneario.

El Anciano y la niña hicieron caso a la madre. Luego éste cogió su mochila gris y ella la suya pequeña y una linterna y, cuando todavía no había amanecido del todo, salieron por la puerta del cortijo. Envueltos en sus abrigos y bajo los paraguas. La lluvia seguía cayendo recia y persistente. Sembrando, a todo lo ancho de los campos y oscuridad de la madrugada, su concierto de cristales blandos y dando vida a los pequeños arroyuelos, a los lados del camino y por las laderas. Comentó ella:
- Esto es el pórtico más real y bonito para recibir a la Navidad que dentro de nada llega.

Y se agarró fuerte a la mano del Anciano. Éste no hizo ningún comentario. Caminaba decidido por el camino que lleva a la Cañada de las Nogueras y acercándose al arroyo del manantial del Balneario.

Cruzaron la corriente saltando por unas piedras y siguieron. Rozaron las cascadas del Balneario, subieron por la Cañada de las Nogueras, de los naranjos junto a la acequia, cogieron unas cuantas mandarinas ya muy maduras, las guardó ella en su mochila y remontaron hasta lo más alto del Cerro de la Ermita. Comenzaron a divisar las luces de la ciudad allá a lo lejos. Volvió a comentar la niña:
- Mira qué bonita Granada, despertándose al nuevo día, bajo esta recia lluvia y velada en la frías nieblas.
- Sí que es bonita. Parece como si durmiera o se acurrucara en la espera de algo importante. Tú tienes razón en lo que dices: la lluvia, a veces, parece que asusta pero cuando cae como ahora y en un amanecer como éste, regala una fantasía tan grande que no tienen comparación con nada. La lluvia es bonita y muy buena.
- ¿A qué es una pena que no esté nuestra amiga?
- Una pena tan grande que hasta se convierte en tristeza.
Y el Anciano tragó saliva e hizo un esfuerzo para no dejarse revolver por los recuerdos.

Atravesaron el bosque de los castaños, se pararon un momento en el balcón de las encinas para contemplar las luces de la ciudad a lo lejos y luego comenzaron a bajar. Ya empezaba a verse el nuevo amanecer. Las primeras luces del día comenzaron a perfilar las altas y blancas cumbres de Sierra Nevada, las laderas que desde estas montañas caen hacia la

ciudad y la ancha Vega por donde se alejan los ríos de Granada. Volvió a comentar ella:
- Ya sabes que quiero comprar las más bonitas. Las de colores más vivos para que brillen mucho con los reflejos de las llamas de la lumbre.
- Tienes libertad para escoger las que a ti te gusten más.
La lluvia seguía cayendo.

Bajo los paraguas, descendieron lentamente hacia el encuentro de Granada. Entraron por las primeras calles del barrio alto, pisaron el empedrado de las estrechas callejuelas, de refilón, contemplaron algunos de los escaparates adornados con luces y figuras de Navidad y siguieron bajando. Sin prisa pero sin detenerse para llegar justo en el momento en que las tiendas abrieran. El frío, ya por las calles de la ciudad, parecía menos aunque la lluvia no cesaba. Y llegaron a la puerta del gran comercio. Todavía un poco antes de la hora de abrir y por eso esperaron un buen rato, refugiados en un rincón de la puerta grande. Dijo otra vez la niña:
- El color rojo es el que más me gusta y el azul y el verde. Recuerda tú que a ella, el color que también más le gustaba, era el rojo.
- Pues de estos colores cogemos todas las que tú quieras.

Abrieron las puertas del gran comercio, entraron mezclados ya con otras personas, recorrieron un amplio espacio y pasaron dentro. Sin perder tiempo, se fueron directamente a las estanterías donde estaban las cosas de Navidad y se pusieron a buscar. Despacio y cogiendo todo aquello que a ella le gustaba. Casi hora y media después, pagaban en la

caja, metió el Anciano en su mochila todo lo que pudo y salieron de establecimiento. Ya era casi mediodía y la lluvia seguía sin parar. Sin embargo, allá a lo lejos, se veían blancas las altas cumbres de Sierra Nevada. Relucientes como una sábana recién lavada. Comentó él:
- Allá arriba está nevando copiosamente.
Y susurró ella:
- Ojalá hoy también por aquí caiga mucha nieva.

No perdieron más tiempo. Subieron por las calles empedradas del barrio alto, al poco dejaron atrás las últimas casas de este barrio, cogieron el camino que lleva a la cresta del Cerro de la Ermita y, al coronar, la nieve les sorprendió. Primero, bandadas de copos pequeños y salpicados y luego, oleadas de copos grandes y muy apiñados. Dijo el Anciano:
- Vamos a parar y nos refugiamos un momento en el pórtico de la ermita. Yo sé que a ti te gusta la nieve y que estabas esperando verla caer. Desde aquí al cortijo nuestro ya queda poco y todo es cuesta abajo. Así que si la nevada es muy grande, salimos a toda prisa y en un periquete recorremos el camino y nos metemos en nuestro cortijo.
Y no se habló más. Tal como iban por el camino, se desviaron unos metros y se fueron derechos al pórtico de la Ermita. Aquí se refugiaron para ver más despacio y cerca, la nieve caer. Comentó de nuevo el Anciano:
- Y como en tu mochila traemos las naranjas mandarinas que cogimos de madrugada, al subir por la Cañada de las Nogueras, mientras vemos la nieve vestir de blanco todos estos paisajes, nos las comemos.
Y ella dijo que era una muy buena idea.

Durante un buen rato, casi una hora o algo más, estuvieron refugiando en el pórtico de la Ermita. Viendo nevar y saboreando las deliciosas mandarinas de las tierras del Cortijo de la Viña. Luego siguieron y descendieron despacio por la Cañada de las Nogueras. La nieve, en muy poco tiempo, cubrió de blanco las laderas del lado norte del Cerro de la Viña, las huertas de los naranjos y por donde el Cortijo. Llegaron, entraron, saludaron a la madre y dijo la niña enseguida:

- Ya hemos cumplido un buen trozo de nuestro sueño.

Aclaró la madre:

- Y el árbol ya lo tengo preparado. Vuestro acebo de siempre y el que a ella le gustaba tanto.

A la derecha de la chimenea, se veía una gran maceta de barro y en ella, un acebo de metro y medio, repleto de bayas rojas.

Enseguida la niña se preparó para decorarlo, pidiéndole al Anciano que le ayudara. Sacó éste de su mochila las bolas brillantes y las cintas de colores. Ella las fue trabando en el árbol, con mimo y cuidado. Las de colores azules, a la derecha, las de colores verdes, a la izquierda y las rojas, en el centro y frente a las llamas de la lumbre. Y en el centro total de las cintas rojas, colgó la más brillante y ancha. Miró al Anciano, miró a la madre y aclaró:

- Ésta es especial para ella. El color rojo brillante era el que más le gustaba. Por eso quiero que destaque entre todas las demás y que brille con fuerza a la luz de las llamas de la candela. Para que esté muy presente y cerca de nosotros en estas fiestas y que compruebe que no la olvidamos.

Subió el Anciano a su habitación y al instante bajó las escaleras. Se acercó al árbol y a la hermosa cinta roja, abrió sus manos y en el centro de la cinta enganchó un pequeño rótulo, tallado por él y en madera de roble, que decía: “TE RECORDAMOS, ALBINA, Y TE QUERMOS. FELIZ NAVIDAD”.

20 de diciembre

II- Se abre el nuevo día, hoy domingo veinte de diciembre y el sol brilla. Con un resplandor intenso y blanco, casi parecido al hielo. Sí, hielo porque esto es lo que la noche ha dejado por el Cortijo de la Viña, a lo ancho de los campos, por el río y arroyo, por las cumbres de Sierra Nevada, por Granada y la Vega y por toda España.

En la sala del Cortijo de la Viña, junto a la lumbre y cerca del árbol de Navidad, los tres se calientan. Mira el Anciano por la ventana, la que da al acantilado del río y medita. La madre trajina en la lumbre y la niña comenta:

- Ya se acaba el otoño. Hoy es su último día y, de su mano, llega el invierno y la Navidad por entre las nieblas. ¡Si ella también llegara…!

Y el Anciano:

- El invierno es frío pero siempre parece, de las cuatro estaciones del año, la más íntima. El otoño, un poco pero no tanto. Y la primavera y el verano, como si buscaran que todo y la vida misma, se derrame hacia fuera, para dejar el corazón vacío. El invierno siempre vuelca hacia dentro y llena. Por eso es, según yo creo, de las cuatro estaciones del año, la más auténtica.

La niña calla. También la madre. En el acebo que hay fuera y debajo la ventana, se oyen los canturreos de los gorriones. Y, en el aire, el frío hielo, tiembla acurrucado. Y sin embargo, la mañana es muy hermosa. Como si en ella se estuvieran dando el más sincero abrazo, todos los recuerdos, el otoño que se marcha, el invierno que llega y la Navidad que asoma por entre las nieblas.

21 de diciembre

III- Según ayer el día avanzaba, el cielo se fue nublando. El sol fue poco a poco ocultándose y, al caer la tarde, de nuevo parecía invierno otra vez. Se levantó el viento, bajaron las temperaturas y, al fondo de las montañas, todo comenzó a oscurecerse. Desde el Cortijo de la Viña se veían las blancas cumbres de Sierra Nevada y las densas nubes cubriendo por encima.

A media tarde, la niña dijo al Anciano:

- Llévame al acantilado. Quiero ver las cascadas del río y, de paso, coger madroños si ya están maduros.

Y el Anciano le hizo caso. Con su mochila acuestas, el gorro de lana para el frío y sus botas, salieron del cortijo. Tomaron la senda que va por entre los almendros y los olivos y, dos horas antes de que se pusiera el sol, ya estaban en el acantilado. Sobre el balcón que se cuelga en las rocas y desde donde se ve todo el gran cañón del río, parte de la ciudad de Granada y la Venga por donde cada tarde el sol se marcha.

A la derecha del balcón, crecen espesas las madroñeras, un poco más abajo, las encinas y luego las higueras. Y de las madroñeras colgaban rojos los

racimos de madroños, engalanados con los pequeños ramos de florecillas blancas. Al verlos dijo ella:
- Parece como si estos arbustos adivinaran que la Navidad llega. Porque justo todos los años por estas fechas, se llenan de frutos rojos y de mil florecillas inmaculadas.
- Los madroños son frutos de invierno y por eso siempre maduran por Navidad.
- Quiero coger muchos para colgarlos en el árbol y junto al belén que tú me ha regalado.

Y la niña, ayudada por el Anciano, cogió un buen puñado de ramas de madroños repletas de frutos todos muy rojos y algunos amarillos. Y los fue acompañando con ramilletes de flores en forma de campanillas blancas. Luego, se acercaron a las encinas y cogieron también muchas bellotas, algunas piñas, un poco de musgo de las rocas del acantilado y, poco después, subían de nuevo al balcón y aquí se quedaron un buen rato. Viendo la espléndida puesta de sol al fondo de la Vega de Granada y embelesándose con los colores del atardecer. Dijo de nuevo ella:
- Las hojas amarillas, de álamos, nogueras y membrillos, para la alfombra en el belén las cogemos mañana del Puntal de los Almendros.
Desde el balcón, el Puntal de los Almendros, se veía allá a los lejos. Y por la cañada, resaltaban los álamos cimbreados por el viento y, de sus ramas, escapándose las últimas hojas del otoño. Comentó el Anciano:
- Es como si en la última tarde, el otoño quisiera llevarse con él, todos los colores que a lo largo de estos meses ha ido dibujando por estos bosques.

Quizá para entregarle al invierno, lo más limpio y claro, su auténtico traje ceniza plomo.

Comentó de nuevo ella:
- Y cuanto más hermosos son los atardeceres y más se engalanan los campos en estos días, parece que más necesidad hay de que esté ¿verdad?
Y el Anciano confirmó añadiendo:
- Porque esta cosecha de madroños, con este día ya de invierno y la Navidad llamando en la puerta, claro que sí sería distinto si estuviera.
- Lo pondremos todo junto al árbol y en el belén para seguir soñando que aun vive entre nosotros y que, en cualquier momento, puede que vuelva.

Poco después, subían por el camino hacia el cortijo. Arropados por los colores de la puesta de sol y besados por el aire frío de las primeras horas del invierno.

22 de diciembre

IV- El camino, a las alamedas del arroyuelo, sube por dos sitios diferentes: por el cauce de las rocas, rozando los manzanos de la huerta de en medio y por el cauce de los manantiales, tocando las huertas de la parte alta. Éste último, es el camino más cómodo y bello para ir desde el Cortijo de la Viña a las alamedas del arroyuelo. Y lo es fundamentalmente por dos cosas: porque se eleva más en la ladera dejando ver, mientras se recorre, los charcos y cascadas del cauce y también porque roza las fuentes agrias. Las de las aguas con sabor a hierro.

Ayer por la tarde, a primera hora, llovía a cántaros. Empujadas las lluvias y las nubes por fuertes ráfagas de viento pero sin apenas frío. En el Cortijo de la Viña, junto a la lumbre de la sala grande, la niña preguntó al Anciano:
- ¿Te acuerdas del arroyuelo de las alamedas?
- Claro que me acuerdo. Es ese el rincón que más le gustaba a ella y donde compartió con nosotros sus mejores juegos.
- Pues todavía me falta, en el belén que tú me has regalado, la alfombra de hojas otoñales. Y tú sabes que en el arroyuelo de las alamedas, por estas fechas, con esta lluvia y viento, las hojas se amontonan por el suelo. Llévame y cogemos una cesta llena.

La madre estaba escuchando. Y ella, sin que se lo pidiera nadie, cogió enseguida la cesta de juncos que hacía unos días el Anciano había regalado a la niña. Obra de arte tejida con sus propias manos y, por eso, de valor y belleza incalculable. Dijo la madre:
- Aquí tienes la cesta. Y os traéis de por allí, algunas ramitas de romero. Por estas fechas y junto a las alamedas, muchos años ya han florecido. Las pondremos también junto al árbol y en el belén para que todo esto se vaya perfumando.
Cogió la niña su cesta, el Anciano su mochila y gorro de lana y salieron del cortijo. Cuando la tarde estaba cayendo y el viento en calma. También la lluvia había parado, aunque el cielo todo se veía cubierto de espesas nubes negras y con mucho aspecto de de crudo invierno.

Bajaron dirección a la Cueva del Belén, por donde el año pasado se helaron las cascadas y cruzaron el arroyo del Balneario, a la altura del Charco

de las Nogueras. Donde también el otro año y en verano, se bañaba ella y tomaba el sol recostada junto a la niña, en la verde hierba de la rivera. Comentó ésta, cogida a la mano del Anciano:
- Y también me acuerdo ahora cuando aquel día subíamos por aquí de regreso del bosque de los robles. Ella venía jugando y era feliz con todo lo que encontrábamos a nuestro paso. ¿No te recuerdas tú?
- Sí que me acuerdo y, en este momento, siento como si a todo por aquí, le faltara la luz que irradiaba en aquellos días.

Caminaron un trecho siguiendo el curso del arroyo hacia el río y luego empezaron a subir por el segundo camino, el que va por donde los manantiales de las aguas con sabor a hierro. Y, mientras remontaban hacia el arroyuelo de las alamedas, con mucho interés, se iban fijando en los paisajes. De las ramas de los majuelos colgaban, redondas y rojas, las majoletas. Y de cada una de estas bayas, colgaban gotas de agua. También de las últimas hojas todavía en algunas de las ramas de los robles y de los juncos, por donde los manantiales de aguas agrias. De las ramas de los almeces, ya no colgaban ni hojas ni frutos. El viento y las lluvias las había dejado peladas. Pero por el suelo, entre la hierba y trabadas en los juncos, romeros y aulagas, sí se veían muchas almecinas. Muy maduras ya y todavía sin pudrir. Comentó ella:
- Tengo también que coger algunos puñados de estas bayas. Su color azul intenso me gusta mucho y también son una buena representación de los frutos silvestres de invierno.
- Pues luego cogemos todos los que quieras tú.

Y, a continuación, el Anciano comentó:
- Si ella no viene para la Navidad que llega dentro de unas horas, el cielo sabrá siempre que la hemos recordado en muchos de los momentos de estos días y por estos campos.
Ahora ella no dijo nada.

Siguieron caminando despacio y, cuando ya se acercaban a las aguas del arroyuelo de las alamedas, sí comentó:
- ¿Y te acuerdos de los versos que escribiste, en las tardes aquellas mientras nosotras jugábamos en las aguas de los charcos del arroyuelo?
- Me acuerdo hasta por las noches cuando duermo.
- Pues luego, si tenemos tiempo y la lluvia no aparece otra vez, cuando hayamos recogido todas las hojas que necesito para mi belén, nos sentamos junto al almendro que a ella le gustaba tanto y me recitas algunos de esos versos.
- Si tenemos tiempo haré lo que me pides.

Llegaron a los primeros charcos del arroyuelo, por donde los álamos se clavan al borde mismo de las aguas. Y por eso, en el musgo y en la hierba a los lados del cauce, las hojas amarillas de los álamos, dormían como esperando. Anchas y espesas alfombras de hojas, todas llenas de otoño, con gotas de lluvia, relucientes como espejos y mostrando los colores más vivos. Dijo la niña:
- Tú llevas la cesta y yo busco y voy cogiendo las que más me gusten.
Y el Anciano cogió la cesta de juncos, dejó que ella se fuera por los lados del arroyuelo en busca de las hojas más bonitas y caminó despacio, siguiendo el surco del cauce. Las aguas del arroyo hoy no bajaban claras

como sí en primavera, verano u otoño. Las lluvias caídas en las últimas horas y en esta tarde misma, al correr por las laderas por donde los olivos y almendros, habían arrastrado tierra y por eso el agua bajaba algo turbia. Casi del mismo color que las hojas de los álamos y mostrando un poco los matices de los colores del invierno. Pero el arroyuelo bajaba repleto, hermoso como el sueño más bello y todo lleno de secretos y misterios.

En una media hora, la niña llenó su cesta con las mejores hojas que fue encontrando. Las de colores más vivos, las más tersas y las que tenían forma de corazón. También cogió muchas hojas de robles, algunas ramas de romero con sus flores y hasta un buen puñado de setas. Las últimas setas del otoño todavía por esta alameda. Y comentaba mientras recogía estos hongos:
- ¿Te acuerdas?
- Me acuerdo del día que asamos setas en la lumbre que hicimos entre los castaños. Hacía frío y ella casi tiritaba pero se le vía muy feliz compartiendo con nosotros estos juegos y rincones.

En este mismo momento se quedó mirando fija por donde el arroyuelo se iba. La observó el Anciano y esperó a ver qué pasaba. Y lo que pasó es que ella, de pronto lanzó como un pequeño grito de alegría y dijo:
- ¡Fíjate lo que hay ahí!
Miró el Anciano y preguntó:
- ¿Qué está viendo tú?
Y sin preocuparse en responder a la pregunta del Anciano, se fue aprisa hacia el pequeño charco de agua clara, por entre las hojas secas y el tronco de

varios álamos. Se agachó y señaló con su mano al tiempo que aclaraba:
- ¡Es un níscalo como un sombrero de grande! ¿No lo ves?
Y ahora sí pudo verlo el Anciano. Era un níscalo grandísimo, muy escondido entre la hierba y hojas secas y todo chorreando. Lo cogió la niña con sus manos y al levantarlo, aclaró:
- Pero ya se ha pasado. Es un poco viejo y las últimas heladas lo han dejado congelado.
- Aun así, es un ejemplar fabuloso.
La niña lo arrancó, lo puso con cuidado sobre el tronco viejo de un álamo caído y durante un buen rato lo estuvo contemplando. Como si le diera un poco de pena que seta tan hermosa ya no sirviera para comerla.

La tarde fue cayendo y los campos se iban llenando de luces pálidas, húmedas como la lluvia sobre la hierba y con olor a musgo viejo. En la parte alta del arroyuelo y se sentaron y pusieron la cesta sobre una roca. Desde aquí divisaban todo el barranco del río, la gruta por donde las cascada y el Belén del año pasado y el bosque de los robles. Dijo el Anciano:
- Si quiere te recito ahora algunos de los versos que antes me decías. La noche no tardará en llegar.
- Sí y no tengas prisa. Ya sabes que a mí me gusta la oscuridad de la noche, en tu compañía, por estos campos.
Y el Anciano sacó de su mochila un pequeño cuaderno, pasó algunas hojas, encontró lo que buscaba, miró a la niña y comenzó a leer despacio:

Te regalamos la tarde
que lenta se va marchando
por el valle.

El otoño te recuerda
por los campos que pisaste
y la lluvia y la niebla
que el invierno trae.

Sigues siendo la esencia
dulce, mable,
que acaricia y alimenta
desde el aire.

Te regalamos un beso
sincero y grande,
vuelve y llega,
llora por ti la tarde.

23 de diciembre

V- Ayer, a media mañana, se abrieron las nubes en el cielo, todo se llenó de aparente calma y, en algunos momentos, el sol salió. Iluminando con fuerza aunque sin calentar mucho. Tampoco el frío era intenso aunque sobre las cumbres de Sierra Nevada, sí todo se veía blanco. Tanto que parecía que, una copiosa nevada, se había derramado solo unas horas antes sobre esas altas montañas. Por el Cortijo de la Viña y los campos a lo ancho, el viento seguía soplando con fuerza, mucha fuerza. A lo largo de toda la noche y por la mañana. Hasta parecía que, en algún momento, algunos de los cedros, cipreses, álamos o nogueras, iban a saltar en astillas doblados por las ráfagas de este viento.

Dentro del cortijo, la madre dijo al Anciano y a su niña:

- Yo voy a aprovechar y subo a la alberca a lavar. Mañana ya en Navidad y quiero tener las cosas hechas.

Y aclaró el Anciano:

- Nosotros nos vamos contigo, te ayudamos en lo que necesites y, mientras tú lavas la ropa en el agua de la acequia, cogemos unas cuantas cajas de naranjas

mandarinas. Ya están todas muy madura y, para los días de fiesta que se acercan, nos vendrán muy bien estas frutas.
Y la niña confirmó:
- Y yo me uno a vosotros en estas faenas.

Y no se habló más. A media mañana y cuando el sol derramaba sus rayos por los campos, los tres salieron del cortijo. Acompañando a la madre y ayudándole en sus tareas. Subieron por la Cañada de las Nogueras, rozaron las cascadas del Balneario y, al llegar a la alberca, lugar de donde arranca la acequia mayor que lleva el agua a la Huerta de la Viña, se pararon. En la pequeña pila de cemento que hay al lado de debajo de la alberca, su puso la madre a la lavar la ropa. El Anciano, acompañado de la niña, subió unos metros más hacia los naranjos. Por aquí, y cerca de los troncos de una noguera, encontraron las cajas de plástico. Cogieron cuatro de ellas y se las llevaron hacia el rincón de los naranjos de las mandarinas.

Y mientras seguían subiendo despacio, ya por entre los naranjos de las navelinas, comenzaron a encontrarse con las señales de las ardillas. Comentó el Anciano a la niña:
- ¿Ves lo que te decía? Las ardillas ya llevan bastantes días que no paran de comerse los frutos que han dado estos árboles. Y fíjate, no solo se comen los mejores sino que cortan muchos y luego lo dejan abandonados por el suelo.
Cogió ella en sus manos unas de estas naranjas comidas por las ardillas. Se la mostró al Anciano y dijo:

- Tienes razón en lo que dices. Y, además, fíjate, se las comen con tanta precisión que solo dejan la cáscara.

La naranja que la niña mostraba en sus manos solo era un puro cascarón, con un agüero en unos de los lados y por dentro toda hueca. Sin contenido ninguno. Y por el suelo, bajo los naranjos y sobre la tierra empapada de lluvia y entre algunas matas de hierba, se veían muchas naranjas esturreadas. Algunas recién cortadas de las ramas por las ardillas, otras ya manchadas de barro y arrugadas y un poco secas. Y, por aquí y por allá, se veían muchos cascarones de naranjas gordas y buenas. Por completo, todas vacías por dentro, obra perfecta de las ardillas.

Preguntó la niña:
- ¿Y por qué las tiran al suelo y luego las dejan?
- Es el instinto de estos animales. Cuando suben a un árbol, los primero que hacen es cortar todas los frutos que en las ramas de este árbol encuentran. Luego bajan y, si los frutos no son muy grandes, se dedican a esconderlos para volver a buscarlos en otros momentos. Eso es lo que hacen con las bellotas, las almendras y las nueces. Con las naranjas, como son frutos gordos, lo tienen más difícil. Por eso se ven tantas ahora mismo bajos estos naranjos. Y claro que yo pienso que estos animales también tienen derecho comerse algunas de las naranjas de nuestra huerta. Pero, en cuanto se calme un poco el temporal de lluvia y viento que tenemos en estos días, vamos a ponernos a coger toda la cosecha. Porque, como nos descuidemos, este año, solo recogemos cuatro naranjas y media.

Bajo los primeros naranjos de las mandarinas, soltó ella dos de las cajas de plástico. Y al hacerlo y con el golpe de las cajas contra los troncos, una de las ardilla, dio señales de vida. Saltó rápida por entre las ramas de uno de los cedros de Atlanta, desgranando su típico chillido estridente y ese "chuc, chuc, chuc" seco y rápido y subió a toda mecha tronco arriba. Comentó el Anciano:
- Fíjate, viven por aquí a sus anchas y son las reinas pero…

Dieron comienzo a la recolección de las mandarinas, cogiendo primero las de las ramas bajas. Luego buscaron la escalera de madera y cortaron las que estaban un poco más arriba. Y, de vez en cuando, se paraban, cogían algunas de las mejores naranjas, las pelaban y se las comían. Y, mientras las saboreaban, unas veces uno y otras veces otro, comentaban:
- Siempre nos decía ella que estos frutos eran los que más les gustaban de los muchos que hay en nuestra huerta. ¿Te acuerdas que nos decía que en su país las naranjas no se crían?
- Claro que me acuerdo. Y hasta me emocionaba verla comer con placer las naranjas que de estos árboles cogía. Por eso mientras recogemos hoy estas tan buenas naranjas, ya con olor y sabor a Navidad, no dejo de pensar en ella. Si estuviera ahora mismo ¿te imaginas lo que disfrutaría?

24 de diciembre

VI- Luego ayer, cuando ya la luz del día se fue apagando, las nubes aumentaron. Al fondo de la

Vega de Granada, se puso muy oscuro y el viento comenzó a soplar con fuerza. Como si de pronto se presentara una gran tormenta. Y era esto lo que habían anunciado los hombres del tiempo y también aventuraron que, según la noche fuera avanzando, las lluvias serían abundantes y con mucha fuerza. Acompañadas de fuertes vientos aunque, como en los días anteriores, no bajarían las temperaturas. Comentaba la niña al Anciano:

- Un tiempo típico y a la vez bonito en estos días cercanos a la Navidad que en unas horas llega.

- Exactamente esto es lo que yo pienso. Sin lluvias, sin frío, sin nieve y sin viento, en estas tierras nuestras, a la Navidad le faltaría algo.

Pero ayer por la tarde, antes de que las lluvias llegaran y después de regresar ellos de la huerta con las cajas de naranjas, también la niña comentó al Anciano:

- Podríamos ponernos y por fin ya construirle su casita. De madera, como siempre tú me has dicho, pequeña, a la medida de su cuerpo, bonita, como también siempre haces tú las cosas y recogida para que se resguarde de este viento y lluvia y viva agusto en estos tan especiales días.

Y le contestó el Anciano:

- Por mi parte, estoy dispuesto. Si tú me ayudas, nos ponemos y le construimos su casita. Como sabes, ya las tablas las tengo preparadas desde hace tiempo. También los clavos, el pegamento y otros materiales.

- Pues no se hable más.

Y se pusieron mano a la obra, en la sala grande de la chimenea del cortijo.

Ella, en esos momentos, dormía donde siempre: en una de las sillas de plástico, bajo el techo del pequeño pórtico en la misma entrada del cortijo. A la derecha de la puerta y junto a las macetas de la madre. Aquí dormía acurrucada, como ajena a la presencia de la Navidad que va llegando y también como indiferente al viento de la tarde y la lluvia. Este fue su primer rincón desde el momento que llegó y este sigue siendo su recogido nido.

Y ella llegó de repente y una tarde, a los pocos días de haberse marchado la que tanto ahora por aquí se echa en falta. Y apareció, cuando nadie se lo esperaba y del modo más excepcional. Salió la niña del cortijo y se fue para el lado derecho. Para donde crecen los arrayanes y se elevan majestuosos los viejos cedros. E iba ella caminando, en su juego de siempre y en busca de unas flores para la madre, cuando la vio. Surgió, muy confiada, de entre los arrayanes y se vino hacia la niña. Con su rabo alzado y emitiendo un maullido débil y tierno. Como si la llamara o la conociera de toda la vida. Se sorprendió la niña porque era la primera vez que la veía pero al mismo tiempo, se alegró. Porque, nada más descubrirla, se dio cuenta que era un animal muy manso y bueno.

Por eso la llamó, le regaló una caricia, la cogió luego en sus brazos y se fue rápido para el cortijo. Y, conforme entraba por la puerta, llamaba a la madre y al Anciano. Fue éste el que, en ese momento miraba por la ventana que da al acantilado del río, enseguida miró. Y, antes de que el Anciano pronunciara ninguna palabra, aclaró ella:

- Me la he encontrado de pronto y mira que color más blanco tiene y qué mansita es.
Durante unos segundos observó el Anciano como asegurándose de lo que la niña mostraba en sus brazos y luego preguntó:
- ¿Cómo se llama?
- No lo sé.
- ¿Y qué vas a hacer con ella?
- Si aparece su dueño y quiere llevársela que lo haga pero si nadie viene por aquí a buscarla, quiero quedármela para mí. Desde ahora mismo ya es mi amiga.
- Y si no aparece su dueño y te la quedas ¿qué nombre vas a ponerle?
- Ya lo he pensado: simplemente voy a llamarla "Nieve". ¿No ves qué blanquita es y qué pelo tan esponjoso tiene?

Y nada más se comentó en aquel momento. La niña puso a Nieve sobre la silla de plástico que hay en el pórtico de la puerta del cortijo y nadie vino a buscarla aquel día ni en los siguientes. Y Nieve empezó a comportarse como si de toda la vida hubiera vivido en el cortijo. Cariñosa y juguetona con la niña, con el Anciano y con la madre y buena como la mejor amiga de las personas. Si la niña le pedía que se fuera con ella de paseo, le obedecía, si le pedía que se acostara a su lado, también le hacía caso y si le pedía que no entrara al cortijo, de igual modo le obedecía. Por eso ella siempre comentaba:
- Ha sido el mejor regalo que ha podido darme el cielo. Y fíjate tú, ha aparecido justo al poco de haberse marchado la que más siempre hemos querido. Y es tan blanca como el mismo significado de su nombre.
Y le decía el Anciano:

- Yo también me alegro mucho de que Nieve haya aparecido.

A partir de aquel primer día, cada mañana, en cuanto se levantaba, la niña bajaba enseguida y se asomaba a la puerta del cortijo para comprobar que aun seguí en su silla. Le regalaba un pequeño trozo de queso, la acariciaba, le decía algunas cosas y luego, muchas mañanas, le pedía que se fuera con ella hasta los primero árboles antes de la Cañada de las Nogueras.
- Tienes que estirar las piernas que si no te harás vieja antes de tiempo.
Nieve la seguía buscando siempre alguna piedra para subirse en ella antes de que la niña llegara y así ofrecerse para que le regalara una caricia. Se la regalaba y luego le pedía que se subiera a la higuera de las ramas bajas.
- Yo sé que a ti te gusta mucho gatear. ¡Venga y salta!
Nieve saltaba y, durante un buen rato, se dedicaba a olisquear y a mirar a la niña desde las ramas.
- ¡Qué divertido, verdad!
Le comentaba ésta y luego la invitaba a regresar. Se volvía tras ella, se subía en la silla de plástico y aquí se quedaba acurrucada hasta que alguien más volviera y la acariciara.

Y, desde aquellos primeros días, tanto el Anciano como la niña, empezaron a planear hacerle una casita de madera para que viviera en ella. La niña siempre le comentaba:
- Tiene que ser pequeña, recogida y que tenga estilo propio. Yo sé que tú sabes hacerla y también estoy segura que a Nieve va a gustarle mucho.

El Anciano comenzó a buscar tablas y, al mismo tiempo, a imaginarse la construcción de la casita. Poniendo en este sueño todo su interés para hacer feliz a la niña y al juguete que de pronto el cielo le había regalado.

Por fin, ayer por la tarde, los dos se pusieron mano a la obra y, en la sala grande del cortijo, dieron comienzo a la construcción de la casita. Por completo ilusionados mientras fuera y por los campos, el viento soplaba fuerte y la lluvia caía. Y, al llegar la media noche, la madre les pidió que dejaran el trabajo y que lo terminaran al día siguiente. La niña respondía:
- Ya nos queda poco, mamá. Es que, como dentro de unas horas será Navidad, queremos que Nieve tenga su regalo a tiempo.

Fuera llovía a cántaros y el viento soplaba con fuerza tremenda. Tanto que hasta daba miedo el ruido que los cedros y álamos lanzaban al ser empujados por la ventisca. Y daba lástima que Nieve estuviera a la intemperie, soportando tan crudo temporal. Por eso la niña, de vez en cuando se asomaba a la puerta del cortijo y miraba. Y, como siempre, una vez y otra la descubría acurrucada encima de la silla de plástico y durmiendo como si nada pasara. Como si también Nieve estuviera esperando algo muy importante, emocionante y grande.

25 de diciembre

VII- Y luego ayer, a media mañana uno de los mirlo se puso a cantar. Con la misma fuerza y alegría que lo hace en los días de primavera y por eso,

tanto para la niña, la madre y el Anciano, fue una sorpresa. Sobre todo, para el Anciano.

Porque, estaba él asomado a la ventana, mirando a los paisajes y las nieblas por el acantilado y planeaba algo. Hacía solo unos momentos que la tormenta había descargado. Una densa y oscura nube que no solo trajo agua y viento sino también rayos y truenos. Por las rocas del acantilado, por el Cerro de la Viña, por el Puntal de los Almendros y por el cañón del río y Vega de Granada.

Tanta agua descargó la tormenta y tanto retumbaron los truenos que hasta la niña se asustó un poco. Terminaba esta de poner algunas de las últimas cosas en el belén y en el árbol cuando le dijo al Anciano:
- Hoy ya es Navidad. Y por eso, antes de que la noche llegue, quiero que me lleves a la huerta grande.
- ¿Qué hay por allí que te interese a ti?
- El macasar viejo. Con este frío y estas lluvias, ya ha florecido. Y tú sabes que las flores del macasar dan un perfume muy fino. Quiero que me lleves a ese sitio porque deseo coger unas cuantas ramas de este arbusto. Las que tengan más flores y estén más abiertas para traérmelas conmigo y ponerlas en el belén. Ya verás tú que olor más bueno se extiende por toda la sala.
Y el Anciano simplemente dijo:
- Pues cuando tú quieras te acompaño a la huerta grande y te ayudo a coger la flores que me has dicho.
- En cuanto termine de poner en el belén estos puñados de musgo, unas cuantas hojas más de las que trajimos el otro día y también estas piñas, nos vamos.

Pero solo unos minutos después, estalló la tormenta. Primero, y sin que nadie lo esperara, explotó un gran trueno. Con tanta potencia y tan cerca del cortijo que hasta tembló un poco el suelo. Se doblaron las copas de los cedros y Nieve, que ya dormía en su casita de madera, salió chutando de ella y se vino en busca de la niña. Dijo el Anciano:

- Es un trueno aislado dentro de este temporal de lluvia y viento.

Pero no fue un trueno solitario. Porque, tan solo habían pasado unos minutos, cuando se produjo un segundo trueno. Algo más lejos pero muy seco y rasgado. La lluvia comenzó a caer con tanta fuerza y en tanta cantidad que dejó de verse el acantilado, las laderas a la derecha y a la izquierda y hasta los olivos y almendros que hay por donde va la senda.

Desde la ventana grande que da al acantilado seguía mirando el Anciano. Y ahora vio que, por el voladero, además de las recias lluvias, comenzaron a elevarse las nieblas. Como en los mejores días del otoño y de igual forma a los días en que estaba ella. Por eso compartió con la niña:

- Dan algo de miedo las tormentas y más en un día como el de hoy pero, aun así, fíjate que espectáculo tan extraordinariamente bello.

Y se vino ella a su lado, miró un momento y luego se fue otra vez a su trabajo en el belén. Dijo, como si su mente estuviera ocupada en otra realidad:

- Solo quedan unas horas para la Nochebuena. Y quiero tenerlo todo bien arreglado para este preciso momento.

Fue consciente el Anciano de la ilusión y el cariño que en su trabajo estaba poniendo y por eso la dejó tranquila. Siguió él mirando por la ventana como si, además de las lluvias, las nieblas y la tormenta, también estuviera interesado en algo muy concreto. Algo que rumiaba en su corazón y que ni siquiera compartía con la niña ni con la madre. Y hasta parecía que la tormenta, la lluvia y la niebla, preparaban el momento de la llegada de lo que en su corazón meditaba.

En no mucho rato, media hora o un poco más, la lluvia paró. Dejaron de oírse los truenos, se apaciguó el viento y las nieblas del acantilado, se alzaron por los aires y hasta lo más alto de las cumbres de las montañas. Del acebo que hay justo debajo de la ventana que se abre para el acantilado, chorreaba el agua y lo mismo de las ramas de los cedros y del tejado del cortijo. Y meditando la peculiaridad de este sereno y extraño momento estaba, cuando hasta sus oídos llegaron los cantos del un mirlo. Sorprendido inquirió a la niña:
- ¿Has oído lo que yo?
Se vino ella otra vez a su lado y preguntó:
- ¿Qué has oído?
- Espera un momento y escucha.

Se hizo el silencio en la pequeña espera y se oyó enseguida y de nuevo los trinos del mirlo. Justo entre las ramas del acebo a tan solo unos metros de la ventana. Comentó ella:
- No es tiempo ahora de que cantes los mirlos. ¿Por qué éste lo hace?
- Eso es lo que yo también me pregunto. Y me extraña más que lo haga justo después de esta tormenta.

- Estará contento por la lluvia o puede que anuncie algo. Pero ¿qué será lo que anuncia?
Y en este preciso momento dejaron de oírse sus cantos. Una pequeña ráfaga de aire templado llegó del lado de la huerta grande y, al rozar la cara de la niña, ésta preguntó:
- ¿No hueles tú lo que yo?
- Sí, acabo de percibir un olor fresco y muy agradable. Parece como si fuera perfume de lluvia, mezclado con hierba, hojas secas, musgo, setas nieve y niebla. ¿Qué es y de dónde viene?
- Es el macasar que te decía y viene justo del lado al que quiero que me lleves.

VIII- Avanzaron las horas. Mientras la niña se afanaba en ultimar los detalles en su belén y el Anciano miraba y meditaba el momento y los recuerdos, la madre gastaba el tiempo en la preparación de la comida. En la lumbre de la sala grande y no lejos del árbol y belén de la niña. Y, caía ya un poco la primera parte de la tarde, pero todavía muy en el centro del día, cuando se oyó la voz de la madre que decía:
- ¡Todos a comer! La comida está lista, hoy más rica que nunca y muy calentita.

Ayudó el Anciano a colocar la pequeña mesa de madera, a poner los platos y las sillas de eneas y la niña dejó su trabajo. Cerca del fuego, para aprovechar el calor que de la lumbre salía, se acomodaron los tres, alrededor de la mesa. La madre fue poniendo las fuentes con la comida que tenía a punto: una sopa de verduras, arroz caldoso con trozos de pollo y también algunas verduras y luego naranjas mandarinas.

También higos secos y nueces de las nogueras en la Cañada de las Nogueras. Comieron despacio, sin apenas pronunciar palabras. Sólo la niña, de vez en cuando, comentaba algo como:
- La lluvia parece que se ha calmado. En cuanto terminemos de comer, es el momento para ir a la huerta grande a por las ramas de macasar que hemos dicho.

Y terminaron de comer. Agradecieron a la madre los alimentos que les había regalado y se levantó el Anciano. Subió a su habitación, cogió su mochila, su navaja pequeña y su gorro de lana y bajó a la sala. Dijo a la niña:
- Aquí estoy yo ya preparado.
Rápido también ésta cogió su pequeña mochila, su paraguas y gorro de lana y salieron por la puerta del cortijo. A la derecha y en su pequeña casita de madera, se acurrucaba Nieve. Al verla la niña la saludó con una caricia y le dijo:
- Volvemos en unas horas.
Nieve siguió refugiada en su nido y ellos dos emprendieron la marcha. Caminando lento para el lado derecho del cortijo, por donde las eras, los dos pinos recios, el ciprés centenario y el pequeño bosque de almendros. Por aquí mismo va una senda que remonta levemente en busca de la acequia grande y lleva directamente a la huerta del macasar.

Subieron con cuidado, procurando pisar por donde más hierba había y evitar así meterse en los charcos que había dejado la recia lluvia de la tormenta. Rozaron el bosque de los membrillos, ya sin frutos pero todavía con muchas hojas con los colores del otoño y luego tocaron las ramas de los granados.

Éstos ya no tenían hojas pero sí en muchas de sus ramas colgaban todavía algunas granadas. La mayoría abiertas en forma de estrellas y sin granos ninguno. Puros cascarones, empapados de agua y un poco podridos por el tiempo. Pero de algunas de las ramas de estos granados, todavía colgaban granadas enteras. Con muchas grietas en la piel pero no abiertas del todo y por eso se intuía que aun se podían aprovechar para comerlas. Dijo la niña:
- Si quieres, luego cuando volvamos, nos paramos y cogemos algunas de estas granadas. Ya sabes que a mí me gustan mucho y también sabes que a ella, no solo le gustaban sino que se deleitaba y divertía. ¿Te acuerdas?
Y él dijo que sí, se acordaba.
- Tanto que ahora mismo me parece verla sentada junto a nosotros, en su silla de eneas, frente a la lumbre, en su rincón pequeño y con una de estas granadas en sus manos.

Hubo un momento de silencio después de que el Anciano pronunciara estas palabras. Caminaban despacio ya dejando atrás los granados y acercándose a la acequia y miraban para el barranco del río y para el lado del sol de la tarde. Pero en este silencio, en la mente del Anciano, se dibujaba la escena de ella sentada frente a la lumbre, con una de las granadas en sus manos abierta en varis trozos y, con sus dedos delgados y blancos, cogiendo y arrancando uno a uno cada grano de la Granada. Como si pusiera todo su cariño y ternura al coger cada grano para que no se le rompiera y para luego llevárselo a la boca y saborearlo despacio. Y hasta venía a su mente algunas de las palabras que ella pronunciaba mientras se deleitaba en este rito:

- Esto de comer granadas para mí es muy divertido. Hay que tener mucha paciencia y tiempo para arrancar y que los granos no se rompan pero también hay un placer especial cada vez que te echas un grano a la boca y lo rompes con los dientes. Me gusta mucho a mí esto.
En el cortijo todos la miraban y todos guardaban silencio. Si acaso la niña comentaba:
- Y a mí me gusta también mucho ver tu forma de comer granadas. Parece un juego, lleno de color, jugoso y divertido.

Llegaron a la acequia grande, torcieron para el lado de la derecha y siguieron en la dirección en que iban las aguas. Esta tarde era mucha el agua que por este canal corría. Un caño como el grueso de dos personas juntas, un poco color chocolate y con hojas de álamo y tallos de hierba, flotando encima de las pequeñas olas. La tormenta que solo unas horas antes había descargado, había dejado mucha agua por todas las laderas del Cerro de la Viña, la Cañada de las Nogueras, por donde la alberca y todas las tierras que recorre la acequia. Tanta agua había dejado la tormenta que ahora por todos sitios se veían muchos pequeños arroyuelos saltando por entre los troncos de los árboles y las piedras. Y bastantes de estos regatos caían directamente en el surco de la acequia. Comentó la niña:
- Pues si por aquí hay tanta agua ¿te imaginas cómo irá de crecido el río y las cascadas?
- Lo mismo que tú, me lo imagino. Debe ser un espectáculo único verlo ahora mismo.
- ¿A que parece como si la Navidad necesitara engalanarse con estas lluvias, viento y tormentas?

- La Navidad llega dentro de unas horas y, en lo que dices, tienes algo de razón: ahora mismo estos campos y el cortijo nuestro, parecen que se han engalanado como nunca en otros momentos.

IX- La acequia grande discurre por el lado norte del Cerro de la Viña, a media ladera entre el cortijo y la parte alta del cerro. Y avanza, tallada en la tierra de la ladera, llevando el agua desde el lado del levante para el poniente. Un surco bastante grande que por el lado de abajo ofrece como un caballón alto y ancho. Por eso, justo siguiendo este caballón de tierra, discurre la senda, para aprovechar el mismo trazado de la reguera.

Y la senda por aquí es muy buena. Ancha, tapizada de hierba fresca y con pequeños descansos en forma de miradores hacia el gran barranco que se abre por la derecha y lado de abajo. Por donde a ellos se les va quedando el cortijo, las laderas que caen para el acantilado, el cañón del río y más lejos y al fondo, la ancha Vega de Granada, la ciudad misma aplastada por estas tierras y el Albaicín y la Alhambra. Todo esto se ve según se avanza siguiendo la senda que va por el borde de la acequia.

Y esta tarde también ellos pueden contemplar, a la derecha y al otro lado del río, las densas nieblas que por entre los pinares se mueven, suben por los barrancos y se elevan. Nieblas hermosísimas que han nacido de la gran lluvia que la tormenta ha descargado. Por eso, en uno los pequeños miradores que va ofreciendo la acequia, los dos se paran un rato. Miran despacio hacia los

bosques por donde revolotean las nieblas, y al poco, comenta el Anciano:
- Es maravilloso lo que la naturaleza, el cielo y Dios, en estos y otros momentos nos regala. Como si mereciéramos ser premiados de una forma exquisita y exclusiva. Porque si lo pensamos bien, fíjate que ahora mismo por aquí solo estamos nosotros. Libres y como dueños únicos de estos paisajes y cuanto en ellos vemos. ¿No te parece a ti grande y fantástico?
Y ella, muy embelesada en los bosques repletos de niebla, por las laderas y barranco del río, dijo:
- Sí que me parece maravilloso. Con mis propios ojos estoy viendo que lo que tú me dices está lleno de una gran verdad.
- Y si lo pensamos bien, fíjate que ahora mismo Dios nos trata como a sus privilegiados. Porque, mientras en estos momentos en la ciudad a dos pasos de nosotros, muchas personas tienen problemas, viven en soledad, con falta de cariño, sin casa, sin pan y mil carencias más, a nosotros nos sobra todo esto. Tenemos aire puro, montañas repletas de árboles verdes, hierba y pájaros, ríos, nieblas, lluvias y libertad para ir por donde nos apetezca y hacer lo que queramos y no carecemos ni de vivienda ni de alimentos. Todo esto y muchas más cosas es propiedad nuestra porque generosamente el cielo quiere regalárnoslo. ¿No te parece que somos unos grandes privilegiados?
Y, después de unos segundos en silencio, la niña dijo:
- Yo creo que sí pero si en estos momentos ella estuviera ¿no crees tú que la dicha sería plena?

El Anciano tragó saliva, guardó silencio y luego animó a la niña a seguir. En muy poco rato llegaron a la huerta grande. Por el lado de abajo que

es justo donde crece uno de los macasares. Uno muy viejo, con muchas ramas extendidas en todas las direcciones. Y, según van acercándose, el airecillo que sube desde la Vega de Granada, les trae el olorcillo de las flores del macasar. Dijo ella:

- Fíjate qué delicia de perfume y en una tarde como ésta y después de la gran lluvia.

- Sí que es un perfume muy bueno. Ya te dije que a mí este perfume me hace creer que es el aroma exclusivo del invierno. Si no, tú mira a la tierra mojada y a la hierba verde tapizando y, al mismo tiempo, aspira este perfume. Haz la prueba y verás como descubres que este aroma mana de la misma tierra y del viento.

La niña aspiró hondamente, cerró un poco sus ojos y unos segundos después dijo:

- Nunca antes lo había comprobado pero ahora sí descubro que es como dices tú. ¿Qué cosas nos regala el cielo?

Llegaron al macasar. Clavado un poco por el lado de arriba de la acequia, en la misma esquina de la huerta y entre unos naranjos y rosales. Y al instante vieron que el arbusto mostraba tantas o más flores que la niña había anunciado. Sus ramas, en forma de largos tallos y desnudas de hojas, se veían por completo cuajadas de florecillas. Mil pequeñas florecillas color amarillo claro y un poco rojas por el centro. Y de cada una de estas florecillas colgaban gotas de agua. Pedacitos de perlas que las lluvias de la tormenta había dejado en estas flores trabadas. Por eso, cada una de la mil florecillas que ofrecía el macasar, parecían primorosas campanillas colgadas en las desnudas ramas. Porque el macasar ya apenas tenía hojas. El otoño se las había llevado, ayudado por

el viento de los últimos días y por las lluvias. Por eso todavía resultaba más interesante ver las ramas del pequeño arbusto solo vestidas con las mil delicadas florecillas y las gotas de agua engarzadas en ellas.

Dijo la niña al Anciano:
- Tú que entiendes de todo esto más que yo, mira y corta con cuidado solo aquellas ramas que tengan más flores abiertas. ¿Sabes por qué?
- Me lo imagino.
- Si, porque cuantas más florecillas tengan abiertas más intenso y abundante será el perfume esta noche en el belén y en toda la sala.

X- Sacó el Anciano su pequeña navaja del bolsillo y, con cuidado, se puso a cortar ramas. Buscando aquellas que tuvieran las características que ella le había pedido: no muy largas para poderlas llevar cómodamente y colocarlas con facilidad en el belén, con muchas flores y mitad más o menos cerradas y otras tantas abiertas y también no muy gruesas para no mutilar mucho al arbusto. Y, mientras el Anciano cortaba una rama, ella se movía de acá para allá buscando la siguiente apropiada. Cuando la encontraba llamaba la atención al Anciano diciendo:
- Ésta me gusta mucho. Y córtala por aquí, sin movimientos bruscos para que las flores no se desprendan.
- Enseguida estoy ahí.
Comentaba él, terminando de cortar la rama que tenía entre las manos.

Una vez cortadas se las iba dando a ella y ésta, las ponía en el suelo, sobre la hierba mojada,

dando forma, poco a poco, a un bonito ramo. Y de nuevo comentaba:
- Huelen como a canela con jazmín mezclada con el aroma de las flores de los naranjos.
Y a continuación hizo una nueva pregunta:
- ¿Tú sabes algo de la historia del macasar?
Y en Anciano le aclaró:
- El macasar, Chimonanthus fragans o praecox, es un arbusto procedente de China y Japón, que alcanza un altura de dos a tres metros y que tiene la peculiaridad de que, en pleno invierno, de sus ramas desnudas y leñosas brotan las flores. Pequeñas, pero con un olor intenso, penetrante y, a la vez, delicado. La historia de Granada está muy ligada a esta planta, que se menciona en poemas árabes. El macasar entró en España en el S. XIX, con el auge de la influencia francesa en los diseños de jardines y planteamientos del entorno urbano. A Europa llegó de mano de mercaderes de la Ruta de la Seda por los intercambios con Oriente. Se le conoce también como "Flor de invierno" o "Flor del vino", por el rojo oscuro del interior de la flor.

Mientras comentaban estas cosas y cortaban tallos repletos de flores color canela, no advirtieron que las nubes se iban concentrando. Cada vez más densas y oscuras por el valle de la Vega de Granada, por donde se extiende la gran ciudad y por donde el caudaloso río del Cortijo de la Viña, se alejaba. No se movía a penas el viento ni tampoco hacía frío pero sí las nieblas seguía cubriendo. Como envolviendo, cada vez más y poco a poco, todo el Cerro de la Viña, con la huerta y el cortijo.

Y tampoco fueron ellos percibiendo que la tarde se marchaba. Tarde de veinticuatro de diciembre, pórtico de la Nochebuena y antesala de la Navidad. Ya oscurecía un poco cuando la niña dijo al Anciano:

- Creo que tenemos suficiente.

- Corto la última rama y acabamos.

- Pero antes de regresar a nuestro cortijo, podríamos asomarnos, aunque solo sea un momento, al mirador de los castaños.

- ¿Para qué?

- Tú sabes que desde este mirador se ve muy bien toda la ancha ciudad de Granada, con sus tres ríos y el Albaicín y la Alhambra. Ahora que anochece me gustaría ver las luces de la ciudad. ¿Te apetece?

- Se nos echa la noche encima y la madre estará esperando pero me parece buena tu idea.

Y no se dijo una palabra más del tema. Terminó él de cortar la última rama del macasar, la puso junto a las que la niña ya había organizado, las cogió todas a la vez, modelando un poco más y con cuidado el ramo, lo ató con cuatro juncos y luego se lo echó acuestas diciendo:

- Yo ya estoy listo. Cuando tú quieras avanzamos un poco más y llegamos hasta el mirador de los castaños.

- Sí, vamos. Pero yo puedo ayudarte a llevar algunas de estas ramas.

- Es mejor que vayan todas juntas. Así se protegen unas con otras y las flores no se dañan. Las llevaré con todo el cuidado y procuraré no traquetearlas mucho para ni una flor se caída antes de que lleguemos al cortijo.

XI- Caminaron siguiendo todo el trazado de la acequia y, cuando ya empezaron a dar vista a la Vega de Granada, cogieron por entre los castaños hacia el mirador. No muy lejos de la huerta pero sí más al sur y por eso sobre un punto de la ladera por completo frente a la ancha vega y ciudad. Y conforme avanzaban en esta dirección iban descubriendo el resplandor de las luces. Por entre las nieblas, allá al fondo y la oscuridad de las primeras horas de la noche. La tarde, ya primeras horas de noche, se extendía muy serena. Como si en el ambiente flotara la tensión de una espera. Quizá por eso comentó el Anciano:

- Me parece que va a empezar a llover en cualquier momento.

- Sí, porque frío para que nieve parece que no hace tanto.

- Las nieblas y las nubes negras es lluvia lo que anuncian.

- ¿Y en Sierra Nevada?

- En aquellas cumbres sí seguro esta noche nieve en abundancia. Nochebuena con lluvia, niebla y nieve y todo en calma…

Y se le quedaron al Anciano las palabras como heladas. La niña se dio cuenta y por eso dijo:

- Sé en lo que estás pensando.

- Sí, sería un gran momento para que viniera.

Y se hizo el silencio entre los dos.

Caminaron durante diez minutos más y llegaron al mirador de los castaños. Ya era de noche. Por eso, sobre el mirador, frente a la Vega y la ciudad, se posicionaron. Soltó él su haz de ramas floridas, con mucho cuidado, sobre una roca a la derecha,

buscaron el sitio desde donde se viera mejor y se puso ella junto al Anciano y le dijo:
- La ciudad de Granada, cada día me parece más grande y bella. Y cuando por las noches se ve iluminada y por entre las nieblas como ahora mismo, es casi mágica.

Sí, porque a pesar de las nieblas, las luces de la ciudad se veían perfectamente. Destellando con fuerza por entre estas nubes y parpadeando como si se apagaran y encendieran. Y se veían luces de todos los colores: naranjas, rojas, verdes, azules… También como si jugaran algún juego divertido o como si hicieran señales a alguien. Embelesada la niña, observando el sencillo y a la vez fabuloso espectáculo, seguía comentando:
- Miro y en algún momento creo que Granada entera y en esta noche, con el parpadeo de sus luces por entre estas neblinas, está llamando a alguien. También pienso que este bonito espectáculo de luces de colores, allá al fondo y lejos, es como un belén grande y que lo mismo se mantiene a la espera de algo. Y sin embargo ¿sabes lo que también pienso?

El Anciano escuchaba muy atento y al oír la pregunta, esperó unos segundos. Luego inquirió:
- ¿Qué es lo que también a veces piensas?
- Que lo que ahí abajo estamos viendo, la ciudad de Granada silenciosa e iluminada y como perdida entre las nieblas, es como la fantasía de un sueño.
Paró ella de hablar y el Anciano se mantuvo en silencio. Miraba también muy interesado y descubría que ciertamente era hermoso el cuadro mágico que ante ellos se extendía. Preguntó la niña, al cabo de un rato:

- Desde aquí no se oye nada pero en esta ciudad vive mucha gente. ¿Qué hacen ahora mismo y qué harán a lo largo de esta noche?
Y ahora el Anciano sí respondió:
- Como nosotros tres, aquí en el Cortijo de la Viña, ellos ahí en sus casas y dentro de unas horas, celebrarán la Nochebuena y mañana el día de Navidad. Es esta una noche especial y propicia para juntarse las familias y los amigos. Pero no creas que todo será divertido y de colores bellos para muchas de las personas que viven en la ciudad que desde este lugar vemos.
- ¿Por qué no será divertido? Desde aquí y como ya te he dicho, todo parece muy mágico y como recogido en un nido silencioso.

Dejó él que pasara unos segundos y luego explicó:
- Sí, pero en el corazón de cada una de las personas que viven en la ciudad y en sus casas, también hay ausencias y recuerdos como en tu corazón y en el mío y en el de la madre. Todos los humanos en este mundo tenemos recuerdos de personas y cosas, algunas buenas y otras no tanto. A todos en la vida se nos rompen sueños y perdemos a seres queridos que ya nunca más estarán a nuestro lado. Y esta noche, nadie sabe por qué, es una noche especial, en la que se sienten y reviven estas cosas que te digo. Por eso mucha gente dice que la noche de Navidad, Nochebuena, es también el momento de las ausencias y de los recuerdos. Así que detrás de estas bonitas luces que ahora mismo vemos como prendiendo de colores a la ciudad de Granada, hay otra realidad muy llena de ausencias y hasta triste. Porque muchas personas también pasarán frío, tendrán hambre,

necesitarán más que nunca del calor de algún amigo, no tendrán casa ni recibirán regalo… La realidad de las personas, cuando uno se acerca a ellas, casi siempre es diferente a lo que se ve desde la distancia y desde fuera.

Y ahora fue la niña la que esperó un momento para luego preguntar:
- ¿Conoces tú a algunas persona que ahora mismo y en esta noche, viva aquí en Granada?
- Conozco a muchas y, todo cuanto te decía antes, siento cada vez que pienso en ellas.
- ¿Que están solos, que no han sido buenos contigo, que tienen sueños y se les han roto y andan desorientados…?
- Todo esto y además, a unos, a otros y a otros, se les va quedando la vida en pequeños trozos por el camino mientras avanzan ilusionados creyendo que la felicidad la tienen al alcance de la mano. Y ver esto, también duele.
- ¿Y sientes pena ahora por estas personas?
- Mucha pena y también en mi corazón tengo tristeza.
- ¿Quisieras abrazarlas y compartir con ellas las sencillas cosas que siempre llevas contigo? ¿Quisieras ayudarles y orientarlas?
Y el Anciano, a estas preguntas de la niña, no contestó. Tampoco se dio ella cuenta porque la oscuridad de la noche le impedía ver con claridad pero por sus mejillas de hombre bueno, rodaron unas lágrimas que, con cuidado y a escondidas, secó. No quería que ella lo viera.

Se hizo otra vez el silencio y al poco el Anciano levantó su brazo para la derecha y señaló:
- Mira la Alhambra también que bonita.

Se veía, por entre un fino velo de niebla, iluminada allá sobre la colina y también quieta. La niña musitó:
- Esta noche la Alhambra también parece haberse vestido con su mejor traje de gala. Lo mismo el barrio del Albaicín y el corazón de Granada con sus calles encendidas y la catedral en el centro. Por todo esto otra vez pienso que, a pesar de lo que tú me dices, es muy hermoso todo, esta noche en Granada. Sería fantástico si ahora mismo pudiéramos hacernos amigos de cada uno de los que viven ahí y que todos se vinieran a nuestro cortijo con nosotros. Que el menos esta noche, todos olvidarán esas cosillas tristes que tienen en sus corazones y que se lo pasaran bien en nuestra compañía.

Y confirmó el Anciano:
- A mí también me gustaría y especialmente con algunas de estas personas que te he mencionado. Y lo que más me gustaría es hablarles de Dios y enseñarles las cosas que comparto contigo. Que descubrieran que, al otro lado de esta vida, hay un cielo y una eternidad, donde existe el amor auténtico, la verdadera belleza y todo aquello que ha sido y es bueno. Pero ya estás viendo cómo son las cosas ahora mismo. Sin embargo, quiero que sepas, que yo creo firmemente que es muy importante desear las cosas en el corazón. Y esta noche, más. Todas las cosas buenas que deseemos para todas aquellas personas amigas que nos quieren o han querido, de alguna manera se harán realidad. Por eso creo que lo que importa, por encima de todo y en esta noche, es recordar a las personas queridas y desear para todas ellas lo mejor. En algún lugar del Universo y algún día, todos nos encontraremos y tendremos allí con

nosotros todo lo que siempre hemos apetecido y soñado en esta vida.

De nuevo se hizo el silencio. Pero ella, como si le interesara mucho algunas de las cosas que había dicho el Anciano, después de unos segundos, de nuevo preguntó:
- ¿Y por qué la fiesta de esta noche es tan grande y tantas personas la celebran?
Y el Anciano explicó, a su manera, brevemente y con la mayor claridad que pudo, el origen de la fiesta de la Navidad y el por qué en esta noche tantas personas la celebran. Al terminar volvió a preguntar ella:
- ¿Y la celebran tanto los que creen en Dios como los que no?
- La celebran muchas personas aunque no tengan claro ni el origen ni el significado auténtico de la Navidad. Pero aun así, ya te lo he dicho antes: algo especial en el corazón de casi todo el mundo, en esta noche se remueve. Y lo que sucede es que todos los humanos, todos, en lo más íntimo de nuestro ser, tenemos una vida propia mucho más grande y bella que todo aquello que podamos tocar con las manos. Es necesario, necesitamos de fiestas como la que se celebra en Navidad.

La niña no dijo ni preguntó nada más. Comenzaba a sentirse el frío. Por eso y porque la noche ya avanzaba, decidieron regresar al cortijo. Cogió el Anciano el haz de ramas con flores y pidió a ella ponerse en camino de regreso.
- La madre nos está esperando y seguro que andará algo preocupada.

XII- Caminan despacio, bajando por la senda de la Cañada de las Nogueras, sin comentar nada. Pero sí notando que, aunque el frío poco a poco aumenta, la noche es muy hermosa. Quizá por esto, cuando ya van por el final de la cañada, ella pregunta:
- Una noche muy parecida a las que compartíamos con ella. ¿Te acuerdas allá en el río, la noche de la nieve? ¿Y cuando aquellos días que buscábamos a Bandolero, en la Cañada de los Castaños? ¿Y la noche de la niebla, al norte del cerro de la Cueva?
Y el Anciano simplemente contesta:
- Claro que me acuerdo.

Y van llegando al cortijo, ya por los cipreses antes de la era, cuando el airecillo les trae un puñado de agradable esencia. El aroma de algo que la niña conoce bien pero que en este momento y horas de la noche, es como nuevo. Porque huele como a turrón de almendra, a caramelo, a miel y a nueces tostadas en el fuego. Comenta ella:
- La madre, seguro prepara en la cocina, algo bueno.

Al acercarse a la puerta del cortijo sale a recibirlos Nieve. Desde su casita de madera y lanzando un débil maullido, como si los saludara o se alegrara verlos. La niña le regala una caricia y al tiempo que le dice:
- Ya estamos de vuelta. Y traemos muchas cosas interesantes que luego te diré.
Entran al cortijo, saludan a la madre, suelta el Anciano su carga de flores frescas y, al acercarse a la chimenea, la madre aclara:
- La comida ya está preparada, cuando queráis cenamos.
Y la niña dice:

- Según veníamos llegando, el aire nos ha regalado, el aroma de las cosas que tú aquí estás cocinando. ¿Qué hecho de cena?
- Preparad la mesa y lo comprobáis en un momento.

La mesa pequeña y de madera, estaba a la derecha de la chimenea. Junto las sillas y no muy lejos del acebo decorado. Aclara la niña:
- Pero antes de sentarnos a comer yo quiero poner en el belén las flores que hemos traído.
- Y nosotros te ayudamos.
Aclaró el Anciano, desatando ya los juncos que amarran el haz de ramas con flores. Con mucho cuidado y destrabando cada una de las ramas también con cuidado y dándoselas con calma a la niña y a la madre. Éstas comienzan a colocarlas en algunas partes del belén y, conforme las van ubicando, toda la estancia de la sala grande del cortijo, se llena de esencia fresca. De aroma muy íntima a Navidad y a hondo invierno lleno de ausencias, según lo que una vez y otra siente y medita el Anciano.

En media hora o poco más, la decoración del belén, queda concluida. Con su ramas de macasar cuajadas de flores, con sus alfombras de hojas de otoño, con el musgo y madroños del acantilado del río, con sus bellotas de las encinas y piñas verdes y con las figuritas de madera, obra y regalo del Anciano. Un pequeño belén, con aroma casi celestial, repleto de colores de invierno, todo natural y con muchos trozos de los campos y montañas del Cortijo de la Viña. Al lado del belén y a la derecha, la maceta con el pequeño acebo, también decorado con las cintas de colores y su nombre, tallado a mano, en madera de

roble y con la pequeña navaja del Anciano. Dijo la niña:
- Todo queda terminado. Y en este rincón, donde siempre ella se sentaba, colocamos su silla y reservamos su sitio.
Ni la madre ni el Anciano dijeron nada.

Sí, enseguida, los tres colocaron sus sillas y luego ayudaron a la madre a poner la mesa. Lo más cerca posible de la chimenea para aprovechar el calor de la lumbre y dejando reservada la silla de la derecha. En las brasas de la candela la madre da vueltas por última vez a los alimentos. Dice como animando:
- Para que todo esté calentito y bueno en el momento de comerlo.

Encima de la mesa la niña coloca tres tazas grandes. En ellas la madre vierte cazos de sopa aromática y con una pinta muy buena. Sopa hecha en las ascuas de la lumbre con pan, tomate, huevos, pimientos, trocitos de jamón y, para migarla, uvas verdes amorosamente peladas por ella. Y según va repartiendo este alimento a la niña y Anciano, aclara:
- No es gran cosa pero es lo que tenemos y ya veréis como sabe a gloria.
Y sabe a gloria y a leña de cocina. También a ausencia aunque ninguno dice nada. Sí el Anciano mira, de vez en cuando, a la silla vacía de la derecha y luego sigue compartiendo la sopa calentita. Aparta la madre la sartén de la lumbre y de ella va cogiendo los trozos de lomo de orza recién cocinado. Pone a cada uno su ración en el plato y los acompaña con las patatas asadas en las ascuas de la lumbre. Luego coge tres vasos, los llena de zumo de granada criadas

en la huerta grande del Cortijo de la Viña y endulzado con miel de romero y antes de sentarse, susurra:
- Esta es nuestra gran cena de Nochebuena. Espero que os guste y espero que también, como nosotros y en estos momentos, muchas personas en el mundo, se reúnan y cenen juntos. Y que el cielo, a todos ellos y a nosotros, nos siempre bendiga.

La niña mira fijamente a la madre y escucha con mucha atención las palabras que ésta pronuncia. Y al oír: "que el cielo a todos ellos y a nosotros. Nos bendiga", recuerda las palabras que también unas horas antes ha oído de boca del Anciano: "Sin embargo, quiero que sepas, que yo creo firmemente que es muy importante desear las cosas en el corazón. Y esta noche, más. Todas las cosas buenas que deseemos para todas aquellas personas amigas que nos quieren o han querido, de alguna manera se harán realidad. Por eso creo que lo que importa, por encima de todo y en esta noche, es recordar a las personas queridas y desear para todas ellas lo mejor. En algún lugar del Universo y algún día, todos nos encontraremos y tendremos allí con nosotros todo lo que siempre hemos apetecido y soñado en esta vida".

Después de las palabras de la madre, se hace un gran silencio. Comienzan a comer despacio y como recogidos en sí y, en el fondo, esperando. Pero nadie comenta nada. Las llamas de la lumbre, danzan dibujando un juego muy bello y los tizones chisporrotean. En las cintas de colores del árbol se refleja la luz de estas llamas y también iluminan, tenuemente y como besando, las figuritas de madera en el belén de la niña. Y ésta, mira como acariciando, tanto al árbol, como al belén y a la silla vacía en el

rincón de la derecha. Fuera, la noche transcurre y se oye el viento. Todo está oscuro y lo único que se oye es el viento rompiéndose por entre las ramas de los cipreses en la puerta del cortijo. Y también muy al fondo, se oye la corriente del río. Y más al fondo y en una dimensión distinta, resuena como una música muy dulce donde el corazón del Anciano percibe sus risas y palabras mientras juga con la niña. Por eso también, y una vez más, se repite en su interior: “Mientras no te borres de mi alma, seguirás hermosa y tendrás vida. Mientras mi corazón te preste su calor, seguirás siendo dignas entre los humanos, en el cielo y antes los ojos de Dios.”

Granada, 29-12-2009

Paisajes nevados

Era diciembre, ya muy próximo a la Navidad y hacía frío. Aquel día amaneció todo nublado, muy en calma el viento y con las cumbres, a los lados, cubiertas de blanca nieve. El día de antes había estado nevando durante varias horas. Desde por la mañana temprano hasta el anochecer. Y sin embargo, al llegar la noche, dejó de nevar, se calmó el viento, siguieron las nubes cubriendo y el frío fue aumentando. Tanto, que se helaron las cascadas de los arroyuelos, algunos charcos y todos los campos se llenaron de escarchas.

Llegó él al collado de las Tres Encinas. Donde el terreno es un poco llano y se reúnen varios cauces chicos. La hierba tapizaba a lo ancho y la

tierra, al pisar, crujía como quebrándose. Los cristales de la escarcha eran muchos, transparentes y blandos. Miró al frente y descubrió la anchura y profundidad del barranco. A los lados surcado por muchos pequeños arroyos que descendían de las mismas cumbres de las montañas. Por el bosque, en las laderas del barranco, no se veía nada de nieve. El blanco manto solo se extendía a partir de la mitad de las laderas hasta lo más alto de las cumbres. Por eso caminó despacio siguiendo la senda, por entre las encinas de la cañada, hacia donde se juntan los arroyuelos, parte final de gran barranco.

Y media hora después llegó al manantial. Donde un pequeño pilar de cemento y unos tornajos de madera, recogían el agua del venero. Un cristalino chorrillo que, jugueteando con el frío de la mañana, se derramaba en el pilar de cemento. Aquí se paró y miró despacio. Como si buscara algo o como si pretendiera recordar. El agua en los tornajos estaba helada y, por el lado de abajo, colgaban puñados de carámbanos. Las tierras que en otros tiempos habían sido huertas, labradas y sembradas a lo largo de muchos años de tomates, lechugas, pimientos, pepinos… ahora las estaba viendo yermas. Tapizada con un recio manto de escarcha blanca y salpicada matas de hierba. Todo quieto, mudo, como durmiendo un sueño extraño.

Lavó sus manos en el chorrillo, bebió un trago y siguió caminando. La senda ahora subía por el barranco del centro, adentrándose en el bosque y por entre recios y abundantes peñascos. Y caminó en silencio durante media hora más. Metido en sí y meditando los recuerdos que a cada paso le asaltaban. Hasta que llegó al pie de la gran pared

rocosa. Por donde la vegetación todavía era muy espesa y por donde, a la derecha, sabía se encontraba la puerta. Apartó con sus manos las ramas de lentisco, romero y cornicabra y se acercó un poco más. Detrás de los troncos de dos gruesos robles, descubrió lo que venía buscando. Se paró, miró para el barranco, para las altas cumbres, vestidas de inmaculado blanco y luego miró para la oscuridad de la gruta.

Conocía muy bien el camino a las profundidades y entrañas de la gran montaña. Conocía al detalle cada recodo y repisa y tenía muy claro dónde se encontraba lo que por aquí venía buscando. Por eso su corazón estaba lleno de una inexplicable felicidad y por eso se sentía seguro y sereno.

Una cabaña para la noche de Navidad

La niña le dijo al abuelo:
- Quiero que nos acompañes.
- ¿A dónde?
- Al cerro de las rocas de cristal, frente al sol más brillante.
- ¿Y para qué queréis ir a ese sitio?
- Tú, acompáñanos y luego te lo digo.

Y el abuelo se fue en busca del borriquillo que, en las praderas de la derecha, comía hierba en libertad. Preparó el pequeño carro, enganchó el borriquillo a los varales y le dijo: “Ale, llénate de entusiasmo y tira con alegría de este carro. Hoy los

niños quieren que los llevemos al Cerro de la Luz”. Llamó el abuelo a los niños, él y ella y también les dijo:
- Nosotros ya estamos preparados. Cuando queréis nos ponemos en marcha.
- Ahora mismo.
Dijo la niña y, sin más, subieron al pequeño carro de madera de roble. Un carro construido por el abuelo expresamente para el borriquillo. Para llevar a los niños de paseo y para transportar frutas, hortalizas y las flores de la niña, cuando ésta se iba por los campos.

El abuelo dio órdenes al borriquillo y, al poco, ya subían por el camino hacia lo más alto del cerro. Montados los tres en el pequeño carro y al calor del entusiasmo de la niña. Quiso él preguntar otra vez pero no lo hizo. Pensó que era mejor esperar y ver con sus propios ojos lo que ella se proponía. Por eso, mientras subían despacio, miraban a un lado y otro y esperaban que ella dijera algo. Él y ella, solo de vez en cuando comentaban:
- Abuelo, fíjate qué paisajes más bellos. A la derecha, el río con sus cascadas, a la izquierda, los bosques con sus tonos verdes oscuros y al frente, el Cerro de la Luz, con sus rocas blancas, cuarzo casi transparente.
Y el abuelo miraba y callaba.

Al mediodía llegaron a lo más alto del Cerro de Cristal. Al rellano donde los cinco gruesos pinos, las dos centenarias nogueras y el robusto almendro. Por entre la fina hierba de la llanura, avanzó el borriquillo tirando de su carro y con los tres en él montados. Dijo el abuelo:
- Tú dirás en qué sitios paramos.

- Sigue un poco más. Dile al borriquillo que lleve cuidado y que se acerque todo lo posible al balcón que mira al barranco, por donde el río nace y, desde aquí arriba, se ven sus cascadas y charcos.

Pidió de nuevo el abuelo al borriquillo que siguiera hasta donde la niña estaba diciendo. Tiró el asnillo de su carro hasta que la niña otra vez comentó:
- Aquí es, abuelo.
Dio órdenes el abuelo a su borriquillo y éste se paró. Bajaron los tres del carro y de nuevo el abuelo preguntó a la niña:
- ¿Qué es lo que por aquí venimos buscando?
- Ven conmigo.
Lo cogió de la mano y se lo llevó para donde las rocas de cuarzo, color hielo y transparentes casi como el viento. Se acercó a la puerta de la cueva, separó frente a ella, miró al abuelo y a su compañero y dijo:
- Quiero que me ayudéis a construir aquí una cabaña.
- ¿Una cabaña en lo alto de este cerro?
- Sí, la cabaña más bonita que nunca nadie haya visto.
- ¿Y para qué quieres esta cabaña y en este lugar?
- Para venirme a vivir a ella y recibir desde aquí la noche de la Navidad. ¿No estáis viendo que escenarios tan fantásticos?

Extraña tarde en la Alhambra

Su actitud no fue noble ni se comportaron con respeto. Por eso a él, se le quedó un extraño dolor en el alma y, aunque meditaba buscando una explicación, no encontraba ninguna razón convincente.

Después de tres meses, por fin aquella tarde de domingo, quedaron. Era ya final de noviembre, otoño muy avanzado. El cielo estaba todo cubierto de espesas y grandes nubes negras. Antes de la hora fijada, a las dos y media, llovió bastante. Sobre el asfalto de la plaza donde habían quedado, se formaron algunos charcos y por la calle en cuesta, el agua bajaba en ríos pequeños. Mientras las esperaba se decía que la lluvia no sería ningún problema. Tenía claro que, la Alhambra bajo la lluvia, es muy bella. O mejor y al menos para él, bajo la lluvia, la nieve, el frío o el viento, la Alhambra es mucho más bella que en cualquier otro momento. Así lo sentía y así se lo había dicho. Por eso creía que sentían y pensaban lo mismo.

A las dos en punto de la tarde ya estaba en la plaza esperando. Paseó, soñando el encuentro y a las dos y media recibió un mensaje que decía: “Lo sentimos, llegaremos a las tres de la tarde”. No contestó y siguió esperando. Hasta las tres y media que fue cuando llegaron. Las saludó y nada dijo del retraso. Sí les aclaró:
- Tenemos que cambiar las reservas por las entradas y a las cinco es la hora de la visita a los palacios. Solo nos dará tiempo ver algunas cosas, antes.
- ¿Qué veremos?
Y les dijo que lo mejor sería visitar primero el rincón de Generalife y luego regresar para estar a las cinco en punto en las puerta de los palacios.
- Se tarda una hora y por eso serán las seis cuando salgamos, momento en que cierran todos los recintos de la Alhambra. En estos días ya tienen horario de invierno.

Mientras subían por la Cuesta de Gomérez, les preguntó:
- ¿Habéis comido?
- No. Ahora compraremos algo en algún sitio.
Y les regaló unas naranjas mandarinas que había cogido de su huerto. También un par de granadas y una tableta de chocolate con almendras. Sin reparo ninguno lo cogieron y al instante se pusieron a comer. Nada agradecieron. Al pasar la Puerta de las Granadas, una amplia alfombra de hojas color naranja cubría todo el asfalto, se abrió ante ellos. El otoño ya tenía casi desnudos muchos de los árboles en el bosque de la Alhambra. Les dijo:
- ¡Fijaos qué cuadro más bello!
Nada dijeron. Comían naranjas y chocolate y caminaban despacio. A mitad de la cuesta, abrió él una bolsa de plástico, saco unos libros y se los ofreció diciendo:
- Es nuevo y acabo de terminarlo. Los rincones y matices más bellos de este sueño que es la Alhambra. Os lo regalo y os hago saber que sois las primeras personas en tener este libro entre sus manos.
De nuevo sin agradecer nada, los cogieron, no lo miraron, los metieron en la mochila y siguieron subiendo.

Poco después, cuando ya iban llegando al pabellón donde debían canjear las reservas por las entradas, una de ellas dijo:
- A las seis y media tenemos que estar en nuestro piso. Hemos quedado con unos amigos.
No hizo ningún comentario pero para sí, él pensó que, después de tantos días esperando para visitar la Alhambra gratis, apenas dejaban tiempo para ver las cosas con calma. Pensó que de este modo, corriendo

para no llegar tarde a la cita con los amigos, no merecía la pena entrar a los jardines y palacios. Y para sí se lamentó el poco interés y la mala actitud que estaban mostrando. Se había ofrecido voluntariamente para conseguirle entrada gratis y para guiarlas y enseñarles estos lugares de Granada. Y, además, se había preocupado en ofrecerle unos libros únicos para que conservaran un recuerdo y que supieran la historia y valor de las cosas. No dijo nada pero ya comenzaba a sentirse molesto.

Cambiaron las reservas y, ya con las entradas en la mano, pasaron a los jardines del Generalife. No llovía pero sí hacía frío y algo de viento. Y el cielo amenazaba lluvia en cualquier momento. Olvidó la prisa que habían mostrado por regresar pronto a su piso. Entusiasmado se puso a explicarle, mientras las guiaba y les decía los nombres e historia de las cosas. Aparentemente interesadas, caminaron despacio, hacían fotos, charlaban entre sí, preguntaban… Entraron al Patio de la Acequia, al del Ciprés, subieron las Escaleras del Agua, regresaron por el Paseo de las Adelfas y de los Cipreses, pasaron al espacio de la Alhambra Alta, donde estuvo la Medina. Y a cada paso y paisaje nuevo, el hombre les explicaba con cariño. Aunque a cada momento descubría más y más que apenas prestaban atención. Y sí comentaban, de vez en cuando:
- Tenemos que estar en nuestro piso a las seis y media.

Empezó a llover, se formaron algunos charcos, bajaron las temperaturas y su deseo de volver, fue aumentando. Para animarlas les decía:

- En cuanto salgamos de los palacios cogemos el autobús y regresamos en un periquete.
- ¿Y no podríamos dejar la visita a los palacios para otro día?
Y les dijo que sí se podría pero creía que no era bueno desaprovechar las entradas que les habían regalado. Sería la segunda vez y esto no le parecía correcto.

Al llegar a la explanada por delante del Palacio del Carlos V, de nuevo dijeron:
- Hemos pensado que vamos a regresar.
Y sin más, decididas se fueron para la cuestecilla que lleva a la Puerta de la Justicia. El hombre las siguió a cierta distancia y con la sensación de ser abandonado. Pero las siguió sin pronunciar palabra. Por la cuestecilla que lleva a la puerta principal, por los recodos en este arco y puerta, por la explanada detrás del Pilar de Carlos V y llegaron a donde la parada del autobús. Aquí se detuvieron, esperaron que el hombre llegara y una de ellas preguntó:
- ¿Tardará mucho el autobús?
- Como es domingo pasan con menos frecuencia que los días normales.
- Estamos mojadas, tenemos frío y queremos regresar a nuestro piso. Hemos quedado con los amigos a las seis y media. ¿Tú te quedas o te vienes?

Les dijo que también regresaba porque su presencia esta tarde por los recintos de la Alhambra había sido solo para acompañarlas. Pero él entendió que lo que le estaban diciendo era que las dejara y que se fuera por otro sitio. Se sintió mal. Triste y algo desgraciado y porque también notaba que no lo estaban tratando con respeto. Siguió junto a ellas esperando al autobús. Llegó en unos minutos,

subieron, se fueron ellas al final de todo y él se quedó cerca de la puerta. Sin saber si debía acercarse y decirles algo o dejarlas tranquilas. Optó por esto último y esperó así hasta el final del recorrido. El autobús se paró en la plaza al final de la Gran Vía. Ellas bajaron rápido y, aunque el hombre les dijo:
- ¿Os apetece un chocolate con churros?
Sin ningún reparo respondieron:
- No tenemos tiempo.
Y comenzaron a irse calle abajo. Sin apenas despedirse y mucho menos agradecer nada. El hombre caminó en sentido opuesto, hacia su casa, cabizbajo y triste.

Con los ojos del alma

Que el alma tiene ojos yo nunca lo pondré en duda. Y que con los ojos de la cara no siempre se ve lo esencial, también lo creo. Y pienso esto porque, con los ojos del alma, muchas veces he visto lo que nunca pude con los ojos de la cara.

Por donde el Generalife, laderas que miran al sol de la tarde, subí el otro día. Siguiendo una senda que, como elevándose en el aire, lleva al mirador más bello de Granada y que muy pocos conocen. Es invisible a los ojos de la cara y yo lo conozco con el nombre de El Puntal de los Almendros. Por donde las tierras ya no son tales sino como transparencia de viento que, al pisar, se nota blanda como algodón en rama. Siguiendo la senda que he dicho, llegué a lo más alto y giré para el lado de los jardines del Generalife. Laderas de las huertas, Albaicín al fondo y

la Alhambra un poco más cerca. Y, frente a este cuadro me quedé parado. Mirando despacio y gustando los últimos colores otoñales ya mezclados con los matices del invierno, que de todos estos sitios manaban.

Llovía, hacía algo de viento y, sobre las cumbres de Sierra Nevada, las nubes se apiñaban. En cantidades grandes la nieve caía por allí y también, en grandes cantidades, la lluvia se derramaba sobre Granada y la colina de la Alhambra. También sombre los palacios, torres y muralla, el barrio del Albaicín y los bosques que rodean. Como en un juego fantástico que besara a los paisajes y, al mismo tiempo, los recogieran como en amoroso abrazo. Bajo esta misma lluvia y sobre el mirador en los pilares del viento, me quedé mucho rato. Simplemente observando y gustando y, al mismo tiempo, comprobando lo que nunca he podido ver con los ojos de la cara.

Y, estaba yo embelesado en tan bella fantasía, cuando y con los ojos de la cara vi algo que me llenó de gran tristeza. Dos muchachas, extranjeras ellas, universitarias y con cierta apariencia de inteligentes, entraron a los jardines del Generalife. No llovía en ese mismo momento y por eso caminaban despacio. Haciendo fotos, mirando, charlando entre sí y preguntando al que le acompañaba: Un hombre mayor que, guiándolas, le ofrecía su sabiduría y respeto. Se le notaba claramente porque se le vía desde lejos.

Llegaron al Patio de la Acequia y empezó a llover. Una de ellas recibió una llamada de un amigo y al terminar de hablar, dijo:

- A las seis y media tengo que estar en mi piso.
Expuso el hombre que les acompañaba:
- A las cinco tenemos la visita a los palacios y hoy es ya la segunda vez que nos regalan las entradas.
Hubo un silencio denso. La lluvia arreció, las dos muchachas aligeraron el paso mientras se quejaban:
- Nos estamos empapando. Queremos volver a nuestra casa.

Poco después vi al hombre caminar detrás de ellas. Como el parrillo que sigue a su amo y, por eso, se le notaba algo menospreciado. Bajo la lluvia salieron de los jardines del Generalife, atravesaron las tierras por donde la Alhambra Alta, bajaron, salieron por la Puerta de la Justicia, esperaron al autobús y, media hora después, se apearon en el centro de Granada. Justo en la Plaza de Reyes Católicos. El hombre las despidió y, como triste y dañado por el poco respeto que había recibido, caminó cabizbajo. Yo no pude decir nada pero también me sentí desorientado.

La Alhambra, sus jardines, el Generalife, el Albaicín… cuando la lluvia cae como lo hacía en aquellos momentos, es la fantasía más bella que puede disfrutarse en este mundo.

El hombre y la lluvia

A veces, los que escribimos cosas: cuentos, relatos, poemas…deseamos, necesitamos ser muy claros y concisos. Porque, en muchos momentos de la vida, vemos cuadros, escenas, paisajes, que por su

belleza y fuerza impresionan tanto, que ansiamos transmitirlo tal como hasta nosotros llegan. Con la misma claridad, resplandor, color, forma y olor, que antes nuestros ojos se manifiestan para que lo entiendan bien las personas que lo lean. Al menos a mí, en muchas ocasiones, me sucede esto.

Y una de estas ocasiones la viví ayer mismo por la tarde. En el rincón de las tierras llanas al comienzo del río. Aquí es donde tiene él su propio huerto. Un trocico de terreno, muy cerca del riachuelo y que labra y siempre con el mayor esmero. Y en esta tierra siembra de todo un poco: tomates, pimientos, habichuelas, garbanzos, habas, maíz… También tiene aquí sembrados algunos árboles frutales y muchas plantas que solo dan flores: rosales, lirios, enredaderas… Y todo esto lo hace solo por el gusto de ver crecer las plantas y para gozar y disfrutar de sus frutos y flores. Por eso es, según he visto con mis propios ojos, el más feliz y libre de todos.

Y ayer por la tarde lo pude comprobar. Su gozo llegó a tal extremo que parecía morirse de tan honda dicha. Se nubló mucho el cielo y, al caer la tarde, comenzó a llover con fuerza. Lo vi acercase a su huerto, se sentó en una piedra y se puso a mirar la lluvia caer sobre las hojas de las plantas. Con tanto interés miraba que parecía beberse la propia lluvia que ante él se derramaba y ahogarse en no sé qué océano de felicidad. Por eso, ahogándome yo también en mi propia curiosidad, me acerqué y le pregunté:
- ¿Qué es lo que tanto te emociona?
Y me respondió:

- La clara lluvia cayendo sobre las hojas de las plantas de mi huerto. ¿No ves tú qué espectáculo tan hondo, natural y bello?
Y miré y miré y, lo que más deseé en ese mismo momento, es lo que ya he dicho antes: haber tenido en mí la facultad de recoger, escribir y transmitir el acontecimiento con la misma sencillez, claridad, hondura y fuerza que él la estaba viviendo.

El inadaptado

I- El que tenía autoridad, aquella mañana lo llamó y le dijo:
- Como ya sabes, solo me queda un año al frente de la institución. Por eso, en esta ocasión, voy a ser sincero contigo diciéndote las cosas claras.
Sentado frente a él, en la pequeña estancia con vista al jardín, al hombre se le nublaron los ojos. Nada más oír las primeras palabras del que tenía autoridad, como en un veloz sueño, en cuestión de segundos, por su mente pasó lo que a lo largo de de toda su vida había temido. El miedo se apoderó de él y por eso ni siquiera tuvo valor mirar de frente al que tenía ante sí. Agachó la cabeza, se recogió en sí y, acudiendo al cielo, en su corazón exclamó: “¡Dios, me lo estaba temiendo!”.

El que tenía autoridad continuó exponiendo:
- Tu forma de comportarte no es correcta. Desde hace años te lo venimos diciendo y ni chispa de caso has hecho. Ha llegado el final. Puesto que no te adaptas ni cumples con honradez lo que la institución te pide, te expulsamos de ella.

Y el hombre tragó saliva. Ahora sí miró de frente y quiso hablar: “Tengo ya sesenta y siete años y entré a esta organización cuando aún no había cumplido los diecinueve. Si me expulsáis ¿adónde voy yo ahora y qué hago con mi vida, sin casa donde vivir, sin familias donde acogerme, sin amigos que me den una mano...? Quiso exponer al menos esto pero ni siquiera abrió la boca. Siguió mirando al que tenía delante y dejando que dijera todo lo que tuviera ganas. En el fondo, ya no prestaba atención a lo que le estaba señalando. Como si ya no le importaba lo que le dijera. Porque, lo que más había temido a lo largo de toda su vida, ya lo había oído. “Te expulsamos de la institución. Desde este mismo momento ya no tienes ni el apoyo del organismo ni el mío ni el de los que han sido tus compañeros”.

Y media hora después, dio comienzo su nueva realidad. El hombre salió de la pequeña estancia, subió a su habitación, sabiendo que ya no le pertenecía ni la casa ni las escaleras ni los pasillos. De su habitación cogió un par de cosas. También sabía y sentía que nada de lo que en su habitación había ya le pertenecía. Pero cogió algunas cosas, las guardó en un viejo saco y poco después salió por la puerta de la casa. Con su saco acuestas y el corazón lleno de dolor y miedo.

Solitario
se le ve al caer la tarde
caminando,
mirando como si buscara
algo,
por donde las personas se amontona

junto al Darro.

En las ramas de los árboles,
se ven colgando
los colores del otoño
que despacio
duerme y a la vez se marcha
a su mundo mágico.

Mira y en el alma
llora callado.
El otoño es tan hermoso
que hace daño
y la tarde
se va por donde el río
y su llanto.

Y durante mucho rato caminó sin rumbo por algunos de los lugares que conocía. Hasta que la noche cayó. Buscó, en un caserón viejo fuera de la urbe, un rincón y junto al saco se acurrucó. Sintiendo el alma rota y su estómago vacío. Se acurrucó mucho en sí mismo, como si necesitara encerrarse en el más diminuto espacio y lo más hondo posible del dolor que le aprisionaba el corazón. Y, mientras se acurrucaba y el frío del ambiente se le empezó a colar por las carnes, lloraba. Y, mudamente en su alma, se decía: “¿Qué va a ser de mí, Dios mío, a partir de ahora?”.

II- Era otoño, ya casi final de noviembre y no hacía mucho frío. Ni siquiera habían caído todavía las primeras lluvias ni las primeras nieves en las altas cumbres ni helaba por las noches. El otoño de este año estaba siendo muy caluroso y por eso aun parecía que era verano.

Aquella mañana apareció algo nublado. Con nubes muy altas, nieblas en el horizonte que no eran nieblas sino suciedad en la atmósfera y con el viento en calma. Ya los árboles, los de las riveras del río y las umbrías en las montañas, se mostraban repletos de colores. Ocres pálidos y tonos oro brillante. Porque el otoño estaba muy avanzado a pesar de las altas temperaturas. Por eso, aunque las lluvias no habían llegado ni tampoco los fríos, la sensación de que todo iba ya hacia el final del otoño, se palpaba por todas partes.

Sentado sobre la alta roca, a la derecha del río y al comienzo de la torrentera, miraba y se acurrucaba en sí. No hacía frío pero sí se notaba desvalido, solo y tristemente pobre. Desde que tenía consciencia de haber sido echado de la institución por no respetar y cumplir las reglas al modo en que estaban escritas, vagaba sin rumbo ni sentido. Por los sitios que, muchos años atrás, había pisado cuando todavía era niño. Buscando siempre alguna baya que llevarse a la boca para aplacar el hambre: madroños, almendras, bellotas, nueces, granadas… Y para dormir y refugiarse por las noches, había buscado la cueva más oculta, frente a las aguas del río. Para de este modo vivir, aunque no fuera cierto, en lo que siempre había sido el mundo de sus sueños. Con los paisajes que abrazó de pequeño, siempre antes sus ojos y con los olores que más le alimentaban, aspirándolos por todas partes.

Ya no creía en Dios y por eso apenas rezaba. Aunque sí creía en Dios y rezaba a su manera. Solo que creía en el Dios que de siempre había llevado en

su corazón y no en el que le habían enseñado en la institución. En este Dios, el de los libros y golpes de pecho, no podía seguir creyendo. Porque ellos le habían enseñado que someterse a las reglas y cumplir exactamente lo legislado, tenía que ser lo más importante. Y su corazón se resistía a someterse a esta forma de vida. En el fondo, intuía, sabía que esto no podía ser sincero y por eso se notaba vacío. Como en un absurdo tremendo aunque fuera lo establecido desde hacía siglos y siglos.

Sentado en lo más alto de la roca y al comienzo de la torrentera, se acurrucaba en sí y miraba para el profundo valle del río. Por entre los fresnos, álamos, cornicabras, rocas y pendientes, se deslizaba la corriente. Clara como el viento más puro y reflejando todos los tonos del otoño presente en los bosques de las laderas. Y miraba, además de las aguas saltando en cascadas, al que unos momentos antes había bajado por la torrentera. Durante largo rato lo había observado, sentado cerca de la roca que él ocupaba ahora. Con su macuto abierto y sacando de ahí alimentos: bocadillos, leche, chocolate, frutas… para alimentarse bien antes de su faena de pesca en los charcos del río.

Cuando ya terminó de comer, descendió por la torrentera con las artes de pescar y buscó el mejor lugar a orilla de las aguas. Desde lo alto de la roca ahora él lo observaba, allá en lo más hondo al mismo tiempo que miraba los restos de comida que cerca había dejado. Un poco de chocolate, cáscaras de frutas, un poco de pan… Se acurrucaba en sí, triste, lleno de frío y miedo y miraba los restos de comida. Planeaba acercarse y buscar y coger lo que

encontrara para comérselo. Se moría de tristeza, de hambre y frío.

III- Duarte mucho rato, ahora tenía pasa sí todo el tiempo del mundo, estuvo mirando. Justo parado donde la senda comienza a descender por la ladera. Y miró despacio hacia el barranco, por donde el amplio valle surcado por el claro río. Luego miró para la izquierda. Por donde, al final de la ladera, el Arroyo de los Membrillos, se precipita en busca del río. Sabía que por esos rincones, en una llanura muy hermosa casi en la cumbre, brotaban los manantiales. Los tres caudalosos manantiales, dos al principio y de agua dulce y uno algo más abajo y de agua agria. Agua de hierro que, de pequeño, había bebido millones de veces.

Se dijo para sí, mientras recorría con sus ojos los paisajes por donde los manantiales, que tenía que subir a este lugar de las montañas. En busca de los manantiales y, sobre todo, el de la fuente de agua agria. Sabía que por aquí, al menos en otros tiempos, había muchos árboles frutales ya abandonados. Y pensó que, de estos árboles, podría recoger algo de fruta para alimentarse y quitarse un poco el hambre. Y también sabía que, en el arroyo de los tres manantiales, crecían espesos y frondosos muchos majuelos. Era otoño, época en que las bayas de los majuelos maduran. De pequeño, muchas veces había cogido puñados y puñados de majoletas maduras. Y sabía que, aunque estas bayas no eran gran cosa, sí podrían servir también para quitarse un poco el hambre.

Al comienzo del camino, miró durante más de media ahora a los paisajes que tenía a su izquierda, al frente y para su derecha. Y sobre todo, miró despacio, muy despacio, a la casa, un poco a sus espaldas. Y sintió odio y ganas de vengarse. Dentro de la casa había comenzado su tragedia y ahora, el dolor y la tristeza en su alma y corazón, era casi insoportable. Por eso, y sin saberlo ni tener claro cómo, había brotado dentro de él un fuerte deseo de venganza. Algunos de los que seguían viviendo en la casa habían sido los principales artífices de su desgracia. Al menos, así lo sentía en su corazón.

Comenzó a bajar por la senda, despacio, muy despacio. Sin dejar de mirar a la casa y para el fondo del valle. La senda, estrecha, casi tallada en las rocas de la ladera, desciende toda trazando curvas hasta dejar en el terreno llano del valle, junto al río. Conocía estos lugares como la palma de su mano. Y por eso estaba muy seguro de poder llevar a cabo lo que planeaba. De aquí que, a cada paso que daba senda adelante, mirara a un lado y otro y en los recovecos de las rocas. Tenía que asegurarse bien para que nada fallara.

Media hora tardó en llegar a la llanura del valle. Se paró junto a la gran noguera, buscó y encontró un puñado de nueces y se puso a partirlas con unas piedras. Mientras se las iba comiendo, miraba y miraba para la casa, ahora arriba y donde la senda comienza. Y una vez más pensó que cuando la explosión se diera y la hiciera saltar por los aires, iba a ser un gran espectáculo y sincero alivio en su alma.

IV- El arroyo baja del lado norte y desde unas laderas muy tupidas de monte. Por donde los brezos, las madroñeras y los durillos, crecen altos y verdes. Se clavan en estas laderas grandes ejemplares de pinos, castaños centenarios, recias encinas y algunos arces y tejos. Por eso estas laderas y sus bosques son paisajes fantásticos que él conoce casi como la palma de la mano. De pequeño los había recorrido casi en todas las direcciones y, por las noches, muchas veces había dormido en las oscuras cuevas que se abren entre las rocas del monte.

Por esto y más cosas, sabe del gran venero de agua caliente que hay en el arroyo. Ya casi al final y un poco antes de que el cauce se junte con el río. Bajo unas rocas calizas y casi arropado por las ramas de algunos álamos, el venero brota del fondo de un redondo y profundo charco. Como si surgiera del centro mismo de la tierra, en borbotones temblorosos y cristalinos como el más puro viento. Y al salir a la superficie del agua clara y caliente, exhala vapor en forma de nubes pequeñas. Como si se tratara de un bellísimo y natural juego para entretener y decorar a los paisajes del arroyuelo.

La senda baja, surcando unas de las laderas tupidas de monte, derecha al gran charco del manantial. Por la senda, ya hoy casi borrada y comida por las jaras, aulagas y romeros, se le ve caminar. Despacio y con su saco acuestas y como metido en sí y meditando. Baja en busca del charco del agua caliente que bien conoce desde pequeño. Tiene vivos, muy vivos los recuerdos. Porque mil veces, en los días fríos del invierno y a las tardes cálidas del otoño, se ha bañado en este charco. Para limpiar su cuerpo y para

disfrutar del agua caliente que tan generosamente ofrece el venero. Y siempre lo sentía como un generoso regalo de la naturaleza y, al mismo tiempo, como un juego repleto de sensaciones muy bellas.

Con estos recuerdos, con algo de frío, un poco de hambre y un pellizco de tristeza en su corazón, llega al charco. Por el lado de arriba que es por donde las rocas se clavan en la ladera y, en la misma base, brota el venero. En un pequeño escalón que conoce, se para, suelta su saco, se quita su ropa, sus zapatos y se aproxima a las aguas. Tocándolas con sus manos, antes de meterse en lo más hondo. Y comprueba que están calientes. Templadas como en aquellos años de su niñez por estas tierras. Avanza y se adentra hasta lo más hondo. Donde los borbotones del agua surgen con más fuerza por los agujeros de las rocas. Aquí mismo es donde el agua ofrece su mejor temperatura y la mejor caricia para el cuerpo.

Se hunde hasta lo más hondo y respira despacio. Gustando plenamente el cálido abrazo de agua y bebiendo el vapor purísimo que se eleva por el aire. Y siente que su cuerpo, su corazón y alma, se llenan de un placer sereno y bueno, muy bueno. Como si Dios mismo le regalara la más sincera y tierna de las caricias. Estira sus brazos, se zambulle en las aguas, bebe unos tragos y respira hondo. Mira y, algo más abajo, descubre a los almendros. Se dice para sí que, dentro de un rato, se irá por donde estos almendros y recogerás las almendras que seguro el otoño por ahí ha dejado. Se sentará luego al borde de las aguas del río y se las comerá despacio. Sabe que estos frutos son un alimento muy rico y sano.

V- Ya hacía casi dos horas que había amanecido. Por eso el sol, ardiendo en tonos dorados, se derramaba por las cumbres de las montañas y parte de las laderas. Y, aunque se estaba alzando un día muy frío, por el cielo no se veían nubes y por entre los bosques, la sensación era de un bonito día de verano. Pero era pleno otoño. Pálido otoño, ya con los árboles muy teñidos de oro y con pequeños cristales de escarcha junto a los charcos del río. También el aire olía a setas y a musgo añejo.

De su cama de hojas, color naranja casi como los rayos del sol que se iba alzando, aun no se había incorporado. Aunque algún mirlo, a la derecha suya y por entre los acebos, también ya hacía mucho rato que andaba canturreando. Como si quiera espabilarlo o como si pretendiera animarlo para que sus ojos se abrieran al nuevo día. Y ya había abierto sus ojos y esperaba, de un momento a otro, levantarse. En su blanda cama de hojas color otoño, se sentía cómodo. Acurrucado en sí, junto a su viejo saco y arrullado por la corriente del río. Porque su cama, bajo las ampulosas ramas de un viejo roble, casi rozaba las aguas del redondo charco.

Quizá por esto no tenía prisa ninguna en levantarse. En abandonar el nido que hacía solo unas horas y mientras la tarde se marchaba, se había construido. Pero en ruido de unas personas lo alertaron. Venía del lado de abajo, por donde el río se alejaba surcando una llanura sembrada de álamos que también se vestían con el mejor traje del otoño. No abandonó su calentita cama de hojas de álamos, robles y arces. Sino que, tal como estaba acurrucado,

alzó un poco su cabeza y miró. Para donde la corriente del río se alejaba.

Y los vio. Era un pequeño grupo que subía despacio siguiendo la sendilla. Eran dos niños, él y ella. Esperó que se acercaran y, tal como estaba en su cama, los saludó. La niña se puso frente a él y también su compañero. Ella miró despacio y luego preguntó:
- ¿Te hemos despertado?
Y amablemente le dijo:
- Ya iba a levantarme.

La niña avanzó unos pasos y se colocó muy cerca de su cama de hojas. Le dijo:
- En todo caso, perdona. Es que venimos buscando piñas viejas para el belén de nuestra casa. ¿Sabes tú dónde podremos encontrarlas?
- En los pinares que hay al final de la ladera que se ve a vuestra derecha.
Y la niña lo miró muy fijamente. Miró también con mucho interés el sitio donde estaba acurrucado y de nuevo preguntó:
- ¿Has dormido aquí esta noche?
- Sí, aquí he dormido.
- ¿Pues sabes lo que te digo?
Y guardó silencio y esperó sus palabras. Continuó diciendo ella:
- Que tu cama es la más bonita de cuantas camas he visto en mi vida.

Se acercó un poco más, le tendió su mano y le volvió a decir:
- Voy a tirar de ti para levantarte y que te vengas con nosotros.

Sorprendido la miró y respondió:
- Si es que ni siquiera tengo ganas de levantarme y menos de caminar.
- Pero yo quiero que nos lleves a donde se encuentran esas piñas que me dices y andamos buscando. Las necesito para el belén que en mi casa estamos preparando. Dentro de poco llegará la Navidad.
Y no se hizo más de rogar. Tal como estaba, apoyó sus manos en el suelo, empujó un poco y se incorporó. Y, aunque ella seguía ofreciendo su blanca mano, blanda como la nata y calentita, no la cogió.

Unos minutos después, caminaban despacio río arriba y, al llegar a la curva donde la vieja alberca, se pararon. Donde también crecen espesos los álamos y, en otros tiempos, hubo unos huertos. Por eso, entre los álamos, las zarzas y algunas carrascas, se veían varios granados. Ya con sus hojas pálidas, obra del otoño avanzado pero todavía con algunas granadas colgando de las ramas. Abiertas casi por completo y, otras, solo con la primera capa de cáscara rajada.

Y fue la niña la que primero se acercó a uno de estos granados. Al que estaba un poco clavado en las tierras de la torrentera y por eso parecía el más grande y fácil de alcanzar sus ramas. Porque, de algunas de estas ramas, colgaban hermosas y casi por completo enteras, más de media docena de granadas. Aun sin abrir totalmente pero sí con sus cáscaras rajadas y algo amarillentas. Sin gran dificultad cogió ella la Granada más apetitosa y gorda que colgaba de la rama baja, cortó su tallo, se la trajo en su mano y al instante la mostró diciendo:

- ¡Fíjate qué buena! ¿A que parece que está gritando: cómeme, cómeme, cómeme?

Su compañero, el niño casi de su misma edad, enseguida quiso coger la fruta que ella mostraba orgullosa pero se la trajo para sí, apartándola del alcance de su compañero y guardándola entre sus manos, muy pegada al pecho. Dijo:
- No será para ti ni tampoco para mí. Se la voy a regalar a este nuevo amigo que hemos encontrado hace un rato.
Y él, cerca del granado y con su viejo saco acuestas, mirando a la niña comentó:
- Yo creo que te la debes comer tú. Eres la que la has cogido y parecer estar tan buena que te gustará mucho, seguro.
- Pero es que yo he desayunado no hace mucho y tú, no. Además, quiero regalártela por haberte animado a venir con nosotros. Toma, ábrela, arranca sus granos y te los va comiendo mientras seguimos hacia el pinar de las piñas que me has dicho.

Con mucho cuidado y, al mismo tiempo decidido, abrió la Granada. Y la mostró en sus manos, en tres trozos muy hermosos. De colores tan brillantes, cada uno de los cien granos que entre sí se apiñaban, que parecían vivos rubíes. Rojos como la sangre más pura. La niña volvió a comentar:
- Uno a uno voy a ir arrancando cada grano de esta fruta y te los voy a dar para que te los comas. Es tu desayuno, natural como estos campos, jugoso y muy puro.

Las pequeñas manos de la niña, color luna en las noches claras de verano, se fueron manchado del rojo zumo de la Granada. Decía:
- No te preocupes porque mis manos se llenen de la sangre de esta fruta. Luego me lavo en las aguas del río y asunto concluido.
Y, al oír esto y recibir de la pequeña los dulces granos de la fruta, a él se le enterneció el corazón. Tanto que le parecía estaba viviendo un sueño.

Y mucho más se le llenó el corazón de ternura cuando, pasado un rato y después de que la niña lavara sus manos en la corriente del río, ella lo tomó de la mano. Sí, tal como iban caminando, senda adelante y sin dar ninguna explicación, ella lo cogió su mano. Hubo un momento de silencio y luego dijo:
- Nunca he tenido un amigo tan bueno como tú.
Sintió él que el corazón se le anegaba por la emoción y quiso traducirlo en palabras. No fue capaz. Solo dejó que ella lo llevara de la mano, como si de toda la vida hubiera sido su mejor amigo. Como si confiera en él sin ninguna reserva. Por eso también el alma se le llenó de amor y se dio cuenta que la vida era hermosa, muy hermosa. Como si en la dulce niña, aun sin nombre para él, y en el calor de su mano se le manifestara el más bello de los cielos. Algo que jamás había experimentado a lo largo de sus muchos años en la institución de la que acababa de ser expulsado.

La mayor desgracia

El hombre, aquella mañana, se despertó con una extraña sensación. Desde la misma cama, tal como estaba acostado, miró por la ventana. Los

cristales estaban abiertos de par en par, y por el hueco, entraba un buen chorro de aire fresco. Recordó que era otoño, ya casi mediado de noviembre y siguió mirando por su ventana. Fuera, justo a solo unos metros del dintel de su ventana y en el acebo, los gorriones revoloteaban alborotados. Y, mucho más lejos y colgadas en la profundidad del cielo, se veían las nubes blancas. Aunque blancas solo por el centro, porque por los bordes, como el sol comenzaba a levantarse, parecían arder como en vivo fuego.

Desde la cama el hombre miró durante mucho rato mientras en su alma gustaba una extraña sensación. La recordaba y no con nostalgia sino todo lo contrario. Sentía indiferencia, malestar, frialdad y algo de desprecio. Pero al mismo tiempo, también sentía pena, mucha pena. Sabía que era una desgracia, un rotundo fracaso, que estuviera despreciada e ignorada por las mismas personas que había tenido junto a sí. Y esto era lo que él ahora descubría que ocurría en ella.

Había aparecido en su vida, como aparece la luz de un relámpago: en un abrir y cerrar de ojos. Y aquello a él le pareció como el más bonito de todos los sueños. Por eso, desde los primeros momentos de su llegada, se lo dio todo: ternura, amor, respeto profundo, protección… Pero, en menos de un mes, comenzó a notar que era fría, distante, muy poco agradecida y por eso decidió distanciarse y dejarla. Olvidarla por completo y dejar que se marchitara en su alma como se marchitan las flores según va llegando el verano.

Pero el hombre era bueno. Le dolía en su alma ignorarla y dejar que se la comiera el tiempo hasta quedar por completo borrada. Sabía, en lo más profundo de su corazón, que esta es la peor de todas las desgracias que puede ocurrirle a una persona. Por eso, según se iba incorporando al nuevo día y desde su cama, miraba de frente a la mañana, sentía una muy extraña sensación. Como si le doliera profundamente la desgracia que ahora ella tenía en su vida.

Durante mucho rato y, mientras se recreaba en los gorgojeos de los gorriones, estuvo mirando por la ventana. Y se decía que sí, que era muy hermosa la mañana del nuevo día, acompañada del aire fresco del otoño y de nubes doradas y blancas. Y se decía que, al mismo tiempo, era amarga, muy amarga sentir la indiferencia que por ella experimentaba en su alma. Y no podía hacer nada para superarlo. Solo permanecer impasible, rezar algo y dejar que, poco a poco y todo, lo fuera borrando el tiempo.

No hay mayor desgracia en la vida que sentirse despreciado por aquellos que antes te han querido.

La casa del misterio

El pueblo se fue desarrollando en lo más alto de un pequeño cerro. Una pequeña explanada había en lo más elevado de este cerro que se quedó convertida en la plaza principal. Cuadrada por completo y, en su mismo centro, una fuente, con un pilar y un solo grifo de agua potable. Muchas de las

personas del pequeño pueblo, del grito de esta fuente era de donde cogían agua para beber, lavarse, lavar la ropa… y en el pilar bebían los animales: caballos, mulos, burros…

El pueblo, a diferencia de casi todos los pueblos y ciudades del mundo, no se había desarrollado ni junto a un río ni junto a un abundante manantial ni en la cabecera de algún importante arroyo. Las primeras casas del pueblo habían surgido alrededor de unas minas de cobre y algún que otro mineral. Por eso el pueblo, además de la pequeña plaza cuadrada, tenía una calle muy larga. Era la calle principal que arrancaba en la misma plaza y se estiraba puntal abajo hasta el borde mismo de un barranco. Aquí eran donde estaban las escombreras de las minas.

Cuando la guerra, una ve y otra bombardearon las casas del pequeño pueblo. Tanto lo bombardearon, no se sabe si los de un bando o los del otro, que casi todas las casas quedaron destruidas. La estación del tren, donde en vagones de madera, cargaban el mineral, parte de la plaza cuadrada, todas las instalaciones de las minas… Casi todo el pequeño pueblo quedó convertido en ruinas. Esqueletos de casas sin tejado, caserones sin puertas ni ventanas, tapias desconchadas por entre montones de escombros…

Casi nada quedó en pie después de los bombardeos de la guerra en el pequeño y bonito pueblo. Casi nada excepto dos casas y media, al final de la alargada calle que iba desde la plaza principal hasta el borde del barranco. Junto a un par de árboles,

eucaliptos majestuosos y muchos hoyos profundos originados por las bombas. Al poco de terminar la guerra, en una de estas casas, se instaló una familia muy pobre. Solo tenían un borriquillo y el matrimonio estaba formado por la mujer, dos hijas pequeñas y el padre que había quedado mutilado de la guerra. Con una pierna de menos y por eso andaba con muletas. Sin embargo, las dos muchachas eran muy hermosas y, a pesar de todo, siempre andaban jugando por entre los escombros de las casas destruidas.

Y a una de estas muchacha, la mayor, le llamaba mucho la atención lo que vía en la otra casa que había quedado en pie. Siempre que pasaba por delante de esta casa, veía que la puerta estaba medio abierta y dentro se observaba como una gran resplandor, rojo y muy luminoso. Las muchachas preguntaban a la madre y al padre y ninguno sabían darle razón de lo que sucedía en esta casa. Lo único que sí sabían es que en la casa vivía un hombre mayor. Y, en la muchacha mayor, la curiosidad aumentaba cada día y cada vez que pasaba por delante de la casa. Tanto aumentó su curiosidad que, algunos de los días que salió a jugar con su hermana por las ruinas de las casas destruidas, se paraba en la puerta y, durante mucho rato, miraba y miraba. Le decía a la hermana pequeña:
- Un día tenemos que entrar a ver qué es lo que ocurre dentro de esta casa. Y, sobre todo, tenemos que averiguar el por qué la puerta siempre está medio abierta y qué es ese resplandor que se ve a través de esta rendija.

Y un día entraron. Después de jugar durante un buen rato por entre los escombros de las cosas

rotas por las bombas, al pasar por delante de la puerta, se pararon. La mayor llamó al hombre que vivía dentro y éste le contestó:
- Sí, estoy aquí, podéis pasar.
Y la muchacha empujó la puerta, despacio cruzó el umbral de cemento y se encajó en el centro de una pequeña estancia. Al fondo ardía una gran lumbre y, frente a esta fogata, el hombre estaba sentado. Sin más, la muchacha le preguntó:
- ¿Por qué siempre la puerta de tu casa está medio abierta y por la rendija sale un gran resplandor?
Y el hombre le contestó:
- Tengo siempre medio abierta la puerta de mi casa precisamente para eso: para que el resplandor salga fuera y las personas que pasen por la calle lo vean y entren.
- ¿Y para qué quieres que las personas entren?
- Para que comprueben que la luz está dentro y la oscuridad fuera.

El libro más bello del mundo

El que había llegado, preguntó al de la casa del valle:
- ¿Cuántas novelas, cuentos, historias, leyendas, poesías… has escrito y leído en tu vida?
Y el sencillo hombre de la casa en el valle, respondió:
- Ni una sola cosa de esas he leído ni escrito yo en mi vida, señor.
- Entonces ¿Cómo puedes estar seguro de que no es importante creer en los extraterrestres, en los mundos fantásticos, en personas con super poderes, en espadachines, guerras y sangre?

- Ya le he dicho que no sé ni leer ni escribir. Nací, como puede ver, hace muchos años, en esta rústica casa del valle. Aquí me crié y aquí he vivido toda mi vida. Y ¿sabe lo que le digo?
- ¿Qué es lo que me dices?
- Que en ningún momento de mi vida he necesitado creer ni escribir ni leer ninguna de esas cosas que usted me dice.
- Entonces ¿de qué te alimentas, de qué alimentas tu fantasía, tus sueños, tu alma?
- ¿Quiere verlo usted?
- Claro que me gustaría.
- Pues venga conmigo y se lo enseño.
Y el hombre de la rústica y sencilla casa en el valle, se dispuso a enseñar lo que había anunciado.

La pequeña casa, construida de piedra, troncos de pinos, arena y agua del arroyuelo del valle, se alzaba justo aquí: en un recogido y pequeño valle, entre dos cuerdas montañosas, muy cerca de un arroyuelo claro y exactamente donde el terreno se allana. Entre pinos, algunas rocas, una inclinada ladera, a la derecha y el profundo surco del arroyo por donde, al final del valle, se alejaba. Por aquí mismo iba la senda. Arrancaba justo en la misma puerta de la casa, bajaba unos metros siguiendo el cauce, entraba por la estrecha cerrada de las cascadas y los charcos y luego se despegaba del arroyo para empezar a subir la ladera en busca de la cumbre. Collado de la Niebla, era como se llamaba el tramo de cumbre por donde la senda volcaba a la vertiente de los olivares.

Y aquella mañana era precisamente un bonito día de otoño. Por la noche había llovido y por eso, según el sol iba alzándose, las nieblas subían por los

barrancos y laderas. Arropando y metiéndose por entre los pinares, hondonadas, rocas y laderas hasta coronar las cumbres de las montañas. Por eso aquella mañana, la senda mostraba mucho más misterio, profundidad y belleza que nunca. Y por eso, el hombre de la casa del valle, se puso a caminar senda adelante, siguiendo el surco del arroyo. Y, nada más empezar a caminar, el hombre dijo al que había llegado:

- Usted, sígame, mire con atención los paisajes y detalles por donde vallamos pasando, aprenda de ellos lo que ellos proclaman y no diga nada hasta que hayamos coronado al Puerto de la Cumbre. Yo tampoco voy a pronunciar palabra, para no distraerle a usted. Cuando estemos en la cumbre, me dice y pregunta lo que quiera que yo le contestaré.

Y el que había llegado estuvo de acuerdo.

Durante varias horas caminaron en silencio, sin dejar la senda en ningún momento. Atravesaron la cerrada del arroyo, por donde las cascadas se despeñaban, rozaron los alargados y cristalinos charcos, bajaron al barranco de los majuelos, bebieron agua en la fuente Guarondo y siguieron subiendo por la ladera. Sin salir en ningún momento de la espesa niebla pero sí atravesando, cada cien pasos, grandiosos bosques repletos de musgo y olores otoñales, por donde la niebla dibujaba las fantasías más bellas. Trazaron varias curvas, mientras remontaban la cuesta y, por fin y ya casi al mediodía, coronaron al Collado de la Niebla. Aquí el hombre de la casa del valle hizo un alto, respiró profundo, miró despacio a su compañero y, antes de que éste dijera nada, él comentó:

- Ya ha visto usted lo que para mí es el libro más bello del mundo jamás escrito por ningún ser humano. Donde yo leo, escribo y gusto cada día y cada instante, desde que tengo uso de razón. Y por eso le dije y repito ahora, que no me hace falta saber leer ni escribir las cosas que usted me dice para tener conmigo el alimento que más me llena.
Y dijo el que había llegado:
- Tonterías. Mientras no leas y escribas libros de extraterrestre, mundos fantásticos y seres con super poderes, nunca serás una persona como Dios Manda.

Nota: "Guarondo" es igual a "Aguadero Hondo".

Su media vida

Su casa era un simple piso muy pequeño. Una sola habitación, un cuarto de baño chico, muy chico, una sala con ventana, una silla, mesa y unos cuantos libros a la derecha. Esta era su vivienda, en el barrio más pobre, al norte de la ciudad. Y aquí se pasaba los días, las noches, las semanas, los meses y los años, siempre solo. Sin más compañía que unos gorriones que, alguna vez que otra, se paraban en el dintel de la ventana.

Todos los días se levantaba muy temprano, mucho antes de que amaneciera, para ir a su trabajo. Al otro lado de la ciudad y por eso tardaba mucho tiempo en llegar. Dos horas cada día para ir y otras dos para volver porque siempre iba andando. Para ahorrar unas monedas cada día al fin de poder comprar pan, algo de leche, frutas, embutidos… Su

sueldo no daba para más y por eso siempre tenía que buscar lo más barato.

Cuando los domingos y días de fiesta no tenía que ir al trabajo, al caer las tardes, muchos días se daba un paseo por la ciudad. Nunca compraba nada. Ni un paquete de pipas ni una tableta de chocolate ni una cerveza con algún conocido… Aunque a veces sí era cierto que llevaba en el bolsillo algunas monedas. Pero siempre se decía: “Tengo que guardarlas par ir ahorrando”. Ahorraba cinco céntimos algunos días, cincuenta los fines de semana y algunos billetes pequeños cuando cobraba las pagas extraordinarias. Y así un día detrás de otro, semana tras semana, cada mes, cada año y a lo largo de mucho tiempo. Tanto tiempo que ya sumaba casi media vida.

Y siempre se decía: “Aunque las cantidades sean pequeñas, al final, reuniré algún dinerillo”. Y logró reunir un poco de dinerillo. Mucha calderilla, algunos billetes de papel de cantidades chicas y, cada dos o tres años, juntaba para un billete un poco más grande. De los medianos siempre y que nunca lleva a ningún banco. Sus pequeños ahorrillos los iba guardando en el bolsillo de una vieja mochila que tenía en el rincón de un armario empotrado. Metidos en un sobre de papel, los billetes y la calderilla, guardada en una caja de plástico.

Y, al caer las tardes de los domingos y días festivos, por las noches y también algunas mañanas que no iba al trabajo, siempre se entretenía en contar sus ahorrillos. Para comprobar cuánto había juntado y para descubrir que, aunque poco a poco, cada

semana, cada mes, cada año, tenía algo más. Para que nadie le robara su tesoro, cuando salía de casa los domingos o días de fiesta, siempre se llevaba en el bolsillo el sobre con los pequeños billetes que había logrado juntar.

Y, cuando en algún jardín de la ciudad o de su barrio, se sentaba a tomar el sol, muchas veces sacaba de su bolsillo el sobre con los billetes. Miraba y, cuando estaba seguro de que nadie lo veía, se ponía a contarlos. Para comprobar que todo estaba en orden y para sentir un poco de felicidad viendo como sus ahorros crecían. Luego cerraba el sobre, se lo metía en el bolsillo y seguía sentado tomando el sol.

Todo era así, un año detrás de otro hasta que un día, cuando tomaba el sol en uno de los bancos del jardín, sacó nuevamente el viejo sobre de su tesoro. Se puso a contar, una vez más, sus ahorros y cuando terminó, no se lo guardó en el bolsillo sino que dejó el sobre a su derecha, sobre el mismo banco donde estaba sentado. Para tenerlo más cerca y mirarlo de cuando en cuando. Y no se apercibió de que aquella tarde y en aquel preciso momento, lo estaban observando. Y tampoco se dio cuenta de qué modo desapareció su viejo sobre con los ahorros de toda su vida. Solo lo advirtió cuando, después de unos minutos, miró para su derecha para acariciar con su vista al sobre de su media vida, y descubrió que no estaba.

El hombre del saco dorado

A modo de aclaración

De todos los libros que se han escrito de Granada y sobre Granada, dicen que el más famoso y bello es: "Los Cuentos de la Alhambra". Lo escribió Washington Irving y en este libro recogió un puñado de leyendas, historias y cuentos relacionados con el castillo de la colina roja. Pero éste, hoy inmortal escritor, no recogió en su libro la más hermosa de las historias que ha tenido lugar en los paisajes, jardines y palacios más bellos y famosos del mundo: la Alhambra. Y no pudo recogerla porque esta historia se ha sabido tiempos después de la presencia de Irving en Granada.

Conocida es esta leyenda con el título de "La Princesa de la Alhambra". Y por lo que se sabe, en tiempos muy lejanos, al parecer, hubo una princesa que vivió, paseó y soñó en los palacios, paisajes, jardines y fuentes de la Alhambra. Siendo ella todavía joven, tuvo que marcharse a otras tierras muy lejanos. Nunca más volvió. De esto hace ya mucho tiempo. Y también hace ya mucho tiempo, de esta princesa, estuvo enamorado un príncipe.

Y cuenta la leyenda que tan enamorado estaba de su princesa que, aunque también hace ya mucho tiempo que vivió y murió, aun sigue presente por aquí. En forma de espíritu o fantasma que solo algunas personas han visto. Y por eso se dice que cada tarde, tanto en verano, como en otoño, en invierno o primavera, este príncipe sigue paseando por algún rincón de la Alhambra. Siempre solitario y siempre recordando a su princesa. Visitando los sitios por donde ella caminó o estuvo y escribiendo sus

recuerdos y sentimientos en forma de versos y relatos. Para no olvidarla nunca y para inmortalizarla. Y siempre con la ilusión de volver a encontrarse con ella.

Claro que yo tampoco he tenido la suerte de conocer a La Princesa de la Alhambra pero sí, por las cosas del destino, he podido leer algunas de las páginas que este príncipe escribió a su amada. Porque en mis manos tuve un día y aun conservo un pequeño cuaderno, muy antiguo y color oro viejo. ¿Que cómo fue esto y de qué manera? En parte es lo que quiero narrar a continuación. Porque ahora lo que más me interesa es dar paso, o más bien transcribí de la mejor manera que sé y pueda, algunas de las cosas que encontré en las páginas del cuaderno que he dicho. Lleva por título el mismo que he puesto al comienzo de este libro: **La Princesa de la Alhambra**.

Y para orientar este relato, voy empezar por el principio. Prometiendo ser lo más claro posible y describiendo todos los detalles para que se entienda bien la historia que deseo narrar. Y la leyenda comienza y se desarrolla como sigue:

El príncipe de la túnica azul

La primera vez que lo vi fue una tarde de verano. Una muy calurosa tarde, casi a mediados de agosto, con el cielo completamente azul, sin pizca de viento que se moviera y con un gran concierto de chicharras atolondrando por todas partes. Todo respirando y transmitiendo monotonía y bochorno, como tantas y tantas tardes en los largos veranos de Granada.

Por eso, aquella ardiente tarde estival, buscando un poco de alivio, me fui por la Carrera del Darro. Paseo hermoso donde los haya y el más visitado y recorrido en esta mágica ciudad. Muchos lo llaman “El paseo romántico más bello del mundo” y, aunque creo que no es para tanto, sí podrían tener algo de razón. Discurre este paseo desde Plaza Nueva, todo el río Darro arriba hasta la misma Fuente del Avellano. A la izquierda, según se remonta, van quedando las callejuelas, palacios y casa del Albaicín Bajo y a la derecha, el cauce del río, los viejos puentes, un trozo del original barrio Almanzora y luego la colina de la Alhambra, con su bosque y el gran palacio en todo lo alto. Por eso, aquella tarde y mientras recorría este bonito paseo, iba en todo momento acompañado por el chirriar monótono de las chicharras.

Llegué al último tramo del recorrido, una hermosa plaza, muy conocida en Granada con el nombre de Paseo de los Tristes. Desde este sitio se ve muy bien la Alhambra en todo lo alto, el bosque que por el lado norte le protege, el barranco por donde desciende un riachuelo con aguas muy claras, los álamos meciéndose junto a las torres de la muralla y la gran Torre de la Vela y la de Comares. Entre estas dos majestuosas torres, las que más destacan e imponen vistas desde el Paseo de los Tristes, hay otras torres menos importantes. Se les conocen con el nombre de Torre de las Armas, Torre del Homenaje y Torre de las Gallinas. Esta última, ya muy próxima a la Torre de Comares, parece que es la de menor categoría, por su tamaño y poco publicitada en las guías para los turistas. Pero tengo que decir que,

según lo que hasta hoy sé, la pequeña Torre de Las Gallinas, no es tan insignificante como parece.

Y sí es cierto que la Torre de la Vela y la de Comares, son las más famosas en todo el conjunto de la Alhambra. Y lo son, claro que por su belleza y robustez pero también por lo mucho que destacan. Se les ve claramente desde muchos de los rincones de la ciudad de Granada, parte del barrio del Albaicín, Sacromonte y este paseo del Darro. De aquí que, una visita al rincón del Paseo de los Tristes, no solo sea placentera por la luz y fresco en verano sino que es muy obligada para gozar de la vista de las dos torres que he dicho.

Recorrí despacio la plaza, me paré unos minutos junto a la fuente que hay en el centro, observé a las personas ir y venir y a las que también por aquí se entretenían en sus cosas: algunos cantando para luego pedir unas monedas, otros leyendo sentados en el muro del río, unos pocos tomando algo en las terrazas de los bares que por aquí hay y muchos haciendo fotos a la Alhambra. Porque este lugar, además de todo lo que he dicho, también es muy bueno para hacer fotos y pintar cuadros. Cosa que, de vez en cuando, algunos hacen. Y también dibujan o escriben algo. Yo mismo, practico esta activada en algunas ocasiones. Por eso repito que este rincón, famoso Paseo de los Tristes, no se parece a ningún otro en toda la ciudad de Granada.

Di por terminado mi breve parada y seguí subiendo. Dejé atrás el recinto de la plaza, también la fuente y el trozo de muro donde algunas chicas sentadas charlaban y me fui acercando al puentecillo.

El último puente de piedra que el río Darro tiene por aquí y que se le conoce con el nombre de “Puente del Aljibillo”. A la sombra del almez que aquí mismo crece, clavando sus raíces en el muro de piedra, me detuve un momento. Es un sitio éste muy, pero que muy bello. El almez tiene ramas muy espesas y eso hace que dé una sombra única. Densa y algo oscura, cosa que en verano es lo que más se desea. También alegra la corriente del río que se ve perfectamente desde aquí y la visión del bosque que chorrea desde la Alhambra.

Unos minutos después también dejé atrás la sombra del almez, terminé de cruzar el puente, me vine un poco para el lado de la izquierda, me alejé del cauce del río y busqué el camino de tierra. Sí, el que enseguida empieza a remontar como si pretendiera adentrarse en lo más profundo de la ladera. La pendiente que cae, tupida de monte y muy inclinada, desde el Generalife para el río Darro. Y por eso a esta ladera se le conoce con el nombre de “Dehesa del Generalife”. También propiedad del Patronato de la Alhambra y Generalife. De aquí que en esta ladera, parte del río, la cumbre del Llano de la Perdiz y tierras cercanas al Paseo de los Tristes, la vegetación sea muy densa, robusta y alta. Y de aquí que estos bosques, en cuanto el otoño llega, se llenan de asombrosos colores.

Hoy no era así porque todavía el verano estaba muy presente. Pero yo, fui poco a poco tomando la cuestecilla que va llevando al centro de la asombrosa ladera. Y, en unos metros, comencé a dejar a mi derecha y lado de arriba, las paredes y jardines del Carmen de los Capiteles. Sí, uno de los cármenes más grandes y bellos de toda Granada.

Pero, por desgracia, imposible de conocer por dentro. Es de propiedad privada. Sin embargo, siempre que paso por aquí, me quedo mirando y sueño que algún día pueda conocerlo, si tengo suerte.

En unos minutos remonté la pequeña cuesta en el camino de tierra y comencé a toparme con la ladera. El sol me daba por las espaldas quemando con fuerza y por eso, comencé a sudar mucho. No le di importancia pero, en cuanto llegué a la parte llana, busqué una buena sombra para descansar y reponerme un poco. La encontré en un almez que crece justo al borde del camino, unos metros antes de la Fuente del Avellano y en el mismo surco del arroyuelo que baja de la Silla del Moro. Aquí y a la sombra de este árbol, volví a detener mis pasos con la intención que ya he dicho y por eso busqué el sitio apropiado y me senté. Justo al borde del camino, mirando al río y procurando que el leve vientecillo me refrescara. Con el sudor que ya empapaba gran parte de mi cuerpo, aunque solo hubieran sido unas briznas de viento, sabía que me iban refrescar mucho. Y, en tan calurosos días del verano en Granada, un alivio tan natural, es lo que más apetece.

Por este camino, paseo tranquilo y bello que lleva y trae a la famosa Fuente del Avellano, siempre va y viene mucha gente. Buscando simplemente lo que yo: escapar un poco de la monotonía de la tarde y disfrutar la naturaleza de estos sitios. Pero aquel día nadie caminaba por aquí. Todo se veía por completo solitario y en su característico silencio. Tranquilidad que solo quedaba empañada por el canto de las chicharras y los trinos de algunos pajarillos. Pensé que, como yo, se refugiaban entre las ramas del

bosque para soportar algo mejor las altas temperaturas.

Y, un poco ocupado en mis cosas y otro poco entretenido con los paisajes, río arriaba hacia la Fuente del Avellano estaba yo, cuando me alertaron los chillidos de un mirlo. Levantó vuelo de entre la espesura de unos álamos, unos cien metros camino arriba hacia la fuente, y se vino rápido para donde me encontraba. No me había visto y, por eso, al llegar al árbol que me daba sombra y descubrirme, más rápido aun se alejó para la profundidad del bosque en la ladera, sin dejar de chillar. No le di importancia pero sí, por curiosidad, miré para el lado de donde había arrancado vuelo. Ya he dicho que fue cerca las tierras que rodean a la Fuente del Avellano, hondo surco del río Darro y por donde Jesús del Valle y Abadía del Sacromonte.

Y lo vi: despacio caminaba, bajando desde la fuente. Venía solo, cubierta su cabeza y casi toda su cara, con un sombrero de paja, vestido con una camisa gris ceniza y con un saco acuestas. Me quedé mirándolo y esperé a que se acercara. No tardó tres minutos en aproximarse. Siguiendo el camino, pasó muy cerca de mí por el lado derecho y no me vio. Yo estaba sentado algo metido en el surco del arroyo y entre algunas matas de romero y aulagas. Quizá por esto ni me saludó ni se paró. Tal como lo había visto acercarse, siguió su camino, metido en sí y como si llevara en su mente algún asunto importante. Por mi parte, tampoco hice por saludarlo. Me infundio cierto respeto.

Pero, bastante interesado me fijé en él, procurando ver su cara y no pude. La llevaba muy tapada con parte de su sombrero de paja. Sin embargo, sí me fijé bien en su figura, sus movimientos y en el saco color rastrojo, algo dorado y oro viejo, que llevaba acuestas. Y claro que, mientras lo seguía con mi vista, me preguntaba quién sería y qué llevaría en el saco que portaba. Llamaba mucho la atención. Por eso no aparte mi vista de él hasta que lo perdí en la curva del camino, unos cincuenta metros más abajo y dirección al Carmen de los Capiteles y Paseo de los Tristes.

En este momento, estuve tentado de levantarme y, en lugar de continuar subiendo para la Fuente del Avellano, retroceder sobre mis pasos y seguirlo. Algo en mi interior, parecía empujarme a saber más de él. Y, sobre todo, me apetecía averiguar a dónde iba y qué era lo que llevaba en el saco color caña. No me atreví porque algo, también dentro de mí, me decía que no debía molestarlo. Por eso, durante un buen rato, estuve mirando hacia la curva por donde se me había perdido y luego miré para el lado de donde se me había aparecido. Sabía y sé que, por el hondo barranco que por ahí talla el río y laderas de la Fuente del Avellano, hay muchas cuevas. Excavadas en la torrentera y muy camufladas entre higueras, álamos y zarzas. Pensé que quizá viviría en alguna de estas cuevas.

Una semana más tarde, justo también en un muy caluroso día y poco antes de que se pusiera el sol, lo vi por segunda vez. En el puentecillo de piedra, a la sombra del almez que clava sus raíces en el muro del río, estaba yo sentado. Sí, en el puentecillo que

cruza, desde el Paseo de los Tristes a la explanada que hay delante del edifico Rey Chico. El del Aljibillo que es el mismo que ya dije, da paso al camino de la Fuente del Avellano.

Desde aquella primera tarde que lo vi, no podía dejar de pensar en él. Por las noches, antes de coger el sueño, por las mañanas, al asomarme a la ventana, al mediodía y por las tardes. Y por esto y, desde aquel día, volví varias veces al mismo puentecillo, al camino de la Fuente del Avellano y a la Cuesta del Rey Chico. Algo me seguí diciendo que otra vez podría encontrarlo. Y algo en mi interior, también me seguía diciendo que en él había algún misterio maravilloso.

En esta segunda tarde, la sombra del almez me refrescaba y el airecillo me regalaba su caricia sobre un pequeño mar de silencio. Y, me distraía observando a las personas pasar, mirando a la corriente del río y esperando verlo asomar por el mismo camino. Y lo vi. Ya casi no quedaba sol porque se ocultaba tras las torres de la Iglesia de San Pedro. Al fondo del río Darro y al fondo de Granada y de su Vega. Por eso, sobre la colina, la muralla y torres de la Alhambra, se iban tiñendo de color vivo, oro, sangre y fuego. Siempre, al caer las tardes, la Alhambra parece transformase en extraña y a la vez mágica hada que quisiera arrancar vuelo para irse a otras partes del Universo. Y, vista desde este puentecillo, la Alhambra y al caer las tardes, es como el más bello de los sueños.

En esta visión estaba yo distraído cuando, al mirar para el comienzo de la cuesta, lo descubrí. De

espaldas ya y comenzando a subir por la callejuela que abre paso a la Cuesta del Rey Chico. Enseguida pensé que había llegado por el mismo camino de la Fuente del Avellano y yo, aunque estaba esperándolo, como también me encontraba distraído en la tarde y sus luces, no lo advertí hasta que ya subía por el camino.

Me dio un vuelco el corazón y, en esta ocasión, sí me dispuse a seguirlo. Vi que a sus espaldas llevaba el mismo saco dorado, color rastrojo y oro viejo, en su cabeza y parte de su cara, el mismo sombrero y vestía la misma ropa. Pero, como subía dándome las espaldas y lo tenía un poco lejos, tampoco podía ver su rostro. Los últimos rayos de sol de la tarde, muy semejantes al oro líquido o pequeñas lenguas de llamas, se concentraban sobre el saco que portaba a sus espaldas. Y, como el color del saco era semejante a rastrojo añejo, la luz del sol parecía prenderle fuego. Por eso desprendía un brillo tan intenso que me dejaba un poco ciego y no permitía que lo viera a él con claridad.

Sin pensarlo mucho, dejé la sombra del almez, comencé a caminar en busca de la cuesta, fijos mis ojos en él, con el deseo de alcanzarlo. Y, aunque no caminaba muy aprisa, sí enseguida se me perdió en la primera esquina de la Cuesta del Rey Chico. Aligeré mis pasos a fin de acortar distancia y volverlo a ver en cuanto llegara a la esquina. En tan solo unos minutos me encajé en esta esquina y comencé a ver la pequeña recta que hay en los primeros metros del camino. Pero a él no lo encontré. Aligeré más y, sin dejar de escrutar la recta, comencé a dejar atrás las casas, las plantas que rebosan por encima de las

tapias y la sombra de las higueras que hay en los patios de estas casas. Descubrí enseguida el follaje de zarzas y álamos que crecen en el barranco que desciende desde la colina de la Alhambra y lo único que vi fue el camino solitario. Pensé que si me daba más prisa, podría encontrarlo tras la siguiente curva que la cuesta traza para la izquierda, pared por donde se amontonan las chumberas.

Pero, detrás de esta segunda curva, Placeta del Rey Chico, lo único que a la izquierda encontré fue una cancela de hierro que sirve de puerta a las últimas casas que hay por aquí. Estaba abierta y por eso, con cuidado y mirando por si veía a algunas de las personas que ocupan estas viviendas, empujé y entré. Al pequeño espacio que, en forma de patio al aire libre y entre parras, higueras, rosales y otras plantas, acoge a los lados, las puertas de varias viviendas. Un grupo de vecinos, casi todos familiares entre sí, que por su cuenta y sin respetar muchas normas de arquitectura, se han levando aquí sus hogares. Vi que todas las puertas estaban cerradas y el silencio era total. Avancé un poco y me aproximé a la terraza. Donde hay un sencillo mirador, con sillas y baranda de hierro y muchas macetas con flores. La baranda protege para no caer al vacío del primer tramo de la cuesta que acababa de recorrer.

Por que sí, es esto un pequeño balcón y al mismo tiempo mirador desde donde se puede observar todo el Paseo de los Tristes, el surco por donde discurre la corriente del río Darro, el Puente del Alijillo y, algo más arriba subiendo por la Cuesta de Chapiz y a la derecha, el palacio de los Cordovas y laderas del Sacromonte hasta la Abadía. Desde esta

zona y algo para la derecha, se ve muy bien la vieja muralla del barrio del Albaicín, las cuevas que hay por la ladera de San Miguel Bajo, las calles y casas del Albaicín, por esta ladera. También subiendo por la Cuesta del Chapiz y a la izquierda, desde el sencillo balcón en la puerta de las casas al comienzo de la Cuesta del Rey Chico, se ve la calle de San Juan de los Reyes, el Carmen de la Victoria, el Mirador de San Nicolás y gran parte de la extensa ladera del Albaicín Bajo. Por donde abundan los cármenes repletos de cipreses, higueras, almeces y muchos rosales. Más al fondo y este lado de la izquierda, se veían las torres de varias iglesias: San Juan de los Reyes, San Miguel Bajo, San José, San Pedro… Desde luego, una muy hermosa panorámica para hacerse una idea y gozar de esta grandiosa parte de Granada.

Durante un buen rato estuve asomado a este balcón, recreándome en las bonitas vistas y rincones que desde aquí se ven. Y, mientras me ocupaba en esto, no dejaba de pensar en él y en su presencia por estos lugares de Granada. ¿Por qué, de algún modo y secretamente, mi corazón me decía que estaba conectando con todos estos sitios? Al menos, así creí yo que mi corazón me lo anunciaba.

De pronto, a mi derecha y también derecha del balcón y lado que da para donde la Fuente del Avellano, la puerta de una casa se abrió. La última casa, en este espacio alzado sobre la ladera del Generalife, de las siete u ocho recogida alrededor del pequeño patio tupido de plantas. Al oír el ruido que produjo al abrirse, miré. Descubrí la pequeña terraza, arropada a un lado y otro por multitud de plantas con muchas flores, jaulas con pequeños pajarillos

colgadas en los lados de la puerta, un perro muy enano que, al salir de la estancia, se vino hacia mí ladrando. Y detrás salió una muchacha que directamente me saludó. Le correspondí y enseguida sentí la necesidad de disculparme. Porque era cierto que me había metido en un rincón muy particular, sin pedir permiso. Muy amable, ella me dijo:
- No se preocupe. Por aquí vienen muchos turistas para hacer fotos, desde el balcón, a los paisajes, flores del patio y también a las puestas de sol. Lo que más les gusta a ellos es la figura de la Alhambra recortada en lo más alto de la colina. Dicen que se parece mucho a la fantasía de un sueño único. Yo, como todos los días y a todas las horas la estoy viendo, no me impresiono tanto.
- Lo entiendo. Pero por mi parte, como al pasar vi la cancela abierta, sentí la tentación de entrar.
- Tranquilo y haga todas las fotos que quiera.
- No son fotos lo que busco sino a una persona.

Y, despacio le expliqué lo del hombre del saco y por qué venía por aquí buscándolo. Luego le pregunté:
- ¿Lo has visto en algún momento?
- No vive en ninguna de estas casas. Pero sí varias tardes, desde hace mucho tiempo, lo he visto subir por la Cuesta del Rey Chico. No lo conozco y por eso no sé quién es ni dónde vive ni qué es lo que busca por aquí.
- ¿Y lo viste siempre con el saco?
- Un saco color oro pálido o miel recién sacada de las colmenas, que siempre trae acuesta y un sombrero de paja que le cubre parte de la cara.
Le di las gracias y me disculpé de nuevo.

Después, comentamos algunas cosas más y, pasado un buen rato, le volví a dar las gracias, regalé una caricia al pequeño perro, salí fuera de la terraza, del patio y del pasillo que va a cada una de las casas y atravesé la puerta de la cancela de hierro. Al volver a pisar el empedrado de la Cuesta y Placeta del Rey Chico, me di cuenta que el sol ya se ponía por completo, al fondo, al otro lado de la colina de la Alhambra y sobre Granada. Por eso, por el mismo tramo y cuesta, comencé a bajar dirección al Puente del Aljibillo. Las farolas que hay en la callejuela y primer tramo de la Cuesta del Rey Chico, se encendieron. Por entre los álamos y vegetación en el barranco que baja desde la colina de la Alhambra, se oía el canto de algunos mirlos. La oscuridad, por este arroyo y bosques de la ladera norte de la Alhambra, comenzaba a extender su capa.

Decidí volver y esto hice. Regresé por el mismo camino, ahora cuesta abajo hasta el puentecillo, lo crucé, recorrí el ancho espacio de la plaza en el Paseo de los Tristes y continué bajando por la Carrera del Darro. Ya por aquí las farolas de la calle proyectaban cálidos abanicos luminosos y las personas se animaban. Con el fresco, en cuanto el sol se pone en las tardes de los veranos en Granada, las personas se animan mucho y salen a pasear. Por eso, a estas horas del día y momentos, algo mágico ocurre en muchas calles, rincones y plazas de esta ciudad y personas que por aquí transitan.

Tres días más tarde, una vez más, regresé al rincón de la Cuesta del Rey Chico. Con el deseo de volverlo a ver para, por fin, acercarme a él, conocerlo y saber el misterio de su saco color miel recién sacada

de las colmenas. Y, en esta ocasión no me paré ni en la plaza del Paseo de los Tristes ni en la Placeta del Rey Chico. Metido en mí y con mis pensamientos ocupados en su figura, caminé y recorrí el primer tramo de esta empinada cuesta. Mirando con mucha atención, sobre todo, por el trozo de camino que va desde la placeta de la cancela de hierro, hasta el rellano de los olivos. Es este trozo de camino el más inclinado, un poco tortuoso y, como discurre empedrado en muy malas condiciones por ser antiguo, la subida es pesada. Aunque aun así, este tramo de la Cuesta del Rey Chico, es muy bello.

Discurre encajado, por la derecha, con la muralla que protege al bosque de la ladera norte de la Alhambra. Junto a esta muralla, pero por el lado de adentro, corre el arroyuelo que se funde con el río Darro a la altura del Paseo de los Tristes. Arroyuelo por el que descienden las aguas que le sobra a la Acequia Real de la Alhambra. No toda, pero sí la que no se usa en las dependencias y jardines de los monumentos de la colina.

Y por la izquierda, según se remonta la empinada cuesta que vengo diciendo, escoltan grandes torrenteras de graba, tierra roja y muchas chumberas. Sí, porque este camino fue excavado en las mismas entrañas de la ladera del Generalife. Aprovechando la depresión del surco del arroyo y por eso sube tan pegado a este cauce y tan pendiente. Por esto también queda tan encajado, a un lado y otro mientras remonta, por la torrentera de la grava y las chumberas.

Sin embargo, no se me hizo a mí pesado ni largo el recorrido de este trozo de ruta. No, porque continuamente iba mirando con el deseo de verlo. También porque, de vez en cuando, me paraba. A descansar un poco para aliviarme del calor de la tarde y a contemplar las bellas vistas que iban quedando a mis espaldas. Y la más hermosa, es la que se abre sobre el barranco del río Darro. Con toda claridad y esplendor, se ve al barrio del Albaicín coronando, aplastado y chorreando en el cerro frente a la colina de la Alhambra. Y, al caer las tardes, con los rayos del sol dándole segados, las casas y árboles del Albaicín, presentan una belleza única. Y más. Observada desde esta Cuesta del Rey Chico.

Ocupado en esto, pensando en él celebrando el encuentro, casi sin advertirlo, recorrí la cuesta, me encajé en el pequeño rellano de los olivos, unos metros antes del final del todo. Donde a la izquierda queda otra cancela de hierro que cierra el paso a un camino también muy bello. Es este uno de los caminos que, antiguamente, daban entrada al recinto del Generalife. Por donde, desde los palacios reales, los monarcas pasaban a las estancias del Generalife. Por eso, aquí mismo y a la derecha, hay otra pequeña puerta en la muralla. Es también la puerta que cierra el paso al camino que llega desde los palacios. Dos puertas, cancelas de hierro, una a cada lado, cortando el paso hacia el Generalife y hacia la Alhambra. Aunque el puentecillo todavía sigue aquí. Sí, un puentecillo muy bajo y antiguo que sirve y servía para cruzar la corriente del arroyuelo. Arropado por la sombre de la muralla y por las espesas ramas de higueras, olivos y álamos.

Por eso este rincón, pequeña explanada y paraíso al final de la empinada Cuesta del Rey Chico, sirve de respiro. Y esto fue lo que hice. En cuanto estuve en esta llanura me acerqué a la corriente clara del arroyuelo, hice unas fotos para el recuerdo, descansé durante unos minutos a la sombra de la higuera que arropa con sus ramas al puentecillo y luego me fui para los olivos. En busca de los bancos de piedra que hay aquí. Unos bancos muy singulares porque no son tales. Simplemente son grandes bloques de piedras, sobrantes de alguna construcción o restos de ruinas, que han colocado en este sitio. Bajo los olivos, al borde mismo del camino y no tienen ni respaldares ni nada. Uno se puede sentar en cualquier lado y mirando para donde más le apetezca. Para la corriente del arroyo, para la ladera de enfrente, para las huertas del Generalife o la izquierda o derecha, que es por donde llega y se va el camino.

Me senté yo mirando para la izquierda para que no se me escapara su presencia, en cuanto asomara por el último tramo de la cuesta. Porque tenía muy claro que, una vez más, hoy ascendería por aquí. Me lo decía el corazón y de una forma muy concreta. Y fue así pero no tal cual lo había imaginado. Yo lo había soñado del mismo modo a como lo descubrí los días anteriores: con su sombrero de paja, su cara medio tapada, su ropa gris y con su saco acuestas. Fue así y no exactamente.

Porque estaba yo meditando mis cosas, pendiente del camino y también del rumor del agua del arroyuelo cuando, un intenso resplandor dorado, iluminó todo el barranco. Por donde la muralla, las tierras de enfrente y huertas del Generalife. Me volví

para el lado de la Alhambra, a mis espaldas y por donde el sol se ocultaba y lo hice con gran interés. Descubrí enseguida que el resplandor venía exactamente de este lado. De donde los palacios de la Alhambra y los últimos rayos de sol que tras ella se ocultaba. Los rayos de este último sol de la tarde no eran iguales a los que estoy acostumbrado a ver por estos lugares. Sí, muy dorados, luminosos como incandescentes ascuas y derramándose en forma de grandes llamaradas. Parecido a grandes lenguas de fuego que, en amplios haces, todos incidían sobre las murallas y torres. Por eso y de pronto, todas estas construcciones, parecían transformase en una visión fantástica. Como si todo el conjunto ardiera y, al mismo tiempo, también se alejara de la tierra.

Y, en estos precisos momentos, algo ocurrió que no pude entender ni ver con claridad. Ni siquiera ahora todavía tengo claro qué fue. Pero sí recuerdo que, estaba yo tan concentrado en el fenómeno del resplandor, que me desentendí por completo de todo lo demás. Incluso hasta de lo que realmente me había llevado al rincón. Por eso, cuando de pronto fui consciente y recordé que estaba allí esperándolo, dejé de mirar la puesta de sol.

Rápido volví mi cabeza para el lado del camino y para mi izquierda. Para el lado en que termina la cuesta en su tramo por las chumberas. Vi que nadie se acercaba por aquí y rápido también miré para mi derecha. Y sí: lo vi. De espaldas otra vez y caminando de igual modo a los días anteriores. Con el sombrero de paja en su cabeza, vestido con ropa color gris y con su saco acuestas. Y, como en las dos veces anteriores, el corazón se me aceleró. No podía creer

que hubiera pasado casi rozándome, yo estaba sentado en el mismo borde del camino, y que no lo hubiera visto. Pero había sucedido así. Lo estaba comprobando con mis propios ojos.

Sin pensarlo dos veces, me levanté y, sin perderlo de vista, comencé a caminar detrás de él, con la intención de llamarlo. No sabía de qué modo pero deseaba llamarlo para captar su atención y que se detuviera. Conforme caminaba, a mi derecha me iba quedando, además del arroyuelo, la alta muralla y la Torre de Cadiz, Torre de las Cautivas y Torre de las Infantas. A la altura de esta última torre, pero siguiendo el camino, iba él avanzando. No lo llamé. Opté por aligerar mis pasos, con la esperanza de alcanzarlo antes de que llegara a lo más alto. Ya no le quedaba mucho para llegar a donde el carril de tierra se mete por debajo del puente de la Acequia Real de la Alhambra. Unos metros antes, el camino traza una leve curva para la derecha. El terreno ya se torna llano y, en unos metros más, deja en un especio muy concurrido de turistas y otras personas. También hay muchos coches, carretera asfaltada, tiendas, restaurantes, hoteles… Cuando esta Cuesta del Rey Chico llega a todo lo alto, deja en uno de los puntos más concurridos en todo el gran recinto de la Alhambra.

En tan solo unos minutos me encajé bajo el puente de la Acequia Real, quedando a mi derecha, la famosa Torre del Cabo de la Carrera. Y al llegar aquí vi que se me tapaba, a la derecha, tras las plantas de unos arriates que hay aquí. Temí perderlo de vista, como las dos veces en los días pasados. Aunque ya estaba muy cerca de él y por eso tenía cierta

esperanza de alcanzarlo. Me di más prisa, prescindiendo de las personas que, en dirección contraria a la mía y a la de él, justo asomaron por detrás de las plantas que me lo habían ocultado.

Fueron solo uno segundos los que invertí en llegar a donde las plantas de los arriates y no lo volví a ver. Ya en este punto, a mi izquierda, tenía los bancos y edificios de los pabellones donde venden las entradas para la Alhambra. Y a la derecha, la parada del autobús, la carretera y acera que lleva al Palacio de Carlos V. Imaginé que se habría venido para este lado de la derecha. Por eso aligeré un poco más y enseguida me encajé en la misma parada del autobús. Y vi a uno de los guardias jurado que recorren los jardines y demás rincones de la Alhambra. Venía desde el paseo central Cuesta de Gomérez y por eso pensé que quizá lo habría visto. Tuve deseos de preguntarle y, me acercaba a él, justo por donde la barrera que corta y da paso a los taxis, autobuses y coches particulares hacia la Puerta de los Carros, cuando lo vi de nuevo.

Al fondo de la acera que lleva a la Puerta de los Carros y arco de la Puerta de la Justicia. Se tapaba y aparecía con las plantas a un lado y otro de la acera y también con las personas que subían y bajaban. Por eso, desistir de preguntar al guardia jurado y apuré mis pasos acera abajo. Por donde, a la izquierda, queda la carretera y la prolongación del paseo central que sube desde la Cuesta de Gomérez. A la derecha de esta acera queda la alta muralla de la Alhambra, con la Torre del Agua, Torre de Juan de Arce, Torre de Baltasar de la Cruz y Torre de los Siete Suelos.

Siguiendo este estrecho caminillo, todo peatonal y que lleva directamente, desde los pabellones de venta de entradas hasta la Puerta de los Carros y explanada del Palacio Carlos V, escoltan muchas torres. Todas clavadas en la misma muralla que protegen por el lado de la derecha. Después de la Torre de los Siete Suelo, aparece la Torre del Capitán, Torre de las Brujas, Torre de las Cabezas y ya, la Puerta de los Carros. Es por este punto por donde se entra al recinto amurallado de la Alhambra. Pero la puerta principal, la hermosa y oficial, queda un poco más abajo y se le conoce con el nombre de Puerta de la Justicia.

Mientras lo seguía ya casi corriendo, imaginé que a este lugar, Puerta de la Justica, era hacia donde se dirigía. Imaginé esto no por nada concreto sino simplemente por una intuición interior. Y también pensé que podría venir buscando la entrada a la Alhambra por la Puerta de los Carros. Imaginé todo esto y algunas cosas más cuando de nuevo se me perdió por donde la fuentecilla, un poco antes de la Torre de los Siete Suelos. Porque es aquí mismo, donde la alta muralla y la acera que discurre pegada a ella, giran levemente para la derecha. Como si comenzara a subir hacia el punto donde, en lo más elevado de la colina, se alzan los viejos y hermosos palacios de la Alhambra.

En un abrir y cerrar de ojos me encajé a la altura de la Torre de las Cabezas. Aquí se abre una pequeña plaza, explanada donde se juntan cuatro calles y existe una parada de autobús. También una cámara de vigilancia, varios bancos por entre los troncos de recios árboles y un trozo de acequia. Por la

izquierda sube una corta calle de tierra, al frente, sigue la carretera hacia la Puerta de la Justica, y bajando, por donde él había avanzando y yo lo seguí, llega otra calle asfaltada. Es la que arranca en los pabellones de venta de entradas. También al frente pero siguiendo el trazado de la muralla, remonta otra calle asfaltada que, rozando la Torre de los Abencerrajes, lleva exactamente a la Puerta de los Carros. Una de las puertas de entrada al recinto amurallado de la Alhambra y es la que usan los coches y taxis que traen turistas al parador.

Arranca esta calle, como ya he dicho, justamente de la pequeña plaza que se abre a los pies de la Torre de las Cabezas. Y por esta plaza los turistas se amontonaban. Dos o tres grupos de extranjeros con sus guías, que esperaban el autobús. Un par de grupos más subían y bajaban por la pequeña cuestecilla que lleva a la Puerta de los Carros y otros muchos turistas, bajaban por la calle que se va para la Puerta de la Justicia. Y, por entre esta multitud, calles, cruces y plaza, se me perdió por completo.

Al llegar a la plaza me quedé parado a lado de arriba, muy pegado a la Torre de las Cabezas. Mirando al frente, a mi derecha y para mi izquierda intentando verlo. No lo descubrí y ahora me sentía triste. Como frustrado por la nueva pérdida y también algo desorientado. ¿Para dónde se había ido y a qué lugar concreto se dirigía? Me pregunte varias veces, mientras miraba y miraba sin descubrirlo.

Durante unos minutos aquí estuve parado. Observando también a los turistas mientras me

orientaba. Ya la tarde estaba casi en su final. El sol se hundía por completo al fondo de la Vega de Granada y las luces del día se apagaban. Por entre el bosque, la oscuridad iba aumentando y las farolas, a un lado y otro de los paseos, se encendieron. Decidí seguir calle abajo hacia la Puerta de la Justicia, mezclándome con los grupos de turistas. Y, mientras caminaba, no dejaba de mirar para todos los lados. En unos minutos llegué a la cuerva, justo por delante de la Puerta de la Justicia y el Pilar de Carlos V.

Aquí mismo hay otra parada para los autobuses, un banco, una fuente de agua potable y una extensa explanada. Por delante del Pilar de Carlos V, Hay una pared que hace, al mismo tiempo, de largo banco frente a los chorrillos de agua y el frontal del pilar. Y en este largo banco de cemento, vi muchas personas sentadas. Jóvenes casi todos, que charlaban, tocaban una guitarra, hacían fotos, observaban…

Tres días más tarde, volví de nuevo por los rincones de la Alhambra. Pero en esta ocasión, no siguiendo el recorrido de la Carrera del Darro y Cuesta del Rey Chico. Aunque no dejaba de pensar en él y por eso seguía notándome como desorientado, me dispuse a no buscarlo más y que se me borrara esta historia de una vez. Y, porque también, notaba en mi interior un cierto mal estar, en esta ocasión me vine por la Cuesta de Gomérez. Cuando llegué a la Puerta de las Granadas, no continué por el paseo central sino que tomé por la Cuesta Empedrada. El camino que, desde la Puerta de las Granadas, arranca por la izquierda del paseo central y sube muy empinado justo al Pilar de Carlos V.

Por aquí me vine, caminando despacio, observando todo cuanto a mi paso me encontraba y sentándome, a intervalos, en algunos de los bancos que este paseo tiene. Bancos de piedra justo al borde mismo de las dos acequias que descienden rebosantes de agua. Por eso agrada tanto este camino y por eso descansa y refresca mucho en las calurosas tardes de verano. Y más todavía refrescan y relajan, las espesas sombras que por este rincón derrama el denso bosque de los singulares jardines de la Alhambra.

Subí despacio, ya lo he dicho y me fui parando también en la pequeña cascada que hay a la izquierda. Solo unos metros antes de llegar a la explanada del Pilar Carlos V. Aquí me entretuve mucho observando el revolotear de algunos mirlos, escondidos y haciendo vida entre la densa vegetación. Hice fotos, me senté y saqué bolígrafos y papel y redacté algunas cosas. Desde hace tiempo, siempre que puedo y por las tardes, recorro muchos de los sitios de la Alhambra. Para mí y también para otras muchas personas, es interesante recorrer estos lugares y conocerlos al fondo. Y, para mí, por una razón muy especial.

En casi todos los rincones que pueden verse en estos lugares de la Alhambra, se palpa una belleza, un misterio, una sensación de eternidad, que llega al corazón e impacta. Y, donde más se palpan estas sensaciones, es entre los bosques y paisajes que rodean a la Alhambra. Al menos para mí, así es. Y lo es en cualquier estación del año: verano, otoño… pero el verano y otoño, también para mí y por aquí, tienen

un misterio especial. Cuando por aquí vengo, una vez y otra, siento como la presencia de algo hondamente importante y eterno. No sé qué será pero el corazón y el espíritu, me hablan de esto. Parece como sí, en algún momento de la historia de la Humanidad, alguna persona muy especial, hubiera venido por aquí. Y parece que esta persona, después de un tiempo por estos lugares, se hubiera ido, nunca se supo a dónde. Pero de aquella presencia suya por estos paisajes de la Alhambra, ha quedado algo muy misterioso y grande. Como la esencia de su espíritu y yo lo percibo.

Por eso, cada vez que puedo y de la mejor manera que sé, vengo por aquí buscando. Como si pretendiera encontrarme con la esencia más pura de esta persona que digo. Y creo que es como algo vital para mí. Aquella persona tuvo sus sueños y vivió dolor y, de alguna manera, por aquí ha quedado todo esto, como esperando.

Desde la oscura cascada, a la izquierda de la cuesta y ya muy cerca del final, sigo. Solo unos metros y me encajo en las escaleras. Sí, ya al final del tramo de cuesta, antes del rellano del Pilar Carlos V. Tiene estas escaleras siete u ocho escalones, en el primer tramo y cinco o seis, en el segundo. Son de empedrado granadino y con grandes adoquines de piedra, en el borde de cada escalón. En cuanto se termina de subir, ya se pisa la amplia explanada por delante de la fuente. También empedrada, con piedras pequeñas, blancas y negras, que trazan dibujos de flores y el bello escudo de Granada, justo en el mismo centro de la explanada y frente al pilar. Llego al rellano y esta tarde me lo encuentro casi solitario. Solo dos muchachas, con pelo rubio y ojos azules, que charlan

entre sí. Descubro enseguida que son extranjeras. Y lo descubro no solo por su físico sino también por el idioma que hablan. Se expresan en ruso y esto me alerta. Tengo yo pequeñas y bonitas experiencias con algunas personas de este país, que recuerdo con cariño, al tiempo que con nostalgia.

Por eso, al darme cuenta de que estas jóvenes son del país que he dicho, me siento impulsado a acercarme a ellas, saludarlas y preguntarles. No lo hago. Enseguida caigo en la cuenta que no sería un buen comportamiento por mi parte porque quizá ellas lo encuentren extraño. Por eso, mientras sigo pendiente del idioma que hablan, ya en el rellano, me acerco al banco alargado que hace de pared por el lado de la derecha según se llega. También me lo encuentro solitario. Busco el rincón que está más cerca de la parada del autobús, justo al lado mismo de la fuente de agua potable. Pienso que es éste un buen sitio para sentarme y, mientras descanso y medito, permanecer atento por si también hoy aparece. Presiento que puede ser así. Y, desde este lugar del banco, puedo ver el tramo de camino que, por el lado de arriba del pilar, acerca a la Puerta de la Justicia.

Corre la tarde, pasan y pasan turistas, se oyen los chorrillos de la fuente, revolotea algún mirlo, varios niños, mientras con los padres esperan el autobús, juegan, las sombras del bosque se alargan porque los rayos del sol les llegan casi desde el horizonte al fondo de Granada… Y, estoy mirando con gran interés para el lado de la muralla de la Alhambra, carretera que baja desde la Torre de las Cabezas, cuando me sorprende un fuerte ruido. No dé pasos de

personas ni vehículos sino de hojas de árboles agitándose con vehemencia. Como cuando sopla un fuerte viento y zarandea todas las ramas del bosque. Y, en un primer momento, creo que esto es lo que sucede.

Miro para la Puerta de la Justicia y veo que es cierto. Los árboles que hay por ahí, antes de la torre y los que tengo cerca, al fondo y a mi derecha, se mueven con mucha fuerza. Una recia ráfaga de viento los zarandea y sus hojas, al chocar entre sí, emiten un sonido muy especial y denso. Como si de pronto se hubiera formado por aquí un remolino y quisiera llevarse la mitad del bosque que hay por este lugar de la Alhambra. Y llego a creer que es así porque, de la pequeña explanada que hay por delante mismo de la Torre de la Justicia, se alza una densa nube de polvo. Tan grande y con tanta violencia que, algunos de los turistas que por ahí caminan, gritan sorprendidos y pidiendo ayuda.

Pero mi sorpresa tiene una explicación enseguida. Porque, de pronto, lo veo. Baja por el trozo de carretera que llega desde la Torre de las Cabezas y viene solo. También hoy con su saco acuestas y su sombrero pero con un traje muy distinto al de otros días. Hoy no viene vestido con ropa color ceniza o gris sino de blanco y con una túnica muy amplia de tono azul claro. Tan blanco parece todo su atuendo que hasta da la sensación que desprende luz y, al mismo tiempo, igualmente parece que de su figura manan los chorros de viento que zarandean las ramas y hojas de los árboles. Y esto y el color de su vestimenta, es lo que realmente me sorprende al verlo.

Aunque también me sorprende alguna cosa más: me doy cuenta que ninguna de las personas que bajan por donde él y desde la Puerta de la Justicia, parecen advertir su presencia porque se comportan como si no lo vieran. Y esto es lo que me hace pensar que yo soy el único que puedo verlo. Y él, como las otras veces, también parece que no se percata de mi presencia.

Rápido me levanto de donde estoy sentado y me voy corriendo a su encuentro. Creo que puedo salirle al paso por el lado de arriba del Pilar de Carlos V, en la misma explanada que precede a la Puerta de la Justicia. Pero no me voy derecho a él. También pienso que es mejor superarlo, ponerme delante y al llegar a la gran puerta, cortarle el paso. Por eso, mientras subo a toda prisa, lo hago viniéndome por el lado de la izquierda. Pegado a la pequeña muralla y pared que hay por detrás del Pilar de Carlos V. Y, mientras remonto, no aparto mis ojos de él. Me lo voy dejando por la derecha, casi en el centro de la explanada y mezclado con algunas personas.

Llego al dintel del portón que abre y cierra la entrada por la Puerta de la Justicia. Solo un poco antes de que llegue él. Por eso me vuelvo para atrás, lo miro, espero que se acerque todo lo posible y, cuando empieza a cruzar el dintel donde estoy parado, lo saludo y me excuso:

- ¡Perdona!

Se detiene, me mira y espera que diga algo. Yo también lo miro, la primera vez que lo veo tan cerca y de frente y me quedo sorprendido. Su cara tiene arrugas, es de color naranja, no envejecida sino bronceada por los rayos del sol y al mismo tiempo

parece irradiar un brillo especial. Mana de su cara una serenidad honda, mezclada con algo de tristeza.

Le digo:
- Aunque no nos conocemos quiero preguntarte algo. ¿Te importa?
Sigue quieto mirando fijo y espera que hable. Y lo hago diciendo:
- Te vi, hace ya mucho tiempo, una tarde bajando por el camino de la Fuente del Avellano. Unos días después volví a verte subiendo por la Cuesta de los Chinos. También por entre estos bosquecillos de la Alhambra y ahora esta tarde te veo de nuevo por esta puerta grande. Y no sé por qué pero desde aquel primer día has despertado en mí un gran interés por ti. Porque tu saco, tu figura, tu silencio y caminar me llama mucho la atención. Por eso ahora, cuando por fin me encuentro de frente contigo, lo que más me apetece es preguntarte: ¿quién eres y haces por aquí y siempre con tu saco a cuestas?

Me siguió mirando y dejó que pasara un buen rato. Luego agachó su cabeza, acomodó su saco en el hombro y dijo:
- ¿De verdad quieres saber las cosas que me has preguntado?
- Ya te he dicho que tengo mucho interés en saberlo.
- Pues sígueme y te lo digo y ves con tus propios ojos.
Por mi derecha se pone en movimiento buscando la entrada de la puerta grande. Camina despacio y alcanza el umbral, se adentra en la oscuridad del interior del pasillo de la Puerta de la Justicia, gira en el recodo de la pequeña rampa y sigue subiendo. De espaldas a mí y como si no le importara mucho si yo le sigo o me quedo atrás.

Lo sigo y ahora con más interés que otras veces. A solo unos metros de él, sin dejar de mirarlo y meditando en silencio el momento en que me descubriría su secreto. También me pregunto por el sitio hacia el que se dirige y por lo que llevaba dentro del saco. Por eso quiero preguntarle algunas cosas más pero no lo hago. Porque no quiero que detenga su marcha y porque él parece sentirse bien sumido en su silencio.

Al salir del pasillo que conforma la entrada por el interior de la Puerta de la Justicia, nos tropezamos con tres turistas. Lo miran y me miran y él no les presta atención. Sigue avanzando despacio a la luz del día que de nuevo lo recibe, ya por la parte de arriba de la Puerta de la Justicia. El suelo empedrado, la acequia por el lado izquierdo con su riachuelo de agua clara, un trozo de pared color rojo por la derecha, arrayanes, durillos, adelfas, álamos, algún laurel y varios almeces. Y, por entre esta vegetación, algunos gatos y tres o cuatro mirlos. También y, siguiendo el surco de la acequia, pequeños pajarillos de color ceniza y amarillo oro. Son algunas de las muchas lavanderas cascadeñas que en libertad viven por entre la vegetación de la Alhambra, junto a las acequias y paredes viejas.

La callejuela que, por la parte interior de la muralla arranca al salir de la Puerta de la Justicia, es estrecha. Y queda encajada, como ya he dicho, al lado izquierdo según se sube, por un paño de muralla, construida con losas de piedra y tierra roja. Y por la derecha, entre vegetación, algunos edificios, un aljibe viejo y escaleras. También por una pared pequeña de

ladrillos y tierra. Es esta una calle sencilla, con un corto recorrido que sube suavemente a la vez que va girando para la derecha.

Y al final de esta curva, también por este lado de la derecha, hay unas tiendas donde venden libros y recuerdos que compran los turistas. Frente a estas tiendas y ya en la misma curva pero por la izquierda, se abre otra callejuela. Por aquí, en otros tiempos, se entraba a la Alcazaba. Antiguamente porque en estos tiempos, la puerta que por este lugar tiene el recinto de la Alcazaba, siempre se encuentra cerrada. Aunque el rincón por donde se abre paso esta callejuela, es muy recogido. También en cuesta, empedrada y escoltada por la muralla en el lado izquierdo.

Y él, camina despacio por la estrecha calle que remonta levemente. Como si contara cada paso y como si nada le importara a su alrededor. Porque ni siquiera mira a los turistas que bajan ni a los que nos adelantan. Lo voy siguiendo, detrás y a solo unos metros, sin comentar nada con él por miedo a perturbarlo. También porque apenas lo conozco y temo importunarlo. Porque, aunque me importa mucho toda su persona, me inspira un gran respeto. Deseo preguntarle muchas cosas pero pienso que, por mi parte, debo ser prudente y educado. Por eso camino muy cerca de él, sin dejar de observarlo y sin perderlo de vista pero en silencio. Dejando que vaya a lo suyo porque es lo importante para él y también ahora para mí.

Terminamos de recorrer el tramo de calle que, desde la Puerta de la Justicia, sube recto. Y entramos en el tramo de la curva para la derecha. Es

mucho más corto este tramo y por eso lo recorremos enseguida. Y justo al terminar la cuestecilla, por la derecha, nos saluda la Puerta del Vino. Clavada en todo lo alto de la colina donde se asienta la Alhambra y mostrando su sencilla y añeja belleza. Como si estuviera esperando o como si observara expectante a cada uno de los turistas que por ella cruzan de un lado a otro.

Sí, porque justo en este momento, por el arco de la Puerta del Vino, pasa un grupo de turistas. Extranjeros todos porque hablan idioma que no conozco. Y también porque portan planos, guías y cámaras de fotos. Otro grupo sube desde la Plaza de los Aljibes y se enfrente al que acaba de salir por el arco de la Puerta del Vino. Por esto, al llegar nosotros a lo que es lo más alto de la colina, final de la cuestecilla que remonta desde la Puerta de la Justicia, nos encontramos atascados. En este punto exacto, los turistas se concentran y, como se mueven muy despacio, porque hacen fotos, miran, charlan y comentan, casi no nos dejan andar. Temo perderlo en este barullo de personas y por eso me pego más a él. Pendiente de la dirección que en este punto pueda tomar.

Y descubro que, durante unos minutos, mira para la Puerta del Vino. Luego gira su cabeza y observa despacio el pasillo que, arranca justo al pasar la Puerta del Vino, a la derecha y baja hacia la muralla como si buscara dejarse caer por la vertiente opuesta a la que acabamos de recorrer. Es este el lado por donde, al fondo y lejos, se eleva el barrio del Albaicín y, entre aquel cerro y esta colina, corre el río Darro. Durante unos minutos se mantiene fijo en esta callejuela, pasillo por donde los visitantes entran a los

Palacios Nazaríes. Y luego se gira buscando también la ancha calle que sube a la antigua entrada a la Alcazaba.

Me mira y, como susurrando, comenta:
- Los turistas, la mayoría de las personas que por aquí vemos, no tienen ojos para descubrir más allá de las piedras de estos monumentos.
Quiero preguntarle pero no me atrevo. Medito sus palabras y dejo que pase el tiempo.

Muy cerca de él, lo observo despacio, sin molestarlo y esperando que siga su caminar hacia el rincón que por aquí viene buscando. Pienso que tiene interés en algo muy concreto y por eso también mi curiosidad crece. Me animo y le pregunto:
- ¿Acaso no conoces bien estos rincones de la Alhambra?
Con mucha calma y modulando con suavidad su voz me responde:
- Yo tampoco a ti te conozco de nada. Pero ya que muestras interés en mí y en mis cosas te voy a preguntar algo. ¿Te importa?
Y no tardo ni un segundo en responder:
- No solo no me importa sino que satisface. ¿Qué es lo que deseas preguntarme?
- ¿Alguna vez en tu vida has sentido la necesidad de hacer algo importante por alguna persona querida? ¿Alguna vez en tu vida has sentido la necesidad de perpetuar en el recuerdo, en el tiempo y en la eternidad a esta persona amada?

Durante unos segundos medito con calma lo que me pregunta. Y no es porque me haya

sorprendido pero tampoco me esperaba lo que de él acabo de oír. Le digo:
- Creo que sí. Alguna vez en mi vida he sentido la necesidad de hacer algo importante y grande por alguna persona muy querida. Pero ahora ¿te puedo preguntar yo a ti?
- Hazlo.
Y sin más le digo:
- La pregunta que me has hecho ¿por qué ha sido?

Y en este momento veo que agacha su cabeza, acomoda su saco en el hombro, mira al frente y comienza a caminar. Justo hacia la explanada que se le conoce con el nombre de Plaza de los Aljibes. Por aquí mismo subía, hace solo unos minutos, el grupo de turistas que ya se ha ido para la puerta del Palacio de Carlos V. También el otro grupo, el que cruzaba el arco de la Puerta del Vino cuando nosotros llegábamos, se ha vuelto para atrás. Por eso la explanada de los Aljibes ahora mismo se encuentra casi vacía. Solo con sus seis bancos de cemento a la derecha según se llega, las cuatro o cinco acacias repartidas entre estos bancos, el quiosquillo de madera, un poco al fondo y donde vende helados y bebidas frescas y nada más en esta planicie. Los dos altos cipreses, clavados junto en los cimientos del quiosquillo, proyectan sus largas sombras hacia el lado de los palacios nazaríes. Hermosa estampa, cipreses y sombra, que parecen saludarnos y abrirnos paso.

A la izquierda de nosotros, según nos movemos lentamente hacia la recia pared de la muralla, nos va quedando la figura de un árbol muy original y bello. Me llama la atención nada más verlo y

más me fijo en este árbol cuando compruebo que él también lo mira. Se para un momento, observa despacio, muestra como el deseo de pronunciar algunas palabras, vuelve sus miradas para la cuestecilla por donde hemos bajado y luego sigue. Antes de continuar caminando junto a él, durante unos segundos más, sigo fijo en este árbol y luego avanzo.

El árbol en sí, es una recia acacia pero en muy poco se parece a las otras que por esta plaza crecen. Su tronco es recio, color oscuro casi negro, con unos dos metros de alto y, a partir de aquí, se abre en cruz. En un puñado de ramas que, en forma casi de varillas de paraguas, se alargan formando precisamente esto: un amplio paraguas achaparrado que ofrece una sombra muy densa y fresca. Y esto es precisamente lo que más llama la atención en este árbol: su grueso tronco oscuro, sus ramas en horizontal y su forma en amplio paraguas. Y, por la curiosa manera que él lo ha mirado, hasta llego a pensar que alguna vivencia importante tiene en este rincón y por donde crece este árbol.

El sitio éste, justo delante de lo que ahora mismo es la entrada principal al recinto de la Alcazaba, es bonito y amplio. Decorado con los elementos que ya he mencionado y como gran pórtico al recinto amurallado de la Alcazaba. El nombre por el que ahora mismo se le conoce, le viene de unos aljibes que aquí construyó el Conde de Tendilla en 1494. Don Iñigo López de Mendoza, a quien los monarcas habían dejado al frente como Alcaide de la Alhambra y Capitán General del Reino de Granada. Estas aljibes, de 34 metros de largo, 6 de ancho y 8 de alto, se convirtieron posteriormente en la plaza actual

al soterrarlos junto con las calles y las plazas circundantes. Hasta hace una decena de años se podía beber agua extraída del aljibe ya que había un kiosco con un pozo abierto al depósito. Los granadinos y visitantes solían acudir con asiduidad a beber dicha agua.

El lugar forma una extensa llanura, en otros tiempos fue un barranco, entre las torres y las defensas de la Alhambra por un lado y la Puerta del Vino y los Palacios árabes y el Palacio de Carlos V, por otro.

Según avanzamos dirección a la muralla, recorriendo la plaza, descubro que se viene para el lado de la izquierda. Pegándose cada vez más a la Torre del Homenaje. Y, al llegar al rincón de este lado izquierdo, ya entre el quiosquillo y la muralla, busca las escaleras que, por entre unos árboles y estrecho pasillo de ladrillos, sale desde esta explanada. Por estas escaleras, baja, recorre los seis primeros peldaños empedrados y con escalón de ladrillo y se enfrenta a una pequeña cancela de hierro. De sus bolsillos saca una llave, abre y pasa. Me mira y dice:
- Entra tú también.
Sin preguntarle, atravieso la puerta, avanzo y lo espero. Cierra sin echar la llave y sigue bajando.

Justo aquí mismo y por el lado de nuestra derecha, se abre otro estrecho pasillo. Dirección a lo que es la entrada a los palacios nazaríes, ahora en estos tiempos y para los turistas. Pero este pequeño pasillo ofrece unas escaleras que, en cuanto se remontan, aparece una terraza rectangular. Alzada unos metros cara a la Torre de las Gallinas, frente a

los dos olivos que crecen ahí y como un escenario desde donde se divisa ampliamente los jardines y paredes del recinto donde se alzaba la madraza.

A solo unos metros de la primera cancela de hierro, siete anchos peldaños también empedrados y con escalones de ladrillo, de nuevo nos corta el paso otra pequeña cancela. Con otra llave diferente, abre, pasamos, deja la puerta solo encajada y seguimos avanzando. Y justo ahora ya nos encontramos en un pequeño rincón de la Alhambra, todavía dentro del recinto amurallado pero donde ya no hay turistas. Porque este recogido y bonito espacio queda por completo prohibido para la visitas a todas las personas que vienen por aquí. Se puede ver desde las Torres del Homenaje y del Cubo y también desde la Plaza de los Aljibes pero nadie puede entrar a este espacio porque siempre se encuentran cerradas las dos cancelas que hemos dejado atrás. Sin embargo, estoy comprobando que él sí ha pasado a esta reducida área de la Alhambra. Y parece que lo hace como si tuviera permiso para ello. Como si fuera un poco dueño de todo lo que por aquí hay y por eso se siente seguro. Sin temor a que nadie le corte el paso.

De nuevo quiero preguntarle pero no lo hago. Sigo temiendo importunarlo y sigo pensando que es mejor dejar que él me muestre lo que crea conveniente y del modo que quiera. Por eso, lento camino a su lado y observo. Y lo primero que en este recogido espacio de la Alhambra me sorprende es precisamente su tranquilidad. Lejos del barullo de la gente y protegido por la alta muralla todo por aquí no solo regala quietud sino también algo de misterio. Sí, porque la sombra de la Torre del Homenaje ya cubre

todo este rincón y como, a un lado y otro y al frente se ven algunas plantas, hasta parece manar de aquí un aroma mágico. Y huele como a soledad, a fina melancolía mezclada con rumor de agua y también a tierra y tiempo añejo.

A los pies de la Torre del Cubo, se clavan tres altos cipreses. Rectos y majestuosos, por la quietud que muestran, por el verde oscuro de sus hojas y por el hermoso porte que presentan. Como si fueran centinelas a solo unos metros de las escaleras también de ladrillo que se abren camino hacia la parte alta de la muralla. Junto a estos cipreses, en la parte de abajo y como ofreciendo abrigo y compañía, algunas matas de durillo, arrayanes y la humedad de la tierra con sus pequeñas hojas de hierba, hojas secas y algunos puñados de musgo.

Camina recto hacia el paño de muralla que tenemos al frente y lo sigo. A la izquierda nos va quedando la ya mencionada Torre del Homenaje y también la del Cubo. Al frente parece esperar la sólida y roja muralla que rodea a toda la Alhambra. Y a la derecha, la figura de una pequeña torre. Se le conoce con el nombre de Torre de las Gallinas. Más a la derecha y casi frente a esta última torre, nos queda lo que también se le conoce con el nombre de Madraza de los Príncipes. Es un pequeño espacio casi cuadrado por donde crecen plantas y se ven trozos de paredes. Son pequeños muros reconstruidos para de, alguna manera, indicar los cimientos de los edificios que aquí se alzaban en otros tiempos.

Porque es justo aquí donde se emplazaba la Madraza de los Príncipes, al pie de la Torre de las

Gallinas y, adosada a ésta, lo que hoy se conoce como el patio de Machuca. Esta escuela coránica estaba destinada a los jóvenes pertenecientes a la realeza nazarí. Aquí los príncipes eran instruidos en teología, filosofía y ciencias. Era además la entrada a los Palacios Reales. Accediendo a través de una puerta en la galería del lado oeste, el visitante debía cruzar el patio de la Madraza para pasar después al de Machuca y el Mexuar.

El trazado de las madrazas fue determinado por los persas en el siglo XI. Un patio central cuadrado alrededor del cual se situaban cuatro pabellones. El ubicado al sur, más cercano al mirador, era el dedicado al estudio. En la esquina sur-este del edificio se emplazaba un pequeño oratorio y su alminar, su planta se diferencia claramente del resto por estar orientada a la Meca como es preceptivo lo que se traduce en un descuadre de sus muros con respecto al resto del conjunto. Los demás pabellones debieron albergar las habitaciones de los estudiantes, profesores, bibliotecas… todo ello perdido con el paso del tiempo.

Por el lado de la derecha nuestra según avanzamos hacia la muralla, crecen algunas plantas. Granados y naranjos por entre las paredes de los cimientos de la madraza, durillo, arrayanes y dos olivos. El más próximo a nosotros se muestra más voluminoso y con aspecto de viejo aunque colmado de hojas verdes y frescas. Clava sus raíces en una pequeña terraza de tierra, delimitada con unos metros de pared en forma de triángulo recto. Un triángulo con solo los dos lados rectos. Por eso este olivo queda un

poco alzado en el terreno de este espacio entre murallas.

La escalera para remontar a la parte alta de la muralla y las torres que circundan a todo la Alhambra, se ve al frente pero por el lado de la izquierda nuestra. Sin embargo, él avanza como si quisiera encontrarse con este viejo olivo. Llega y se para junto a él roza sus ramas y aquí mismo se detiene. Suelta su saco encina de unas de las pequeñas paredes que forman uno de los lados del triángulo y mira de frente hacia el rincón donde se alzaba la madraza. Con sus ojos clavados en este espacio y mostrando veneración. Como si meditara o tuviera por aquí algún importante recuerdo. Por eso, a unos metros de él, me paro. Lo sigo mirando y ahora, con más fuerza aun, siento hacia él hondo respeto.

Y también siento un gran deseo de preguntarle. Me gustaría mucho saber lo que piensa y siente en este preciso momento. Porque en mí también se despierta la curiosidad por el rincón que tiene al frente. Por eso me pregunto, solo para mí y en forma de susurro: “¿Acaso, cuando en aquellos lejanos tiempos esto fue universidad llena de príncipes y princesas, por aquí ocurrió algo que él sabe y todavía mantiene en su recuerdo?” Y me hago esta pregunta precisamente por eso. Porque no descarto que en aquellos tiempos entre los príncipes y princesas que llenaban esta madraza, ocurriera alguna historia singular. Y no descarto que él, de alguna manera que yo ahora mismo desconozco, sea parte de esta historia o al menos tenga conocimiento de ella.

Sé, porque se ha contado y cuenta de muchas maneras y abundantes libros, que en todos los edificios y rincones de la Alhambra ocurrieron historias hermosas de muy variados tipos. Historias alegres, tristes, románticas, heroicas, tiernas y crudas que por aquí ocurrieron a lo largo de los años. Y algunas de estas leyendas sí que han llegado hasta nuestros días. Como ya he dicho, recogidas en libros o contadas directamente por las personas. Pero también sé que por estos sitios ocurrieron muchas cosas, algunas pequeñas y de gran valor, en los palacios y en la universidad y en las casas, que jamás nunca se refirieron. Nunca nadie las ha escrito por no haber tenido apenas interés o porque las mismas personas intentaron mantenerlas en secreto, por las circunstancias que fuera.

De aquí que en este momento y mientras lo miro, me siga preguntando: "¿Tendrá, de alguna manera, vivencias o información de algunos de los hechos que por este lugar ocurrieron en el pasado?" Me muero por saberlo y me muero por preguntárselo. Y creo que él se ha percatado pero nada comenta y yo sigo instalado en mi respeto por su intimidad y persona.

Una pequeña ráfaga de viento llega hasta nosotros y nos regala algo de fresco. También zarandea a las ramas del olivo que tenemos a dos pasos y a las adelfas y granados. Y esta agradable bocanada de viento también trae pequeñas olas de esencia. Aroma con gusto a tarde de verano, a tierra reseca y a sensación de alguna importante pérdida. Como si, de alguna manera, la pequeña racha de viento, trajera entre sus brazos sorbo de añoranzas.

No lo entiendo y por eso sigo mirando y, cerca de él, esperando. Descubro que deja de observar, se agacha, recoge su saco, se lo echa al hombro y se vuelven un poco para atrás. Para donde permanezco yo y, al rozarme, con su cabeza me indica que lo siga. No titubeo y enseguida descubro que se encamina recto dirección a la Torre del Cubo. Hacia la muralla pero buscando el pie de esta torre. Es aquí mismo, entre la muralla y los cimientos de la Torre del Cubo, donde se ven unas escaleras. Son chicas, de ladrillo y remontan en zigzag. Nadie sube en estos momentos por estas escaleras. Ya he dicho que nadie puede pasar a este recinto de la Alhambra.

Por eso, cómodamente y sin prisa comenzamos a subir por las escalerillas. Los tres primeros peldaños, en el primer zigzag de la escalera y que remonta dirección al corazón de la muralla. Un rellano casi cuadrado justo al llegar a la muralla y el segundo zigzag, girando ahora para la izquierda. Como si llevara directamente al interior de la Torre del Cubo. En este tramo son doce los escalones. Los remontamos despacio, acercándonos cada vez más a las paredes de la Torre del Cubo. Al coronar, se abren dos direcciones. A la izquierda y siguiendo por la parte alta de la muralla, se penetra justo en el corazón de la Torre del Cubo. Se pasa por un estrecho túnel y el recorrido continúa hasta la Torre de las Armas y luego la Torre de la Vela.

La dirección de la derecha lleva directamente a la Torre de las Gallinas. Pero justo al terminar de remontar las escaleras, detiene sus pasos. Para respirar un poco y reconfortarse con la caricia del

fresco vientecillo. Porque desde la altura que nos proporciona esta muralla parece que hasta el vientecillo es más puro y fresco. También, desde luego, la visión que desde este lugar se nos abre casi en todas las direcciones. Sobre el espacio que hemos dejado atrás, donde los olivos y cimientos de la madraza, sobre los palacios árabes y el de Carlos V, sobre la Plaza de los Aljibes y Puerta del Vino y sobre la fachada principal de la Alcazaba.

En todas las murallas de todos los castillos del mundo, existe una construcción que se le conoce con el nombre de "adarve". Un adarve o camino de ronda, del árabe «*ad-darb*» o, según otras fuentes, «*adz-dzir-we*» como «muro de fortaleza», es un pasillo estrecho situado sobre una muralla, protegido al exterior por un parapeto almenado, que permitía tanto hacer la ronda a los centinelas, como la distribución de defensores. Comunica los diferentes elementos de defensa vertical, como puestos de vigilancia u otros. Puede ser cubierto o volado. También el "camino de ronda", pasillo que discurre por encima de la muralla, servía para observar y descubrir a los posibles enemigos. Y por eso, protegiendo a este camino de ronda y por el lado del exterior, siempre hay una pared. Para poder otear al enemigo sin ser visto y al mismo tiempo quedar parapetado de los posibles ataques.

Pues nosotros, en cuanto llegamos a lo alto de la muralla, nos encontramos justo en el camino de ronda. Protegidos por el lado del exterior de la muralla, por una recia pared de ladrillo, piedras y tierra y casi de la misma altura que nosotros. Y en este caso, el lado exterior de la muralla, queda frente a la gran

umbría y bosques de la Alhambra. Bosques de la umbría que, espesos y frondosos caen ladera abajo. Hacia lo más hondo del barranco por donde surca el río Darro, con el Paseo de la Carrera del Darro y el famoso Paseo de los Tristes, barranco del Sacromonte, la Abadía y Jesús del Valle. Y al otro lado de este hondo surco del Darro, suben las laderas cubiertas con las blancas casas del barrio del Albaicín, también las laderas de San Miguel Alto y todos los pequeños barrancos por donde las cuevas del Sacromonte. Por eso desde aquí, desde donde nos hemos parado, lo que más impresiona es precisamente la amplísima panorámica hacia todos los lugares que he mencionado. Panorámica que ciertamente son algunas de las cosas más bellas que regala la Alhambra.

Sí porque, tanto las personas que aquí vivían en otros tiempos como los turistas que ahora visitan estos lugares, a estas grandiosas panorámicas le daban y dan mucha importancia. No ya por la emoción que se experimenta frente a estas vistas sino también por el placer que se siente al observar desde estas alturas. Y por la caricia del vientecillo que por aquí corre, casi siempre acompañado del verde y aroma de la vegetación y el canturreo de algún pajarillo. Por eso, esta hermosa construcción de la Alhambra, dicen que es el balcón más bello del mundo. Desde luego, sobre toda la ciudad de Granada, laderas y barrancos ya mencionados y sobre la ancha vega y los horizontes lejanos. Y, experimentado todo lo que acabo de contar desde el camino de ronda que va por lo más alto de la muralla, sí que es una sensación y experiencia única.

En este preciso momento, desde lo alto de la Torre del Cubo, justo al lado nuestro y coronando, nos mira un grupo de muchachas. Hablan entre sí y sus palabras llegan hasta nosotros. Por eso puedo comprobar que hablan en francés. Quizá sea alguna de las muchas excursiones de colegios que, con frecuencia, recorren las instalaciones de esta colina. Ni él ni yo le damos importancia. Nos miran desde la distancia, sobre la plataforma de la Torre del Cubo y por eso no pueden mezclarse con nosotros.

Lo miro y ahora sí espero que diga algo. Porque tengo la sensación de que ya sí estamos casi tocando el misterio y secreto que me ha comentado. Y me convenzo más de ello cuando de nuevo, después de unos minutos descansando donde al final de las escaleras y sobre el camino de ronda, veo que se mueve para la derecha. Siguiendo el ancho pasillo que, desde aquí mismo, va recto a la torre de las Gallinas. La veo al frente, recortada sobre la majestuosa torre de Comares y conjunto de los palacios nazaríes. Como si, a los pies de la más grandiosa Atalaya de la Alhambra, la pequeña torre de Las Gallinas, vigilara atentamente todo el rincón donde estuvo alzada la Madraza. Como clavada en la robusta muralla y en los cimientos del tiempo, cuidando amorosamente del más importante de todos los secretos, quizá la historia más bella y triste que, a lo largo de los tiempos, se ha dado en los recintos de la Alhambra.

Al fondo del pasillo camino de ronda que ya vamos recorriendo, en la Torre de las Gallinas y donde el pasillo se tropieza con ella, se ve una pequeña puerta. Con su cancela de hierro cerrada y con

apariencia de ser la única entrada que por este lado tiene esta torre. Por eso, otra vez pienso que es hacia esta puerta a donde dirige sus pasos. Porque también enseguida pienso que quizá dentro de esta torre él guarde algún tesoro o, de alguna manera, tenga aquí su vivienda. Imagino yo esto mientras ya voy caminando a su lado, siguiendo el pasillo que ofrece la muralla. Recto por completo a la torre de Las Gallinas y buscando la pequeña puerta abierta en el muro. Y me sigo preguntando: “¿Cuál es su tesoro? ¿Dónde mora y cómo es su vivienda?”

Pero no: nada más avanzar unos metros, en el segundo desnivel de los cuatro que hay en el trazado de este camino de ronda, se para, se vuelve para atrás, me mira y de repente me pregunta:

- ¿Alguna vez en tu vida has sentido llorar tu alma?

Algo sorprendido y sin esperar mucho le contesto casi con la misma pregunta:

- ¿Llorar el alma?

- Cuando en las tardes calurosas del verano, cuando en las mañanas húmedas del otoño, cuando en las frías y lluviosas noches del invierno o cuando en los plácidos días de la primavera, en el corazón se instala la añoranza, frente al vacío de la existencia y el agudo dolor de la ausencia ¿tú nunca has sentido llorar el alma?

Y ahora no contesto a sus palabras. Lo miro fijo y me parece descubrir en su rostro las señales del dolor del que me habla. Veo que se acerca a la pared de la izquierda, junto a esta pared suelta su saco, se agacha, lo abre y de él saca un papel amarillo y muy pálido y del tamaño de un folio. Tiene varios dobleces y por eso y con cuidado lo estira lentamente. Lo pone

sobre la misma pared, parapeto de protección en el camino de ronda y de nuevo me mira y dice:
- Observa despacio lo que aquí hay dibujado.
Me acerco un poco más y descubro que en el papel hay estampado una especie de plano. Con líneas hecha a mano y con algunos nombres que puedo leer sin ningún problema.

Guarda silencio mientras sujeta el papel. Me mira y al mismo tiempo también mira para el barranco que tenemos al frente: umbría de la Alhambra, hondonada del río Darro y laderas del Albaicín y Sacromonte. Pasa un buen rato y al final le digo:
- Casi entiendo lo que en este papel hay dibujado pero no sé ni qué significa ni para qué sirve. ¿Puedes explicármelo?
- Muy brevemente ahora y con todo detalle, en otro momento.
- Como quieras.
Y entonces, de nuevo habla y me aclara:
- La galería o gruta que ves dibujada en este plano arranca allá en la ladera, cerca de la Fuente del Avellano. Recorre toda la umbría desde aquel punto hasta este bosque en la umbría de la Alhambra y viene justo al centro de la torre que tenemos al frente. La que todos conocen con el nombre de la Torre de Las Gallinas.
Guarda silencio y aprovecho para preguntarle:
- ¿Y para qué sirve esta galería o gruta y por qué tiene su final o comienzo justo en el corazón de esta torre?
- Ahora ya no voy a decirte nada más.

Y comienza a doblar la hoja de papel donde he visto tiene dibujado un pequeño plano. Se agacha, la guarda en su saco y, al hacerlo, descubro que

dentro de este saco hay varios libros. Algunos son cuadernos, cuatro o cinco libros muy viejos y la hoja con el plano. Busca entre los cuadernos y coge uno de los más gruesos. Se levanta, me mira y, al ofrecérmelo, comenta:

- Te lo regalo y ahora vuelve por donde hemos venido. A partir de aquí ya no puedes seguirme.

Pone el cuaderno en mis manos, se agacha otra vez, coge su saco, se lo echa al hombro y camina alejándose. Llega a la puerta de la torre, la abre y antes de entrar, se vuelve para mí y desde la distancia me dice:

- Cuando hayas leído lo que hay en las páginas del libro que te he regalado, vuelve. Te esperaré y será entonces el momento. Te contaré y sabrás todo lo que ahora quieres.

Atraviesa la pequeña puerta, la cierra tras de sí y lo pierdo de vista.

Por un momento me quedo fijo mirando a la torre y al hueco de la puerta por donde lo he perdido. Quiero llamarlo para preguntarle no una sino mil cosas que en este instante se agolpan en mi cabeza. Pero no lo hago. Miro por encima de la pared que le ha servido de apoyo para extender el plano y observo. En minutos y de un solo vistazo recorro toda la umbría y barranco repleto de bosque que desde aquí mismo se extiende hacia el Generalife y Fuente del Avellano. Y, por un momento, también imagino la galería o gruta que por las entrañas de esta ladera y montaña, arranca desde el corazón de la torre que tengo a mi lado. Desde este tan recogido y a la vez misterioso rincón de la Alhambra. Y me pregunto, solo para mí y en forma de susurro: “¿Para qué servirá esta galería y qué será lo que él tiene guardado en ella?”

Miro ahora al cuaderno en forma de libro viejo que hace nada me ha regalado. Y leo, en la portada y en letras grandes, lo siguiente: “La Princesa de la Alhambra”. Lo abro, rápido lo ojeo por encima y luego lo cierro. Me lo guardo en el bolsillo, busco el camino de regreso y, cuando ya el sol casi se oculta por el fondo de la Vega de Granada, regreso por los paseos de los bosques de la Alhambra. Sin dejar de pensar en él y con la ilusión de empezar a leer, cuanto antes, lo que hay escrito en el cuaderno que me ha regalado. Y lo hago nada más llegar a casa. Sentado en la mesa, con la ventana abierta y mientras la noche avanza, leo y leo.

La casa y el hombre

La pequeña plaza era cuadrada, con una fuente de mármol en el centro, cuatro asientos a los lados, rosales jóvenes alrededor de la fuente, arriates de mirto en cada uno de los cuatro lados de la plaza y una farola de hierro fundido, en el rincón del fondo. A la pequeña plaza se llegaba por el lado sur, bajando unas escaleras de tres peldaños. Y se salía de ella por la estrecha callejuela, justo a los pies de la farola de hierro.

Y, aquí mismo, casi rozando el pie de hierro de la farola, crecía un acebo. Un verde arbusto de unos tres metros de alto que, en casi todas las épocas del año, estaba cargado de bayas rojas. Por eso, entre las ramas de este original y vigoroso arbusto, en todas las horas del día y parte de la noche, se veían pájaros: gorriones, currucas, petirrojos, tórtolas y mirlos. Los

mirlos cantaban mucho al amanecer, al atardecer y también durante la noche. Animados ellos por la luz de la farola y para celebrar la abundante cosecha de bayas rojas siempre colgando de las ramas del acebo.

Casi rozando las ramas de este pequeño árbol, se veía la puerta de la casa. De madera, decorada con adornos de hierro fundido del mismo estilo que la farola y con un simple escalón en la entrada. A la derecha, lado por el que se llegaba a la plaza después de bajar los escalones, la casa tenía una pequeña ventana. También con hojas de madera y rejas de hierro que hacían juego con la farola y los adornos de la puerta. Pintada en negro, la reja de la ventana, exactamente igual que el pie y brazos de la farola y adornos de la puerta. Por eso, tanto la reja de la ventana como los adornos de la puerta y la farola, formaban un conjunto muy hermoso. Sencillo y simple pero muy bello que realzaba y daba solemnidad a la pequeña plaza y porque armonizaba mucho con la fuente de mármol y los chorrillos de agua que la llenaban.

La pequeña plaza y la casa, junto con todo lo que en el recinto decoraba, se encontraba al lado norte del cerro. Por donde las blancas casas del pueblo, chorreaban como buscando las tierras llanas, a kilómetro y medio más abajo. De aquí que la casa de la plaza fuera uno de los sitios más bonitos y cómodos del pueblo. A tan solo unos metros a la derecha, había varias tiendas, un coqueto paseo con bancos y que iba de un lado a otro del pueblo, la pequeña carretera que también atravesada por el centro del pueblo y el fabuloso balcón de piedra que servía para asomarse al barranco por donde corría el río. Todo un pequeño

palacio, la blanca casa del acebo en la puerta y todo un remanso de tranquilidad y pura armonía.

Y más auténtica era esta serenidad, en cuanto se cruzaba el pequeño escalón de mármol en la entrada de la casa. Se llegaba enseguida a una salita casi cuadrada, la de la ventana con su reja de hierro y luego estaba la cocina y después las habitaciones y el pasillo que llevaba al huerto y al corral para las gallinas y algún que otro animal. Ya el huerto y el corral, quedaban en lo más elevado de una parte del cerro que ocupaba el pueblo. Por eso, para llegar al corral y al huerto, había que recorrer toda la casa, a lo largo de una calle que arrancaba justo donde las escaleras de la plaza. Se podía llegar, al huerto y al corral, por dentro de la casa recorriendo el pasillo de habitación en habitación o siguiendo la pendiente de la estrecha calle, por fuera de la casa.

Una familia humilde, con tres hijos, aquel año llegó al pueblo y alquiló la casa. Su dueño, desde hacía solo unos meses, no era rico del todo pero sí tenía algunos dineros y también tenía fama de ser caprichoso y pedante. Por eso un día, al poco tiempo de haber alquilado la casa a la familia humilde, llevó a acabo una de sus hazañas más desconcertantes. Al mediodía, aprovechando que la familia no estaba en la casa, llegó a la plaza con tres hombres. Venían estos cargados con ladrillos, sacos de cemento, palustres y espuertas de goma. Justo en la misma puerta de la casa se paró el dueño y les dijo:
- En no más de hora y media tenéis que hacer vuestro trabajo. Aquí tengo el dinero para pagaros y concluir esto en un abrir y cerrar de ojos.

Y se pusieron los hombres mano a la obra. Cogieron agua de la fuente, echaron yeso en la espuerta de goma, amasaron el yeso con el agua, cogieron ladrillos y comenzaron la obra. Con precisión pero aprisa. Con tanta prisa que, en menos de hora y media, ya tenían el trabajo terminado. Les dijeron al dueño:

- Hemos acabado. Cumple tú ahora con lo que nos ha prometido.

Y el dueño volvió a sacar los dineros, les pagó y se despidieron. Se sentó luego en uno de los bancos de la plaza y esperó mientras contemplaba la obra que había realizado. No tardó el padre en llegar y al ver lo que había ocurrido en la puerta de la casa, preguntó al dueño:

- ¿Y por dónde entro yo ahora a mi casa?

- Ya está viendo que la puerta ha sido tapiada y el acebo arrancado.

- Sí que lo estoy viendo y no te pregunto por qué lo has hecho porque tú eres el dueño. Pero ¿por dónde entro ahora a esta casa?

- Por detrás, por la puerta del corral y del huerto.

Desde el collado de la hierba

Lo vi subiendo por la cuestecilla, siguiendo la estrecha senda que remonta al collado, por entre la espesura de las encinas. Caminaba despacio pero seguro de sí y como si le interesara mucho llegar a lo más alto. Al fondo y a sus espaldas, se veía la llanura, algunas casas blancas más allá de la llanura y, más al fondo aun, las torres de la iglesia del pequeño pueblo. A este lado de la llanura y antes de la cuestecilla por la

que subía, se veía al grupo. Como unas quince personas que, alrededor de un grueso tronco seco de encina, se esforzaban en encontrar la llave para abrir la puerta.

Oí que decían:
- Si giramos este nudo seco para la izquierda, creo que se abrirá la puerta.
- No podemos girarlo porque está muy duro y si lo forzamos puede romperse.
- Entonces ¿Cómo conseguiremos dar con la clave exacta para que la puerta se abra?
- Quizá sea solo cuestión de encontrar el resorte concreto.
- Sí, puede que todo sea más fácil de lo que pensamos.

Sentado en el collado, por mi izquierda lo seguía viendo remontar. A mi derecha, ya quedaba la otra vertiente del collado y, en primer término, se veían los surcos de los primeros arroyuelos. Algo más al fondo y lejos, los surcos de estos arroyos, ya eran mucho más profundos. Y todavía un poco más lejos, se veían las grandes colinas pobladas de bosques y decoradas con inmensos bloques de rocas. Al final de estas colinas, los surcos de los arroyos eran tan profundos, que solo se distinguía oscuridad y neblinas. Se adivinaban por allí, las cascadas de los caudalosos ríos y las bellísimas corrientes de agua. También se adivinaban, cada vez más hondo en los barrancos y tapados por las nieblas, los grandes charcos remansados y las clarísimas aguas de los lagos azules y verdes.

Desde donde yo estaba sentado seguía observando su lento avanzar sendilla arriba en busca del collado. Solo, vestido con leve ropa color bosque, con un delgado palo en la mano para apoyarse y una gorrilla también color hierba. Me quedé quieto en mi sitio y, al fin, comprobé como iba llegando a la pequeña llanura del collado. Por aquí, tapizaba un fino manto de hierba, mojada por las últimas lluvias caídas hacía solo unas horas y por eso verde y fresca. A su derecha, según iba llegando, se clavaba la robusta encina, árbol más que centenario y cuyas oscuras ramas cubrían parte de la llanura del collado. Por eso, cuando ya comenzaba a llegar a lo más alto, durante unos minutos lo perdí de vista. Pero enseguida apareció.

Ahora ya donde las tierras del collado comenzaban a inclinarse para el lado de los barrancos de la niebla. Y vi que aquí mismo, se paró un momento. Miró despacio, como si escrutara las profundidades de los arroyos y luego se vino para la derecha. Para el mismo lado donde yo me encontraba. Temí que me viera, cosa que no me importaba pero prefería permanecer oculto. Me estaba interesando su comportamiento y el motivo que le traía hasta las tierras de este collado.

Y tuve suerte: no me vio. Estaba tan entusiasmado en lo que planeaba que no mostraba interés por nada más. Como si en su mente no existiera otro deseo, que llevar a cabo lo que le había empujado venir hasta este sitio. Y creo que así fue. Porque, tal como venía moviéndose para la derecha del collado, comenzó a bajar hacia el comienzo de los arroyos. Derecho a una enorme roca que ahí mismo

se clavaba en la torrentera. Llegó a esta roca, escaló por el lado más fácil, coronó a la parte más alta, se puso en pié, mirando siempre a la profundidades de los barrancos de la niebla, abrió sus brazos y se lanzó al aire.

Justo en este mismo momento, el corazón me dio un vuelco. Temí que se hubiera despeñado ladera abajo para acabar con su vida. Tampoco fue así si no que, para honda sorpresa mía, vi como quedaba suspendido en el aire. De igual forma que lo hiciera un gran pájaro. Y también de esta misma manera, vi como empezó a desplazarse y, con la suavidad de una pluma, se fue para las profundidades de los barrancos. Rozando las copas de los árboles y la superficie de las rocas más grandes pero sin dañarse ni tocar el suelo.

Por un momento llegué a creer que estaba soñando pero enseguida me convencí de que estaba despierto. Restregué mis ojos y seguí mirando, convencido de que lo que estaba viendo era tan real como la tierra del pequeño collado. Y fui descubriendo como, después de varias vueltas en el aire, siempre por encima de los paisajes de las colinas y barrancos, se vino de nuevo para el collado. Rozó, con carne y en su vuelo, otra vez las tierras del collado y siguió avanzando por el aire. Ahora ya por el lado de la cuestecilla de la senda. Se acercó a la primera llanura de las casas y se fue derecho a donde el grupo, alrededor del tronco seco de encina, buscaba la manera de abrir la puerta. Cerca del grupo se paró, los saludó y luego les pidió permiso. Hasta mis oídos llegaron los sonidos de sus palabras. Por eso escuché que preguntó:
- ¿Me permitís un momento?

- Intentamos dar con la clave para que se abra la puerta. ¿Acaso tú la sabes?
- Solo un momento.

Le abrieron paso, se acercó, ahora ya caminando y no volando, al tronco seco de la encina, buscó el nudo color ceniza, puso sobre él sus manos, hizo como un pequeño esfuerzo y el nudo giró un poco. Solo un poco y con suavidad y, a los pocos segundos, se abrió la puerta. En el mismo aire que llenaba el especio sobre la llanura de las casas blancas y como si fuera en una nueva dimensión. Vi que al otro lado de la puerta apareció un mundo completamente diferente a todo lo que siempre he visto en este suelo. Los que formaban el grupo, dijeron:
- ¡Es lo que estábamos buscando! ¿Cómo lo has conseguido?
Y no contestó a esta pregunta.

Volvió a poner su mano sobre el nudo color ceniza, apretó, giró un poco y la puerta comenzó a cerrarse. Los del grupo dijeron:
- No la cierres, por favor.
Pero él no les hizo caso. Siguió agarrado al nudo y la puerta continuaba cerrándose. Y, absorto hasta el extremo, ahora vi que, justo unos segundos antes de que la gran puerta se cerrara, saltó y se lanzó al aire. Comenzó a volar, con la suavidad de la pluma más leve y, en unos segundos, se perdió en el grandioso mundo que también quedaba oculto al otro lado de la puerta que de golpe se cerró.

El rostro del alma

La ciudad de Granada, es conocida por muchas personas. De España, de Europa y del resto del mundo. Y casi todas estas personas, una vez y otra, pregonan que esta ciudad es única. Hermosa, mágica, misteriosa, llena de aromas por todos sus rincones, preñadas de historias y repleta de leyendas y secretos.

Y, además de todo lo dicho, la ciudad de Granada es única por el lugar que ocupa: al final de las altas montañas de Sierra Nevada, donde comienza una muy extensa vega y justo por donde cuatro pequeños ríos llegan de las montañas. El río Genil, el río Darro, el río Monanchil y el río Beiro. Todos se funden en uno solo en las llanuras de la vega y todos, a su paso, van regalando sus claras aguas para regar las tierras por donde avanzan. Por eso, parte de la ciudad de Granada, se levanta sobre tierras llanas, junto a las riveras de sus ríos, en las laderas de las pequeñas montañas y sobre lo más alto de varias colinas.

Es el caso del barrio del Albaicín, parte del barrio del Realejo y todo el conjunto de la Alhambra. Y aquí, en la colina de la Sabika, pequeña montaña entre la ancha Vega y las altas cumbres de Sierra Nevada, es donde la ciudad de Granada tiene y guarda sus más hermosos misterios y secretos. Historias hermosísimas y únicas en el mundo que yo sí he tenido la suerte de conocer. No todas pero sí algunas.

Muchas de estas historias ya han sido dadas a conocer por escritores, pintores, poetas, músicos, historiadores… y otras personas que vivieron o pasaron por aquí. Pero aun así, en Granada y más en concreto en la Alhambra, todavía quedan muchos misterios por descubrí. Y una de estas historias, bellísima y muy extraña, es la que yo un día conocí y ahora quiero contar. La he bautizado con el nombre de "El Rostro del Alma" porque creo que de ninguna otra manera puede definirse mejor. Y la historia es como sigue:

El verano se marchaba y, los últimos días de septiembre, comenzaban a dar paso al otoño. El verano había sido muy caluroso. Sobre la Vega, al borde de las montañas, se veía a la ciudad aplastada. Como esperando a que los días otoñales llegaran. Con la presencian del otoño, a la ciudad, la Granada mágica y misteriosa, de nuevo comenzaban a llegar los jóvenes universitarios. Algunos venidos de pueblos cercanos, otros, de ciudades algo más lejanas y, unos pocos, de otras partes del mundo. En los primeros días del mes de octubre abrirían sus puestas todas las facultades de la universidad. Pocos días después, comenzarían las clases.

Y aquella noche, ya veintinueve de septiembre, recibió un correo que decía: "Buenos tardes. Soy estudiante de intercambio. Alice me dijo que tú eres su amigo y que me puedes ayudar a la llegada a Granada. Mi autobús llega a las siete de la tarde. ¿Podrías recibirme?" Y no lo pensó mucho. Al instante contestó diciendo: "Sí, con mucho gusto, te ayudaré en lo que pueda y necesites. A las siete estaré en la estación esperando tu llegada".

A la hora prevista llegó el autobús, la reconoció a instante, la saludó y luego la acompañó hasta su residencia universitaria. Venía muy cansada de su largo viaje. Y por eso, acordaron verse al día siguiente. Dijo ella:

- Me gustará que me guíes, al menos en mis primeros días, por algunos de los sitios de esta ciudad.

- Sí, puedo mostrarte lo más importante y necesario y responderé a todas las preguntas que quieras. Te gustará mucho esta ciudad porque es muy bella y encierra grandes sorpresas y secretos.

Al día siguiente la llevó a su facultad, le mostró las calles más céntricas y grandes, le indicó los sitios donde podría encontrar información y luego se ofreció a llevarla a la Alhambra.

- Es lo que todos, en cuanto llegan a esta ciudad, desean conocer.

- Sí, yo también quiero conocerla y si no te importa, me gustaría que me acompañaras.

Al caer la tarde de aquel día de septiembre, subieron por la Cuesta de Gomérez, en la segunda placeta de este paseo, giraron para la izquierda, subieron por la pequeña cuestecilla y llegaron a la Puerta de la Justicia. El gran arco y la gran puerta que da entrada al recinto amurallado de la Alhambra. Preguntó ella:

- ¿Podremos ver ese rincón donde dicen se aparece los reflejos del alma? Me han dicho que es algo muy bello y que sólo en estos palacios de la Alhambra puede observarse. ¿Sabes algo de esto?

- Sí que lo sé y voy a mostrártelo para que lo conozcas.

Dejaron atrás la Puerta de la Justica, siguieron subiendo, rozaron la Puerta del Vino y bajaron por el callejón que lleva a la puerta de los viejos palacios, frente al barrio del Albaicín y en unos de los costados del Palacio de Carlos V.

Ya dentro del recinto nazarí, despacio y mostrando gran interés, fueron observando cada detalle: El Mexuar, el Oratorio, Patio del Cuarto Dorado, Palacio de Comares, Patio de los Arrayanes, Sala de la Barca, Torre de Comares, Salón de Embajadores, Palacio de los Leones, Sala de los Mocárabes, Sala de los Abencerrajes, El Harén, Sala de los Reyes, Sala de Dos Hermana, Sala de los Ajimeces, Mirador de Daraxa, Habitaciones de Carlos V, Peinador de la Reina, Patio de la Reja, Los Baños y Jardines de Daraxa, también conocido con el nombre de Jardines de Lindaraja, denominación adaptada al castellano de al-'Ayn Dar Aisa, los «ojos de la casa de Aisa».

Cuando llegaron a este hermosísimo rincón de la Alhambra, se pararon, mirando para el lado del sol de la tarde. Junto a la fuente de mármol, en el mismo centro del patio. De ella brotaban delgados chorrillos de agua que parecían jugar con la sombra de los cipreses, con el viento y la luz del sol que iba cayendo. Y, justo en este mismo momento, un rayo de sol, muy brillante y puro, penetraba por entre las ramas de los cipreses. Parte de este haz de luz se reflejaba en el agua de la fuente, otra parte, en las ramas, una porción pequeña en su cara y el resto se dispersaba por los alrededores.

Al ver ella este tan bellísimo rayo de luz y observar, al mismo tiempo, las claras aguas meciéndose en la pila de la fuente, se acercó. Casi hasta rozar con sus manos el líquido azul verde sin dejar de mirar para el lado de la tarde. Emocionada dijo:

- Recoge esta imagen en un video que quiero guardarla.

Se puso él a grabar la escena y, en este mismo memento, se vieron los reflejos con toda claridad. Una leve ráfaga de aire con suavidad empujó el agua remansada en la pila de la fuente. La luz del sol, mezclándose con el agua, los colores del cielo, las nubes y las ramas de los cipreses, emitió un brillo casi cegador y comenzó a moverse como en un juego delicado. Y se formó como un espejo muy claro, profundo y de colores, donde se veía estampada una bellísima imagen. Dijo él:

- Fíjate bien y espera unos segundos.

Preguntó ella:

- ¿Es aquí donde aparece o lo que estoy viendo es ya el rostro del alma?

Y respondió él.

- Mira despacio, concéntrate y espera unos segundos.

El sueño de su vida

Por fin consiguió hacer real el sueño de su vida. El sueño que, a lo largo de muchos años, había soñado. Y, a veces, una noche detrás de otra. Como si hubiera sido la misión más importante que debía realizar en este mundo. O como si, su alma misma,

necesitara vivir esta experiencia. Y todo sucedió de la siguiente manera:

No había amanecido aun cuando, en la casa de piedra, cerca del río y donde las montañas son grandiosas, ya estaban todos preparados: El matrimonio con sus dos niños, un par de amigos y él. No había sido invitado pero, al enterarse del sitio por donde pasaba el recorrido, preguntó:
- ¿Puedo unirme a vuestra comitiva?
- ¿Has pisado tú esos parajes alguna vez?
- Más de mil veces a lo largo de mi vida. Por eso los conozco como a la palma de mi mano.
- ¿Y son bonitos?
- Sencillamente espectaculares.
- Pues entonces, te rogamos que nos acompañes. Sed bienvenido a nuestro grupo.
Y no se habló más.

Quedaba muy poco para los primeros rayos del sol, cuando salieron de la casa. El padre tomó la delantera diciendo:
- Este primer tramo me lo conozco bien. Luego, cuando lleguemos a lo más complicado, nos guías tú.
Y él estuvo de acuerdo. Subieron por la estrecha senda que va cañada arriba y caminaron en silencio. Por entre la espesura de los pinares hasta llegar al manantial: un pequeño abrevadero para los animales silvestres, entre grandes rocas y al norte de un gran cerro. Por eso, abajo, no muy lejos y por donde discurría el río, se fraguaba un profundo desfiladero, por donde la corriente retumbaba embravecida. Dijo el padre:
- Por ahí es por donde queremos que nos lleves. Y, en cuanto el sol se alce un poco más y mientras nos

vamos acercando, por entre la espesura de estos pinos, podemos ir buscando níscalos. Es una de las razones de esta excursión nuestra.
- De acuerdo.
Confirmó él.

Y el sol comenzó a brillar con fuerza, alzándose sobre el horizonte de la mañana y por encima de las altas cumbres. Iban ya rodeando el cerro por donde las ruinas de la aldea y, en lugar de seguir la vieja senda, se metieron por donde los pinares son más espesos. Y se pusieron a buscar las setas que habían dicho, por entre las hojas secas de los pinares, por entre las matas de lentiscos y junto a las piedras y espesura del pasto. El padre sabía bien donde crecían los mejores níscalos y por eso animaba. Sin embargo él, aun conocía mucho mejor los sitios y las setas.

Llegaron a las ruinas de la aldea y, mientras recorrían las solitarias calles llenas de zarzas y carrascas, miraban y preguntaban. Él les dijo:
- Fue esto un pequeño poblado de trabajadores, muy bello en otros tiempos.
- ¿Por qué se marcharon?
- Los jóvenes fueron yéndose a las ciudades y los mayores, todos poco a poco murieron. Sus montañas, sus huertos y sus caminos, para siempre por aquí se quedaron abandonados.
- Pero el lugar es un paraíso.
- Lo fue y lo sigue siendo y más para el turismo de estos tiempos.
- ¿Y ese árbol?

Señaló el padre a un gran árbol, al final de las ruinas de la aldea. Dijo él:
- Es un moral. Al final de la primavera, cada año se carga de moras gordas y dulces como la miel.
- ¿Nos traerás por aquí cuando este año llegue la primavera?
Preguntó la niña.
- Os traeré por aquí, si vosotros queréis.
Y el padre, al llegar a la vieja fuente de piedra, dijo:
- Debemos coger agua para que no nos falte el resto del camino.
- Cruzaremos el río. Tendremos toda el agua que necesitemos.
Y siguieron.

Al poco dejaron atrás las ruinas de la aldea y comenzaron a bajar por la estrecha senda. Escoltada a los lados por grandes bloques de rocas, acebuches, madroñeras y muchas carrascas. Delante seguía el padre abriendo camino. Al comenzar la pendiente hacia el río, él comentó:
- Seguí bajando hasta llegar al río. Para cruzarlo, hay un pequeño y viejo puente de cemento. Es seguro y la senda lleva derecho. No tiene pérdida.
- ¿Y tú?
- Os seguiré desde lo alto.
- ¿Desde lo alto?
- Sí, hoy por fin voy a realizar mi sueño.
Y los del grupo, aunque estaban un poco extrañados, continuaron.

Se quedó rezagado. Se fue para la izquierda, buscó la mejor subida a la gran molen de piedra, caminó durante un buen trecho por la misma arista de la roca y, cuando ya descubrió el oscuro y

profundo desfiladero del río, saltó. Con los brazos abiertos al modo en que lo hacen los pájaros con sus alas y, con suavidad, avanzó por el aire. Sintiendo la emoción y sintiendo que por fin realizaba el sueño que tantas veces había soñado a lo largo de su vida.

Y, al pasar por encima de ellos que bajaban siguiendo la senda que lleva a lo más hondo del desfiladero del río, les dijo:
- Os espero en la ladera de enfrente, al otro lado de la corriente. Cuando lleguéis, ya os tendré preparados un buen montón de los más buenos y hermosos “guíscanos” que hayáis visto nunca.

Desde el Carmen de los Mártires, Granada

El Carmen de los Mártires, en Granada, es un pequeño espacio sobre la colina gemela de la Alhambra. Ya en todo lo alto y a la derecha, según se sube por la Cuesta de Gomérez. Entre el río Genil y el río Darro y desde donde se ven las altas cumbres de Sierra Nevada. También se divisan perfectamente muchas torres, un gran trozo de muralla, la iglesia de Santa María y el amplio bosque que cubre la colina de la Alhambra.

Dentro del recinto amurallado del Carmen de los Mártires, hay un pequeño palacio, varias explanadas llenas de palmeras, cinco o seis fuentes, un lago artificial, muchas madroñeras y caminos de tierras. Paseos sencillos que, por entre rosales, hiedras, álamos y cipreses, van y vienen por todo el ancho recinto de este hermoso rincón granadino. Por eso este espacio es tan misterioso y a la vez mágico y

hermoso. Porque, además, desde aquí se divisa gran parte de la ciudad de Granada, toda su extensa vega, el río Genil cruzando estas tierras y los atardeceres más espléndidos.

Quizá por todo esto que he dicho o quizá por algo más profundo que desconozco, él venía por aquí casi todas las tardes. En verano, cuando el calor apretaba, en otoño cuando las hojas de los árboles tejían hermosas alfombras por el suelo, en invierno cuando las nieves vestían de blanco las cumbres de Sierra Nevada y en primavera cuando todas las plantas de los jardines del carmen se llenaban de rosas y jazmines.

Una tarde y otra, él volvía a este rincón de Granada. Siempre solo, siempre con su cabeza agachada y como metido en sí, siempre caminando despacio y siempre haciendo alguna foto. Algunas veces se paraba en algunos de los bancos que hay a los lados de la Cuesta de Gomérez y aquí se quedaba un rato. A descansar o a refrescarse un poco en la sombra de los árboles cuando el calor era mucho y luego seguía. Observando a las personas que con él se cruzaban y lavando sus manos en algunas de las fuentes que encontraba: Al final de la Cuesta de Gomérez, un poco más arriba, ya dentro del Carmen de los Mártires y en la acequia del lago.

Y yo que vivo cerca por donde él una vez y otra pasaba, una tarde y otra, me quedaba mirándolo. Intentando adivinar quién era y qué era lo que con tanta constancia buscaba. Lo veía recorrer la calle Elvira, la antigua y estrecha calle que atraviesa Granada, por la linde del Albaicín. Seguía luego y

atravesaba Plaza Nueva, por donde el río Darro discurre bajo tierra. Y después lo veía tomar la calle de la Cuesta de Gomérez. Y por aquí se me perdía siempre.

Siempre hasta que una tarde de otoño, decidí seguirlo. Era ya mediado de octubre y por eso hacía algo de frío. En el cielo había algunas nubes y los estudiantes universitarios todos estaban ya presentes. Era una tarde hermosa, como tantas en esta ciudad de Granada y propia para el misterio y la poesía. Por eso lo esperé, sin que lo supiera o me viera y, cuando lo vi cruzar Plaza Nueva, lo seguí. A cierta distancia para que no sospechara pero pendiente de él para no perderlo. Y también para descubrí algo de su, para mí, extraño comportamiento.

Atravesó la Puerta de las Granadas, la que da entrada a los bosques de la Alhambra por la Cuesta de Gomérez, subió despacio por esta cuesta, se paró en uno de los bancos, bebió luego en una de las fuentes y siguió. Llegó a la puerta de hierro que da entrada al Carmen de los Mártires, la atravesó, giró para la izquierda, recorrió uno de los caminos de tierra y subió por la ladera que lleva al mirador. A cierta distancia, como he dicho, lo fui siguiendo y por eso vi que, en lo más alto de la ladera y antes del mirador, se paró. Sobre una de las piedras que hay por ahí, se sentó y se puso a mirar para el azul del cielo que cubría.

Dejé que pasara un rato y, al final, me acerqué. Disimulando para no llamar mucho la atención y, cuando ya estuve a su lado, me paré. Como observando los romeros y demás plantas que

crecen ahí pero pendiente de él. Pasado unos segundos, me acerqué un poco más y, cortésmente, le pregunté:
- Solo por curiosidad ¿por qué vienes tantas veces por aquí y siempre solo?
Alzó su cabeza, me miró, dejó que pasara unos segundos y luego habló diciendo:
- Muchas veces he soñado que algún día aprenderé a volar.
- ¿Y para qué quieres aprender a volar?
- Para saltar desde aquí y elevarme hasta la estrella donde me está esperando.
- ¿Quién te espera en esa estrella?

Vi que agachó su cabeza al mismo tiempo que por la cara le resbalaban dos lágrimas. No pregunté nada más pero esperé. Y sí, pasado unos segundos me volvió a decir:
- Vino a Granada a estudiar. Sin saber cómo, la conocí. Me dejó que la acompañaras por los sitios más bellos de esta ciudad y también la traje por aquí. Para que viera y conociera la belleza de este rincón. Y dejó que le lo mostrara y hablara de todos estos sitios y sus secretos. Siempre dulce y amable y siempre regalando cariño y respeto. Pero, al acabar el curso, se fue.
- ¿A dónde se fue?
- A su país, al otro lado del Planeta Tierra. Pero para mí, a una estrella muy brillante, en lo más profundo del Universo.
- ¿Y como la recuerdas mucho quieres aprender a volar para irte a donde vive ahora?
- Muchas noches he soñado que volaba. Por eso sé que un día lo conseguiré. Nada más me importa en esta vida que ella. ¡Era tan dulce, tan buena, tan cariñosa! Simplemente la mejor de todas.

Junto al Guadalquivir, su rincón pequeño

Al gran río se le conoce con el nombre de Guadalquivir. Nace en unas montañas muy bellas, justo en la Cañada de las Fuentes y corre dirección a saliente, durante unos kilómetros. Atravesando bosques y barrancos y tallando el más bello de los valles jamás nunca visto. El que también se le conoce con el nombre de “El Valle del Guadalquivir”, hasta el recodo del Tranco, donde se remansa un ancho pantano.

Y, mientras el río desciende por el centro de su valle, esculpe cascadas, modela charcos, cincela corrientes, labra remansos… Como en el más bello de los juegos siempre consigo mismo, las montañas que le van prestando agua, los azules cielos que lo arropan y los bosques que lo miran desde las laderas que le escoltan.

Como a la mitad de su recorrido, desde la cañada donde nace hasta el recodo donde gira, hay otro río. Un afluente pequeño que le llega por el lado izquierdo y le regalas sus aguas. A este segundo cauce se le conoce, primer afluente del Guadalquivir dentro del Parque Natural de Cazorla, Segura y las Villas, con el nombre, con el nombre de Borosa. Una segunda fantasía igualmente única en el mundo.

Por eso aquella tarde de otoño, primeros días del mes de octubre, él volvió. A la querencia de las tierras que tanto había recorrido siendo pequeño y a dejar que su corazón se alimentara de los recuerdos.

Se paró donde el río se remansa, ya casi en el centro del valle, y se dispuso a caminar para ir a su rincón del alma. Dirección al río Borosa y buscando la senda que miles de veces había recorrido siendo niño. Pero no encontró senda de tierra sino carretera asfaltada y, donde él siempre había conocido un pequeño vado con algunas piedras para cruzar la corriente, encontró vio un edificio. Al preguntar le dijeron:
- Sino paga no puedes pasar por aquí.
- Salo voy a dar un paseo río arriba, hasta el arroyo del Prado Chico. Ahí es donde yo siempre tuve mi hortal, mi huerta. ¿Tengo que pagar por esto?
- Como todo el mundo. Ahora son otros tiempos y no aquellos. Tienes que sacar una entrada que vale seis euros.

Pidió y pagó la entrada que le exigían, cruzó el río por el puente de hierro y cemento y se puso a caminar por la orilla del río, subiendo. Y enseguida descubrió que la senda que cientos de veces había recorrido de pequeño, ahora era una pista forestal de tierra y muy ancha. Recorrida por muchas personas que, como él, subían y bajaban. A uno le preguntó:
- ¿A dónde vais?
- A unas lagunas hermosas que hay por encima de los túneles. Están lejos pero merece la pena la caminata. No hay nada más bello en este mundo. Y tú ¿a dónde caminas?
- A la querencia de los sitios que recorrí y fueron míos cuando pequeño.

Nadie dijo nada más. Siguió subiendo y rozó el charco azul, entre rocas. Donde de pequeño había cogido truchas y cangrejos de río y luego rozó las madroñeras. Después el Charco de la Cuna y buscó el

puente de madera que conocía. No lo vio pero sí descubrió que en los charcos se bañaban algunas personas mientras comentaban:
- Esto es el paraíso nunca visto. Nada hay mejor para la salud del alma y del cuerpo.

Un poco más arriba bebió en la fuente de piedra y luego se apartó de la pista. Siguió el cauce del arroyo y, media hora después, llego al prado que buscaba. Un trozo de tierra llana junto al mismo arroyo, donde de pequeño, había tenido su huerto. Miró y vio que aun seguía en su lugar la higuera, el nogal, los tres álamos y un par de olivos. Buscó despacio y, cerca del manantial, encontró la Piedra de la Cruz. En ella se sentó, con intención de quedarse y meditar.

Sabía que un poco más arriba, ya casi en la cumbre del Calarejo y unos metros al levante, estaban las ruinas de la aldea. Su mundo y su casa pero ahora no quería llegar a este sitio. Recordó que, por las tierras del prado, su mundo y rincón pequeño, subió y bajó muchas veces con su rebaño de ovejas. Y también recordó algunos de sus sueños, siendo pequeño. Y el que más le gustaba era en el que siempre estaba ella. Sin nombre y sin cara concreta porque solo la había visto en sus sueños, pero la imaginaba la más hermosa de todas. Y siempre, siempre que la soñaba, deseaba traerla a este rincón de la sierra. Para ofrecerle lo que él consideraba el más bello paraísos bajo el sol. Pero nunca llegó a conocerla y por eso ahora, en la tarde de otoño y tantos años después, volvía. Para seguir abrazándola, aunque solo fuera en sueño, en su corazón y alma.

Recordando a Manon

El canturreo del mirlo lo despertó. Se incorporó un poco en la cama, dobló la almohada y miró al frente. A través de la ventana, abierta de par en par, y vio que aun no había amanecido. Pero el vientecillo que por la ventana entraba, era frío, con olor a otoño y húmedo. Por la noche había llovido. Las primeras lluvias del otoño en los últimos días de septiembre.

Tal como estaba, tumbado en la cama y con la cabeza alzada, mirando de frente al nuevo día, escuchando a intervalos los canturreos del mirlo y dejándose acariciar por el vientecillo con sabor a otoño, extendió su mano. De la pequeña repisa, en la pared a la izquierda de su cama, cogió el móvil. Apretó el botón y esperó a que la pantalla se iluminara. Lo soltó luego sobre las sábanas y esperó a ver si sonaba. Como todos los días, esperaba, soñaba recibir algún mensaje.

Pasaron unos minutos y el teléfono no sonó. Lo volvió a coger, apretó el botón y lo apagó. Después, tal como estaba, meditando se quedó durante un rato. Mientras por la ventana ya veía llegar las primeras luces del día.

Poco después se incorporó, encendió el ordenador y, mientras se vestía, de reojo miraba a la pantalla. Se acercó a la mesa, abrió el correo y descubrió que hoy tampoco le había escrito nadie. Dejó, junto al ratón, su reloj, entró al cuarto de baño y,

durante unos minutos, estuvo aseándose. Luego, cuando de nuevo se acercó a la ventana, comprobó que ya el día se abría luminoso. Había dejado de llover y, en el cielo, las nubes mostraban grandes claros. En el acebo bajo la ventana, el mirlo seguía con sus canturreos y por el césped, bajo los cedros, revoloteaban los gorriones, la pareja de tórtolas y también dos palomas silvestres.

No tardó mucho en salir fuera, echó un buen puñado de migas de pan a los gorriones y palomas y luego se fue por entre los naranjos. De la higuera del rincón y junto a la palmera, cogió tres o cuatro higos. Los últimos higos del año, ya maduros y con un sabor muy especial. Mientras se los fue comiendo, caminó por el jardín. Por donde la fuente de los jazmines, por el paseo de los álamos, por donde el banco verde frente al pinar…

Y, era ya mediodía, cuando salió de la casa. Lento caminó calle abajo y, al poco, llegó a la parada del autobús. Aquí se paró y, durante unos minutos, meditó. Fue aquí mismo donde, aquella calurosa tarde de verano, se la encontró. Sentada en la acera esperando el autobús. Y, al verla con su pelo rubio recogido con un pañuelo, vestido rojo, estampado en azul y blanco y mochila color castaño, se dijo para sí que por primera vez en su vida se tropezaba con una criatura tan bella. Le dijo:

- En estas fechas, como todavía las facultades están cerradas, los autobuses no pasan por aquí.

- Voy al centro de la ciudad, soy extrajera y hace solo dos días que vivo en Granada. En un hotel y estoy buscando piso.

- Yo bajo para el centro de la ciudad, si no te importa acompañarme, te guío.

Ahora, él esta mañana, dejó atrás la parada del autobús y siguió bajando. Por la misma calle pero hoy sin su compañía. Llegó al arco de la antigua muralla, lo atravesó y recorrió la estrecha calle hasta el final. Y, mientras caminaba, iba recordándolo de paseo por aquí aquella tarde de verano y luego también por la orilla del río. Dejó atrás el museo donde estuvo aquella tarde, atravesó la plaza frente a la Alhambra, recorrió el último puente del río Darro y comenzó a subir por la Cuesta del Rey Chico. Siguiendo y recordando cada paso que ella, aquel día, trazó por este sitio.

Cuando ya estuvo en lo más alto de la colina, giró para la izquierda. Por el camino que lleva a los olivares y al mirador sobre el cerro frente a Granada. Aquí se paró y, durante mucho rato, varias horas, estuvo contemplando la ciudad sobre la vega. Esperando a ver si el teléfono sonaba e imaginando lo bonito que sería recorrer las calles antiguas de esta ciudad, en su compañía. Para explicarle cada detalle y rincón y mostrarle hasta el más oculto misterio y secreto de Granada. Y le gustó tanto este sueño que pasaron las horas y ni siquiera se dio cuenta. Pero y, todavía antes de que el sol se pusiera, decidió volver. Siguiendo el mismo recorrido de aquella tarde calurosa de verano.

Y, ya se ocultaba el sol al fondo de la gran Vega de Granada, cuando llegó al Puntal de los Almendros. Por debajo de las facultades, frente al viejo monasterio y la ciudad. Bajo el almendro más

grande, se volvió a sentar. Para observar desde aquí, la puesta de sol mientras la seguía recordando. En su corazón se decía: “Haré fotos de la puesta de sol más bella del mundo y luego se las mandaré. Para que compruebe que la recuerdo y para que caiga en la cuenta que deseo ser su amigo. Y para que también descubra que nada me gustaría más en este mundo que compartir con ella la belleza y misterios que hay en cada uno de los rincones de esta ciudad mágica llamada Granada”.

Preparó su cámara, sacó su teléfono del bolsillo, lo encendió y esperó unos segundos. Con la ilusión de que sonara avisando de la llegada de algún mensaje. Pero pasaron dos, tres y cuatro minutos y ninguna señal se oyó. Pulsó un par de teclas y buscó en la carpeta de “mensajes recibidos”. Abrió uno de estos mensajes. El único que había recibido unos días después de la tarde de la parada de autobús. Mientras seguía recordándola y esperaba la puesta del sol, leyó:

Lo siento pero no puedo utilizar mi teléfono. En este momento, hago muchas cosas para la facultad y la casa. Te contactaré más tarde.
Hasta luego: Manon

La encina milenaria

Dentro del Parque Natural de Cazorla, Segura y las Villas, hay rincones absolutamente asombrosos. Todos lo son y más, si se recorren estas montañas, atento siempre no solo a lo grande sino también pendiente de las cosas pequeñas: una flor

trabada en las rocas, la cascada que se despeña, el manantial que brota en la ladera, el pino de la cumbre… Cualquiera de estas cosas y otras muchas, pueden llenarnos plenamente e incluso hasta dejarnos obnubilados por su extraña belleza. Y lo digo sabiendo bien de lo que hablo. Ha sido y soy perseguidor y admirador de las maravillas pequeñas en el mundo de la naturaleza.

Pero no hace mucho tiempo, un bonito amanecer de primavera, en estos rincones ocurrió algo que deseo contar. Bajaba yo de una de las cumbres, hacia el lado norte, en busca de la llanura. E iba entretenido en las luces que al fondo se veían, como destellando en el cielo y en el color de algunas nubes, cuando los vi. Eran siete u ocho que, cargando con mochilas, cantimploras, cámaras de fotos, bastones y no sé cuantas cosas más, y subía en busca de no sé qué sitio maravillo. Al encontrarnos, los saludé y uno de ellos me preguntó:
- ¿Sabes tú dónde se encuentran los mejores sitios para hacer buenas fotos?
Sin dudar le dije:
- Cualquier rincón de estas sierras es precioso.
- Sí, pero es que buscamos lo mejor, lo asombroso. ¿No sabes dónde se encuentra?
- Pues no.
Y no comentamos nada más.

Vi que siguieron su búsqueda y yo continué bajando. Como en busca de la luz que el nuevo día me regalaba por la llanura del lado norte del lapiaz. Crucé un pequeño bosque de pinos y seguí avanzando hacia donde el cielo mostraba colores más intensos.

También llevaba conmigo mi pequeña cámara de fotos y buscaba algo. Aunque ya he comentado que mis ojos se entretenían en los detalles pequeños de cualquier cosa que me fuera encontrando. Y, así fue como al llegar al lapiaz de los pinos, me quedé asombrado. Porque ante mis ojos fueron apareciendo cientos de florecillas tapizando por aquí y por allá a lo largo y ancho de la pequeña llanura. También por entre las piedras sueltas y las grandes rocas.

Preparé mi cámara y, sin más y con el corazón lleno, me puse a fotografiar. Procurando conseguir las fotos más para recoger todos los matices que me regalaba la naturaleza. Y, tan entusiasmado y metido en mí me sentía que me notaba como transportado a otra dimensión del especio. Quizá por esto, no percibí el gran espectáculo hasta que no estuve casi encina.

Hacía fotos y me movía de un lado para otro buscando los ángulos más originales cuando, al levantarme y alzar mi cabeza, la vi. Clava en un borde de lapiaz y recortada sobre el fondo del cielo. Tan recortada y destacada sobre el azul del cielo que me, así de pronto, más me pareció una visión soñada que una realidad concreta. Pero me cercioré enseguida de que era de verdad.

Sí, una vieja encina, con sus ramas abiertas, su añoso tronco y su robusta silueta, clavada entre las rocas, solitaria y como dando gracias al infinito. Tan asombrosamente hermosa que, durante un rato, frente a ella me quedé extasiando. Sin saber qué hacer.

Luego, miré mi cámara y me puse a sacarle fotos. Y, en este mismo momento, caí en la cuenta que por aquí mismo habían pasado los que me habían preguntado por las cosas y sitios más bellos de la sierra.

La princesa del Valle de los Pedroches

Desde tiempos muy lejanos, se le conoce con el nombre de El Valle de los Pedroches. Porque es donde se forman varios arroyuelos que, algo más abajo, se juntan y dan cuerpo a un cauce mucho mayor. Y porque también en este lugar, hay muchas piedras de granito. Piedras grandes, pedroches, pedregal, que han sido el origen de nombre de este pequeño valle.

Y abajo, donde se juntan los arroyuelos que van naciendo y corriendo por lo ancho del valle, mana una fuente. Un pequeño venero que, en verano y cuando todo el entorno se queda seco, da mucha vida a las plantas y animales que viven por aquí. Quizá por esto, en tiempos muy lejanos, un poco más arriba del venero, construyeron un colmenar. Un pequeño cuadrado, levantado con piedras sin mezcla, recogidas por las tierras del valle. Como un corral para ovejas pero sin techo para que las abejas pudieran entrar y salir sin ninguna dificultad y al mismo tiempo, las colmenas, estuviera protegidas de sus depredadores.

Siendo él todavía pequeño, por este valle, por donde mana la fuente y por donde se encontraban el colmenar, jugó muchas veces. Casi siempre en solitario y casi siempre soñando sueños muy

hermosos. Y, entre todos estos sueños, el que más le gustaba era el de una princesa. Alguien que nunca había visto y por eso ni sabía cómo se llamaba ni de qué color era su piel pero que la imaginaba hermosa. Como a la más hermosa de cuantas princesas hayan existido nunca.

Por eso se sentía orgulloso de ella y por eso, recorría el valle llevándola siempre de la mano y compartiendo y contándole todos los secretos de estos sitios. Los colores de las flores y los vuelos de las mariposas, el fluir bello del agua por los arroyuelos, el canturreo del viento por entre las ramas y hojas de las encinas y otras muchas maravillas. Porque para él, todas estas cosas, eran los portentos más grandes nunca vistos y por eso se sentía orgulloso de compartirlos y ofrecérselos a ella, la princesa de sus sueños. La más dulce, la más hermosa, la más buena.

Pasaron los años y creció como cualquier otra persona. Se alejó de aquel valle y se puso a recorrer mundo por pueblos, ciudades y naciones. Conoció a mucha gente, aprendió muchas cosas, tuvo algunos amigos, fue dueño de una pequeña fortuna y se enamoró y sufrió. Por el valle de las piedras también siguieron cayendo las lluvias, corrieron los arroyos, florecieron las primaveras y, lo veranos y otoños, no dejaron de pasar un año detrás de otro. Siempre a paso lento pero siempre firmes y sin detenerse.

Y, una tarde de invierno, se le volvió a ver por donde mana la fuente. Justo unos metros más debajo de donde todos los arroyuelos se funden en uno solo. El que ya recibe el mismo nombre del valle: Arroyo de

los Pedroches. Oscurecía, llovía débilmente y hacía frío. Quizá por esto él recogía leña. Ramas secas de encina, raíces secas de fresno, matas secas de aulagas, ramas también secas de romeros y algunas piñas viejas. Con todo esto fue haciendo un haz y luego, se lo echó a cuestas, subió por la cuestecilla de la fuente, recorrió la pequeña sendilla hacia la llanura del cerrete y, donde las derruidas paredes del colmenar, se paró. Soltó su haz de leña, buscó un rincón junto a las paredes de piedra y algo resguardado del viento y la lluvia y aquí se puso a encender una lumbre.

Tardó un poco porque toda la leña estaba mojada pero lo consiguió. Ya era de noche por completo cuando el humo y las llamas surgieron de entre las paredes de piedra de viejo colmenar. Y, al poco, hizo como una cama frente a la lumbre y aquí se recostó. Al calor de la candela y frente al valle que tantas veces había recorrido de pequeño. Porque sí, después de tantos años y tantas experiencias y mundo recorrido, nada había logrado apartarlo de la princesa de sus sueños.

El hombre del río

Un día me dijeron:

- Desde hace mucho tiempo, cada día al amanecer, coge el caminillo y se marcha a su rincón. Siempre va solo y siempre vuelve al anochecer.

Y pregunté:

- Y “su rincón” ¿Cuál es y dónde está?

- Allá por lo hondo del barranco, en uno de los remansos del río de los juncos.

Unos días después quise verlo con mis propios ojos. Al amanecer de una mañana de otoño, lo vi caminando solitario, buscando la sencilla que lleva al barranco del río. Y, unos minutos después, se me perdió por entre los árboles de la primera curva. Esperé un rato. A que el sol saliera y se iluminaran los campos. Luego, también solo y con nada más que mi mochila, algo para comer, un cuaderno, bolígrafo y la cámara de fotos, me puse en camino. Siguiendo la senda por donde se me había perdido y procurando ir despacio y atento por si me lo encontraba.

No me lo encontré. Después de casi hora y media de camino, sí ya me encontraba casi en lo más profundo del barranco. Pero, cuando estuve cerca del río, en lugar de irme para las cascadas, sitio por donde discurría la senda, me desvié para el lado derecho. Busqué el cauce del arroyo de los juncos y por aquí continué acercándome al río. Con mucho cuidado para no hacer ruido y que me descubriera, si acaso se encontraba por algunos de estos sitios. Recorrí todo el arroyo y tampoco vi ninguna señal de su presencia.

Y cuando, junto con el cauce del arroyo llegué al río, ya era casi media mañana. Con el sol brillando hermoso y destacando sobre el intenso azul del cielo, cuajado de nubes blancas. No hacía frío ni tampoco amenazaba lluvia. Por eso me animé a seguir avanzando río arriba, despacio y ahora sin senda. Saltando de una piedra a otra y por entre las matas de juncia, para rodear los charcos y la corriente del río. Y a cada paso y momento la emoción, en mi interior, iba

creciendo. Porque presentía que iba a encontrarme con él en algunos de los recodos o rocas del río.

Y así fue: cuando ya había recorrido casi medio kilómetro subiendo por el cauce y cuando ya me aproximaba a la cascada de las madroñeras, lo vi. Como a unos doscientos metros todavía de él, me paré, me quedé quieto y miré con mucho interés. Porque, al salir de la espesura de unas adelfas, lo descubrí sentando en una pequeña piedra. Cerca de unas matas de juncia y como si estuviera meditando. Fijo y quieto miraba hacia el largo charco que descendía desde la cascada.

Por entre las ramas de las adelfas me quedé quieto y miré durante un buen rato. Observando detenidamente y como dudando acercarme más. Comencé a sentí cierto respeto de su paz y armonía y tuve miedo romper esta tranquilidad. Sin embargo, después de un largo rato, seguí subiendo. Despacio y todo sigiloso para que no se percatara de mi presencia. Y no me descubrió. Logré ponerme a solo unos metros de donde estaba y, después de pararme otra vez y observar, me decidí. Modulando la voz para asustarlo lo menos posible, pronuncié un sencillo:
- ¡Hola!
Vi que, tal como estaba sentado, giró un poco su cabeza y me descubrió. No dijo nada. Esperó a que me acercara más y, cuando ya estuve a su lado, volvió su cabeza otra vez para las aguas del charco.

Le pregunté:
- ¿Te molesta mi presencia?
Y me respondió, con un tono amable:
- No me molesta.

- He venido porque siento curiosidad de este comportamiento tuyo. ¿En qué piensas o meditas tantos días y horas por aquí y siempre solo?
Y, como susurrando una oración, me respondió:
- Me alimento de su recuerdo y medito el momento en que se abra la puerta, allá al fondo del charco y antes de la cascada, para irme con ella.

El lugar más bello del mundo

Conocí a una persona que se pasaba el día diciendo:
- Quiero viajar para conocer mundo, sitios bellos, culturas diferentes, personas interesantes…
Y, de vez en cuando, yo le preguntaba:
- ¿Y cuál es fin último en este sueño?
- Porque quiero encontrar la felicidad. Desde hace tiempo tengo claro que la felicidad que necesito no la voy a encontrar donde vivo ahora.
Y, en algunas ocasiones, yo le argumentaba:
- Sin embargo, creo que la felicidad no está ni en sitios lejanos ni en países exóticos ni en personas extranjeras ni en culturas originales.
- Entonces, según tú ¿dónde está la felicidad?
- En nosotros mismos. En nuestra mente, en nuestro corazón.
Y, a esta reflexión, casi siempre me respondía:
- Eso es una falacia, un tópico… Yo, lo que con más fuerza deseo desde que tengo uso de razón, es viajar y conocer mundo.

Y, pocos días después, conocí a otra persona que me dijo:

- Yo sí sé dónde se encuentra la felicidad total, la que tú tanto predicas.
- ¿Dónde se encuentra?
- Es en el corazón, como tantas veces dices, y en un lugar muy concreto que pocas personas conocen en este mundo.
- ¿Dónde se haya ese lugar? Quiero conocerlo para mostrárselo a la persona amiga que solo sueña en viajar para encontrar la dicha total.
Y él me dijo:
- Ven conmigo que te lo voy a mostrar.

Confié en él y, aquella mañana de primavera, nos preparamos. Cogimos una pequeña mochila, algo para comer, una cámara fotográfica y poco más. Le pedimos a un amigo que, con su coche, nos llevará próximo al sitio. Nos dejó ya donde el camino es pura senda y el terreno, grandes montañas con también inclinadas laderas, muchas cascadas cayendo desde las altas cumbres, cientos de arroyuelos torrenciales y claros y dos grandes ríos corriendo casi en paralelo. Le pregunté a mi amigo:
- ¿Cómo se llama este lugar y en qué parte del mundo se encuentra?
- Su nombre es "El Lugar más Bello del Mundo". Y ahora ya no preguntes más. Camina en silencio conmigo, mira y observa.

Durante mucho tiempo estuvimos caminando por una estrecha senda que, tranzando grandes curvas, poco a poco iba llevando a uno de los extremos de la ladera. Bajamos luego y, por un rústico puente de madera, cruzamos la corriente de uno de los ríos. Dimos un par de curvas más, ascendiendo

ahora por el lado derecho y, cuando ya estábamos a punto de coronar a lo más elevado, mi amigo me dijo:
- Déjame que tape tus ojos. Ya no queda mucho y por eso yo te voy guiando hasta llevarte al lugar concreto.
- ¡Vale!
Le respondí. Y con su pañuelo blanco, me vendó los ojos para que no viera nada. Me dio luego ánimo y su mano y seguimos avanzando. A mis sentidos ahora solo llegaban el rumor de las aguas de los ríos despeñándose por las cascadas y laderas y el roce del vientecillo.

Una media hora más tarde mi amigo de nuevo me dijo:
- Hemos llegado. Ponte aquí y prepara tu corazón porque voy a quitarte el pañuelo de los ojos.
- De acuerdo, estoy preparado. Cuando tú quieras.
Noté como poco a poco me fue desatando los nudos del pañuelo y luego noté como me lo iba retirando de los ojos.
- Mantén los ojos cerrados hasta que yo te diga.
Y así lo hice. Esperé paciente y, cuando ya me había retirado el pañuelo, se puso a mi derecha y otra vez me dijo:
- Mira al frente, tal como estás y prepara tu corazón.
De nuevo le hice caso y esperé a que él diera la orden. Al poco oí que dijo:
- ¡Ya puedes abrir los ojos!

Lentamente comencé a abrir los ojos y, tal como estaba, quieto fui mirando. Lo primero que vi fue una pequeña llanura recogida en lo más alto de la loma. Descubrí enseguida que, a ambos lados, corrían dos grandes ríos, caudalosos y claros. Unos kilómetros más abajo se juntaban, dejando entre los

dos como una pequeña isla. Y descubrí que en esta isla y llanura, solo había unas cuantas casas. Pequeñas y construidas con piedras y madera. Y, cerca, entre las casas y los ríos, vi trozos de tierra sembrados. Miré para mi izquierda y descubrí una enorme torrentera cayendo hacia el río. Miré para mi derecha y vi una llanura alargada toda cubierta de bosque. Y, de entre este bosque, sobresalían árboles gigantes como montañas, de troncos muy recios y ramas ampulosas.

Pregunté:
- ¿Quién vive aquí?
- Solo unas cuantas personas que nunca han tenido contacto con el resto del mundo que tú y yo conocemos.
- ¿Y son felices?
- Tanto como nunca ha sido ningún ser humano desde que existe este planeta.
- Pero si no han viajado nunca ni conocen más mundo que este lugar ¿cómo pueden tener la felicidad que dices?
- Será por lo que tú siempre proclamas: "que la felicidad no se encuentra en ninguna otra parte o lugar del mundo sino dentro de nosotros mismos. Y en el amor y respeto a las cosas y personas que nos rodean".

El río más bello del mundo

Muchos conoces, casi en su totalidad, hasta los más apartados rincones del Parque Natural de Cazorla, Segura y las Villas. En los últimos años, a

este lugar, acuden muchas personas: Montañeros, algunos, aficionados, otros, turistas, la mayoría, campamentos, excursiones organizadas y grupos de amigos.

Algunas de estas personas, los más amantes de la naturaleza, se adentran y patean bien las cumbres más altas, los barrancos más escarpados, los ríos y remansos y hasta las ruinas de viejos cortijo. Y luego, casi todos estos aventureros, escriben en los foros y comparten con muchos otros, sus hazañas.

Y se asombran, una vez y otra, de las mil y una maravillas que todos estos lugares encierran. Árboles centenarios, animales silvestres, cumbres nevadas, desfiladeros complicados, manantiales, embalses, lagunas y ríos. Todo esto y mucho más, para unos y otros, resulta como el asombro máximo en sus vidas y las proezas jamás nunca realizadas.

Nada voy a decir de ello. No lo comentaré pero voy a narrar que, en estas montañas, conozco algo que nadie ha visto nunca. Por donde dos grandes cordilleras se juntan y ya casi al final de una porción de sierra. Por el curso del río ha subido algunas veces. Siguiendo siempre la sendilla casi, trabada en las rocas de la ladera, hasta que llega donde ya todo se cierra en un estrecho cañón. Justo aquí mismo se remansa un gran charco, azul verde y muy transparente. Y, algo más arriba, se despeña una pequeña cascada. Como una bailarina vestida de blanco en el mejor momento de su danza.

Pasando esta cascada, una vez atravesado el primer charco, se llega a una repisa. Es donde el

caudal del río se remansa como en un lago sin fin y alargado. Claro como el diamante más puro y sereno como el amanecer de un día de primavera. Y, en este punto, es donde yo más de mil veces me he sentado. Sobre una de las rocas de lado derecho y frente al remanso que se adentra hacia el corazón de la montaña.

Y, casi todas estas veces, aquí me he quedado horas y horas. Como alimentándome del color de las aguas, de su transparencia y quietud. Para saciar ese hambre oculto que todos llevamos en el alma. Luego, si acaso, despacio he caminado por el lado derecho hasta perderme en lo más profundo. Y, quiero decirlo: siempre con el aliento contenido y sintiendo que iba al encuentro del un mundo nuevo, muy diferente al que conozco. Un mundo jamás visto en el Planeta Tierra y por eso hermosamente misterioso.

Tan bello y a la vez dulce para el espíritu, que nunca me atreví a contarlo. Y hoy lo hago solo como agradecimiento. Porque a mí el cielo me haya permitido conocer esta grandeza de sueño y, al mismo tiempo, porque nadie todavía lo haya descubierto. Para que eterno conserve, este lugar de la sierra, su misterio y belleza. Así que aquí lo dejo dicho. Solo pretendía que se supiera que, en el Parque Natural de Cazorla, Segura y las Villas, existen todavía rincones que nunca nadie ha visto. Ni siquiera los montañeros más avezados. Y, de esto, claro que me alegro.

La rosa de la Princesa

Aquella tarde de junio se fue con sus amigas a la feria. Era una tarde calurosa, con algunas nubes en el cielo y hermosa. Por el recinto de la feria pasearon durante un rato y luego, en una de las casetas se sentaron.

- Tomemos algo.

Dijeron. Y, estando ya sentadas, cogió ella una de las servilletas de papel y sin decir nada, dio riendas sueltas a las fantasías de su corazón. Las amigas la miraban y, con impaciencia, esperaban ver terminada la obra que modelaba entre sus manos.

Solo tres minutos y de sus manos, dedos delgados y frágiles, salió una rosa casi perfecta. Pequeña, color blanco, con una sola hoja en su tallo y algo curvada. Como si realmente fuera una rosa auténtica que, en ese mismo momento, deseara abrir sus pétalos.

Dijo él:

- Regálamela.

Sobre la mesa puso ella la pequeña flor de papel. Y, aquella misma tarde, le hizo una foto, meditó y luego escribió el siguiente poema:

Entre los dedos de las manos
a la Princesa le ha nacido una rosa
de pétalos blancos.
Luz en la tarde de junio
y asombro claro
en el corazón que la mira
en sí callado.

Princesa de manos limpias

hermosa azucena del prado,
gracias por llenar la vida
de rosas color blanco.
Regálame tu corazón
para guardarlo
con la rosa que te ha nacido
entre tus manos.

El solitario del valle

Vivía en el pequeño valle. Justo por donde el río corre sereno y el bosque es espeso. Al lado norte de las tres montañas verdes y muy cerca de dos caudalosos manantiales. Aquí mismo y, en una de las paredes rocosas, tenía su vivienda. Una pequeña cueva, abierta en lo más duro de la roca y primorosamente cuidada y decorada.

Y su única compañía era un burro color plata y un perrillo chico, color negro. También los pájaros, las corrientes claras del río, el recogido valle siempre verde, las florecillas de los prados, las nubes blancas en otoño y primavera y las tormentas y los silbidos del viento. Y para ocupar su tiempo, para entretenerse y alimentarse, tenía un buen trozo de tierra junto al charco redondo del río. Por el lado de debajo de la cascada y donde la tierra era fértil y llana.

Cada mañana, al salir el sol, desde su cueva, se iba a su trozo de tierra. Siempre acompañado de su borriquillo plata, su perrillo y el silencio de las montañas. Y aquí se quedaba horas y horas, cavando las tierras, regando las hortalizas, podando las parras, recogiendo las nueces, secando al sol los higos y

tomates para alimentarse en los meses del invierno y sentándose junto a las aguas del río. A veces para descansar y comerse algún tomate o sandia recién cortada de la mata y otras veces solo para contemplar las aguas claras del río. ¿Era para meditar? ¿Para alimentar su alma y soñar? Sólo él podía saberlo aunque también quizá su borriquillo y su perro.

Pero el caso es que, en estas soledades y silencios, él era feliz y nada más necesitaba ni echaba de menos. Ni siquiera la compañía de otras personas ni otros alimentos. Desde que tenía conciencia se había sentido libre y bueno como el mismo viento y también dueño y en paz con todo lo que le rodeaba. Hasta con las estrellas que por las noches titilaban en las profundidades del Universo.

Junto a las montañas de la parte alga, por donde el río tenía su nacimiento, también él tenía otro pequeño valle. Un poco más grande que el de la puerta de su cueva y algo más verde. Eran las tierras más fértiles de todos aquellos lugares porque siempre estaban bañadas con mil charcos de agua y los doscientos manantiales cristalinos que daban vida y cuerpo al hermoso río. Y, en este también fantástico valle, él tenía pequeños trozos de tierra. Todos sembrados de hortalizas, árboles frutales y cereales.

Por eso, un día sí y otro no, desde su cueva subía a este segundo valle. Siempre montado en su borriquillo plata, acompañado de su perrillo negro y siguiendo la estrecha senda que discurre muy pegada al río. Y siempre, sin excepción ninguna, al remontar la redonda loma antes del arroyo Oscuro, se paraba. Donde la hierba era muy espesa y verde y desde

donde se embelesaba mirando al mundo. Por eso siempre aquí se sentaba y dejaba que su borriquillo paciera tranquilamente, mientras él observaba o se entretenía en jugar con su amigo el perrillo.

Pero con lo que más se entusiasmaba y era feliz, era con la gran visión que, desde el balcón de la verde loma, ante sus ojos se abría. Al fondo, el río, más al fondo y al sur, su cueva, las cuatro o cinco montañas que por detrás de su cueva se alzaban, y luego, más al fondo aun, el azul brillante del cielo. Y al norte, las montañas primeras, de donde el río venía. A los pies de estas montañas, su segundo valle amado y luego los hilillos de agua clara, los pequeños lagos y el río. Y ya más cerca del mirador natural sobre la loma, otro pequeño valle y un arroyo grande, el arroyo Oscuro. El que siempre bajaba repleto y era como las divisorias de un valle y otro. Como una muralla natural entre su cueva y el valle de arriba.

Por eso él, cuando ya creía que había descansado lo suficiente y su borriquillo había recuperado fuerzas, siempre seguía la senda hacia el arroyo Oscuro. Siempre montado en su borriquillo plata y acompañado de su perrillo. Sintiéndose como el gran rey y dueño y dando gracias al cielo por el reino tan hermoso que cada día le regalaba. Así había sido desde que tenía conciencia y recordaba y así creía que iba a ser hasta que un día muriera. Pero no fueron las cosas tal como las soñaba.

Aquella mañana de primavera, como tantos otros días, llegó con su borriquillo a lo más alto de la loma.

- Para un momento que descansemos. Tú aprovecha y come toda la hierba que necesites que yo voy a dedicarme a lo mío.
Le dijo a su plateado borriquillo. Y éste paró. Él se apeó despacio, llamó a su perrillo y se fue hacia la roca donde siempre se sentaba. Pero aquella mañana no llegó a sentarse. Miró para el arroyo Oscuro y, tal como iba caminando, se quedó clavado. Inmóvil en lo más alto de la loma y con sus ojos clavados en las profundidades del arroyo. De pronto, descubrió que allí, justo por donde la senda cruzaba el cauce, había algo que nunca antes había visto. Se dijo: "¿Qué será eso y cómo habrá venido aquí tan de repente?"

Se fue hacia el borriquillo, se subió en él y le dijo:
- Aprisa. No perdamos ni un minuto y bajemos hasta el arroyo. Algo ha ocurrido ahí esta noche y quiero verlo cuanto antes.
Casi trotando el borriquillo bajó por la senda. Atravesó el espeso bosque de encinas y robles que se tupe antes de las aguas del arroyo y, como una aparición, antes ellos se volvió a mostrar el gran edificio. Siguieron avanzando y, justo cuando iban a cruzar el arroyo, oyó una voz que le dijo:
- ¡Alto ahí!

El borriquillo se detuvo y él, desde lo alto del plateado animal, preguntó:
- ¿Qué pasa aquí esta mañana?
Del lado derecho y por una de las puertas del edificio, apareció un hombre. Vestido con uniforme y un arma sobre sus hombros. Sin más preguntó:
- ¿A dónde se camina?
- Voy a las tierras, a mis huertos del valle de arriba.

- ¿Y el pasaporte?
- ¿De qué me hablas?
- Para cruzar a este lado del arroyo y subir al valle de arriba, se necesita pasaporte y hace falta hablar el idioma “montañés”. ¿Hablas tú esta lengua?

El hombre se quedó pensativo. Por un momento quiso explicar al guardián todo su mundo y su relación con las tierras del valle de arriba pero no lo hizo. Preguntó:
- ¿Y qué es este edificio?
- La frontera entre los dos valles.
- ¿Frontera para qué?
- Para sentirnos distintos y luchar por nuestros derechos.
Se llevó él las manos a la cabeza y meditó un momento. Otra vez preguntó:
- ¿Quieres decir que ya nunca más podré ir a mis tierras del valle de arriba?
- Tus huertos ya no te pertenecen ni tampoco se podrá ir por los caminos de estas tierras libremente. Necesitas pasaporte y saber hablar “El Montañés”.

Media hora después, volvía por la senda subido en su borriquillo. Hacia el rincón de la cueva en las rocas y los huertos del valle de abajo. Le decía al jumento:
- ¿Vendrán por aquí también y nos quietarán lo que desde siempre ha sido nuestro?

El lago de la niebla

Desde hace mucho tiempo a bastantes personas se lo he preguntado:

- ¿En qué lugar del mundo se encuentra el lago de la niebla y las aguas azules?
Y todos, todos, siempre me han respondido:
- Eso debe ser cosa de alguna leyenda. En ningún lugar del mundo existe ese lago.
Y, ante la ambigüedad de esta respuesta, desde hace también mucho tiempo ando investigando. Buscando en las bibliotecas, en los archivos, en Internet… Como si dentro de mí tuviera necesidad de conocer la auténtica verdad.

Todavía hoy nada tengo claro a cerca del lago de la niebla y de las aguas azules. Bueno, nada, tampoco es verdad. Desde el día que me lo comentaron, lo tengo fijo en mi mente. Como si de una pesadilla se tratara y que de ningún modo puedo rechazarla. Así es, más o menos, la historia que me contaron:

"El lago es alargado. Como un pantano artificial y no muy grande. Rodeado de montañas, por el norte, por el sur y al levante. A las montañas se les ven cubiertas de niebla todos los días del año. Niebla espesa como un día sin sol y que se reflejan en los azules espejos de las aguas. Pero el lago siempre se muestra sereno y transparente. Como si estuviera reflejando el sueño más placentero jamás conocido entre los humanos.

Y aquella mañana, un típico día de primavera, la extraña barca blanca, subió por la orilla norte del lago. Serenamente planeando sobre las aguas y portando en uno de sus asientos a la más bella niña nunca vista. Rubia, ojos negros, cara blanca y algo delgada y de cuerpo menudo. Tierna ella como la

misma brisa del viento y con una hermosa sonrisa dibujada en su cara. El que le acompañaba le dijo:
- Si te sientes mal, lo dices y paramos.
Y ella dijo que no se preocupara.

Era media mañana, la niebla se mostraba espesa y el agua del lago, tranquila como la sinfonía más fina, se mecía serena. La barca dejó atrás la montaña puntiaguda del lado norte y se iba recta para el lado de arriba del lago. Y de pronto la niña, se incorporó de su asiento, hizo por irse hacia la parte del centro de la barca y luego agachó la cabeza. El que la acompañaba preguntó:
- ¿Te has mareado?
Y la niña no respondió. Pero sí, en ese mismo momento, se dobló, cayó al agua y la misma barca la sepultó. El que la acompañaba creyó que enseguida aparecería por la parte de atrás pero no fue así. Giró con la barca, llamó por teléfono pidiendo ayuda y, en cinco minutos, todo el lago era un hormiguero buscando a la niña.

Por ningún lado la vieron. Ni en una hora ni en dos ni en tres ni una semana después. La noticia corrió como la pólvora y todos decían:
- ¡Qué historia más triste para una niña tan bella!”

Y hoy, más de cinco años después de aquella tragedia, también yo me digo lo mismo. Y aunque he preguntado e investigado, no he podido llegar a saber con certeza si este lago existe y si fue cierto o no lo ocurrido a la niña. Esto es así. Y sin embargo, cada día estoy más convencido de que existe el lago y que la historia de la barca y la niña, es real. Por eso tengo

necesidad de seguir en mi interés por conocer la verdad.

El cerro del tesoro

No es redondo ni chato ni tampoco alargado. Mas bien parece un sombrero algo torcido que mire al sol de la mañana. Quizá por esto alguien lo conoce con el nombre de “Carasol” pero yo sé que se le llama de otra manera. Y también conozco una historia que nadie más conoce en esta tierra. Porque nadie nunca lo ha oído ni tampoco fue escrita en ningún libro.

Soñé una noche que en el cerro en forma de sombrero, hace muchos años vivieron. Ella era joven y él solo dos años mayor. Los dos tan amantes de la naturaleza que no tenían en este mundo ningún otro amor. Por eso se construyeron su casa, de piedra y madera, casi en lo más alto del cerro que mira al sol. Muy pegado al manantial del primer arroyo y al borde mismo del espeso bosque.

Y aquí vivieron, felices y libres. Como ningún otro ser humano haya vivido nunca en este mundo. Solo ocupados en el respeto y cariño del uno para con el otro y en el cuidado y amor por la tierra. Y por eso, cada día bajaban y subían y disfrutaban de la pura del agua del manantial pequeño, de su frescor y del terreno. Hasta que un día, después de muchos años, los dos murieron. Sin más amigos que la amiga tierra y el agua de su venero.

De esto ya han pasado muchos años. Siglos cuajados de silencios que los han ido sepultando como en una eternidad solo de ellos mismos conocida.

Por eso quedaron en el olvido e ignorados para la Humanidad entera menos para mí. Pero yo tampoco diré ahora dónde se encuentra el cerro que fue su paraíso. Y menos comentaré nada del tesoro que se esconde en el corazón mismo de este monte. Por respeto a su memoria y porque así lo eh visto en mi sueño.

Lluvia de primavera

A lo largo del día
se ha ido nublando,
y hoy es ya
último de mayo.
La primavera se marcha
tan callando
como parece que llega
el verano.

Al caer la tarde
han estallado
cinco truenos secos
y cien relámpagos.
Y, mientras en el ciprés
viejo y alto,
canta el mirlo
solitario,
ha empezado a llover
despacio, muy despacio.

El sol ya se marcha
y al otro lado
asoma la noche
con su oscuro manto.
La tormenta, la lluvia,

el mirlo y su canto
y el olor a humedad…

Como si hubiera llegado
el momento de volar
al cielo soñado.

Regalo de cumpleaños

Nació en las tierras bajas. Al pie de las montañas y junto al arroyo de aguas torrenciales y claras. Y hasta casi sus veinte años vivió aquí y luego, emigró a la ciudad. En busca, como tantos humanos, de una nueva vida y fortuna y también al encuentro de la felicidad.

Pasó el tiempo y se hizo viejo. Y un día, cuando menos lo esperaba, la conoció. Joven ella, mucho más joven que él, culta, hermosa y de un país al otro lado del Planeta. A este país, su tierra, se marchó solo tres meses después de conocerla. Sin despedirse de él, sin ni siquiera decirle adiós. Y claro que le dolió. Tanto que, en silencio y a solas, durante muchos días la lloró. Solo para consolarse y como en forma de oración al cielo para que eternamente la protegiera.

Dos años pasaron y, una primavera, el hombre volvió a sus primitivas tierras. A la llanura a los pies de la montaña y junto al arroyo de aguas limpias y buenas. Y, aunque ya era viejo y por eso le pesaba todo el cuerpo, a todas horas la recordaba. Se puso a cultivar las tierras, con la ilusión de sacar de ellas frutos buenos y sanos. Y lo consiguió. Casi en la

misma cantidad y calidad que en un principio había soñado.

Cada día, cada mañana, una vez y otra pensaba en ella. Y sucedía con tanta fuerza que a cada momento deseaba que estuviera. Para compartir con ella los deliciosos alimentos, los fabulosos amaneceres, los agradables conciertos de las cascadas del arroyo y los olores y colores de los campos y tierras recién regadas. Todo esto y mucho más y, por eso, cada día y con más amor, rezaba al cielo. En su corazón y en secreto, esperaba que en algún momento volviera.

Y una mañana, ya casi al final de la primavera, amaneció nublado. Recordó que al día siguiente era su cumpleaños. Y soñó, deseó hacerle un regalo. El mejor de todos los regalos que nunca se hayan hecho los humanos entre sí. Por eso, al caer la noche, preparó su corazón y renovó su ilusión. Rezó mucho a lo largo de las horas y, ya de madrugada, se puso en camino. Ladera arriba hacia la cumbre de la gran montaña. Con la ilusión de, al amanecer, desde la cima saludarla. Y también imaginando que, desde estas alturas de la Tierra, quizá pudiera verla aunque estuviera al otro lado de la Tierra. En ningún momento descartaba que pudiera ocurrir un milagro.

Llovió mucho, se levantaron las nieblas y sopló fuerte el viento. Pero, bajo la lluvia y en vuelto en la oscuridad de la madrugada, subió aprisa por la ladera. En busca de la cumbre y al encuentro del amanecer para felicitarla en el nuevo día de su cumpleaños. Y llegó a lo más alto de la cumbre justo cuando, por las profundidades del horizonte, el sol se

alzaba. Irradiando una luz tan misteriosa, viva y fresca, que casi se le quedó paralizada el alma. Alzó sus ojos al cielo y mudamente murmuró: “Gracias, Dios por este amanecer tan bello. De tu parte y, desde lo más sincero de mi ser, se lo regalo a ella”.

Dejar de ser uno mismo

Tenía su propia personalidad. Su criterio único sobre las cosas, las personas y el mundo. Y por eso lo veía todo desde su prisma personal. Sin dejarse llevar ni por las modas ni por lo que le dijeran los amantes de las modas. Era libre, como el viento y los sueños, y por eso decía y hacía siempre lo que su corazón le distaba.

Pero un día le comentaron:

- Debes hacer lo que gusta a todo el mundo. Debes unirte a la corriente general porque solo así conseguirá no desentonar.

Y, contra sus propias convicciones y corazón, aquel día decidió seguir la forma de pensar y hacer de los demás.

La pequeña procesión se puso en marcha desde la parte baja. Desde la llanura de los bosques y los ríos y subió rápida por las curvas del camino. Y allí estaba él. Preparado para seguir a las masas aunque no fuera esto lo que su corazón le pedía. Tampoco era lo que la niña le suplicaba.

- Quédate conmigo y vamos los últimos, tranquilamente disfrutando del paisaje y del ambiente.

- Lo siento pero en esta ocasión quiero ir de los primeros. Fundido con el mogollón para que no me critiquen más.

Y sin más preámbulos, se movió aprisa para ponerse en la cabecera de la procesión. Pero la procesión ya subía por la tercera curva del camino.
- Me voy corriendo que me quedo atrás. Tú sígueme que yo estaré pendiente de ti en todo momento.
Y subió a toda prisa. Sin pararse a mirar los paisajes ni el ambiente ni a las personas. Solo tenía una idea fija: ponerse a la altura de los primeros al fin de fundirse con ellos y ser uno más. Enseguida la niña se quedó atrás. Como perdida entre el bosque y los barrancos y en todo momento llamándolo. Él la oía pero no le hacía caso. Estaba tan preocupado por ponerse al frente para ser uno más y que ya dejaran de criticarlo que prescindía por completo de las necesidades de la niña.

No logró unirse a los primeros. Sino que, conforme la precesión subía, más y más se iba quedando atrás y más también perdía a la niña. Ya al mediodía llegó a todo lo alto. Casi el último en la cola de la procesión y sin la niña. Y ahora sintió remordimiento por haberla dejado sola. Una vez más oyó que, por las curvas del camino, ella seguía llamándolo:
- Estoy perdida y sola. Ven a mi busca.
Se volvió para ayudarle pero no la encontró.

Asomado al barranco de la llanura de los ríos miraba y la llamaba, su corazón y alma de toda la vida, y también miraba a la procesión. Ni había logrado ponerse al frente para ser uno más con la masa ni

había hecho feliz a la niña. Tampoco había sido él mismo, subiendo tranquilamente y a su manera, disfrutando de los paisajes y compartiéndolos con la niña. Y por eso ahora se sentía perdido. Con la voz de su alma y corazón llamándolo por las lejanías de su pasado y con el desprecio de las masas, al frente de la procesión.

Feas y gordas

Sentados bajo el cedro miraban la puesta de sol. Hoy era de una belleza tan especial que hasta el corazón se embelesaba. El mayor de los dos dijo al más joven:

- Será por mi edad, por mi educación o por mi manera de ver las cosas pero yo no lo entiendo.
- ¿Qué es lo que no entiendes?
- Desde hace tiempo leo y sigo un foro de escritores. Bueno, de personas que sueñan en ser escritores. Y desde hace unas semanas en este foro han organizado un concurso de relatos. Todo el que quiera escribe y cuelga en este foro su relato. Luego lo leen entre ellos, lo puntúan y comentan. Pero esta última semana ha ocurrido algo que me ha desorientado mucho.

Hubo un minuto de silencio y luego el joven preguntó al hombre mayor:

- ¿Qué ha sido lo que ha ocurrido?
- Uno de estos aprendices a escritores jóvenes escribió algo que hasta resulta repugnante leerlo.
- ¿Puedes contármelo?

- Subió un relato sobre una chica fea, gorda y vulnerable a la que obliga a practicar una felación. Simplemente por el puro deseo de humillar y satisfacer su ego. Y no digo que el relato esté mal escrito pero sí digo que un escritor, por encima de todo, está obligado a crear belleza, dignificar a las personas y abrir caminos hacia la bondad, el respeto y el amor. Por principio un buen escritor debe dignificar y ennoblecer y no denigrar y envilecer.

Hubo otro minuto de silencio y a continuación de nuevo el joven comentó:
- Ponme un ejemplo para que lo entienda mejor.
Y, sin titubear lo más mínimo, el hombre mayor enseguida relató:
- Hace solo un par de tardes, en el mismo centro del campus universitario, se paró una furgoneta. Un coche blanco, algo sucio y destartalado. A la derecha y solo a veinte metros de una gran ventana con cristales. Detrás de esta ventana, una pequeña habitación y dentro, un hombre solitario y algo mayor que yo.

Y aquella misma tarde, en cuanto allí se paró las furgoneta, el hombre de la habitación, las vio. Y las vio varias veces a lo largo de la noche y luego al amanecer. Por eso, enseguida comprobó que en la blanca furgoneta, vivían dos chicas jóvenes. Feas y gordas pero jóvenes y libres, según el hombre intuía. Porque enseguida se dio cuenta que no tenían ducha para asearse ni cocina para hacer comida ni lavadora para lavar sus ropas ni camas donde dormir.

Por eso, a lo largo de todo el día segundo, se lo pasó pensando en las dos muchachas feas y gordas. Se decía: “Me acercaré y, con mucho tacto y

educación, les diré que si necesitan agua, una ducha para asearse, alimentos o lo que sea, que me lo digan. Les diré que las puertas de mi casa y todo lo que tengo lo pongo a su servicio”. Esto se decía el hombre y, al mismo tiempo, buscaba la forma y el momento para acercarse a ellas y hacérselo saber.

Pero en la tarde del día segundo, dos jóvenes universitarios pasaron rozando la furgoneta. Al ver a las chicas, uno de ellos dijo:

- Mira, lo que estábamos buscando. Dos chicas feas y gordas. Seguro que son dos acomplejadas y por eso vulnerables como un niño si madre.

- ¿Piensas en lo que yo?

- ¡Exactamente en lo mismo! Esta noche, cuando ya las personas de la universidad de hayan ido, venimos por aquí, las convencemos y les obligamos a que hagan lo que tú y yo sabemos. Las vamos a denigrar todo lo que podamos porque ya estoy harto de que las mujeres me den tanto de lado. Tenemos nuestro ego y estas dos gordas y feas van a comprobarlo.

Ya oscureciendo, el hombre de la habitación, se acercó a su ventana. Una vez más vio a la furgoneta. Y, justo en ese mismo momento, tuvo la suerte de verlas a ellas. Lavaban sus ropas en una palangana de plástico, la tendieron luego sobre la hierba de la ladera, se lavaron la cara y al final derramaron el agua sobre sus desnudos pies. Luego entraron al coche y se hizo el silencio. El hombre se volvió a decir: “De mañana no pasa que me acerque y, con el máximo de los respetos y educación, las saludo y le ofrezco mi casa. No puedo entender que, estando a solo veinte metros, yo tenga agua corriente, comida

en abundancia, cocina, casa, jardines… y ellas ni siquiera tengan donde lavarse”.

Por esto, este hombre casi no durmió en toda la noche. Pensaba y pensaba en ellas y en las carencias que en sus vidas tenían y el corazón se le revolvía. “Tienen alma y corazón como yo y son personas. Merecen todo el respeto y el que se sientan dignas como el que más”. Seguía diciéndose para sí el hombre de la habitación.

Y en cuanto amaneció, después de una noche más sin dormir de tanto pensar en ellas, se asomó a la ventana. Y, asombrado vio que la furgoneta ya no estaba. Sintió un vacío tremendo, algo de tristeza y, sin saber por qué, también pena, mucha pena.

Quiso cambiar el mundo

Al la derecha, un poco al norte y en la ladera del cerro, se extiende la ciudad. No toda pero sí lo más importante: la ciudad antigua, de calles estrechas, edificios en forma de palacios, pequeñas placetas, restaurante ajardinados y muchos turistas.

Y a la izquierda, un poco al sur y como a la mitad del cerro, se ven las últimas casas de la ciudad. Por donde ya solo algunos colegios, caminos y carreteras, olivos viejos y muy pocos turistas. Sin embargo, sí se ve todavía por aquí un trozo de la antigua muralla, dos o tres casas ya abandonadas, el viejo pilar aun con agua y el resto de lo que fueron antiguas tiendas.

En un rincón, entre el pilar cuadrado y el trozo de muralla, se le ve. Acurrucado en una manta sucia, con la cara tapada y con los viejos zapatos a su derecha. También un cartón de leche junto a los zapatos, una bolsa de plástico con algo dentro y un libro casi roto. En otros tiempos, fue joven y se reveló primero contra los suyos, luego contra el pueblo y la ciudad y después contra el sistema y la humanidad entera. Y se reveló tanto que todos los fueron dejando a un lado. Hoy, ya viejo y sin fuerzas, al amanecer se le ve acurrucado junto al pilar y antiguo lavadero. Algunos, al pasar, lo miran, comentan dos palabras y siguen a lo suyo.

Pero también otros, se paran y comentan:
- Soñó con ser escritor para cambiar el mundo y mira como lo vemos ahora.
- Cualquier día de estos, al amanecer, aquí mismo, nos lo encontramos muerto.

Desde su ventana

Desde la cama, al caer la tarde, mira por su ventana. Y mira fijo en el azul del cielo, allá en el horizonte. Más cerca, sobre la loma que cae del cerro, los tres cipreses. Un poco más cerca, por la ladera que desciende desde la loma de los cipreses, los edificios de la universidad y los zumaques. Y más cerca aun, justo a veinte metros de su ventana, el viejo cedro y, entre las ramas, las melodías de un mirlo.

Justo debajo de su ventana, el ampuloso acebo. Y, entre sus ramas ya con flores, los gorriones

con sus gorgojeos. Los gorriones y el mirlo, desde el amanecer hasta que se pone el sol, cantan celebrando el buen tiempo. Ya la primavera va llegando a su fin y por eso el sol calienta. Por eso también el acebo florece y por eso el cielo es tan azul allá a lo lejos. Pero la tarde es monótona. Como una eternidad que por ningún sitio dejara ver su fin.

Desde su cama, con solo levantar un poco su cabeza, puede ver la monotonía de la tarde, el color del cielo, los cipreses, la loma, la ladera, los zumaques, el cedro y el acebo. También puede oír el canto del mirlo y los trinos de los gorriones. Pero su soledad es tanta y en su corazón la sigue recordando con tanta fuerza que nada le parece bello, aunque lo sea. Por eso a ratos reza, a ratos llora y a ratos sueña. Y, aunque sabe que ya nunca volverá, le consuela pensar que después de esta vida hay un cielo. Lo necesita porque lo único que, en esta monótona tarde le consuela, es pensar que allí sí de nuevo podrá.

El salvaje

Sobre el collado, entre la espesura de las encinas y cerca del arroyo, se veía el cortijo. Un gran edificio en forma de palacete pero con las paredes encaladas. Por eso, al salir el sol cada mañana, el edificio relucía como un espejo mágico. Desde la curva del río, al poniente del cortijo y a unos dos kilómetros, se le divisaba con toda claridad. Y lo que más llamaba la atención eran las dos altas torres que, desde blanco cortijo, emergían por entre los encinares. ¿Quién era el dueño de este cortijo y quién vivía en él?

Aquella mañana, un buen día de primavera y por eso los jarales mostraban ya un hermoso espectáculo de flores blancas, al grandioso cortijo llegó el joven. Y, lo mismo que otras muchas veces, se presentó dando voces para asustar a los sirvientes:

- Ha llegado el momento. A partir de hoy ya no se ríe más de mí ese felino salvaje que recorre estos montes míos. Preparadme la escopeta, poned apunto los perros y prepararos vosotros que nos vamos a cazarlo. En cuanto lo vea me lo cargo. Para que se entere de una vez que de mí nada ni nadie se ríe. Y menos este salvaje imbécil.

Y, a media mañana, la comitiva salió del cortijo. El busca del gato montés porque el joven, “el señorito mal educado”, según se decían entre sí los criados, quería darle caza. Todos se concentraron en torno al señorito para complacerlo y porque era el que pagaba.

Al norte del cortijo, por entre los jarales del cerro de enfrente, encontraron al felino. Un viejo y hermoso gato montés, bello como la criatura más bella y libre como el mismo viento. Y al verlo, enseguida dijo el joven:

- Otra vez más no te ríes de mí. Nadie ni nada se ha reído de mí desde que tengo uso de razón.

Y disparó su escopeta una vez detrás de otra sin parar ni para tomar aliento.

Las explosiones de los disparos se oyeron por todos aquellos barrancos y, en ese mismo instante, también se escucho un gran maullido. Ladraron los perros, atravesando los montes y sorteando rocas pero el felino, como por arte de magia, despareció. Enseguida gritó el joven:

- Que no se escape este cabrón. Y lo quiero vivo.

A lo largo de varias horas buscaron por todos aquellos montes. Azuzando a los perros y escudriñando cada hueco de cada peña. Hasta que comenzó a caer la tarde. El sol se hundía en horizonte lejano y un silencio enorme se adueñó de todos aquellos campos. Decidieron volver al cortijo y, mientras regresaban, el joven refunfuñaba lleno de rabia:

- No puedo consentirlo. Nunca nadie, en el tiempo que tengo de vida, se ha reído de mí como lo está haciendo este bicho sin corazón. El día que lo tenga entre mis manos me lo voy a comer con piel y todo.

Oscureciendo, por la orilla del río, avanzaba el amante de las montañas. Cargado con su mochila y recreándose en la música que el agua de la corriente le regalaba. Y se acercó a la cueva. Descolgó su mochila, desdobló la tienda y se preparó para montarla. Pero, todavía no había terminado de oscurecer ni él de montar su tienda, cuando oyó un quejido. Como un lamento humano que venía de la curva del río, un poco más abajo. Cogió su linterna, avanzó por entre los juncos, mirando y escuchando atento. De nuevo oyó los lastimeros quejidos. Se acercó, procurando no hacer mucho ruido y de pronto lo vio. Estaba tendido muy cerca de la corriente del río, un poco oculto entre las raíces de un viejo fresno. Alumbró un poco más y vio que, un hililllo de sangre, manaba y levemente tenía las claras aguas de la corriente del río. Dijo, como si lo conociera de toda su vida o como si lo considerara su mejor amigo:

- Ya veo que te han herido. No tengas miedo. Otra vez estoy yo aquí para ayudarte. Ahora mismo lavo tus heridas porque yo quiero que tú sigas viviendo.

Se agachó, lo acarició con sus manos, lo puso luego sobre sus brazos y, poco a poco, se lo fue llevando hacia la cueva. Y lo primero que hizo, cuando ya lo había recostado junto a una de las rocas en la cueva, fue darle un poco de alimento. Luego lavó sus heridas y allí mismo, casi pegado a su cuerpo, tendió su saco de dormir y preparó la cama. Le dijo:
- Para que no te sientas solo ni esta noche tengas miedo. Y no te preocupes que ya verás como te curas. Tú tienes que seguir viviendo.

Y la noche transcurrió serena. Solo perturbada por rumor de la corriente del río, el ulular de algún cárabo y el palpitar del corazón del amigo. Pero, al llegar el nuevo día, nada más amanecer, se oyeron ladridos de perros. Luego se oyeron voces humanas y al poco, desde el otro lado del río y la alta peña bermeja, se oyó un potente grito:
- ¡Maldito felino! Acabaré contigo aunque te escondas bajo tierra.
Nadie ni nada respondieron a estas voces. Se hizo el silencio y, al poco, de nuevo se oyó la voz del joven, dueño del blanco cortijo:
- Solo eres un salvaje sin corazón. No podrás conmigo.
Y, en esta ocasión, el acantilado de la curva del río, devolvió un potente eco: “**Solo eres un salvaje sin corazón. No podrás conmigo**”.

La mejor madre del mundo

Llegó el Domingo de Ramos. Por la noche había llovido y, al amanecer, el hombre se asomó a su ventana. Frente y a lo lejos se veían los cipreses del

cementerio. En estos árboles y en las nubes que colgaban del cielo, el hombre fijó sus miradas y se puso a rezar al cielo.

Hacia ya varios años que ella se había ido y el hombre no podía olvidarla. Como tampoco podía olvidar al padre que, en los últimos momentos de su vida, había dejado a la madre abandonada. Fue hacía ya también unos años.

El padre, hombre bueno a lo largo de toda su vida, un día se enamoró de otra. Al menos esto decía él y se encaprichó de una mujer mucho más joven que la madre. Por eso la madre empezó a sentirse mal y, a solas y a escondidas, lloraba. El abandono y el mal trato que el padre empezó a darle y la pobreza que cada día vivía, le llenaba el corazón de tristeza. A solas la madre se moría a chorros pensando que solo el padre podía salvarla.

Y el hombre, el más pequeño de los cinco hermanos, dijo un día a la madre:
- Si papá se va con otra, tú no te preocupes. Nosotros siempre estaremos contigo porque tú eres la mejor. Desde siempre tú has sido la mejor esposa y la madre más buena del mundo.
Y la madre se abrazó al hijo menor y luego se fue a su habitación y, a solas, otra vez rezó y lloró. Sobre todo, rezó sinceramente al cielo buscando aliviar el dolor de su corazón.

Tres días después la madre enfermó. De una enfermedad que nadie conocía y que los médicos no acertaban a curar. En la humilde habitación de la vieja casa y ya vacía de la presencia y calor del padre, la

madre se acurrucó en la cama. Rodeada del amor del hijo pequeño, de los tres hermanos mayores y de la hermana mediana. Y aquel Domingo de Ramos, a media mañana, la madre murió. La noche antes había llovido y, al amanecer, las nubes se colgaban en el cielo por encima de los cipreses del cementerio.

Casi igual que este nuevo Domingo de Ramos. Por eso el hombre, al amanecer, se puso a mirar desde su ventana al tiempo que rezaba al cielo. Aunque ya han pasado varios años, no puede olvidarla. Y, sobre todo, el sufrimiento y la soledad de sus últimos días. El padre la había dejado abandonada para irse con otra siendo ella la más buena de todas las mujeres. El hijo pequeño lo sabía y ahora la echaba de menos. Y más en el amanecer de este día tan especial, Domingo de Ramos.

En paro

Tenía su título y más de cien cursillos había hecho a lo largo de su vida. Y más de diez años llevaba ya en aquel trabajo: cocinero de primera en la residencia universitaria, justo en el mismo centro del Campus Universitario. Por el lado de abajo del Puntal de los Almendros y sobre la montaña, frente a la gran ciudad.

Unos meses atrás, al alcalde del pueblo, lo procesaron por corrupción. Se había llevado los dineros del Ayuntamiento pero no lo condenaron. Dimitió de su cargo y por eso le buscaron otro trabajo. Y, aunque apenas sabía leer y escribir, no tenía títulos y ni siquiera un cursillo había hecho a lo largo de su

vida, lo nombraron director de la residencia universitaria.
- Para compensar tu fidelidad al partido y para que nos votes en las próximas elecciones. Y procura ir enchufando a todos tus amigos y familiares para que también nos voten cuando llegue el momento.

Y aquella mañana de primavera, el nuevo director de la residencia, llamó al cocinero. Le dijo:
- Hoy es tu último día de trabajo. Quedas despedido.
- Tengo cuatro hijos y, si me quedo en paro, con la crisis que hay ahora ¿cómo le pago los estudios y con qué voy a darle de comer?
- Ese es tu problema. Desde mañana mismo tu puesto de trabajo será ocupado por una amiga mía que, aunque no sabe una patata de este oficio, es fiel al partido y nos vota siempre.

Dos días más tarde, a la hora de la comida al mediodía, el hombre subió por la cuesta. Debajo del almendro viejo, en la ladera de la montaña y frente a la residencia universitaria, se sentó. Para ver a los estudiantes formando cola en la puerta del comedor y para rememorar sus diez años de cocinero en este lugar. No podía vivir ni dormir desde el día en que le obligaron dejar su trabajo. Por eso, pensó acercarse a la residencia y pensó entrar al comedor para ver cómo iban las cosas. Pero cuando oyó a uno de los estudiantes comentar:
- La basura de comida que hace la nueva cocinera no hay quien se la coma. ¿Qué habrá sido de aquel cocinero tan bueno que teníamos antes?
Desistió de su idea.

El sabio

El sabio, como desde hacía mucho tiempo, una vez más recorrió su camino. Atravesó la llanura atravesada de pinos y, al llegar al collado, se encontró con la roca. Un gran peñasco que la naturaleza había clavado justo donde la llanura termina y se abre el collado. El sabio se acercó a la piedra, se paró frente a ella, la tocó con su mano, subió un poco por el lado de arriba y, en lo más alto se sentó. Frente al barranco que lleva a lo hondo del infinito.

Y el sabio, durante unos segundos, miró y meditó y luego volvió sus ojos para el segundo barranco. El de la derecha, entre el Barranco de la Luz y la Cañada de la Hierba. Por este segundo barranco, el de la Luz y que él conocía de toda su vida, adivinó la senda y el agua saltando por las pequeñas cascadas del arroyo. Meditó también durante unos minutos mientras con sus ojos recorría las laderas y hondonadas del Barranco de la Luz y luego miró más a su derecha.

Por ese lado, ya casi a sus espaldas, se abría la Cañada de la hierba. El tercer barranco hermoso por la gran espesura del bosque, la abundancia de la hierba, los arroyuelos de aguas claras y la claridad de sus laderas. Se dijo para sí: “El tramo de la vida que lleva al corazón y al conocimiento profundo de las cosas”. Y siguió con sus miradas fijas en las tierras de este barranco.

Luego volvió su cabeza para la izquierda. Por donde llegaba la senda que atraviesa la llanura y también aquí se detuvo un buen rato. Observando y

meditando lo que le había ocurrido hacía solo unos días. No podía olvidarlo porque le dolía en el corazón con un dolor muy concreto. Sólo él sabía que le habían hecho daño justamente después de haber entregado su generosidad y sabiduría. Pero el sabio era un buen hombre. Por eso, en este momento, otra vez se dijo: “No debo enfadarme ni tampoco debo dejar de ofrecer mi cariño. Les ha faltado respeto y sensibilidad para con la sinceridad y sabiduría que he ofrecido. Pero quizá no hayan sido ni sean conscientes de lo que han hecho”.

Y volvió ahora su cabeza para el lado del sol de la mañana. Por aquí no eran ni barrancos ni cañadas ni llanuras lo que la naturaleza ofrecía. Tampoco caminos ni arroyuelos con aguas claras. Lo que se veía por el lado del sol de la mañana eran muchas crestas rocosas, laderas escarpadas cayendo, torronteras muy inclinadas y mil pequeños barrancos que desde las altas crestas caían. También en estos paisajes detuvo sus miradas por unos momentos y meditó durante unos segundos. Y tampoco podía entender lo que unos días antes había visto por estos lugares. Por eso, para sí, otra vez se dijo: “Desde estas rocas distingo y tengo frente a mí gran parte del gran escenario del mundo. El barranco profundo que lleva a lo hondo del infinito, el Barranco de la Luz que abre a la sabiduría, la Cañada de la Hierba que recoge en sí mismo, la Llanura de la monotonía y las crestas rocosas que no llevan a ningún sitio”.

Y estaba el sabio embebido en este pensamiento, cuando oyó el murmullo. Miró para el camino y las vio. Era tres muchachas, una delgada, la

otra bajita y la tercera un poco más gruesa. Les preguntó:
- ¿Estáis buscando algo?
La más alta dijo:
- Acabamos de venir desde el otro lado del mundo y queremos conocer este lugar del planeta.
- Puedo acompañaros y explicaros las cosas que por estos lugares hay.
- ¿Acaso tú eres sabio y conoces a fondo todo lo que por estos sitios existe?
- Me gusta ofrecer respeto y cariño y compartir con los demás las cosas que sé.
- Pues te lo agradecemos mucho si nos orientas un poco.

Y el sabio se pudo y, durante largo rato, les explicó a las muchachas los detalles esenciales de todo lo que ante sí tenían. Con muchos matices y descubriéndole la más pura sinceridad. Cuando terminó les dijo:
- Puedo acompañaros para explicar con más detalles cada uno de los rincones que ya os dicho.
Y la más regordita de las tres chicas dijo:
- Iremos solas y recorreremos el camino que atraviesa la llanura de la monotonía.
- Como queráis. Ser libres es algo muy hermoso y, respetar a las personas, es mucho más noble aun.

Las tres muchachas gradecieron y, poniéndose en camino, comenzaron a moverse hacia la llanura de la monotonía. Pero antes de alejarse mucho el sabio les preguntó:
- ¿Cuánto tiempo vais a estar en este país extranjero?
- Solo tres meses.
- Nos volveremos a ver al final de ese tiempo.

- ¿Para qué?
- Quiero que me contéis, al final de los tres meses que vais a estar por aquí, los resultados de la decisión que estáis tomando ahora mismo.
Y ellas ya no dijeron nada más. Protegiéndose entre sí, se alejaron por el camino hacia la llanura de la monotonía.

Dormirse plácidamente

Por la noche había llovido. No mucho pero sí lo suficiente para que la tierra y la hierba se mojara. Por eso, al amanecer, se revolucionaron los mirlos. Junto con los gorriones del acebo, canturrearon durante un rato, y luego se hizo el silencio.

Se asomó a su ventana y vio el árbol de las mimosas y a los almendros cargado con cientos de florecillas. Aun no había llegado la primavera pero ya parecía que sí. Por eso, durante unos minutos, se sumió en los recuerdos. Y, una vez más, deseó que el día de hoy le trajera algunos trozos de sus sueños.

Miró en el ordenador y no encontró ningún mensaje. Luego miro en el móvil y tampoco vio ni llamada perdida ni mensaje nuevo. Se volvió a la cama, se arropó como si en realidad el día ya hubiera pasado y quiso dormirse.

Tenía fiebre y un gran resfriado. Deseó no pensar nada. Ni siquiera imaginar que, a lo largo del día, el teléfono sonara o en el ordenador apareciera

algún correo. Y ni siquiera quería alimentar la esperanza de que esto sucediera.

Tampoco quiso mantener viva la ilusión de que, algún día y en Dios, todo fuera según siempre había soñado y necesitado. Dios estaba tan lejano y, ahora mismo, la realidad agobiaba tanto. Por eso se arropó un poco más, hizo un esfuerzo para no seguir pensando y se pidió a sí mismo dormirse plácidamente.

El Universo en una palabra

Hay palabras que, a veces, contienen la vida entera de una persona, todo un mundo, el Universo con toda su hondura y belleza. Y ni siquiera son palabras exclusivas ni hay que rebuscarlas en el diccionario. Tampoco es necesario pronunciarlas o escribirlas con intenciones muy concretas. Simplemente son palabras cotidianas que nacen y se llenan de la abundancia, de lo mejor del corazón, del alma misma. Te voy a contar, Sinombre, para que lo sepas.

Ayer por la tarde yo lo vi una vez más. Antes de que se pusiera el sol salió a dar su paseo de siempre. Por el barrio del Realejo y aprovechando el sol, ya casi de primavera, aunque todavía estemos en invierno. Atravesó el Campo del Príncipe y subió por la Cuesta de San Cecilio. Y, antes de llegar a los jardines del Carmen de los Mártires, se paró. A contemplar y jugar un poco con uno de los mirlos que por ahí vive. Por entre los naranjos, cipreses y laureles en los

jardines de los pequeños cármenes. Ahora ya los mirlos están revolucionados y cantan por las mañanas y al atardecer. Intuyen la llegada de la primavera y buscan pareja para hacer el nido.

Y, asomado a la tapia por donde rebosa la hiedra, estaba. Frente al sol de la tarde y siguiendo los revoloteos del mirlo. Meditaba, solo para sí y en silencio, la infinita y exquisita belleza que por tantos sitios grita. Se decía: "De cualquier cosa, hasta de un mirlo, de la puesta del sol, del revoloteo de un gorrión y del airecillo que acaricia, se podrían escribir muchos libros. No entenderé nunca por qué las personas tienen que inventarse tantos mundos fantásticos para contar historias cuando es tanta belleza en las normales cosas que a diario nos rodean".

Meditaba y rumiaba estos pensamientos cuando, de pronto y a sus espaldas, se paró un joven. Y, sin más, le llamó la atención diciendo:
- ¡Disculpe!
Miró y preguntó:
- ¿Sí?
Y el joven:
- ¿Eres sacerdote?
Se quedó pensativo y al rato preguntó:
- Es la primera vez, en la vida, que nos vemos. ¿Por qué me haces esta pregunta?
El joven dudó un poco y, pasado unos segundos, aclaró:
- Si no se va a reír de mí se lo digo.
- ¿Por qué iba a reírme de ti?
- **Es que le he visto en la cara mucha bondad**.

Hubo un silencio colmado y, pasados unos segundos, el joven siguió bajando por la calle. Él se despidió del mirlo y siguió subiendo dirección a los jardines del Carmen de los Mártires. Pensando en lo que le había dicho el muchacho. Ninguna palabra extraña ni rebuscada en las páginas del diccionario. Pero sí la más apropiada, la más rotunda, la más llena. Y así es: a veces, en la vida y cuando menos lo esperamos, se pueden oír cosas como ésta. Palabras sencillas que contienen un mundo entero, una vida completa, lo mejor, lo más hondo y bello del Universo.

Pequeño diario

15 de agosto

Un año más en Segura de la Sierra. Y en esta ocasión sin ti, sin la Princesa, sin la niña del Cortijo de la Viña, sin Lucera, sin… ¡Cuantas ausencias, que en realidad, son pérdidas! ¿Cuántos años van ya con éste? Según mi cuenta, son más de ocho aunque pudieran ser veinte. Y solo un año has venido conmigo a este pueblo. Fue hace ya cuatro. ¿Lo recuerdas? Sí, el año de Lucera y nuestras pequeñas excursiones por las sierras cercanas a este pueblo.

¿Que te cuente de Lucera, de la niña nuestra, de la Princesa, de Segura de la Sierra, de la Fuente Imperial, del Ayuntamiento, de lo que ha pasado y pasa en este pueblo? Sí, voy a contarte, tengo necesidad y creo que es mucho. Pero quiero hacerlo poco a poco. Lo mismo que en aquel año. Porque ¿sabes? Se me acumulan los recuerdos y emociones y, como en aquellos tiempos, todo quiere salir a la vez y yo no quiero. Es valioso todo lo que este año por

aquí me encuentro. Aunque también algo triste y doloroso. Pero bien sabes tú que así es la vida. Todo, todo se lo va llevando el tiempo y éste corre mucho más de lo que a veces quisiéramos. ¡La vida misma!

Así que empiezo diciéndote que este año no estás porque te marchaste hace dos primaveras. ¿Lo recuerdas desde el cielo donde vives ahora? Te marchaste aquella primavera de abundantes lluvias y millones de flores y lo hiciste en el rincón del Cortijo del Chorrillo, donde quería tu dueño y la primera princesa que jugó contigo. Desde allí mismo te marchaste. Junto al rincón de las nogueras y el rincón sagrado del rosal silvestre. ¡Qué hermoso aquel lugar y qué tristes los recuerdos aunque todo sea tan bello! Como si fuera la pequeña antesala del cielo que ocupas ahora. Desde el día en que te fuiste ¿que por qué traigo por aquí, Segura de la Sierra y este mes de agosto, tus últimos momentos y el rincón del rosal silvestre? Tengo mis razones y te las voy a decir en su momento.

Tarde del día 15

Yo llegué, a este pueblo de la cumbre, ayer al mediodía. Y la primera impresión, según llegaba, es que todo estaba como el año pasado y como el anterior y el otro. Eso era lo que parecía pero enseguida he visto que algunas cosas han cambiado.

Esta noche he dormido muy relajado. Ha hecho fresco, casi frío. Como aquellas noches del año que estuviste. Pero anoche, solo a ratos, se oía la música de Orcera. Ya sabes: en estos días es cuando se celebran las fiestas. La feria que ha dado comienzo

precisamente esta mañana. Por eso allí la misa ha sido a las doce del día y, aquí en Segura, será esta tarde a las ocho. Vendrá mucha gente, seguro. Y hasta puede que algunos de los que conoces tú.

Ahora mismo, a las cinco y media de la tarde, escribo esto sentado en la iglesia. Desde el silencio total y al fresco puro. De vez en cuando entran algunos turistas, preguntan algo, miran y se van. Pero las palomas que revolotean en el tejado de esta vieja iglesia, ni siquiera son las mismas que conociste. Ahora hay menos. Solo cinco he visto hoy. Sin embargo, la Fuente Imperial de Carlos V, sí continúan con sus dos caños de agua clara. ¿Te acuerdas? Bebiste en ella muchas veces y también Lucera y el perro Yaky.

Ni Lucera ni Yaky están este año ni tú tampoco. Pero los turistas, solo algunos, siguen echando monedas en el agua de la fuente. ¿Con qué intención? No lo sé. Ya sabes como somos las personas. Y los turistas, solo algunos de los que por aquí pasan, se hacen fotos en la fuente. Se lavan las manos, beben y luego se van. Ellos no son como nosotros, que una vez y otra nos quedamos. ¿Y sabes qué pienso? Que ellos lo hacen mejor que nosotros. ¿Para qué quedarnos un día y otro y un año detrás de otro? Ya ves luego el resultado de las cosas. Por más que la vida y los sueños se alarguen en el tiempo, ni son mejores las cosas ni se consigue lo que esperamos. Por eso este año y ahora mismo me pregunto: ¿qué sentido tiene y para qué sirve que yo otra vez haya vuelto a este pueblo?

16 de agosto

La fuente, el Pilar de Carlos V, por las mañanas tiene un encanto especial. Lo contemplo desde la pequeña ventana de la casa donde me cobijo y me gusta. El silencio es total, a las ocho y media. Solo se oye el rumor del chorrillo del agua y nada más. Ni siquiera una persona se ve por ahí ni en la plaza del pueblo ni por las calles que hay aquí mismo. Parece como si todo el pueblo estuviera deshabitado. Pero los claros chorrillos que caen al pilar de piedra donde tú bebías, dan mucha compañía en estas primeras horas de la mañana. Como si fuera lo único que ahora existe por aquí.

También el hermano de Miguel, el panadero. ¿Lo recuerdas? Aquel año varias veces te regaló trozos de pan duro y a ti te gustaba. Pues, a estas horas de la mañana, como aquel año, ya tiene el horno encendido. Por la chimenea sale un buen chorro de humo negro y perfuma la quietud del pueblo. Huele a pan recién cocido, a leña de pino y a carbón. El horno de Miguel y su pan recién hecho por la mañana temprano, siempre es lo mismo un año detrás de otro. Igual que la fuente y las cuatro palomas que viven en el tejado de la iglesia. Vienen a beber a la fuente, picotean por la calle que pasa por delante de la puerta de la iglesia y este es su mundo.

¿Sabes? Ayer saludé a Pilar, la de los amigos de Segura. Hablamos durante mucho rato y de muchas cosas de este pueblo y me preguntó por ti. ¡Qué triste me sentí! Ella no sabía que tú te has muerto. Tampoco lo saben otras muchas personas que también me han preguntado por ti. ¿Quieres saber lo que le dijo? Te lo voy a contar pero antes te diré lo

que unos y otros me están diciendo del Ayuntamiento de este pueblo. Y eso sí que es triste.

Después de lo que me dijeron, ayer por la tarde me fui dando un paseo y miré. No podía creerme lo que vi. El bonito edificio de piedra, lo que en tiempos muy lejanos fue el colegio de los jesuitas, lo han roto sin miramiento alguno. Han puesto andamios por un lado y otro y ahí todo manga por hombro.

Por la tarde

¿La tarde? Se ha nublado, se mueve un poco de viento y hace fresco. Como si ya no fuera verano y lo es. ¿Y la mañana? A lo largo de toda ella no ha dejado de llegar turistas a la iglesia. Muchos pregunta pero por ti no lo hace nadie. Tú no existes ya y menos para las personas que llegan y van de paso por este pueblo. En este pueblo solo tres fueron los que te conocieron y ni siquiera prestaron mucho interés en aquellos días. Hoy menos.

¿Lucera y Luís? Ya sabes que Lucera tampoco existe. Y Luís, ha tenido grandes problemas de salud y ahora anda mal y con mucha preocupación. No tiene apenas fuerzas aunque sí voluntad. Su huerto, el de la Nogueruela, en aquel barranco se lo comen lo ciervos, las cabras monteses, loso jabalíes y la soledad. Dos años hace ya que no va a él. No puede, no tiene ni a Lucera ni tampoco fuerzas para andar por aquellos caminos.

Pero a Luís esta mañana me lo he encontrado sentado junto al arco. El que hay a la

entrada del pueblo, cerca de la estatua de Jorge Manrique. Le he preguntado:
- ¿Qué es lo que pasa con el Ayuntamiento?
- Nadie lo sabe.
- Lleva ya más de un año en obras, todo parado y con la grúa ahí clavada.
- Eso sí que lo sabemos. Y la misma pregunta que me haces tú se la hacen muchas personas de este pueblo.
- ¿Y nadie sabe nada?
- Y si alguno lo sabe no quiere decirlo.

Pero ¿sabes tú? Poco a poco y, por un lado y otro, me voy enterando de cosas. Ya sé más de lo que imaginaba y nada parece tener buena pinta. Te iré contando.

17 de agosto

¿Te acuerdas de la fuente Góntar? Sí, los viejos y antiguos lavaderos, por donde el prado donde viviste. Pues, en la fina mañana de este domingo, he ido por el rincón. Solo de paseo y para recordar. Y claro que te he echado de menos. Mucho y más en un día como el de hoy. Pero, de lo que he visto por donde la Fuente Góntar, el prado y los álamos, quiero decirte algo.

Los lavaderos, la pequeña caseta que los protegía y todo el entorno, lo han arreglado. Le han puesto pequeñas mesas de piedra, lo han pavimentado, han trazado pasillos también con piedras y cemento y han puesto barandas de madera. Los dos caños que llenaban las piletas donde bebiste aquellos días, han sido restaurados. Le han puesto un

frontal con losas de pizarra y, los tubos de hierro oxidado, los han dejado. Pero el agua, en lugar a las pilas como ha sido siempre, la han metido por la pared y la sacan a la entrada. Aquí han construido unas pequeñas pilas desde donde el agua va a la alberca. ¿Te acuerdas?

Te hablo de la alberca que, desde tiempos inmemoriales, ha servido para regar las huertas. En esta alberca se acumula el agua que luego usan para los riegos. La han respetado. Lo único que han respetado en estos viejos lavaderos. Y también los tres viejos álamos del prado que fue tuyo, en aquel verano. Y están verdes como si ahora mismo fuera primavera. El prado del pasto oro sigue igual. Muy lleno d pasto porque ahora ni Lucera ni tú os lo coméis ni tampoco las ovejas y cabras de aquellos antiguos pastores y cabreros. Pero el prado, los álamos y todo el entorno, da gusto verlo. Aunque sea tan triste por tantas ausencias.

¿Que si me han gustado las cosas nuevas que por el rincón han hecho? Como está recién hechas tienen su atractivo. El entorno se ve muy limpio. Pero ¿lo seguirán cuidando para que se mantenga igual? Ya sabes: cuando pasa el tiempo, unos y otros, dejan las cosas abandonadas. Pocos son los que muestran interés en conservar, limpio y en buen estado, lo que otros han hecho antes.

18 de agosto

Como bien sabes tú en este pueblo casi nunca hace calor en verano. Aunque en otros rincones de España las temperaturas sean insoportables, en

Segura de la Sierra, siempre hace fresco. Y, sobre todo, por las noches. De madrugada esta noche misma, he tenido que arroparme con una manta. Como aquellas madrugadas que me quedaba a dormir contigo en el Prado Góntar. ¿Te acuerdas?

Pues lo mismo que aquellas noches, ésta que hace unas horas se ha ido, también tenía luna. Redonda como un queso entero y brillante como el lucero el alba. Desde mi cama, en la casa prestada que ahora tengo, la he visto. Me asomé al tejado de la iglesia de los jesuitas y también he visto los olivares bañados por la luz de la luna. Cuando más denso era el silencio y con el fresco de la noche. Hermoso espectáculo pero, ya te lo he dicho, para mí triste.

¿Sabes? Este verano, los días que ahora mismo vivo, no me está resultando nada gratos. Me faltas tú, la niña, la princesa, aquellas tres buenas amigas que conocimos el otro año y también otras personas de este pueblo. Para mí, por todo esto, la estancia en el pueblo me resulta extraña y dura. Es como si nada me alegrara o como si no tuviera interés por nada de lo que por aquí hay.

Sin embargo, esta mañana, hace un rato, a unas personas que conozco, les he hablado de ti. ¿Te acuerdas que aquel año hicimos once rutas entorno a este pueblo? Las recogí en un pequeño librito y hoy se lo he regalado a una persona que sí sabe algo de ti. Con la ilusión de que lo publique. Me gustaría mucho porque creo que es algo útil, como lo es tu historia, pero no tengo muchas esperanzas. En este pueblo hay poco entusiasmo para algunas cosas. Y menos interés en publicar algo de lo que escribo yo. Lo

siento. Quizá por ello es por lo que me siento desanimado. Y también por lo que no encuentro gusto en casi nada. ¿Sabes? Cada año compruebo más y más que la propaganda que le dan a este pueblo casi nada tiene que ver con la realidad. El mundo de las cosas del turismo, a veces creo, como si no sirviera para nada. Lo que proclaman se parece poco a la realidad que luego se ve.

20 de agosto

Poco ha sido lo que este año he visto por aquí. Y también poco ha sido lo que he escrito. Y ya mañana me marcho. También pocos días han sido los que he estado en el Pueblo de la Cumbre. Todo por aquí este año es otra cosa. El Ayuntamiento sigue con sus obras, no han quitado la grúa gigante y sí han roto, como ya comenté, parte del edificio antiguo, un buen trozo de la muralla y otras muchas más cosas en el interior de lo que fue el colegio de los jesuitas. ¡Una pena!

¿Y sabes? Como ya te comenté, en estos días, he ido preguntando a unos y otros y me han dicho lo que no quería oír.

- Parece ser que, los dos millones y algo que presupuestaron, se han perdido nadie sabe dónde y ahora no tienen dinero para seguir con las obras.

Es lo que me decía alguien.

- ¿Y por qué la grúa lleva ahí un año entero clavada en el mismo sitio?

- Tampoco lo sabemos.

Y es que la grúa, de más de cuarenta metros de alta, sobresale por encima de todas las casas del pueblo. Se le ve desde la Puerta de Segura y desde

todo el valle y resulta de lo más feo. ¿No podrían quitarla? Y es por esto y otras cosas precisamente por lo que este año me siento triste. Tanto que ni siquiera me gusta ya este pueblo. Las personas no tienen culpa de nada. Al menos las personas sencillas, mis amigos. ¿Y los otros? ¿Los que tienen decisiones sobre las cosas que he contado? Ellos y sus historias es otro cantar. No solo están destruyendo el valor y belleza del pueblo sino que ni siquiera parecen mostrar cariño por lo que tienen entre sus manos. Como si solo les interesara el dinero. Y cuando digo esto sé de lo que hablo.

El Poema

Será por los años
que ya me siento viejo,
será que estoy cansado,
ya sin sueños,
sin amigos en este mundo,
sin gusto por lo bello
ni por los colores del bosque
ni la luz del arroyuelo.

Sí, seguro
será por todo esto
y por lo desilusionado
y lo que duele el cuerpo
y las horas que pasan
en los brazos del tiempo.

Sólo Dios lo sabe
pero sí,
debo sentirme viejo
y por eso ahora mismo

solo quiero
dormirme con la tarde
y de este pueblo,
el que tanto de mí sabe
y tan hondo dentro llevo,
no me llevarme
ni su silencio.
Solo quiero dormirme
como en un suave beso
y marcharme
para siempre de este suelo.

El baúl de la memoria

El pueblo es pequeño, blanco, de casas bajas y alzado justo en lo más alto de la roca. Por eso, todo el pueblo, es como un balcón al amplio valle, por donde se remansan las azules aguas del pantano. Un mirador único en el mundo, no solo frente al valle y aguas del embalse, sino también frente a las hermosas montañas, cubiertas de nieve y espesos bosques.

Por el lado de arriba del pueblo de la roca, sale un camino. Hoy carretera asfaltada, aunque mala y estrecha, pero en otros tiempos fue una vereda de herradura. Uno de los muchos caminos serranos que iban a las aldeas y cortijos. Una más de las muchas sendas que atraviesan las sierras del grandioso Parque Natural y, que ahora, solo usan los turistas y los aficionados a las bicicletas.

El cortijo, lo poco que de él queda todavía, se asienta al final del camino. Muy elevado en las

laderas que sostienen al pueblo pero no en lo más alto de la montaña. Cuando lo construyeron lo hicieron justo sobre un pequeño puntal, muy cerca del copioso venero y a la derecha de la cañada de fértiles tierras. Como si también hubieran buscado que desde el cortijo se viera media sierra. Por eso el cortijo siempre fue un hermoso y estratégico mirador natural, algo más pequeño que el del pueblo pero realmente excepcional.

Aquella mañana de invierno, ya próximo a la primavera, el autobús se paró a la entrada del pueblo. Al borde mismo de la carretera, donde él estaba esperando. La vio enseguida, la saludó, le ayudo a bajar y, sin apenas pronunciar palabras, comenzaron a subir por el camino. Con la mente puesta en las ruinas de la antigua casa y con la inquietud palpitándole en el alma. Preguntó él:
- ¿Cuántos años hace de todo esto?
Respondió ella:
- Dentro de unos días voy a cumplir los cincuenta y mi abuelo murió al poco de nacer yo. Él se fue de esta vida con setenta y dos.

Media hora más tarde llegaron a la pequeña explanada. Por delante de las ruinas del cortijo. Y, durante unos minutos, aquí se pararon y observaron despacio sin pronunciar palabra. Luego ella lo fue guiando, salvando las piedras de la ruina y los trozos de paredes, restos de lo que había sido el gran cortijo. Y, conforme iban de un lado para otro, en la mente de ella se activaban los recuerdos: “Esta fue mi habitación, allí teníamos la cocina, en éste rincón estuvo la despensa, en aquella habitación murió mi abuela, aquí… ¡Qué lástima de todo esto!”

Y se pararon por el lado de arriba. Por donde la roca del manantial, frente a unas cuantas piedras grandes y un poco en forma de losas. Tapaban la entrada de un pequeño hueco.
- Aquí es donde lo guardaban mis padres.
Dijo ella.
Y él se puso y, con gran esfuerzo, fue apartando las piedras. No tardó mucho en aparecer el hueco y, al fondo y un poco hundido en el suelo, se vio la caja. Un baúl, construido de madera de pino laricio, ya color ceniza pero con aspecto de sano y recio. Sacó ella la llave de su bolso, se agachó y lo abrió. Y, antes sus ojos, aparecieron los manojos de papeles. Algunos en forma de cuaderno y otros en hojas sueltas todas muy amarillas y llenas de letras trazadas a mano.

Aclaró ella:
- Mi madre me decía que algunas de estas cosas están escritas por el abuelo de mi abuelo. Muchos de estos cuadernos también los escribió mi padre y algunos les escribí yo, en los años que viví en este cortijo. Los hechos, las vivencias, la memoria de casi doscientos años. Y, sobre todo, la historia de cuando declararon estas montañas Coto Nacional y en la etapa de la construcción del pantano. El Coto Nacional y el Pantano, fue la ruina de todos nosotros. A raíz de estos acontecimientos, tuvimos que marcharnos de estas montañas. ¿Crees tú que se podría escribir un libro con todo esto?

Tener amigos
¿Para qué escriben
los que escribimos?

Necesitaba tener amigos. Cada día se encontraba más viejo, se sentía solo, continuamente echaba de menos a alguien con quién charlar y tenía necesidad de cariño. También deseaba compartir sus cosas: fotos, relatos, libros…

Necesitaba de amigos y, por eso, buscaba la manera de conocer personas. Y pensó un plan: en sus ratos libres se dedicaría a recorrer la ciudad. Siempre solo pero siempre con su cámara, su bolígrafo y su cuaderno. Para ir sacando fotos de los edificios, de las fuentes y plazas, de las puestas de sol, de las flores, de las nubes y de los colores del cielo. Y, con su bolígrafo y en el cuaderno, iría tomando nota de todas estas cosas. Para que no se le olvidara nada y así, aprender mucho y conocer cada día un poco más. Hasta hacerse por completo un buen experto en la historia, calles, fuentes, plazas y monumentos de la ciudad. Un año y medio, calculó que tardaría en realizar este sueño.

Y, en su plan seguía imaginando que, mientras consumía este tiempo, iría amontonando material y dando forma, poco a poco, a algunos libros. De las fotos más bellas, de los poemas más hermosos, de los relatos más interesantes, de los mejores cuentos, de… Porque, también imaginaba que, con toda esta riqueza artística y material, luego podría presentarse a las personas y ofrecerse para acompañarlas por la ciudad. Para enseñársela y contarles la historia de los monumentos y la belleza y

emociones de las hermosas puestas de sol. Este era, según imaginaba, el plan perfecto para conocer personas y hacer amigos.

Y también pensó que, aun sería mejor si en este plan suyo, aprendía a volar. Sí, desde el famoso mirador, en el centro histórico del barrio más antiguo, podría hacer prácticas de vuelo. Para de este modo, cuando ya supiera volar, enseñar a las personas que conociera y se animaran a recorrer con él la ciudad. Ellas verían así, desde una perspectiva única y muy original, la gran belleza de este singular rincón del mundo. Se sentirían felices y agradecidos y, para él, esto sí que sería un modo perfecto de conocer gente y hacer amigos. Ofreciéndose generosamente, antes que nada, y dando a las personas cosas buenas a cambio de un poquito de cariño y amistad. Y también enseñándoles a elevarse sobre la tierra para llevarlas a lo más puro y perfecto. Al encuentro consigo mismo pero allá donde el espíritu es libre y ya no condiciona la materia.

Este era, muy resumido, su sueño. Un plan perfecto para acercarse a la gente, charlar con unos y otros, compartir sus cosas, hacer amigos y así amortiguar un poco su soledad.

En los primeros días del verano dio comienzo a su proyecto. Con su cámara de fotos, su bolígrafo y su cuaderno, empezó a recorrer las calles de la ciudad. Los lugares más hermosos, las plazas más importantes, los jardines más frondosos y los sitios más originales. Y, a todo lo que le parecía bonito y le gustaba, le hacía fotos. Se sentaba y escribía una sencilla descripción y redactaba un breve poema. Para

vestir las cosas de una emoción y belleza íntima y especial.

Y, al caer las tardes, regresaba a la soledad de su vivienda. Se ponía y revisaba las fotos, los textos y los poemas. Al tercer día se puso y comenzó a darle forma al primer libro. Luego al segundo, el otoño, al tercero, al cuarto en los meses del invierno y al quinto, en la primavera y otra vez en verano. Recogiendo en cada uno de estos libros, los matices, colores y olores, de las cuatro estaciones del año de la que, para él, era la ciudad más bella del mundo. Por eso, en cada página de estos libros, fue dejando, los más sinceros trozos de sí mismo y su amor por las cosas y la vida.

Pasó el año y medio y con sus libros, hermosos y únicos porque estaban repletos de la fotos más bellas, de los textos más sinceros y de las poesías más sentidas, se fue a la imprenta. Los imprimió e hizo varias copias de cada uno. En su habitación los fue colocando. Y, mientras lo hacía no dejaba de pensar en los amigos que, por fin, conseguiría. Se dijo: “Ahora me iré por las calles y cuando me encuentre con algún turista, chica joven y muchacho, consultando un mapa o preguntando por algún lugar concreto de esta ciudad, le regalaré algunos de estos libros míos y seguro que se sentirá bien. Me ofreceré para acompañarlo por la ciudad y para explicársela y nos haremos amigos. Por fin compartiré mis cosas con las personas y por fin haré amigos y seré feliz y rico”.

Y, aquella misma tarde, con un montón de libros bajo el brazo, se fue al famoso mirador, en el

centro histórico de la ciudad. Donde más personas hay cada día y cada hora. Y, sobre todo, personas con grandes deseos de conocer cosas y recorrer mundo. Y, al verlos, más que nunca se le llenó el corazón de amor y respeto por todos ellos. Y más que nunca deseó conocerlos de cerca y hacerse amigo. Pensó gritar y anunciar con voz potente su presencia y el regalo de sus libros. Pero luego se dijo que era mejor ir uno a uno, saludando con respeto, ofreciendo un libro, una sonrisa y sus deseos de hablar y llevarlo por la ciudad para enseñársela. ¿Y a volar? Luego, en su momento, también pensaba hacerlo.

Se acercó a una muchacha joven y le ofreció su primer libro.

El mensaje del libro

Arriba, en todo lo alto, se congregaba la multitud. Muchos hombres, mujeres y niños, venidos de muchas partes. Y, principalmente, de las grandes ciudades, de las aglomeraciones y de aquellos pueblos que ahora imitan a las ciudades grandes.

Y, la montaña donde en todo lo alto se congregaban, aquella mañana estaba hermosa. Cubierta por completo de bosques, todas las laderas surcadas por mil arroyuelos claros, tapizada por extensas alfombras de verde hierba y arropada por hermosas nubes blancas. Como si, el grandioso escenario, hubiera sido preparado por el gusto del artista más sabio.

Y la gran multitud esperaba. Con la boca abierta y mirando al que, en mitad de la ladera, tenía el libro en sus manos. Preparado ya para empezar a leer y mirando emocionado a la gran masa hambrienta. Dijo, el que entre la multitud parecía un director:
- Empieza cuando quieras. Por nuestra parte ya tenemos preparado el cheque para pagarte en cuanto termines. Es un cheque millonario.

El que tenía el libro entres sus manos, se preparó para empezar a leer. Pero antes, para sí, se preguntó: "¿Qué habrá pasado, qué será lo que está pasando en el mundo para que tantas personas ahora vuelvan a las montañas? Como si cada uno viniera en busca de un tesoro muy especial o en busca de sí mismo. ¿Qué está pasando en el corazón de las personas?"

Y abrió el libro por la hoja principal. Justo donde estaba escrito el sencillo mensaje que esperaban oír los que, en lo más alto de la montaña, se habían congregado. Y con tanta ansias esperaban el mensaje contenido en el libro, que de pronto, todos quedaron en silencio. Conteniendo la respiración y mirando hambrientos, muy hambrientos.

Cuando la lluvia cae

A la derecha del río, en la ladera, frente al sol de la tarde y entre almendros, se encuentra la peña. Una gran roca, llana por la parte de arriba y justo al borde mismo de la senda. Como un grandioso mirador

natural sobre el valle, frente al sol de la tarde y frente a Granada, desparramada por la vega.

Y aquella mañana, todavía un poco antes de la llegada de la primavera, llovía. Mansamente, con algo de frío y sin una chispa de viento. Una mañana preciosa porque ya todo el campo se veía alfombrado en hierba, los almendros comenzaban a mostrar sus primeras flores y, a lo lejos y por entre el bosque de los robles, se oían los cantos de un mirlo. Anunciando, sin duda, la llagada de la estación más hermosa del año y celebrando la abundante lluvia.

Él subía despacio. Contando cada paso por la vieja senda y meditando. En su soledad de siempre, en su sueño interior y en su dolor pequeño. Nadie lo veía ni le acompañaba. Solo la lluvia que le resbalaba por la cara y las densas nubes que todo lo cubrían. Y, al llegar a la gran roca, la misteriosa y hermosa plataforma, reluciente de agua y alzada como entre el cielo y la tierra, se subió en ella. Por el lado de arriba que es por donde en la peña hay pequeños escalones naturales.

Por aquí se elevó y, cuando ya estuvo en lo más alto, se quedó quieto frente al río y observó. Bajo la densa lluvia que caía como acariciando y la quietud ancha que mostraba la sierra. Solo el cielo lo estaba viendo y también el mirlo viejo que no paraba de cantar por el lado de la derecha. Pero su corazón, su dolor y su blanco sueño, parecía escapársele del alma y, en un invisible vuelo, írsele por entre las nubes a lo lejos. A nadie se lo había dicho nunca pero por ahí parecía tener su vida desde hacía mucho, mucho tiempo.

En lo más llano de la roca se sentó. Miró sin prisa el fantástico momento y meditó y gustó el trozo de eternidad que, sinceramente abrazaba, desde arriba y desde abajo. Y, a su mente, vino aquel día tan especial, hacía ya años. Sobre la misma roca, se sentaron mientras la niña jugaba unos metros más abajo. Con la hierba, las florecillas, el agua clara del arroyuelo y con ella misma.

Dijo el hermano:

- Yo no entiendo, nunca podré entender, cómo te duele tanto el recuerdo. El de ellos y el de ella. ¿Quiénes fueron y quién fue para ti?

Y aclaró él:

- Ellos fueron buenos, los mejores del mundo y los echaron de estas tierras suyas y los machacaron. Pero sé que, para siempre, por aquí se han quedado.

- ¿Por eso, cuando vas por estos campos, caminas despacio y lloras a escondidas? ¿Tanto los querías y tan especial fue ella para ti?

- Nada, nunca, nunca, podrá justificar la muerte de un hermano. Y menos la muerte de un corazón inocente y enamorado. Los dejaron sin libertad, los atropellaron y les quitaron sus derechos. Como si no hubieran sido humanos. Fue un crimen y yo lo sé.

- ¿Y ella?

- Por entre aquellas nubes se fue y por ahí la espero o me espera.

Aquello le dolió y le sigue doliendo. Por eso se hizo amigo de la lluvia y por eso acude a esta roca cada día. A rezar mientras espera. Y, entre las cosas que cada día sueña, también siempre se encuentra ella. De aquí que, desde lo más noble de su corazón,

cada día implore al cielo diciendo: “Que vuelva, Dios mío, que vuelva y que, con su luz, se iluminen de nuevo estos lugares. Que vuelva y que aprenda de ti que nada hay más hermoso en esta tierra que la lluvia que nos regalas y los latidos de un corazón bueno”.

A la derecha del río, clavada en la ladera y cerca de la senda, se ve la roca. Como púlpito frente al tiempo, frente a la tarde y a las nubes. La lluvia cae y le resbala por la cara. Las nubes revolotean y el tiempo, como si no pasara. Pronto llegará la primavera y los almendros se cubrirán con millones de flores. Y los campos, con tanta lluvia, este año se vestirán con las mejores alfombras de hierba.

Un amigo especial

Era invierno, caía la tarde y hacía mucho frío. Sobre las cumbres de Sierra Nevada la nieve relucía blanca. En el Cortijo de la Viña, junto al calor de la chimenea, la niña preguntó a la madre:

- De todos los amigos que has tenido en tu vida ¿Cuál fue el mejor?

- Todos fueron importantes y buenos y, por eso, a todos los guardo en mi corazón. Pero, en este corazón mío, siempre tendré un lugar muy especial para el que ha sido mi mejor amigo. El único.

- ¿Puedes contármelo?

Y la madre narró a la niña:

- Tú sabes que en este Cortijo de la Viña he vivido casi toda mi vida. Por eso, de pequeña, muy poca veces tuve amigas para jugar. Ya con once años, sola iba

todos los días al colegio. Cargada con mi mochila y recorriendo la distancia que separa este cortijo nuestro de la ciudad. Y nunca tuve miedo ni de nada ni de nadie. Pero si echaba de menos niños de mi edad para jugar y compartir los sueños que, a esta edad, todas las niñas tenemos.

Así transcurría mi infancia hasta que un día, ya próximo a la Navidad, ocurrió lo que siempre he considerado un milagro. Al caer la tarde volvía yo del colegio y, al dar la curva en el camino, por donde el bosque de los castaños, me lo encontré. Sereno, hermoso y mirándome de frente con sus grandes ojos negros. Sin asustarme lo saludé y le dije:
- ¿Quieres ser mi amigo?
Sin pronunciar palabra oí que me dijo que sí. Y, entonces, le pedí que me acompañara. Y, como si nos hubiéramos conocido de toda la vida, se vino conmigo. Caminando lento a mi lado y mirándome de vez en cuando. Un poco antes de llegar al cortijo, lo despedí diciéndole:
- Mañana nos vemos.

Sin decirme nada se dio media vuelta y, caminando lento, se perdió por entre la espesura del bosque. Aquella noche soñé con él. Por eso, a la mañana siguiente, en cuanto me levanté, preparé rápida mi mochila y me fui al colegio. Pensando en él iba cuando, al dar la curva del camino, otra vez me lo encontré. Lo saludé, le ofrecí un pequeño regalo y, al poco, lo despedí hasta la tarde.
- Espérame que en cuanto salga del colegio estoy contigo.
Y así fue. Y, aquella tarde me fui con él por el bosque y, durante mucho rato, jugamos juntos. Fue una de las

tardes más bellas de mi vida. Corrimos, cortamos tallos de hierba, bebimos agua en la corriente del arroyo, subimos por la loma de los almendros, nos paramos por donde las nogueras y, al final, de los rosales que a ti tanto te gustan, hicimos un pequeño ramo de rosa. No sabía por qué ni qué hacer con estas flores pero me sentía tan feliz que todo era hacer cosas para que él lo supiera. Le hice muchas preguntas pero a ninguna me respondió.

Nos despedimos cuando ya caía la noche. Al día siguiente volví a verlo y luego por la tarde y al otro día. Así todo aquel mes de enero y parte de febrero. Y, tanto me gustaba verlo y estar a su lado que empecé a madrugar más que nunca para estar a solas con él, cada día un rato, antes de entrar al colegio. Mi corazón de niña, se había llenado de la ilusión más bella. Y por eso, te lo repito, me sentía tan feliz que el mundo entero me parecía el más bello de los cielos. Y él era para mí mi príncipe azul, mi compañero fiel, mi salvador… El verdadero amigo fiel y en quien podía confiar todas las ilusiones y temores de mi pequeño corazón.

Un día, la maestra me habló de él diciendo que era un cabezota y me enfadé. Otro día, varias compañeras de clase me dijeron que él nunca llegaría a ser un buen amigo para mí. Y esto también me enfadó. Tanto me disgusté que, aquel día al volver y encontrarme con él en la curva del camino, le dije:
- Esta noche vengo a tu encuentro y nos escapamos. No quiero que nunca nadie más me hable mal de ti. Y menos en el colegio. Todos me dicen que no eres bueno y yo sé que se equivocan. Como tú no hay otro en este mundo y yo te quiero.

Y, al caer la noche, me escapé del cortijo, corrí por el camino y me encontré con él. Nos fuimos juntos, escondiéndonos por entre el bosque, y en las ruinas del cortijo viejo que hay cerca del río, nos refugiamos. Quería irme con él, lejos muy lejos. A donde nadie nos dijera nunca más que yo no me comportaba bien y que él era malo.

Aquella noche hizo mucho frío. Y, para calentarme, me acurruqué entre sus orejas y su cuello. Dormí como una reina. Con él en mi mente y en mi corazón y confortada por el calorcito de su cuerpo. Al día siguiente nos despertaron las voces de mis padres. Y, al oírlos, me asusté. Pensé que venían a por mí para encerrarme y castigarme pero me equivoqué. Al verme, mi padre se alegró y mi madre me dio un abrazo y me trajo con ella al cortijo.

Dos días estuve sin poder ir al colegio. No porque me hubieran castigado sino porque, con el frío de la noche en las ruinas del cortijo, cogí un enorme resfriado. Y, en estos dos días, no dejé de pensar en él. Pregunté y me dijeron que no lo habían visto por ningún lado. Pero, al tercer día, madrugué mucho para ir otra vez al colegio. Quería verlo antes de entrar. Esperé encontrarlo en la curva del camino pero no fue así. Tampoco lo vi al regresar por la tarde. Y, entonces, pregunté por él a uno del cortijo de abajo. Me dijo:

- Lo vi que, durante dos días seguidos, vino por aquí. Me parece que venía a esperarte y, como tú no aparecías, se fue.

- ¿A dónde se fue?

- Lo vi marcharse por la vereda que lleva al bosque de los robles. Después de ese día ya no he vuelto a verlo.

Enseguida pensé que habría ido a buscarme por aquellos sitios donde habíamos jugado juntos algunas tardes. Me sentí culpable por no haberle dicho que no fui a verlo porque me puse mala. Por eso, aquella noche no pude dormir de tanto pensar en él. Y, nerviosa, esperé que llegara el nuevo día para volver a la curva del camino a ver si lo encontraba. Tampoco lo vi ni al otro día ni nunca más. Pero yo seguí preguntando a unos y a otros y nadie sabía decirme a dónde se había ido ni dónde estaba.

Ha pasado el tiempo. Muchos años que para mí han sido una eternidad entera. Ni un solo día he dejado de pensar en él y, con la misma ilusión del primer día, lo he seguido y lo sigo esperando. Aun no he perdido la esperanza de que, en cualquier momento, vuelva. Aunque, muchas veces pienso, que ya no aparecerá por aquí nunca más. Y yo lo sigo queriendo. Como nunca he querido a nadie ni a nada en este mundo. Fue mi primer y único buen amigo y, por eso, siempre, siempre, lo tendré en mi corazón.

Guardó la madre silencio. La niña miraba por la ventana. Fuera, la pequeña llanura que hay entes del arroyo del balneario, estaba toda cubierta de hierba. Y, en esta fina y fresca pradera, pastaba tranquilamente el que ella también consideraba su mejor amigo. Preguntó la niña a la madre:
- ¿Y era tan tierno y suave como este sueño mío, de algodón y miel?
- Igual de hermoso y, desde luego, aunque la maestra me dijo muchas veces que no era bueno, yo sé que

era el mejor de todos. Ni era ignorante ni tampoco un burro ni en su corazón había maldad.

¡La echo tanto de menos!

Ya el otoño iba tocando su fin. Diciembre había llegado. Sobre las altas cumbres, las primeras nieves habían caído, la hierba iba alfombrando los campos y los álamos del río, de sus hojas ya se habían desnudado. Solo en la ladera, cara al sol de la mañana, los robles aun mostraban sus dorados trajes de hojas otoñales. Pero las lluvias, abundantes habían caído, las nieblas revoloteaban por los barrancos y los fríos helaban cada vez más.

Por la llanura de los arroyos, donde las encinas son gruesas y viejas, se le veía con frecuencia. Por las mañanas, con las primeras luces del día, por las tardes, al ponerse el sol y también, alguna vez que otra, en las noches de clara luna. Y para todos era indiferente. Ni siquiera el amigo más cercano, le preguntaba nunca nada. Pero él, siempre caminaba en silencio, pisando las alfombras de las hojas secas, la tierna hierba regada de rocío y meditando en su corazón. Llenando su alma de silencios hondos, de fríos otoñales, de las nieblas blancas y de las luces y sombras que el otoño aun regalaba.

Y aquella noche, ya mediado de diciembre y por eso muy próximo a la Navidad, se quedó a dormir en la casa vieja. La que ya era toda ruinas y, tanto, que ni siquiera techo tenía. Al amanecer madrugó más que otros días y, al salir el sol, ya estaba sentado

frente a la ladera. Por donde se veían los robles ya con sus hojas todas teñidas de fuego y oro. Por eso, en cuanto los primeros rayos de sol salieron, el pequeño bosque de robles en la ladera, se llenó de amarillos y ocres añejos. Como si una luz misteriosa lo iluminara.

Y él, como tantas otras veces, miró al cielo y rezó. Desde su soledad y silencio y con su corazón lleno de pena. Dijo a Dios: “Año y medio hace que se marchó. Y en todo este tiempo, nada he sabido de ella. El otoño, como otros años y tantas cosas en esta vida, ya se acaba. El invierno llega y la Navidad, dentro de tres días, también aparecerá. Ahora, más que otros días y momentos, la recuerdo. Dios ¿qué podrías hacer tú para que volviera? La necesito. ¡La echo tanto de menos!”

EL SUEÑO MÁS BELLO

En las navidades pasadas, en Granada, ha ocurrido un milagro. Te lo cuento y te lo regalo para que lo sepas y lo conserves. Y también para que compruebes que la vida está llena, cada día y en cada momento, de pequeños y hermosos sueños que, a veces, se hacen realidad. Pequeños milagros que, sin merecerlos, el cielo nos regala.

Llegó la Navidad y, en estos días, en él aumentó la esperanza de volver verla. Casi dos años hacía ya que se había marchado de Granada. Dos años que habían sido tan largos como una eternidad donde, cada día, hora y minuto, la recordaba. Por eso,

sin faltar un solo día, al amanecer cada mañana, se había asomado a su ventana y, mientras la añoraba, había rezado al cielo: “Señor, yo la quiero. Ella es buena y en su corazón tiene un gran sueño. Cuídala y haz que vuelva”.

Llegó la Navidad y, con estos días, el frío del invierno. Sobre las altas cumbres de Sierra Nevada, cayeron las nieves. Y también por las montañas, valles y ríos. Desde la ciudad de Granada, desde el mismo centro y desde muchas de sus calles y plazas, Sierra Nevada se veía blanca, inmaculada, reluciente. Como vestida con el mejor traje de novia para la más bella y grande de las fiestas. También a la ciudad la decoraron con miles de luces de colores y, a las iglesias, las llenaron de belenes. Y, por eso, Granada entera y sus tierras, se veían hermosas. Como no ha visto nunca nadie este rincón del Planeta.

Al amanecer, aquel veinticuatro de diciembre, una vez más, él se asomó a su ventana. Desde su corazón sumido en la nostalgia y hondamente enamorado, miró a los paisajes. Dejó que el frío acariciara su cara, escuchó las melodías del mirlo que por entre los árboles del jardín cantaba, observó la blancura de la nieve y luego, alzó sus ojos al cielo y rezó: “Señor, Tú sabes que la quiero. Ella es, además de hermosa y débil, buena, muy buena. ¿No podrías hacer un milagro y que volviera?”

Al caer la tarde de aquel día veinticuatro de diciembre, él se fue a dar su paseo de siempre. Por las calles, plazas y rincones de Granada. Para recordar, una vez más, los sitios que ella había pisado años atrás y para meditarla mientras paseaba en

solitario. A él siempre se le ha viste y se le ve solitario paseando por las calles de Granada. También para hacer fotos de los sitios y momentos para luego mandarlas en forma de regalos. El barrio del Albaicín, el Paseo de los Tristes, la Alhambra y sus bosques, el barrio del Realejo, las riveras del río Genil, las… Todos y cada uno de los rincones más bellos de esta ciudad mágica. Y, por donde dos años atrás, ella había paseado.

Y, al caer la tarde de aquel día veinticuatro de diciembre, regresó una vez más, a su casa. Al llegar le dijeron:

- Han venido a buscarte y no estabas.
- ¿Quiénes han sido?
- Un matrimonio y una chica joven.
- Te han dicho cómo se llaman.
- No han querido decirlo.

Y, para sí y su corazón, pensó en ella. Sin embargo, no podía ignorar que desde hacía casi dos años, desde que se había marchado de Granada, vivía casi en el otro extremo del Planeta.

Llegó la Navidad y, aquella noche, esperó un correo. También una llamada y, confiando en el cielo, un milagro. Nada de estos sucedió. Al día siguiente amaneció lloviendo y, al otro, nevó un poco. Hizo mucho frío y así transcurrió el tiempo hasta el último día del año. Una vez más, este día treinta y uno de diciembre, al amanecer, se asomó a su ventana. Desde su soledad y silencio la homenajeó en un sencillo y sentido recuerdo y, de nuevo rezó: "Dios, ya ves que no puedo dejar de pensar en ella. Y ya ves que, como un niño, no dejo de esperar un milagro. ¡Es tan bella y tan buena!"

Y pensó, que si ella era la muchacha que había venido a verlo, quizá volviera antes de que se terminaran las vacaciones de Navidad. Por eso siguió esperando una llamada o un correo. Por la tarde, solo con él, Dios y su recuerdo, se fue a dar su paseo por las calles de Granada. Llovía y hacía frío. Días tristes de invierno pero muy hermosos porque estaban todos llenos de la añoranza propia que siempre se da por Navidad. La esperaba. En ningún momento se desvanecía en su corazón el presentimiento de que vendría. Por eso, no dejaba de mirar su móvil, contar los días y las horas y rezar al cielo.

Al regresar este día treinta y uno de diciembre, ya casi de noche y con lluvia, de nuevo le dijeron:
- Han venido a verte otra vez.
- ¿Y no te han dicho quienes eran?
- No han querido decírmelo pero yo les he dado el teléfono. Para que te llamen y así os ponéis de acuerdo.
Dio las gracias y de nuevo pensó en ella. Tenía que ser, quería que fuera.

Pasaron los días. Llegó el cinco de enero, día de los Reyes Magos. Dos días después, él sabía que empezaban las clases. Y, ese mismo día cinco, casi a las dos de la tarde, sonó el teléfono. Antes de cogerlo pensó en ella. Y sonó su voz. Sin creerlo pero dando gracias al cielo, dijo:
- ¿Eres de verdad o estoy soñando?
- Soy de verdad.
- ¿Dónde estás?

- En Granada. ¿Podríamos vernos? Tengo mucho que contarte.

Media hora más tarde, bajaba por la Plaza del Triunfo. Imaginándola y soñando el encuentro. Miraba mientras se acercaba y la vio. Junto a la parada del autobús, solitaria, quieta, hermosa… Tal como, desde hacía casi dos años, la había estado viendo en su sueño. Por eso, a medias, creía que fuera cierto pero allí estaba. La abrazó despacio y luego la miró. Sus ojos se nublaron y luego, en la garganta, las palabras se le ahogaron. Poco después caminaron y, en la plaza de Bibarrambla, estuvieron comiendo. Mientras lo hacía ella le contó una extraña historia.

- Es parte de lo que me ha ocurrido en Granada y en estos días de la Navidad.

La escuchó emocionado.

Al caer la tarde, por las calles de Granada, pasaba la cabalgata de los Reyes Magos. La invitó a verla. Aceptó y, cuando se ponía en sol, el colorido, la música y la luz, llenaron las calles de la misteriosa ciudad de la Alhambra. Ella reía, saltaba, agradecía, miraba… A ella se le veía tan feliz o más que a los mismos niños que por las calles correteaban. Y por eso, se mostraba hermosa como a la más delicada y tierna de las hadas. Decía:

- Cuando el otro año estuve en esta ciudad, en Navidad, volví a mi país y por eso no pude disfrutar de estas fiestas. ¡Gracias!

Ya que la cabalgata se alejó por la Gran Vía, despacio cruzaron las calles. Y, uno poco después la despidió.

A las diez de la mañana del día seis de enero, el autobús se la llevaba. Unos minutos antes la despedía:
- Gracias por haber venido y gracias por seguir siendo el sueño de mi alma.
Le dijo mientras le daba un beso y regalaba un abrazo. Después ocultó su cara para que ella no se diera cuenta que lloraba. Y quiso preguntarle que si volvería. Pero, mientras la miraba, le pareció advertí que sonreía y que, en su corazón y alma, se reflejaba la blancura de las nieves de las altas cumbres de Sierra Nevada. Y, entre la blancura inmaculada de estas nieves, le pareció descubrí el azul de su bello sueño. También el celeste resplandor del cielo al que él, desde que la conoce, está rogando.

Partió el autobús y se la llevó. Alzó él, en ese momento sus ojos al cielo y rezó: “Gracias, Señor por haberla traído. Ha sido un milagro que solo Tú podías realizar. Síguela cuidando para que siempre sea el mismo sueño que, desde que me la mostraste, estoy soñando. No apartes nunca de su vida ni tu bendición ni la sueltes nunca de tu mano”.

Dos días después, al amanecer, se asomó a su ventana y se recreó en el hermoso nuevo día. Miró luego y encontró el siguiente mensaje:

Correo de ella

Muchas gracias por tus correos y fotos bonitas. Gracias por regalarme tus libros, los leo de vez en cuando. Te recuerdo con cariño. Siempre llevaré en mi corazón aquel día feliz en Granada, que compartimos. Un saludo.

Correo de él

Te agradezco tu bonito correo y la bondad de tus palabras. Y te digo que ha sido para mí una gran alegría verte en Granada. Cuando oí tu voz por el teléfono no podía creerme que fuera verdad. Siempre he pensado que, cuando me hablas o te veo, no eres verdad sino sueño. Por eso todavía pienso que no ha sido verdad que hayas estado en Granada.

Pero de todos modos, como este correo sí creo que lo leerás, aunque seas un sueño, te doy las gracias por tu bondad. Y me alegro que, de vez en cuando, leas algo de los libros que te regalé. Están escritos con el corazón y para ti. Porque aunque no te vea y estemos tan lejos, ya sabes que nunca te olvido.

Me gustaría mucho que volvieras a Granada. Te queremos mucho y por eso siempre serás tratada con el mayor respeto. En mí siempre tendrás lo mejor. Eres muy especial, lo sabes.

Así que gracias. Estudia mucho para sacar buenas notas, sed muy feliz y vuelve a Granada. Contigo nos traes la vida, la belleza, el cielo... Todo lo mejor y más bello.

Te mando un abrazo.

Correo de ella

Gracias por tu bonito correo y el mensaje que me pusiste. Yo también me acuerdo mucho de ti y de aquel día que compartimos contigo. De verdad quería volver a verte y hablar contigo. A mí siempre me gustaba hablar contigo sobre cosas. Digo gracias al

destino que nos ha dado la oportunidad de vernos otra vez. Es una pena que fue solo un día, pero fue una suerte de todas maneras. Siempre me acordare de ti y tu amistad tan bonita. Y espero que algún día el **destino** nos una otra vez. A veces el **destino** nos da sorpresas, ¿verdad? :) Te mando un saludo muy sincero y un abrazo muy fuerte. Te agradezco por todo.

La vida está llena, cada día y en cada momento, de pequeños y hermosos sueños que, a veces, se hacen realidad. Pequeños milagros que, sin merecerlos, el cielo nos regala.

La casa grande

En otros tiempos estuvo llena. A rebosar, de muchos jóvenes y personas mayores. Pero, como tantas cosas en esta vida, el tiempo pasó por ella. Y el tiempo, casi siempre, consume y sepulta hasta las historias más colosales y bellas.

Pero a él, en una mañana de primavera, se le ve caminando por la ancha cuesta que lleva a la casa grande. Y va solo. Meditando, como tantas veces, en sus cosas y pensando que algún día también se irá. Quizá a la casa pequeña, la que hay al norte de la ciudad y ahí se acurrucará y esperará…

Se acerca a la magna casa y, al verla, en apariencia igual que en los tiempos pasados, el corazón le tiembla. Los recuerdos son tan fuertes y tantos, que le transmiten tristeza, soledad,

desolación… Al llegar, abre su bolso, se aproxima a la puerta, pulsa el timbre y espera. Y, mientras lo hace, recuerda que en este mismo sitio, en tiempos pasados, se apretaban los niños con sus libros, los jóvenes con sus carpetas, los profesores…

Se abre la puerta y pregunta:
- Eran cuatro o cinco, ya bastante mayores y vivían en este mismo edificio. ¿Puedo verlos?
- Murieron todos ya hace mucho tiempo.
- ¿Y los otros?
- Ya estás viendo: nadie queda. Solo el acebo permanece como desafiando al tiempo. Esto ya no es lo que era.

Y un pensamiento más triste aun pasa por su cabeza: “El tiempo, siempre se lleva todo por delante. La vida de las personas, sus historias, las casas, los pueblos, las ciudades… Todo, con el paso del tiempo, se derrumba. Como si nada tuviera valor alguno excepto los sueños”.

La niña y las golondrinas

Al llegar la primavera, las golondrinas volvieron. Y, como todos los años, hicieron sus nidos en el alero del cortijo. Casi en la misma puerta de la vivienda y no muy alto. Uno de los nidos casi se podía tocar con las manos.

Por eso la niña, al entrar y salir del cortijo, decía:
- ¡Qué bien que las golondrinas hayan vuelto y qué bien que otra vez sus nidos los hayan hecho aquí tan

cerca! Así, cuando nazcan los polluelos, podré verlos y podré jugar con ellos. Nada me gusta más en esta vida que ver y aprender de las debilidades y belleza de pajarillos como estos.

Y nacieron los polluelos. A los pocos días de hacer sus nidos las golondrinas pusieron los primeros huevos. Luego se pusieron a encubarlos y, unos días después, nacieron los polluelos. Cuatro en el nido del alero y cinco en el nido que estaba más en la esquina. Y, a partir de este momento, la niña se pasaba muchos ratos asomada en la puerta del cortijo y observando el ir y venir de las madres golondrinas. Admirada y sorprendida decía:
- Hay que ver con cuanto amor las madres cuidan a sus hijos. Como si no tuvieran más misión en este mundo. Por eso, estas avecillas y sus hijos son como el mejor ejemplo de libertad, cariño y gozo por la vida.

Y claro que era cierto. Por eso a la niña, en cada momento del día, también se le llenaba el corazón de gozo y amor por la vida. A la madre, también de vez en cuando, le decía:
- ¿Sabes, mamá? Es como si en el fondo ahora quisiera que estas golondrinas nunca se fueran y que sus polluelos nunca se hicieran mayores. ¿Podría ocurrir alguna vez este milagro?
- Si en tu corazón lo deseas sinceramente, alguna vez pudiera ocurrir un milagro así.
Y la niña miraba al cielo y luego seguía entusiasmada con las avecillas.

Pasaron los días y las crías de las golondrinas se hicieron mayores. A todas horas se les oía reclamando comida a los padres y, en algunos

momentos, se les veía asomados por el borde de su nido. Como si ya estuvieran explorando el mundo que les rodeaba y de él fueran aprendiendo. Y seguro que era así porque, cada vez que la niña se acercaba al nido, ellos la recibían como a una amiga suya. Como si la hubieran conocido de toda la vida y era cierto. Y era más especial el recibimiento que siempre le hacía uno de los polluelos. El más grande y el que tenía ya todo el cuerpo cubierto de plumas. Al verlo tan bonito y jubiloso la niña le decía:
- Sí, soy tu amiga y por eso me gusta tanto verte. ¿Sabes? Ojalá nunca te hicieras mayor y siguieran para siempre en este nido con la misma inocencia que ahora tienes.

Quizá sí o quizá no, el pajarillo comprendía. Pero la niña creía que sí y por eso se alegraba al oírlo pedir comida y saludando siempre jubiloso a la vida. Ella otra vez le decía a la madre:
- Yo creo que me entiende y creo también que es inteligente. Mamá ¿por qué estas golondrinas cada año vuelven al mismo sitio a hacer su nido?
- Porque el comportamiento de las golondrinas siempre ha sido así. Se van y vuelven cada año al lugar donde nacieron.
Y la niña nunca dudaba de las palabras de la madre.

Hasta que un día, a primeras horas de la mañana, ocurrió lo que nadie esperaba. Al salir la niña del cortijo y mirar para el alero del tejado para ver el nido, descubrió que éste no estaba. Su corazón le dio un brinco y al instante comenzó a gritar:
- ¡Mamá!
Enseguida la madre se hizo presente y, antes de que ésta pudiera decir nada, la niña le dijo:

- Mira, mamá, el nido y los polluelos han desaparecido. Mamá ¿qué puede haber pasado?

Miró la madre y meditó un momento y luego respondió:
- No lo sé, hija.
- Pero estos pajarillos todavía no podían volar aunque ya tuvieran sus cuerpos cubiertos de plumas. ¿Quién se los ha llevado o a dónde se han ido?
- No lo sé, hija mía.

Y, en este momento, por el lado derecho del cortijo y junto a unas matas de hierba, se oyeron los píos de uno de los polluelos. Dijo la niña:
- Ahí está el mayor de ellos, mi mejor amigo.
Y salió corriendo a buscarlo. Enseguida lo vio. Estaba entre las matas de hierba, muy cerca de la corriente del pequeño arroyuelo, con las alas abiertas y sangraba por una pequeña herida en la cabeza. Se lamentó la niña:
- Mamá, esto no es cierto.

Pero era cierto. El pequeño y hermoso polluelo de golondrina, había llenado de sangre las matas de hierba, la tierra sobre la que se apoyaba y hasta el hilillo de agua que bajaba por el arroyuelo. Sin decir nada más la niña se agachó, cogió a la avecilla con sus manos, tocó suavemente la herida con sus dedos y sus manos quedaron manchadas por la sangre del pajarillo. Dijo a la madre, como suplicando:
- Se está muriendo, mamá, debemos hacer algo.
Y la madre no dijo nada. La niña acercó el polluelo a su cara y la piel de seda de sus mejillas quedó manchada por la roja sangre del pequeñuelo. La sangre se mezcló con las cristalinas lágrimas que

manaron de los ojos de la niña a la vez que por sus labios salieron estas palabras:
- ¡Por favor! No te vayas, no te vayas, no te vayas.

El oratorio del joven

El pueblo es pequeño, lo conoce muy pocas personas y por él apenas van los turistas. Sin embargo, el pueblo es bello. Se asienta en lo más alto de un cerro, entre dos grandes ríos y, al frente, tiene una inmensa sierra, con grandes montañas pobladas de bosques.

En el pueblo hay una pequeña iglesia, dos o tres calles estrechas, algunos jardincillos verdes, una fuente de piedra, una plazuela recogida y una calle muy bella. Recogida en sí, casi siempre solitaria y, gran parte del día, en sombra.

Cerca de esta callejuela vive un joven. En la misma casa de las macetas y donde hay como una recogida cueva. No natural sino formada por el final de la calle estrecha y la parte baja de la casa de las macetas. Al norte, un poco, recogida mucho más que ningún otro rincón del pueblo y por donde un fino olor siempre hay suspendido en el aire.

Aquella mañana, domingo nueve de noviembre, el joven se levantó y se fue a este recogido rincón. Sin decir nada a nadie. Tomó un pico y una pala y se puso a trabajar. En el rincón solitario en forma de cueva. Al verlo un amigo suyo le preguntó:
- ¿Es que estás buscando un tesoro?
El joven lo miró y le dijo:

- Sí pero no es un tesoro con monedas de oro ni collares de brillantes.
- ¿Cómo es entonces el tesoro que buscas?
- Silencioso, recogido en sí, bueno para el corazón y el alma y con olor fino y suave como la misma suave luz del alba.
- ¡Qué raro es tu tesoro! No creo que nunca nadie haya encontrado una cosa así.
Y el amigo del joven siguió caminando por la calle y se alejó. Pero antes de alejarse del todo volvió a decirle:
- Ya me contarás luego.

Y el joven le dijo que sí y siguió con su trabajo. Mientras picaba la ennegrecida pared para dejar las piedras a la vista, se acordó de la cueva junto a la carretera de la sierra. Una cavidad pequeña, con delgados chorrillos de agua, mucho culantrillo colgando de las rocas y con una oquedad chica, al fondo. E hizo memoria y recordó lo que aquella cueva fue en sus primeros tiempos. Solo era una gruta natural, junto a la carretera, muy silenciosa y fresca en verano y muy recogida en sí. Como un remanso de paz entre colores verdes y olores a musgo recién mojado. Por eso, las personas que, al pasar, se paraban allí, miraban despacio, rezaban una oración en silencio, daban las gracias al cielo y luego se iban. Sin romper ni manchar nada.

Pero un día, alguien puso, en la pequeña gruta del fondo, una imagen sagrada. La estatuilla de una pequeña virgen. Y al partir de estos momentos, muchas de las personas que seguían pasando por allí, empezaron a dejar cosas junto a aquella estatua sagrada. Cosas como velas encendidas, fotos de personas, niños, mayores y pajeras de jóvenes,

rosarios, pulseras… Tantas cosas fueron dejando allí unos y otros que, en poco tiempo, la pequeña cueva cambió por completo. Como por arte de magia aquello se convirtió en un escaparate desordenado, feo y sin respeto ni para la imagen sagrada ni para la naturaleza que le rodeaba.

Mientras el joven trabaja y recordaba la historia de la cueva junto a la carretera, se decía para sí: “Este oratorio mío nunca será aquello. Yo no lo quiero”. Y una vecina de la casa de enfrente, que en este justo momento se paró junto al joven le preguntó:
- ¿Cómo será tu oratorio?
La miró el joven y le preguntó a la vecina:
- ¿Es que lo sabes?
- Tú se lo contaste a tu madre y ella me lo ha contado a mí.

Hubo un minuto de silencio y luego el joven dijo:
- Mi oratorio quiero que sea como siempre han sido las cosas en este pueblo: silencioso, recogido en sí, luminoso pero sin velas encendidas, sin fotos de las personas que por aquí pasen, sin ramos de flores y sin monedas.
- ¿Y quién vendrá a rezar a este oratorio tuyo?
- Todo el que quiera. Pero ya te digo: lo que yo pretendo es que las personas solo vengan aquí a encontrarse consigo mismo y a rezar al Dios y mirar al cielo.
- Muy especial veo yo este sueño tuyo.
Y la mujer se fue.

Allí se quedó el joven trabajando en su silencio. Y así estuvo toda la mañana de aquel

domingo. También por la tarde y al día siguiente y al otro. Durante un mes entero no paró en su empeño. Por eso, unos días antes de la Navidad, ya tenía su trabajo casi concluido. Las paredes de la cueva, limpias y con las piedras a la vista, el suelo brillante y suave como la luz de la más suave aurora, la pequeña gruta sencillamente iluminada con una sola lámpara y las paredes de los lados, remozadas y blanqueadas.

El joven amigo suyo otra vez le preguntó:
- ¿Y cuando la inauguras?
- Justo el día de Navidad.
- Nadie vendrá a este lugar a rezar, ya lo verás. Y mucho menos vendrás jóvenes.
- Sin embargo, yo pienso lo contrario. Vendrán muchas personas a este oratorio mío. ¿Sabes? Las personas, todos estamos sedientos d Dios, de paz, de consuelo, con gran necesidad de respeto y cariño y de encontrarnos con nosotros mismos. Las personas todas estamos sedientos de Dios.
- Pues ya veremos si se hace real tu sueño.

Y llego la Navidad. Aquella misma noche el joven inauguró su oratorio. Sin música ni luces ni cintas de colores ni velas encendidas. Y aquella noche solo tres personas fueron a la cueva. Solo a rezar en silencio y no a dejar cosas ni tampoco monedas. Al día siguiente fueron dos personas más. Y, como se corrió la voz por el pueblo y los otros pueblos cercanos, al mediodía llegaron algunas personas más. Unos y otros entre sí se decía:
- ¡Qué bien se reza aquí, con tanto silencio, tanta sencillez y un no sé qué de auténtico.

Y, a partir de aquel día, en el pueblo pequeño sobre el cerro entre ríos, ocurrió un milagro: la gente, de un sitio y otro, fueron llegando. Y venía solo a rezar en el sencillo oratorio que el joven había construido. En silencio todos rezaban frente a la pequeña imagen de la virgen. Y decía que se llenaban de paz, de consuelo, de amor y fuerza por dentro y de una muy sincera felicidad. Y nadie, nadie dejo ni una solo moneda ni tampoco una sencilla vela encendida.

El solitario del río

Ayer por la tarde, cuando más calor hacía, me lo encontré sentado en el último puente del río. Donde ya la ciudad termina y los fresnos se espesan. Y al verlo ahí, fijo en la claridad de las aguas y solitario, me entraron ganas de acercarme y preguntarle. ¿Que si lo conozco de algo?

No lo conozco de nada. Pero sí es cierto que a lo largo de mucho tiempo, más de un año, lo he visto bastantes veces. Y más aun, en las tardes de sábados y domingos. Caminando siempre en silencio, con un pequeño bolso colgado del hombro, un bolígrafo y un cuaderno. Y su recorrido o paseo, todas las tardes ha sido y es el mismo: la cuesta de los almendros hasta la ancha avenida, la calle de los adoquines, el arco de la muralla vieja, la calle estrecha y larga, la plaza que es casi el centro de la ciudad y el río, donde ayer por la tarde me lo encontré sentado.

Y al verlo, cada tarde, a lo largo de tanto tiempo, siempre tan solo, tan callado, tan metido en sí, recorriendo cada día las mismas calles para venir a

este mismo sitio del río, me empecé a fijar en él. Su figura y comportamiento me llamaba y me llama mucho la atención. Y por eso empecé a preguntarme:
- ¿Quién será y qué es lo que busca o le pasa?

Porque también, su forma de andar de y mirar, es lo que más llama la atención. Siempre que me lo he encontrado bajando por la cuesta de los almendros, por la avenida y calle estrecha, mira con detenimiento a las plantas que por ahí crecen. Algunas veces se para y le hace fotos y luego escribe y después sigue. Se detiene con los pajarillos callejeros y hace lo mismo. Y, al llegar a la calle estrecha, la más larga y vieja de la ciudad y por eso monumento nacional, mira a las personas. A todos los que le adelantan y lo mismo a los que se cruzan con él. Pero no de cualquier forma sino con un interés muy especial. Me digo:
- Es como si buscara a alguien concreto, como si tuviera hambre de amigos o de compañía. Como si necesitara contar algo que lleva dentro y estuviera buscando a la persona exacta.

Pero cada tarde, lo que más me ha llamado y me llama la atención en él, es su expresión de melancolía y sufrimiento. Como si le preocupara algo muy concreto o le doliera el corazón por alguna desconocida razón. Por eso, cuando ayer por la tarde lo vi sentado en el muro del puente último del río, lo primero que pensé es en acercarme y preguntarle. Y lo hice. Con prudencia y respeto lo saludé y, luego, con tacto, le pregunté:
- No te conozco pero sé que te preocupa algo. ¿Qué es?

Me miró, sin desconfiar y esperó un momento para responder. Me pareció que no se sentía molesto sino todo lo contrario. Pasados unos minutos me dijo:
- Una vez más acabo de pasar por donde han vivido ellas y todo me lo he encontrado solitario. Vacío y mudo como si ahí hoy ya no existiera vida alguna.
- ¿Es que se han marchado?
- Todas, una detrás de otra.
- ¿Y eran amigas tuyas?
- A casi todas las he estado viendo a lo largo de un año entero. Y, aunque con ninguna llegué a tener amistad sincera, solo verlas y saber que estaban ahí, la vida me parecía bella.

Los dos guardamos silencio durante un minuto y de nuevo le volví a preguntar:
- ¿Es que son muy especiales?
- Tres de ellas son de un país muy lejano. Y, al menos para mí y a lo largo de un año, sí que han sido muy especiales.
- ¿Y también se han marchado?
- Todas y sin decirme adiós.
- ¿Qué ha pasado?
- No lo sé y por eso me duele tanto. Cuando ahora paso por ahí, bajo el calor de estos tórridos días de verano, solo mirar para el lugar donde han vivido y saber que ya no están, me entran ganas de morir, de llorar, de gritar y llamarlas, de salir corriendo y buscarlas… Ya no se ven las bicicletas que, en la misma puerta, han estado aparcadas a lo largo de todo el año, tampoco en la puerta se ven los coches aparcados ni entrar ni sale nadie ni se oye hablar ni reír ni cantar… Solo se palpa una gran soledad y un terrible y hondo silencio. Y lo que más duele es saber

que se han ido para siempre, muy lejos y para siempre.
Y como no supe qué decirle, susurré:
- Como la vida misma. Todo nace, crece y muere. Los humanos nos pasamos la vida de pérdida en pérdida.

Guardó silencio y yo también. Algo después lo despedí y, desde ese día, yo no he vuelto más por el último puente del río. No sé si es miedo lo que tengo o que me duele lo que a él le duele. Porque es cierto: desde aquella tarde, varias veces más he pasado por donde vivían ellas y todo lo encuentro tal como él me dijo: vacío, silencioso, cargado de soledad y como llorando no sé qué ausencia eterna. Y también para animarme, como le dije a él, me digo que todo es como la vida misma. Que las cosas y las personas siempre nos vamos. Nada ni nadie queda para siempre. Y a veces, a uno le entran ganas de hacer lo que hace él: sentarse en algún lugar del río, meditar las cosas mientras pasa el tiempo y se va la tarde y rezar al cielo. Quizá sea esto lo verdaderamente valioso y eterno.



El dibujo

Me lo encontré sentado en los jardines de la Alhambra, Granada. En uno de los bancos, frente a una fuente de agua claras. Era una tarde de verano y hacía mucho calor. Ya el sol caía por la ancha vega de esta ciudad y, por eso, desde este lado de la tierra,

subía un refrescante vientecillo con olor hierba. Propio de las tardes de verano en la ciudad mágica y más entre los jardines de la Alhambra.

Y al verlo me llamó la atención. Estaba solo, metido en sí, mirando a la puesta de sol y a las claras aguas de la fuente que fluía en calma. Pero en sus manos tenía un pequeño cuaderno
y un bolígrafo y por eso, a intervalos, miraba a la puesta de sol, al fondo y por la ancha vega, luego miraba a las claras aguas de la fuente y después escribía en su cuaderno. Como si estuviera recogiendo las esencias mismas de los jardines de la Alhambra, junto a los atardeceres y los colores y olores de Granada. Por esto y por su compostura, solo y recogido todo en sí, me llamó la atención.

Era la primera vez que lo veía en mi vida. Pero me acerqué a él y me senté en el mismo banco. Como si no me importara demasiado pero sí muy interesado en lo que meditaba y en lo que escribía en su cuaderno.

Cerca y por las calles asfaltadas que surcan los jardines de la Alhambra, la gente no dejaba de pasar. Turista, algunos, se les notaba en su vestimenta, en los tonos de su pelo y cara y en la forma de mirar. Y otros no eran turistas. Simplemente personas que viven en esta ciudad de Granada y que, al caer las tardes, salen a pasear por estos jardines. También por las riveras del río Darro y otros rincones de la ciudad. En verano, muchas personas siempre salen a pasear para disfrutar del fresco y gozar de los matices y olores de estos sitios.

Por eso, en un primer momento, pensé que era uno de estos que he dicho. Aunque no tenía aspecto ni de turista ni de extranjero. Pensé que era uno más de los que, al caer las tardes, salen a pasear o a tomar el fresco. Pero no era uno más. Aunque en muchas cosas sí lo parecía. Por eso, al ver sobre el banco donde estaba sentado, una pequeña hoja con un dibujo, le pregunté:
- ¿Es tuyo?

Como si me conociera de toda la vida y mostrando mucho ánimo, me respondió:
- Es un regalo que me hizo ella. ¿Te gusta?
- Veo que es un dibujo muy especial. No entiendo mucho pero sí es un regalo seguro que tiene un gran valor para ti.
- Lo tiene y más por la forma en que lo hizo y cómo me lo regaló.
- ¿Cómo fue?
- ¿De verdad quieres saberlo?
- Me gustaría mucho porque, según el entusiasmo con que lo miras y me lo cuentas, seguro que fue bonito. ¡Cuéntamelo!

Y el hombre, durante unos segundos más, escribió en su cuaderno. Luego lo cerró, miró al agua de la fuente que fluía cerca y a continuación me dijo:
- Es joven y muy guapa y ni es de esta ciudad ni de este país. Vino, hace unos meses, casi del otro extremo del mundo y tenía mucha ilusión. Quería conocer gente para practicar el idioma y deseaba aumentar su cultura. Solo vivió en esta ciudad dos meses, muy poco para mí pero una eternidad para ella. Porque al fin había hecho realidad una gran parte de su sueño.

Yo la conocí de casualidad un día cualquiera y fui muy feliz. Porque descubrí en ella algo que nunca he visto en otras personas. Una sonrisa muy limpia, un corazón muy sincero y repleto de sueños y un gran deseos de hacer amigos. Sin más, solo con ello ella me hizo muy feliz. Y digo solo con esto porque después de aquellos primeros días la he visto muy pocas veces. Tres, si acaso y también solo me ha escrito un par de correos. ¿Pero sabes? Se ha marchado hace solo unos días. La noche anterior me puso un correo donde me decía: “Hola: ¿Puedes venir para llevarme con mis maletas a la estación de autobuses mañana? A las 17,15 tengo que estar allí, porque tengo que comprar billete y todo eso. El autobús sale a las 6 menos algo. Avísame antes si puedes. Estoy esperando tu respuesta. Gracias”. Y claro que le respondí que diciendo que a las cuatro de la tarde yo estaría en el sitio que ella necesitaba para llevarla a la estación de autobuses.

Interrumpió por unos minutos su relato, cogió la hoja donde estaba el dibujo, lo miró despacio y luego siguió diciendo:
- Y fue todo como un sueño. Al llegar me estaba esperando, con su limpia sonrisa en los labios y mostrando lo mejor de su dulce carácter. Llegamos a la estación de autobuses bastante antes de que saliera el suyo. Por eso, en este tiempo de espera, se tomó un té y luego sacó una pequeña libreta de su mochila. Me dijo:
- Escríbeme aquí algo para el recuerdo.
La complací con gusto aunque ahora no recuerdo exactamente lo que escribí. Bueno, no recuerdo cada palabra pero el mensaje en sí fue darle las gracias,

animarla a que siguiera luchando por su sueño y pedirle que en el futuro busque siempre lo mejor. Firmé luego el escrito y se lo regalé diciendo:
- A cambio te pido que me regales unos de tus dibujos.

En una hoja del mismo cuaderno y con el mismo bolígrafo, se puso y trazó tres líneas. Mientras continuaba dijo:
- Mis dibujos son muy “raros”.
Le dije:
- Todo aquello que es creación propia, si sale del corazón y está matizado con los colores de la ilusión, nunca será raro. Por eso, todo lo que es arte, siempre será bello y siempre transmitirá mensajes.
No respondió nada a estas palabras mías. Pero sí, mientras continuaba y me hablaba de su futuro, de la experiencia que ha vivido por aquí y de lo duro que ahora se le hacía la partida, fue dándole forma a su dibujo.

A los tres minutos lo terminó, arrancó la hoja de su libreta y me lo dio diciendo:
- Para ti como recuerdo.
Y lo cogí todo ilusionado. Lo miré despacio y me gustó. Era un dibujo realmente bonito. Y, para mí, más aún porque ella lo había realizado en ese momento tan especial y desde una sinceridad muy limpia y real. Le di las gracias y lo guardé en mi bolso. Y, solo diez minutos después, junto a la puerta del autobús que se la llevaba para siempre, me ofreció su cara. Le regalé un limpio beso de amigos y nos dijimos adiós. Pero todavía antes de alejarse, le dije:
- Guardaré conmigo para siempre tu recuerdo y dibujo. Que seas buena y que Dios te bendiga.

Y ya no hubo más. Poco después el autobús se la llevaba y ya me quedé solo con su dibujo y recuerdo.

Guardó silencio. Me alargó la hoja donde ella había plasmado su fantasía y me dijo:
- Míralo despacio y luego me das tu opinión.
Y, al instante, le dije:
- Es un dibujo extraño pero hermoso. Haces bien rodearlo de tu cariño y respeto. ¿Sabes? Las cosas en sí tienen el valor que cada persona le damos. Por eso hoy para ti este dibujo es el mayor tesoro.
- Es la razón por lo tengo aquí conmigo. Y también como, la recuerdo y en mi corazón y alma ha dejado una sensación tan buena, ahora mismo acabo de escribir para ella un poema. ¿Quieres leerlo?
- Mejor me lo lees tú.
Y sin más, abrió el cuaderno por la hoja donde momentos antes escribía y leyó:

Te has ido
pero serena,
por aquí te has quedado
toda esencia.

En el atardecer
sobre la vega,
en la luz purísima
de la tarde quieta,
en el airecillo
que pasa y besa,
en el agua de la fuente
que refresca,
en el aroma de las flores
que el jardín eleva,

te has quedado
toda pureza.

Como abrazando,
blanca y eterna,
en tu corazón y alma,
a Granada entera.

Nada es más grande y bueno
que la belleza,
la armonía y luz
y la esencia
que por aquí has dejado.
Cual azucena
de suave aroma
en azul y seda,
como oración amorosa
que al cielo llega,
así por aquí,
al irte, te quedas.

El hombre infeliz

El hombre, cada día que pasaba, se encontraba más desanimado. A su edad, ya con sesenta y cinco años, aun no había encontrado la felicidad. Y, aunque para animarse, cuando reflexionaba se decía:

- Como le pasa a tantos. Para nadie existe la felicidad plena en esta tierra.

Esto no le servía de nada. Y menos, cuando cada día descubría que eran los propios suyos, los que le rodeaban donde vivía, los que lo maltrataban.

Porque el hombre, en la casa donde vivía, si cogía la manguera para regar un árbol que se estaba secando, lo criticaban. Los propios suyos, los que tenía más cerca, le decían:
- ¿Es que no te das cuenta que de tanto funcionar el motor se va a quemar?
Se referían al motor que bombeaba el agua al aljibe. Pero a estas palabras, hostiles y con desprecio de los suyos hacia él, el hombre nada decía. Miraba al árbol que se estaba secando y se ponía triste. Y más cuando luego miraba al césped de al lado y a las rocallas donde crecían los lirios. Toda la noche sin parar ninguna ni a lo largo del invierno ni del verano, los periquitos estaban expulsando agua y el motor continuamente funcionando. Y claro que para sí se peguntaba:
- ¿Y esto sí se puede hacer solo porque así ha sido siempre?

Y todavía se sentía más indignado cada vez que pensaba en las higueras que, un año detrás de otro, se habían secado. Él sabía que era obra de uno de los que tenía a su lado. Uno de estos, cada año al llegar la primavera, regaba con veneno una de las viejas higueras. Y a los pocos días se secaba. Cada año una hasta que acabó con todas solo por venganza contra otro que tenía cerca. Cuando terminó con todas las viejas higueras siguió con un nogal, luego con un almendro y ya iba por el gran ciruelo, que también tenía muchos años. Por eso, para sí, una vez y otra, el hombre se decía:
- ¿Cómo pueden tener un corazón tan malo estas personas? ¿Y cómo pueden creerse con derecho para prohibirme a mí que riegue el árbol que se está secando?

Y el hombre, como protesta, dejaba de hablarles. A todos los que vivían con él y los rozaba cada día. Y por eso, cada día se sentía peor y no era ni feliz ni encontraba explicación razonable para el mal trato que recibía. Y más desanimado se sentía cuando hablaba con los de la ciudad y de ellos, sin conocerlos de nada, sí recibía cariño y respeto. Muchos le daban las gracias hasta por lo más insignificante y otros le decían:
- Eres una persona con un gran corazón y con mucho amor para con todo lo que existe.
Y él, en más de una ocasión, estuvo a punto de comentar:
- Entonces ¿por qué los míos, los que comparten conmigo vida y casa, no me aprecian? ¿Por qué recibo de ellos tan mal trato?

DE LA CASA DE PIEDRA,

Construida al comienzo del arroyo, cerca del chorrillo, en la pequeña pradera y al abrigo de las nieves, metida entre las colinas y coronadas de pinos, tengo una imagen viva que me rezuma con el sabor de los manantiales más puros. Porque se funde con las rocas de las laderas y se pierde todos los años bajo la nieve del invierno.

Al verlas, siempre pienso que eres tú que llega para irte de paseo por tu sierra y por esto y otros mundos que se hacen sueño donde el sol derrite a la nieve. Me arde y me duele con el fuego que no destruye y sí quema y por eso te decía que de la misteriosa casa de piedra, ¡Dios mío, lo que yo sé y me hierve por las venas!

Y AQUEL JARDÍN que al lado derecho del valle, me regalaste y recorríamos cuando yo pequeño y por donde tanto me gustaba perderme, en busca todavía no sé, de qué dulce sueño… Aquel jardín tan primoroso que tenía su comienzo en el collado de en medio y bajaba por la ladera toda llena de romeros hasta el mismo río grande que corta el valle por su centro…

Aquel jardín con su pradera pequeña, el cortijo, las higueras y por el barranco los majuelos, no sé cómo ha pasado pero ya tampoco lo tenemos: la otra noche lo vi convertido en humo negro que se alzaba desde el valle entre columnas de fuego.

A TREINTA METROS DE MI LUGAR,

Junto a este arroyuelo, sobre la ladera y entre los peñascos, he construido un pequeño cementerio. En esta tumba, casi de juguete y desconocida para todos los demás humanos de este suelo, tengo enterrado los trozos de corazón que, desde aquel día hasta hoy, se me van muriendo. Junto a ti y las melodías que brotan de las aguas que se alejan, le doy compañía tardes enteras sentado frente al arroyo y a ratos, lloro. Los amos y rezo por ellos sin que nadie lo sepa nada más que nosotros.

ESTABA YO SENTADO

En el columpio del tiempo que la tarde se va llevando, respirando despacio, en el viento, los trozos de vida que desde el valle me traes y esperando

paciente a que llegues con la promesa de lo que me tienes anunciado. Y andaba yo, distraído, trazando un camino por los pliegues de la tarde, cuando apareces de pronto con tu sonrisa de amiga y me notificas la noticia: que te alegras de verme, que me recuerdas y que todavía guardas en tu pecho el calor de mi figura.

Y ahora que te has ido y hay más soledad y ausencia, claro que siento la necesidad de darte las gracias por haberme permitido beber de tu rostro con estos ojos míos. Andaba yo distraído y tú has llegado en un beso de paz en flor. Por este detalle tierno, que no merezco y tanto levanta el ánimo, gracias.

POR DONDE AQUELLA TARDE

Estuve sentado a su lado y ahora ellos se pelean y el río sigue corriendo, me quedo mientras se pone el sol. Y me entretengo en su recuerdo por el cortijo de aquel monte elevado y el sendero que descendía por la ladera y ahora que se ha hecho viejo y ya ha perdido tantas cosas, ni está allí ni aquí, sino en el silencio y allá en las ciudad y encorvado y todo triste y esperando, como yo, a que llegues y digas: “Es el momento”.

Y COMO ESTOY CON ELLOS

Y por la luz de la mañana y el rocío de la hierba y sus esperanzas y su soñar y todos los ríos invisibles que les corren por el alma porque su tierra es mi tierra y su espera y sus vidas y su suerte y su alcázar y baluarte y su meta, eres tú en la exactitud de su alma y la mía. Y como no hay cosa imposible para ellos que aman y para ti, que nos amas y para mí que

te quiero y los amo, sigo acurrucado en mi rincón pequeño. Y mientras me despierto y lloro, con la mañana que llega, las lágrimas que hoy tengo asignadas por su presencia ausente, me alzo y te doy las gracias y te digo que espero que, en el instante en que nos examines del amor, tengas presente todas sus luchas y mis luchas y también las pérdidas y las ganancias y lo que muere y lo que muero.

El viejo y el pájaro

Llegué al rincón de la casa nueva por entre los pinos verdes y las palmeras y lo primero que hice fue buscar la hierba que en mi corazón amaba, regalo de la niña pastora. Pura ella y era de las montañas.

- No está aquí tu hierba verde.

Me dijeron los pinos redondos. Expuse lleno de dolor:

- Pues aquí debería estar según yo tenía creído porque me lo han dicho y mi corazón lo sueña. Es el regalo de una niña buena, de las altas montañas. Y como un día le prometí que cuidaría de ella quiero mantener esta promesa hasta el final de mi vida. Es como si tuviera necesidad de hacer algo bueno y limpio por esta niña y por eso me eché el cargo de cuidar de su Violeta. Si la pierdo la decepcionaré y no quiera porque no me sentiré bien ni le habré dado un buen ejemplo de amistad. Ya estoy viejo, no tengo amigos por ningún sitio, todo el mundo me margina, nadie me quiere y por eso me siento muy solo. Me eché el cargo de cuidar de mata de hierba de la niña de las montañas porque así tenía una ocupación y al mismo tiempo podría ganarme el cariño de una y de otra y también el de sus padres y hermanos. Un viejo como yo lo que más necesita en la vida es tener algo

que hacer por las personas buenas como los niños para así recibí el cariño de ellos y de este modo soportar mejor la soledad de los días y de las noches. Si no encuentro lo que busco me moriré.
Me preguntaron:

- ¿Cómo se llama?
- La niña no tiene nombre y la mata de hierba que me regaló se llama "Violeta".
- ¿Quién te ha dicho que esa mata de hierba está por aquí?
- El cardo azul de las altas montañas por donde el valle del río diamantino. Creo que no me ha mentido. Vengo de allí siguiendo a mi corazón y allí me he dejado a mi corazón destrozado. Ahora no tengo vida ni allí ni aquí ni en ningún lugar bajo el sol y creo que ni siquiera en Dios ni en el cielo que siempre esperé.
- No están por aquí exhalando la esencia que soñabas.
Me respondieron las olas del mar y luego la arena y después la noche, el cárabo y la brisa pasajera. También las chicharras que cantaban agarradas a los troncos de los pinos y hasta las mismas gaviotas que surcaban la brisa de la playa.
- ¿Pero entonces?
- Tú verás. Pero puedes hacer una cosa.
- ¿Qué puedo hacer?
- Vuélvete a las montañas de donde vienes y las buscas por allí.
- Por allí no están.
- Y por una playa como esta y unos paisajes tan diferentes de aquellas montañas ¿cómo van a estar?

A las violetas no les gusta el mar y a las niñas pastoras de las altas montañas tampoco.
- Yo sé bien lo que me digo.

Oí que a mis espaldas murmuraban:
- ¡Fíjate con lo viejo que está, tan lleno de canas y sin fuerzas, tan pobre, sin nombre propio ni letras ni dinero ni amigos bajo el sol y buscando el sueño de su alma! Dónde se ha visto cosa como esta. Más le valiera recogerse en sí, rezar sinceramente a Dios por su salvación y por la de los demás, cumplir con las obligaciones que le tienen encomendando y no andar tan descarriado como anda. Es ya un viejo sin fuerzas, sin nada que ofrecer a nadie y sin el más mínimo atractivo. Más le valiera dejarse de locuras y ser sensato como lo somos el resto de los mortales. ¿Se ha visto alguna vez un loco como este con un sueño como el de este viejo cascarrioso? Todos los viejos son iguales. Se les mete en la cabeza manías absurdas y como se les deje son capaces de cometer las mayores locuras del mundo. Deberían tomar medidas.

Y al caer la tarde estaba triste y asomado a la ventana frente al azul inmenso del mar plateado. Meditaba en mi corazón lo solo que otra vez me había quedado y lo decepcionada que iba a sentirse la niña de las montañas. No había sido capaz de cumplir para ella la promesa que le hice y seguro que por ello se alejaba de mí y me quedaba sin su amistad para siempre. Ya no confiaría en mí porque le había fallado. No me había comportado como un buen amigo de verdad. Y si ahora me quedaba sin su confianza y amistad, sin el aprecio de los suyos y los demás pastores ¿cómo iba a volver otra vez al valle del río

diamantino y al grandioso rincón de los pastores da las altas montañas? Y si ya no podía volver al valle ni tenía la amistad de la dulce niñas ni el aprecio de los suyos ¿qué hacía yo ahora y a dónde iba tan viejo ya, sin casa, sin el cariño de nadie y sin fuerzas ni tiempo para empezar ningún nuevo proyecto?

Sobre el tejado y viniendo desde las palmeras del jardín, se paró un pájaro. Era pequeño, azul y blanco y en su pico menudo tenía como una gota de cristal adornando. Lo miro pensativo mientras siento correr por mis venas la tristeza y amargor de la ausencia y por eso pregunto:
- ¿Tú las has visto, pájaro?
Y él no contesta porque los pájaros no hablan pero pía como si de algún modo me quisiera decir algo.

Lo sigo mirando y otra vez le pregunto:
- ¿Has visto al amor de mi corazón, la única esperanza que me queda bajo el sol?
Y entonces deja caer sus alas y como si llorara con el dolor y por el dolor que en mí hay me dice:
- Esa mata de hierba verde que buscas con tanta necesidad y es verdad que vino de la montaña a este rincón de la playa la he visto mil veces a lo largo de muchos días.
- ¿Dónde?
- Cada tarde y cada mañana la he visto salir de la casa de grandes ventanales y por la senda de tierra que arropan las plantas bajaba caminando.
- ¿Iba sola?
- Muchas veces.
- ¿Y a dónde?
- Decía que a bañarse.
- ¿En la playa?

- La de la arena limpísima y aguas azules.
- ¿Y qué hacía?
- A veces tomaba el sol y a veces nadaba besando las olas.
- ¿Y qué más?
- Charlaba y reía con unos y otros.
- Pero ella no conocía por aquí a nadie.
- Casi siempre charlaba con las personas que en la casa cuidaba.
- ¿La querían?
- Se notaba que muchísimo. Eran personas buenas que por estos días estaban frente al sol de la tarde tomando los aires del mar.
- Eso fue siempre lo propio de ella. ¿Y encontraste bonita?

- Era la más bonita que por la playa se paseaba, a veces también con otras personas.
- Pero ella...
- Como puro beso que hablaba y sonreía mientras tomaba el sol y luego jugaba con las olas que por allí venían.
- ¿Dime más cosas?
- Se nota que la quieres.
- No la quiero, es mi alma y me muero si me falta.
- Pues siempre la playa estaba llena de gente y se le veía feliz.
- Si es de la montaña.
- Quiero decir que parece que las arenas finas de la playa y las aguas del mar les gustaba y por eso era feliz.
- ¿Como un hada?
- Tú lo has dicho. Como un hada buena de los sueños dulces en las noches limpias.

- Tengo un poema de ella que habla de esto ¿quieres que te lo lea?
- Si te sientes feliz porque así la recuerdas, pues léemelo.
- Pero luego me sigues contando más cosas.
- ¿Tanto la quieres?
- No lo sabes tú. Su poema dice así:

- ¿Qué te parece el poema que un día escribí?
- Que es muy hermoso.
- Pues ahora sígueme hablando que me muero por saber. ¡Tanto la quería!

El hada buena

I - Cuando esta noche dormía
tuve un sueño:
en mi corazón tenía
un hondo gozo y contento,
una paz y una alegría
que se me convirtió este sueño
en total trozo de vida.

Era como un hada bondadosa
que al pasar, se detenía
y al verme tan poca cosa
y en esta pena honda mía
se puso a regalarme cosas:
ternura, amor y sonrisas
primaveras fabulosas
al tiempo que me decía:
- Eres importante ante Dios
y por eso en ti se fija
y te regala una flor
con esta presencia mía.

Y el corazón se llenaba
de más y más alegría
sintiéndose colmado y pleno
como antes no hubo dicha
y tanta realidad total
perfecta, sin dolor y limpia
se daba en la honda calma
de una paz casi infinita
donde se notaba que Dios
estaba dando vida
aunque todo fuera en un sueño
cuando esta noche dormía.
¿Quién era esta hada buena
que tan tiernamente quería?

II - Y el hada buena de mis sueños,
según va llegando el día
no se ha ido de aquí muy lejos
sino que en la fina brisa
que acaricia dando besos
está detrás escondida
y dueña de los pensamientos.
- Quiero convertirte el día
en un sencillo reguero
de alegría.
Me dice en el secreto
del corazón y melodía
de su voz en la distancia
que aunque parezca mentira
es voz que noble salva
siempre con tierna caricia.

Y claro que ahora quisiera
preguntarle al hada mía:

- ¿Por qué conmigo tan buena
te portas y eres bendita
si soy pobre viejo que solo tiene
en el alma, heridas?
Y oigo que mi hada buena
dando dignidad anima:
- Y si yo soy parte de Dios
y Él me regala la vida
¿Por qué no tomar un poquito
y contigo compartirla
dándote un poco del amor
que tanto necesitas?
Sembremos trozos de Dios
por nuestras pequeñas vidas.
III - Me he quedado yo en silencio
mientras sigue avanzando el día
y meditando contento
las palabras tan bonitas
que el hada buena de mis sueños
hace un momento decía:
“Sembremos trozos de Dios
en nuestras pequeñas vidas”.
- Pero hada que has llegado
cuando yo esta noche dormía
y sin más me das tu mano,
tu dulzura y tus caricias
y aquí ya enamorado
me tienes llegando el día,
si tú ahora faltas de mi lado
¿cómo yo poder sabría
o de dónde sacar ánimos
para sembrar a Dios por la vida?
Y el hada buena que ha llegado
cuando esta noche dormía:
- Por ahora estoy contigo

y te quiero desde la limpia
belleza de Dios y su amor
y aquí está mi sonrisa
como prueba de aceptación
de esta amistad bonita.
“Sembremos trozos de Dios
en nuestras pequeñas vidas”
y ya verás como Dios, en flor,
entre nosotros germina.

- Tu Violeta verde además se pasaba el día limpiando, barriendo, fregando y lavando ropa en la casa donde trabajaba. Fregaba platos y daba de comer a las personas que quería mucho. En sus ratos libres hablaba por teléfono móvil y luego reía otra vez como si un limpio juego la quisiera dejar eterna por entre los pinos de la casa, el césped de jardín, los paseos de tierra que llevan a la playa y las olas azules al romperse en el mar.
- ¿Y qué más?
- Era la más bonita al levantarse por la mañana, cuando reía con las personas, cuando dormía en su cama blanca pero en fin, dime qué haces tú por aquí si también ere de las montañas.
- Mi Violeta, la que me regaló un día hace muchos años una muchacha pastora de las altas cumbres, se vino con ella para unos días y como no podía vivir sin ella vine a buscarla. Cuando he llegado no la he visto por más que la he buscado. Nadie ha sabido darme noticias de su paradero y ahora tú te presentas y me dices lo que deseaba saber.
- ¿Por eso estás triste?
- Porque no sé dónde está y porque la quiero.

- Yo he visto que te has pasado el día entero asomado a la ventana y mirando al camino como si esperara que ella apareciera por ahí. ¿No es así?
- ¿Era por este camino por dónde pasaba?
- Por aquí pasaba casi todos los días, a media mañana y por la tarde.
- ¿Qué vestido llevaba?
- Muchos días iba vestida de blanco como si fuera a una fiesta de gala. Un vestido blanco de nieve, corto y con sus zapatillas de deporte. Cuando se lo ponía estaba guapísima. Tendrías que haberla visto. Otras veces se ponía una falda de cuadros pequeños, color gris claro y con su pelo negro siempre recogido en moño. Cuando se lo dejaba suelto parecía una princesa mora. Porque sus ojos también son negros y sus pestañas siempre las llevaba tan natural como Dios se las ha dado.
- ¿La viste alguna vez fumando?
- Nunca la vi fumar. Tu mata de hierba no ha fumado jamás.
- ¿La viste emborracharse como tantos jóvenes.
- Tampoco.
- Entonces sigue la misma.

Y después de guardar silencio, el pequeño pájaro que ha aparecido como de la nada y por entre las ramas verdes de los álamos del jardín, me dice:
- Hoy ya se pone el sol. Tengo que irme antes de que sea de noche. Otro día vuelvo y seguimos hablando.
- Pero yo no sé si podré aguantar hasta que vuelvas otro día. Necesito saber más de y sobre todo, necesito encontrarla.
- Hoy tengo que irme.
- ¿A dónde te vas?

- Siguiendo la línea azul que dibuja el horizonte del mar, tras las nubes y cerca del sol, en el planeta del Principito ahí vivo.

- ¿Acaso tú conoces al Principito?

- Vivo donde él y por eso sé de su bondad.

- ¿Pues dime quién eres?

- Hoy ya no puedo. Tengo que irme antes de que anochezca. Allí tengo un jardín con flores de todas clases y muchas matas de hierba como las tuyas que debo cuidar.

- ¿Y hay una muchacha pastora como la que conozco?

- ¿Hay un río con un manantial de aguas muy limpias, muchas praderas de hierba fresca, álamos, manzanos y también pastores. La muchacha pastora por la que tú preguntas vive con sus padres en una pequeña casa muy cerca de la corriente del río y es mi mejor amiga.

- ¿Es buena?

- Como tu mata de hierba o más.

- ¿Y guapa?

- Más por dentro que por fuera, que es la hermosura mejor pero por fuera es la más guapa de todas.

- ¿Podré ir un día a conocerla?

- De eso ya hablaremos cuando vuelva.

- ¿Mañana vendrás?

- Sólo volveré una vez más un día de estos que ahora no te puedo decir. Charlaré contigo y te contaré un secreto. Es más bello de todos los secretos que nunca se contó bajo el sol y en la tierra de los humanos. Y te seguiré ayudando en la búsqueda de tu mata de hierba.

- Pero antes de irte, al menos, dime qué puedo hacer para encontrarla.

- Cuando esta noche la playa se quede sola, cuando por su arena ya no pase nadie ve por ahí y con una rama de eucalipto escribe un mensaje con letras grades que se puedan leer desde las estrellas.
- ¿Un mensaje?
- Sí y que diga lo siguiente: “Violeta, ¿estás tú enfadada conmigo? Yo no lo estoy contigo pero si algo hice o dije que te molestara, perdona, por Dios te lo ruego. Tu jardinero”.

- ¿Quién leerá este mensaje?
- Puede que ella lo lea desde algún lugar del mundo y puede que tenga en cuenta tu dolor y vuelva. Si no vuelve, puede que también ella te mande un mensaje diciendo que te perdona y que te quiere. ¿A que será bonito?
- Será mucho más que bonito. Sólo saber que me perdona ya me dejará más que feliz. Si luego tengo la oportunidad de hablar y decirle todo lo que siento, seré más feliz. Y si aun todavía me permite decirle que para el futuro haga lo que quiera y sea lo libre que le apetezca con tal de que no me quite su palabra y cariño, será el más feliz de todo. El más feliz de todos los hombres de estas tierras con sólo sentir que vuelve y me perdona. ¿Qué es lo que tanto le habrá molestado?
- Quizá se ha sentido agobiada. Quizá le has dicho tantas veces que es buena que ahora quiere revelarse contra esa bondad que le impones. Quizá también le has dicho demasiado veces que la quieres mucho y con todo eso puede que se haya sentido prisionera y en cuanto ha tenido la oportunidad de volar lo ha hecho.
- ¿Pero por qué no me lo ha dicho? Las cosas se hablan y las personas se entienden cuando hay cariño

entre ellas. Mi mata de hierba siempre confió en mí y siempre me contó sus cosas. Nunca le pedí nada para mí sino que la dejé en la libertad más completa.
- Son demasiados cuidados lo que ha recibido.
- Me da igual. Yo la hubiera dejado en su libertad con sólo intuir que así lo quería. Tú no sabes hasta donde es el cariño que siento por mi Violeta.

- Ya tengo que irme así que quedamos en lo dicho.
- ¡Espera un momento!
- ¿Qué quieres?
- ¿Dime qué más cosas puedo hacer para encontrarla en caso del que no responda el mensaje?
- Reza al cielo.
- Al cielo he rezado tanto que ya no sé si querrá Dios escucharme.
- ¿Es que no confías en Dios?
- Sí pero Dios tiene sus planes y su ritmo. Yo necesito ir más deprisa.
- Pues voy a decirte que sólo lo que se pone en las manos de Dios llega a buen puerto. Y si Él quiere puede sacar agua de las rocas. Nadie podrá ir nunca contra Dios.

- Además de esto ¿qué otra cosa puedo hacer para encontrarla y que vuelva?
- ¿Tienes teléfono móvil?
- Lo tengo. Es un instrumento que en estos tiempos lo tiene todo el mundo.
- Pues cuando escribas ese mensaje que te he dicho en la arena de la playa que ella ha pisado estos días cuando se bañaba añade al final ese teléfono que dices. Si alguien la ha visto por algún sitio te llamará y te dará noticias.

- Se puede liar un buen lío. Lo de mi mata de hierba siempre fue tan discreto como ella misma. Si hago lo que me dices se enterará todo el mundo y esto hasta la enfadará más. Se me ocurre una idea.
- ¿Que se te ocurre?
- Que también le puedo mandar el mismo mensaje a su teléfono móvil. ¿Tú te lo sabes?
- Lo he visto con él muchas tardes hablando desde las rocas de la playa con alguna persona que quiere mucho en no se sabe qué lugar del mundo. Algunas tardes se ha tirado más de media hora hablando. Todas las tardes y más de una vez al día hablaba con esa persona ¿Sabes quién es?
- No lo sé pero puedo pensarlo. ¿Te conoces tú el número de su teléfono?
- Te lo traeré cuando vuelva.
- Y mientras tanto ¿qué hago?
- Ya me tengo que ir. Se está poniendo el sol. Volveré un día de estos y además de su número de teléfono te traeré el secreto que he dicho quiero contarte.
- Pues como el Principito ya desde ahora estaré impaciente esperando que vuelvas una tarde de estas. Pero que no sea dentro de muchos días porque yo también tengo que irme. Desde ahora mismo ya viviré sólo pensando en tu vuelta y recordando a mi mata de hierba.

Al terminar de pronunciar estas palabras vi como el pájaro blanco, castaño y pico delgado, extendió sus alas y en un vuelo de fantasía se fue por el aire trazando arcos iris que se fundían con las olas del mar. Durante un rato más me quedé en la ventana frente al mar mirando a la tarde y soñando con él y mi mata de hierba. Ahora parecía como si él formara parte de esta mata mía y por eso sentía como si lo

quisiera. Entonces, como el que se siente abandonado de la persona que ama, noté que mi corazón se ponía triste. Triste hasta el dolor de muerte y amargo por dentro. Y sentí como si el mismo cielo, Dios, me dijera que esta noche mismo iba a venir a por mí para llevarme con él al reino de su luz.
- ¿Te quieres venir?
Oí como si una voz me preguntara.
- Sí que me quiero ir porque si ahora no está mi Violeta y no la encuentro mi vida por aquí ya no tiene sentido. Y lo digo en serio.
- Pues esta noche mismo vengo a por ti.
- No me importaría pero ahora tengo una pequeña misión que cumplir. Debo poner todo mi empeña en encontrar a mi mata de hierba y también quiero esperar a que el pequeño pájaro del mar vuelva. Me tiene que revelar su secreto y traerme con él el número de teléfono. Llévame contigo, Dios pero espera unos días ¿vale?
Y la voz de Dios como que dijo:
- Vale pero a partir de ahora no olvides que cumpliré mi palabra.
- No lo voy a olvidar porque tú eres Dios.

Al dejar de hablar con Él volví a sentir el vacío que en mi alma había dejado mi mata de hierba. La que durante años y años he cuidado con el cariño más grande y fue todo mi gozo. Por eso a no tenerla esta tarde me sentía triste. Cogí un cuaderno y sin saber qué, me puse a escribir.

Me has
prestado los
ojos,
que pruebe y
que vea
y ahora Dios
me quitas
al prado y a la
hierba,
al cielo y la luz
y aquí me
dejas:
con el dolor
hundido
que quema
en la soledad
y mudo
como encina
vieja.

Si no me
hubieras
permitido
que viniera
y me hubieras
mostrado
del prado, su
hierba
de otra manera
las cosas habrían
sido,
pero Dios
tú has visto a
conciencia
y estás viendo
callado
lo mucho que
quema
este trago.

Deja que muera
por el miedo que
tengo
a lo que se
anuncian y llega
cuando ahora
estoy tan
sangrando
y abatido en la
pena.
Temo, Dios
y quizá no
pueda
soportar la
carga
que me echas.

Ya que caía la tarde y en los pinos de la orilla del mar cantó un cárabo. Al poco me fui a dormir. Me eché en la cama y como lo que había visto y encontrado por la tarde me dejó triste mi mente empezó a darle vueltas en la cabeza como si los pensamientos, más los sentimientos, quisiera encontrar una explicación a lo que dentro dolía. ¿Por qué ella se me había muerto sin aparente razón? ¿Por qué no estaba sabiendo que yo venía sólo para verla y quedarme un par de días a su lado? ¿Qué le había hecho cambiar y de este modo? ¿Por qué se enredaba en sí olvidando lo vivido a lo largo de tanto tiempo años atrás? Y si ahora no estaba y hasta pareciera que en mucho tiempo no iba a estar ¿qué

pasaría en el futuro? ¿Quedaría perdida para siempre? ¿No sería posible el sueño que tanto nos había gustado soñar juntos? Y yo ya tan viejo, tan cansado de la vida, tan solo y sin ningún amigo ¿qué hacía ahora en este mundo?

“En el futuro, y ya para siempre, tu jardinero y yo mata de hierba nacida en la gran montaña de la luz y junto al río diamantino, seremos siempre amigos en Dios para que Él nos abrace en su cielo y nos mantenga unidos toda la eternidad”.

Esto habíamos soñado a lo largo de muchos días y años y con este sueño éramos felices porque en él estaba lo que más queríamos: no separarnos nunca el uno del otro y conservar para siempre lo que creíamos era lo más hermoso bajo el sol: la amistad. Pero ahora, cuando hoy llego con la gran ilusión en mi pecho de encontrarla, verla, estar a su lado, hablar de millones de cosas y seguir soñando y no la veo, se me vino abajo el mundo. Me sentí triste, algo desgraciado y por eso, ya en la cama, no podía dormir de tanto como pensaba. Necesitaba encontrar una razón que sirviera para expresar la realidad y no la encontraba. Necesitaba encontrar un signo, una señal, un detalle que me trajera algo de consuelo al dolor que dentro sentía. Y sobre todo, necesitaba verla y al mismo tiempo comprobar que nada se había roto o cambiado en el sentido que desde siempre tanto nos había llenado de dicha.

Al tercer canto del cárabo, me asomo a la ventana y mientras la noche rueda y el viento soplaba con fuerza rompiendo contra los pinos, los álamos y las palmeras, me pongo a mirar el mar. Las luces de

algunos barcos grandes rilan sobre las aguas. El faro de la bahía lanza sus destellos y las otras luces, la de la gran ciudad, expanden sus aureolas a lo ancho de la costa. Todo parece dormir como en un sueño profundo del cual nunca más nada va a despertar. Todo parece como esperar la llegada de no se sabía qué. Todo parecía pertenecer ya a la dimensión de lo que tanto el alma sueña y apetece. Todo está y al mismo tiempo se funde con el dolor de la ausencia y la belleza de lo añorado largamente. Como si el mar, sus olas verdes, el rumor de las aguas quebrándose en la playa y el profundo y oscuro horizonte por donde se intuye y espera algo, estuvieran ahí sólo para ocuparse de mi dolor al tiempo que me grita:

- Tu sueño, tu amor, tu esperanza e ilusión, aunque es bonita y tiene mucho en la dimensión del alma no podrá realizarse en la medida que te gustaría. Seguirás solo en esta vida, ahora ya cada día más viejo y sin la mano de un amigo que dé su cariño.

Y les preguntaba:

- Si es tan bonito, tiene tanta limpieza y todo está nacido desde Dios y para Dios ¿Por qué no?

- Tu sueño nunca podrá realizarse en la medida que te gustaría.

- ¿Pero dime por qué no?

- ¿Y qué más da que sepas las respuestas?

- A menos tendría una razón para aceptarlo.

- Cuando lo que se ansía es a nivel del corazón y los sentimientos, a veces, no sirve una respuesta por muy fundada en la razón que esté.

- Podría aliviarme.

- ¿Y para qué te serviría?

- Para soportar la vida que ahora se ha vuelto tan dura para mí.

- Tu sueño es tu sueño que tenía que acabar comido por la materia.
- Pues se me hará imposible vivir a partir de ahora y con esta angustia tan llena de soledad. ¿Qué espera un viejo como yo de este mundo y a estas alturas?
- Tu sueño es tu sueño y cuanto más grande y hermoso más te devorará y dolerá su pérdida. Desde la razón no podrás comprenderlo nunca y por eso dices que no puede ser verdad que las cosas ahora sean contraria a como querías que fueran. Mejor, como necesitabas que fueran.

Y seguí mirando al mar por donde el pájaro de pico fino se había perdido en su mundo. Seguí escuchando el rumor de las aguas al estrellarse con la arena y rocas de la playa y seguí con mis miradas perdidas hacia la luz de las estrellas por donde ahora sé tiene su morada el misterioso y bello pájaro de la tarde. Por eso ya siento que en asa lejanía como si tuviera algo hermoso que me abrace en el calor y forma que ahora nada me abraza sobre la tierra. Quizá sea parte del sueño que sentía roto. Quizá la recuperación de la totalidad de mi sueño y con ello la esperanza total. Lo que encierra la reunión de todos los sueños bellos que a lo largo de la historia del planeta tierra millones de seres humanos han tenido y tienen cada día y noche. Sí, quizá todo esto está presente en la brillante estrella que se cuelga en el firmamento y por eso hacia ella tiendo, desde el dolor de mi alma, sintiendo un alivio nuevo y una nueva esperanza. ¿Qué tendrá ahí el pájaro de plumas doradas? ¿Qué es este pájaro y por qué se me ha presentado en la tarde como si viniera enviado de parte de alguien para traerme un mensaje? ¿Y por qué él sí sabe dónde está mi Violeta, qué trozo de tierra ha

pisado, por qué se ha encaminado hacia parajes nuevos y al mismo tiempo se ha olvidado del que tanto le quiere casi desde el principio de su vida?

Sigo mirando desde la ventana sin dejar de percibir el rumor del mar, del viento rompiéndose en las ramas de los pinos, el canto del cárabo y las sirenas de los barcos que entran y salen en la bahía. Y me digo que es hermoso: el que nunca en la vida ha sido amante del mar ni de las cosas que rodean al mar porque soy de las montañas, esta noche lo siento y veo como a un amigo que hubiera conocido y amado de toda la vida. El mar ahora conoce y sabía de mi Violeta y como en la playa, arena y brisa se ha bañado, pues parece que entre estos elementos están escondidas sus sonrisas, su perfume y el color de su cara, la dulzura de su alma y la belleza de su corazón. Como si por aquí se hubiese quedado ya para siempre y dormida en la dimensión de lo espiritual que es donde los sentimientos de verdad son hermosos por lo limpios que ellos siempre se presentan y la aureola de eternidad que muestran. Por esta realidad, el mar y su misterio, en la noche desolada, parece transmitir como una cierta esperanza, una cierta presencia de la amada ausente que me dice que aun algo queda de ella por aquí. Quizá lo mejor aunque el corazón apetezca la presencia física, si figura real, el tono de su voz, su sonrisa y la dulzura de su alma.

Suena el teléfono móvil que he dejado sobre la cama. Lo he dejado encendido por si acaso quieres llamar y dar algunas noticias. Doy un respingo y al mirar a la pequeña pantalla que todos los teléfonos móviles de estos tiempos tienen, no descubro el nombre que sí me habría gustado. Pero el teléfono

sigue sonando con la agradable música de Juan Sebastián Bach, la zarabanda de la suite número dos. Y en la pantalla aparece un signo que nunca antes he visto. Por fin lo cojo y al descolgar y preguntar:
- ¿Quién es?
Una voz dulce dice:

- Alma.
- Aquí estoy.
- ¿Vas a rezar más?
- Todo lo que tenía que rezar ya lo recé.
- ¿Qué quieres decir?
- Pues que al fin se acaba.
Ayer en un mensaje decía:
“Habla,
si algo dije o hice
que molestara,
perdón mil veces, te ruego,
pero habla”.
Y pasó el tiempo,
luego la mañana,
lenta la tarde,
las horas amargas
y nadie dijo nada
y entonces yo entendí
que era llegada
la hora más temida
y por mí esperada.
- Pero hay mucha vida por delante,
quizá mañana.
- Aunque así fuera
ya recé al cielo
pidiendo que mostrara
que hiciera una señal
y ésta ha llegado.
Es el adiós para siempre
y otra desgracia.

Al terminar de pronunciar estas palabras la voz para él desconocida dejó de sonar. Se cortó la comunicación y aunque preguntó por el nombre del que llamaba no consiguió ninguna respuesta. Se volvió a la ventana y siguió mirando al mar. Seguía la noche avanzando y el sueño no venía a sus ojos. Aumentaba su dolor pensando en lo triste e

insoportable que era su ausencia. Ahora buscaba como un camino que arrancaba desde la tierra y subiendo por el corazón del viento se alejaba hacia la profundidad del infinito. Quizá hacia la estrella brillante o algo más allá. Y quería irse por este camino para alejarse de la tierra y meterse en la región hermosa que los más bellos sueños, sueñan. Al no tener a su amada en este suelo ni en las praderas de las montañas de donde era y desde siempre la había conocido, amado y mimado ni tampoco por las arenas de la playa, una vez más se decía que quería irse de este suelo. Prefería morir e irse para siempre a la región que soñaba y donde creía se la iba a encontrar tan hermosa a como siempre la había visto. Sí, prefería que esta noche el corazón se le parara y así de pronto su alma volara a la región que soñaba bella y pura por donde la brillante estrella, la profundidad del infinito y la misteriosa bruma de la lejanía del mar. Pero este deseo tampoco se le convertía en realidad por más que lo pidiera con fuerza y de verdad lo necesitaba.

Miró al reloj y descubrió que ya había pasado casi la mitad de la noche. No sabía qué hacer para descansar y apagar el ardor que dentro le quemaba. Cuanto más pensaba en ella más se atormentaba y más se sentía desgraciado, más quería que la vida se le transformara o en muerte o en resurrección. En muerte si se le fuera concedido morir como lo estaba desando o en resurrección si se le presentaba la mata de hierba real y viva. Se retiró de la ventana y se acercó a la cama. Miro a su pequeño aparato de teléfono, como si él también le trajera algo de tristeza y se preguntó por la voz de la persona que le había llamado hace un rato. Se tumbó sobre las blancas

sábanas y al pensar, en estos momentos, que sobre las fibras de estas sábanas ella había puesto sus manos una angustia aun más honda y fuerte se apoderó de su espíritu. Escondió su cabeza en la fría almohada y lloró. Lloró amargamente sabiendo que su presencia y hasta su perfume sí estaba pero ella no. En la noche no estaba y por más que la deseaba no se hacía presente. Imposible que se hiciera presente y al venirle otra vez el pensamiento a la cabeza sintió más amargura. Se dijo que al pájaro le debió haber preguntado:

- ¿Y ya nunca más la veré?

El pájaro, creyó él, guardó silencio, porque esta pregunta sólo la podía responder bien aquella persona o ser que conoce los designios del mundo, lo que será de los millones de seres humanos, la belleza del universo y el futuro grandioso del fin de los tiempos. Pero él volvió a preguntar:

- ¿Dime o no si al menos puedo albergar alguna esperanza de volverla a ver en algún lugar del futuro aunque sea cuando pase mucho tiempo?

- Cuando vuelva en la tarde que te dije te daré la respuesta.

- Pero cuéntame más cosas. Aunque su ausencia sea real y por eso no la vean más mis ojos por aquí, oír cosas de ella me consuelan de alguna manera.

- Era tan hermosa como tú la crees. Era dulce como la miel y de un candor que sólo mirarla llenaba de vida. ¿Es así como la tienes dentro?

- Mucho más aun. Ella era hermosa entre las hermosas de la tierra y como su encanto lo llevaba en lo más hondo de su ser, fascinaba sólo estar a su lado y verla. Era y es, porque no podrá nunca morir en mi corazón, la vida misma y por eso era el cielo con la

presencia de Dios y el bien y hermosura que en Dios se concentra. Era todo esto y es mucho más porque ahora, al no estar, fíjate como me siento triste y lloro sin parar por el dolor que en mi alma hay.
- Pero ¿hasta dónde tú la soñada bella?
- ¿Cómo quieres que te lo diga si palabras no hay con qué poder expresar el amor con la misma fuerza que mi espíritu la tiene dentro?
- ¿La quieres y quieres mucho?
- Era mi hermana dulce. La que acercó a mi vida la dicha mejor y la que me enseñó los juegos más limpios por los prados y ríos de las montañas de donde era.
- ¿La quieres mucho?
- Como quieres que te lo diga si no hay palabras que puedan recoger y expresar al menos un dedal del cariño que le tengo.
- Era muy hermosa.
- Era hermosa, pura, dulce, sencilla, fresca como las fuentes que manan en los prados donde nació y alegre como los rayos de sol que bañan los campos por donde ha ido y va de pastora.
- ¿Por eso la querías tanto?
- No me preguntes más que Dios sí lo sabe y ahora con el dolor que en mi alma hay con su ausencia, a cada pregunta mi sufrimiento aumenta.
- Pero aún la tienes cerca de ti. No se ha ido del todo porque su huella, el timbre de su voz, el fulgor de su figura y hasta su esencia aun palpita por aquí.
- ¿Quieres decir que no la voy a perder?

Y ya el pájaro no contestó. Volvió a sentirse solo, aplastado contra las sábanas de su cama. Volvió a sentir la angustia en fuego ascendente y aunque quiso que el sueño le abrazara para quedarse dormido

y así escapar de la dura realidad no fue posible. El sueño no cerró sus ojos ni se apoderó de su cuerpo porque su tormento era tanto que la vida la faltaba hasta en los movimientos de los brazos. Apretó otra vez la almohada contra su cabeza y lloró más. Lloró abundantemente y al poco sintió como la humedad de sus lágrimas empapaban la tela de su almohada y también su cara.

Y como la noche rodaba y no podía reconciliar el sueño otra vez dejó su cama, pisó el frío suelo de su habitación recordando que también ella lo había pisado y se volvió a acercar a la ventana. Seguía el mar con su rumor de olas, el viento rompiéndose en las hojas de los pinos y las luces de la bahía y ciudad palpitando en su latir sin fin. Cantó otra vez el cárabo y en estos momentos supo que estaba por donde el mar y no en su montaña. Y ahora se preguntó que ella ¿a qué había venido por aquí? Si era de la montaña, había nacido en el prado más fresco del río más cristalino, donde el aire es más puro que en ningún otro lugar de planeta y por ahí tenía su cuna ¿a qué había venido a este mar? ¿Qué buscaba por estas tierras llanas donde todo huele a algas arrastradas por olas y dejadas sobre la arena, a brisa también con gusto de mar y a gaviotas que en las tardes surcan los cielos? ¿Qué cosa, necesidad de trabajo ilusión y deseo de felicidad le había traído por aquí?

Esperó, sin saber para qué, que llegara el nuevo día. Porque si ella no estaba, si no la encontraba por ningún rincón ¿para qué necesitaba que ahora volviera un nuevo día? No lo sabía pero era tanto el dolor en su corazón que ningún aliciente encontraba en la llegada de un nuevo día. Se dijo:

“Cuando el dolor es tanto, se respira tanta soledad y se gusta dentro tanto amargor, cualquier pensamiento puede consolar tiernamente, cualquier pensamiento puede aportar una chispa de esperanza o de luz aunque la razón sepa que no será posible. La razón es una cosa y el corazón es otra. Y el corazón enamorado, el corazón que ama y siente la ausencia de lo amado, no se resigna jamás a la realidad aunque esta sea tajante y dura”.

- ¿Pero por qué no me sigues hablando de ella?

Quería seguir preguntando al pájaro que por la tarde se posó en su misma ventana.

- ¿Te digo otra vez que era hermosa como ninguna hija de humanos en esta tierra? ¿Te repito que se le veía como a primavera que eterna cubre a la tierra? ¿Te digo que sólo verla ir por los caminos que arropan las adelfas y luego las chumberas hasta la misma playa de arenas finas, era como llenarse de vida y sentir la dicha más pura? ¿Te digo otra vez que cuando se bañaba su cuerpo era lo más bello que ojos humanos nunca vieron? ¿Que las romperse con las olas en su cara y la sonrisa de sus labios, el mar se transformaba en puro gozo para el alma? ¿Te digo que verla dando sus paseos por la arena de la playa, siempre metida en sí y siempre pendiente de los que en la playa tomen el sol, era el espectáculo más agradable con que puede premiar Dios en esta suelo? ¿Te digo que ella estaba y aunque se rozaba, charlaba y hasta paseaba con los que conocía, era la gloria en vivo solo estar a su lado, oírla hablar y verla moverse de acá para allá? ¿Te digo todo esto que bien tú sabes y conoces mejor que nadie para que se

recreen tus oídos y tus sentimientos y corazón encuentren algo de consuelo?
- Pues dímelo otra vez y así se me pasa el tiempo en esta muerte que no me llega.
- Pero si todo es lo mismo.
- Da igual. Sólo oír hablar de ella, aunque me repitas mil veces que era hermosa y yo mejor que nadie lo sepa, es mucho consuelo.

Y el pájaro guardó silencio porque de nuevo no estaba en su ventana. Ahora deseó que amaneciera pronto y llegara enseguida la tarde para volverlo a ver. Recordó que le había dicho que en la tarde volvería y que seguirían hablando de estas y muchas otras cosas que él necesitaba oír. Y ahora pensó que al pájaro tenía que preguntarle algo fundamental.
- ¿Cuántas veces más podré verte?
- ¿Por qué me haces esa pregunta?
- Todavía no sé quién eres, por qué trazas vuelos por estos rincones y por qué sabes lo que sabes de mi Violeta. ¿Cuántas veces más podré verte?
- Lo que pasa es que tú quieres que con mi presencia yo te devuelva lo que añoras y no tienes.
- Lo que pasa es que tu presencia me la devuelves con sólo lo que me dices de ella ¿Cuántas veces más podré verte?
- Piensa que si ahora yo tampoco vuelvo más tu amargura aumentará. Ya la tendrás perdida para siempre y a no tenerme a mí tampoco, se te acabará el mundo bajo el sol. Esto es lo que pasa ¿verdad?
- Pasa eso y también es como si quisiera que me ayudaras en este desconsuelo.
- ¿De qué modo?
- Tengo que volverla a ver. Tengo que encontrarla. Tengo que sentirla otra vez junto a mí. Tengo que

convencerme que no la voy a perder jamás. Jamás y menos allá donde espero resucitar el día que Dios lo quiera. Sólo a ti y ahora tengo sobre esta tierra, en este rincón y en esta vida mía. Sólo tú, si que sepa todavía quién eres, podrás darme ahora apoyo, compañía y en el camino que me espera hacia su encuentro. Esto es lo que pasa y más aun que quizá tú sepas. Parece como si ahora en ti pusiera mis únicas esperanzas.

Y otra vez más, el pájaro de la tarde volvió a guardar silencio porque no estaba. El mar se lo había tragado por el horizonte del infinito y la estrella brillante como que lo hubiera recogido en su interior. Pero ahora el pájaro, resultaba como su única salvación. La única puerta y ser vivo conque poder hablar de lo que él realmente necesitaba y quería. Lo único en que poder apoyarse y emprender una aventura hacia la búsqueda de su sueño, su tesoro, su corazón que estaba representado y concentrado en la hierba verde.

Con sus ojos anegados en lágrimas, no sabía si por la tristeza que en su corazón quemaba, por la presencia un tanto misteriosa del pájaro cuando la tarde caía, parándose en su ventana como si él también estuviera buscando algún consuelo, por la ausencia de lo que con tanto fuego su corazón amaba o por no se sabe qué intuición adivinada más allá del infinito oscuro del mar y la luz de los barcos, siguió buscando en la noche. Necesitaba encontrar y aunque otra vez comprobó que nada ni nadie en este mundo podría darle lo que buscaba, se consolaba sabiendo que era la realidad del corazón humano: cuando se carece de algo vital, en este de calor y cariño humano,

siempre busca haber si puede encontrar aquello que necesita.

Y no siempre lo busca por entre las nubes o los parpadeos de las estrellas pero algunos corazones éste es el camino que toman cuando tienen cerrados y perdidos todos los otros. Quizá sea el secreto más misterioso e imposible que se puede dar sobre el plante tierra pero la realidad es así: cuando la desnudez es tanta y no se tiene a ningún ser querido sobre la tierra que el cuerpo ocupa, se eleva hacia el infinito que en realidad es Dios, y ahí se busca, se atesora, se acurruca y a veces algo se intuye la belleza y luz que pueden salvar. Lo que sí puede dar en abundancia y calidad suficiente como para conseguir que la tierra deje de existir o se transforme en una luz que en nada se parezca a la tierra que el común de los ojos humanos ven a diario.

Y estando en esta reflexión, con la presencia de lo amado en lo más esencial de su ser, un leve pensamiento se le escapó y se le fue al rincón de las montañas. Al prado verde que se extiende por debajo del río diamantino y donde las cumbres siempre tienen vellones de plata y el cielo es azul intenso. Para sí se dijo:

“Quizá cuando esta tarde vuelva el pájaro del mar, el que dice vive en la estrella más brillante del universo puede que me pregunte:

- Y de tu mata de hierba verde ¿por qué no hablas?

- Quieres que te cuente de su prado y su fuente de cristal?

- Quiero que me hables de ello. Exactamente y de cómo llegaste a conocerla, cuándo fue y lo que pasó después. ¿Por qué le has tomado tanto cariño?
- Pues te voy a contar porque en esta noche tremenda y en la espera de no sé qué amanecer o sueño nada podría consolarme tanto como hablar de ella. Me dispongo y te pido prestes atención porque lo que voy a decirte es como una vida misma. Como si fuera el mismo núcleo de la vida misma y más todavía porque ahí está fundida la vida de ella y el preciado aroma que ha regalado al alma que hay en mí. ¿Escuchas?
- Escucho y ya estoy intrigado por la ilusión y gozo que noto pones en ello.

- A Violeta yo la conocí justo en un mes de agosto como este. Y hasta podría decir que en este mismo día y con el mismo calor y ansia de vida y muerte que ahora mismo tengo en el alma, sólo que en lugar de junto al mar fue entre las montañas de crestas plateadas y laderas cubiertas de pinos por donde las ovejas sestean y las fuentes manan bajo las peñas.
- ¿Y cómo fue el encuentro?
- Llegamos por allí y pusimos la tienda junto a las aguas del río diamantino que corre por su valle. Corría el viento con la misma fuerza que corre esta tarde y estaban en su calma los campos. Las ovejas pastaban y su casa, ahí se alzaba llena de la mejor dignidad y belleza. Clavada en la pura roca junto al borde mismo de las aguas y siempre arropada por el cielo azul intenso.

- ¿Y qué pasó?
- Ya te he dicho que caía la tarde y cuando estábamos dando un paseo por el ancho prado de los álamos y

los huertos repletos de habichuelas la vi. La hermosa mata de hierba temblaba en su juego con la corriente del río y al paso del viento. Por donde el río es más puro y las aguas se remansan en aromas finas. Me pareció tan bonita nada más verla que allí me quedé y junto a ella me senté. La toqué con mis manos y sentí como una voz interna que me decía:

"No la arranques ni la molestes porque ella representa una dignidad como ya no hay en este mundo. Es la más buena y limpia de todas estas montañas".

- ¿Quién eres tú?

Quise preguntar pero no lo hice porque intuí que la voz que hablaba salía de dentro de mí. Tuve esta sensación y así lo acepté. Concentré con mucho interés mis ojos en la mata de hierba y de verdad que la vi como nunca en mi vida yo había visto cosa igual. Quise preguntar:

- ¿Quién eres?

No obtuve respuesta porque las matas de hierba nunca hablan aunque a veces sí lo hagan y sólo los poetas, los espíritus exquisitos y otras semejantes, oigan su voz y capten sus misterios y esencias. Pero yo quise preguntar y pregunté al cielo:

- ¿Quién es, Dios mío, esta criatura hermosa que has puesteo antes mí en esta tarde perdida de verano viejo?

Y del cielo no obtuve ninguna respuesta aunque sí una confirmación o revelación que luego te diré.

Siguió cayendo la tarde y cuando ya se puso el sol los pastores volvieron de las montañas trayendo a sus rebaños a las tinadas. En ellas las encerraron y al poco se les vio caminar por las sendas hacia sus

casas. Vi que una pastora, una niña de cara morena, ojos grandes y negros, pelo también negro y sincera dulzura, caminaba por delante de los pastores. Sonreía como si estuviera jugando el más bello de los juegos y al pasar por donde nuestra tienda la quise parar para preguntarle quién era, de dónde venía y como se llamaba pero ella se adelantó diciendo:
- ¡Buenas tardes! Soy la niña que vive en esa casa sobre las rocas, por debajo de la cuesta donde crece la noguera y vengo de cuidar a mis carneros. Les he dado hierba por las hoyas de las cumbres y ahora que anochece me vengo a mi casa donde vivo con mis padres y soy feliz.

En un principio creí que sin yo preguntarle ella lo había dicho todo pero enseguida me di cuenta que faltaba algo y por eso le pregunté:
- ¿Y quién eres?
- Ya te lo he dicho.
- ¿Jugabas esta tarde con la corriente del río y cantabas una canción?
- ¿Por qué lo sabes?
- He visto yo esta tarde una niña como tú que jugaba con la corriente del río y cantaba una canción justo aquí mismo.
- En el charco de la curva y esa era yo.
- ¿Cómo se llamaba la canción que cantabas?
- No cantaba ninguna canción, sólo jugaba y era feliz viendo el río pasar.
- Pues yo te he oído cantar una canción muy hermosa ¿cómo se llama?
- Ya te he dicho que sólo jugaba con la corriente del agua y la hierba que junto al río crece.
- ¿Esa hierba fresca que es tan bonita ahí donde los espinos y el charco rendondico?

- ¿La has visto?
- Acabo de verla.

- Esa es mi planta preferida y por eso la quiero mucho. Me la encontré una tarde de agosto cuando cogía agua con mi madre de la fuente de los álamos. Me gustó tanto que desde entonces vengo todos los días verla, a regalar, a charlar con ella y a jugar cuando me apetece. No le hagas daño porque la quiero mucho y es muy importante para mí. Es la mejor amiga que tengo en este mundo a parte de mis padres, tíos y hermanos.
- No puedo hacerle daño porque una voz tan dulce como la tuya me ha dicho antes que tú que no la rompa.
- ¿Y quién eres tú?
- Tampoco tengo nombre. Pasaba por aquí con unos amigos y como nos ha gustado mucho este recogido valle con su río diamantino, sus praderas, sus fuentes claras, los álamos, las casas de los pastores y las ovejas nos hemos parado y hemos puesto la tienda en el prado junto al río para quedarnos unos días.
- ¿Pero quién eres?
- ¿Por qué me lo preguntas?
- Es que si te gusta mi mata de hierba te la presto para que la cuides en estos días. ¿Quieres?
- Quiero y puedo y te prometo que sabiendo que esta mata de hierba es tuya la voy a cuidar con el mejor cariño.

Y después de esto la niña siguió su camino y en compañía de sus padres se metió en su casa. Miré entonces y vi que su casa era de piedras y nada lujosa pero sí muy hermosa. El río pasaba por la misma

puerta y ahí, bajo unas nogueras muy cerca del puente dormía una piara de ovejas.

Aquella misma noche estuve otra vez junto a la mata de hierba y a la luz de la luna me pareció más hermosa. A pesar de ser verano tenía flores y eras muy bonitas. Color morado y con suave perfume a cumbres verdes. Luego aquella noche me refugié en la tienda que junto a las aguas del río habíamos puesto y cuando dormía me pareció ver a la mata de hierba como preocupada por algo. Como si deseara algo con mucha fuerza y no pudiera conseguirlo. Soñé con la niña de la casa de piedra junto al río y otra vez la vi muy hermosa. Ya sentí deseos de hacerme amigo de ella para siempre. Antes de quedarme dormido recé al cielo por ella y dije más o menos lo siguiente:

"Dios, la niña que vive en tu edén y es pastora de altas montañas me ha regalado su mata de hierba. Su tesoro pequeño y yo lo he aceptado porque viene de ella. Sin haberla visto antes nunca ya la quiero. Por eso ahora te pido a ti que de tu partes me la regales a ella". Y me pareció oír como que Dios me preguntaba:
- ¿Para que la quieres?
- Me he dado cuenta que es buena. Quizá necesite como un jardinero que cuide de ella. Me gustaría ser ese jardinero para cuidarla igual que también quiero cuidar su mata de hierba.
- ¿Y para quién las vas a cuidar?
- Para ti. Para que ellas sean felices y tengan siempre en su corazón la mejor alegría. Pero sobre todo porque deseo ser bueno y creo que ellas me dan la oportunidad de conseguirlo. Si son tuyas siempre y yo ahí, a tu lado y al lado de ellas en esta tierra mientras

vivamos y en tu cielo el día que decidas llevarnos contigo. ¿Me la reglas Señor?
Y oí como que en mi corazón una dulce y amorosa voz dijo:
- Te la regalo.
- ¡Gracias Dios! Pondré todo el empeño en ser su mejor jardinero. Pero ahora te pido ayuda para que mis obras, pensamientos y palabras sean siempre limpias y vayan encaminadas a conseguir lo mejor para todos.

Dios guardó silencio y al rato lo oí que dijo:
- He sido yo el que he procurado que las cosas hayan confluido del modo que esta tarde has vivido pero no te engañes: me acabas de decir que quieres ser generoso y bueno con la mata de hierba, la niña pastora y los pastores de este valle de altas montañas. En el fondo es verdad que quieres ser bueno y eso lo sé bien desde siempre pero también en el fondo lo que buscas es cariño humano. Ya estás viejo, no tienes ni un sólo amigo bajo el sol, te sientes cansado, no tienes cualidades para nada, no tienes casa ni riquezas materiales y por eso en el fondo lo que buscas es cariño humano. Que alguien se haga amigo tuyo de verdad y te regale con su amistad sincera. Te sientes viejo y no tienes a nadie en este mundo. Buscas cariño y consuelo humano.
Y pregunté:
- Tú mejor que nadie conoces a mi corazón, sabes lo que soy y lo que necesito pero Dios tener necesidad del cariño de los otros ¿es malo?
- No es malo sino bueno.
- Porque es verdad que ya soy un viejo desahuciado de todo y todos y aunque siempre tuve necesidad del cariño de los otros ahora me encuentro más solo. Tú

lo sabes. Pero yo no quiero aprovecharme ni hacer daño a la niña ni a los suyos ni a lo que por este valle les tienes regalado. De verdad que deseo cuidar de la mata de hierba que la niña pastora me ha regalado porque con ello complazco a esta niña tan bonita y hago alguna cosa por ella. Me ganaré su amistad si no la decepciono. ¿Es malo esto?
- No es malo si con ello practica la bondad y llevas a los demás a las cosas buenas y limpias. Yo lo bendigo, los bendigo y te bendigo.

Después de esto ya me quedé dormido con la sensación en mi espíritu de haber vivido una verdadera bendición del cielo. Una etapa en mi vida que en nada se parecía a las otras cosas que hasta este momento había vivido. Aquella noche de agosto, en el precioso prado de la niña de las montañas fue como un sueño. A lo largo de toda ella se sintió el rumor de la corriente del río al pasar, el viento moviendo las hojas de los álamos, el canto de los grillos y el croar de las ranas. Las ovejas balaban por las cumbres altas tomando sus pastos al fresco de la noche y los perros, de tarde en tarde, ladraban como si quisieran anunciar que ellos estaban en su mundo. Aquella noche sentí la presencia y la dulzura de Dios como nunca antes lo había sentido. Caí en la cuenta que todo lo que me estaba ocurriendo era de una importancia sin igual. Repleto de una belleza como no hay otra bajo el sol y rebosante de mucho calor humano. Por todo esto y por la gran dicha que sentía no hacía nada más que decir: “Dios, Dios, Dios...”

Cuando amaneció enseguida me levanté, me lavé en las aguas claras del río y en cuanto salió el sol me senté en la piedra que hay junto a la senda que

desde las cuatro casas de la aldea sube a la tiná de las ovejas. Allí me senté y me puse a esperar a que pasara la niña de las montañas. No sé por qué tenía ganas de verla otra vez y saludarla. Pero también sabía que quería decirle algo que yo creía era muy importante. Lo tenía en mi corazón desde el primer momento que la vi y tenía que decírselo. Y ahora con más razón porque de ella tenía el regalo de su mata de hierba. Por eso buscaba la oportunidad para desde mi alma transmitirle lo que en mi alma me hervía con la fuerza de lo realmente bello e importante.

Mirando a la corriente del río me quedé y no tenía prisa ni sentía dolor alguno. No añoraba nada como sí tantas y tantas veces en los amargos y lentos días de mi vida. No sé explicar este momento mágico pero sí digo que los mejores días de mi vida han transcurrido junto a las aguas del río diamantino que atraviesa el valle de la niña pastora. Los momentos de mayor calma y luz en mi alma han tenido lugar junto a las bellísimas y rumorosas aguas de este río. Algo que por más que intente explicar nunca conseguiré aclarar.

También desde el primer día algo había visto yo en la niña. Se me había colado dentro y ahí ya la gustaba con un cariño especial. Por eso, en cuanto la vi subir en compañía de la madre me puse contento y le salí al paso para saludarla. Fue ella la primera en saludar diciendo:

- Buenos días tengas.

Y lo hizo con una dulce sonrisa. La saludé yo también y a la madre y como iban a la tiná a cuidar a sus ovejas no podían perder mucho tiempo. Pero ella, sin que yo le preguntara, dijo:

- Mi mata de hierba, la que ayer te regalé, tiene un nombre que un día yo le puse.
- Pues dímelo.
- Se llama “Violeta adorata” que quiere decir violeta adorada. ¿Te gusta?
- Es un nombre muy bonito. Desde ahora mismo me voy a tomar mucho interés por ella.
- Pero sin que sea demasiado. Y te lo digo porque mi mata de hierba se parece a mí. Como las dos somos de alta montaña y llevamos dentro la esencia y belleza que en los paisajes de estas montañas hay, nos gustan que nos quieran, nos mimen un poco y nos apoyen para sentir el calor de los que nos rodean pero al mismo tiempo queremos ser libres. Necesitamos sentirnos libres para ser nosotras mismas y con las verdades que Dios nos ha regalado. ¿No sé si me explico?
- Claro que sí.
- Pues ya sabes: dadle el cariño justo para que Violeta sienta que tiene a su lado a alguien que se preocupa por ella pero sin atosigar ni quitar la libertad o personalidad que es propio de ella. Así será mejor tanto para ti como para ella y para mí. No la cambies nunca en el sentido que a ti te gustaría que fuera sino que sea ella misma y con su belleza natural. A las flores y niños de estas montañas nos gusta ser así. También a las demás plantas del bosque y por eso Dios las creó diferentes unas de otras. Ni siquiera una hoja es igual a otra ni una brizna de hierba ni una gota de rocío.

Y entonces le pregunté:
- ¿Cómo sabes tú lo que me acabas de decir?
- Lo he descubierto por mí misma. Yo creo que a las plantas ni a las personas nunca se les debería intentar

cambiar para que sean como a los demás les guste. Creo que eso no es bueno ni lo quiere Dios. Porque las plantas, animales y personas, al nacer y a lo largo de su vida traen ya con ellas una forma concreta de ser porque así se lo ha regalado Dios. Si se les intenta forzar o domesticarla no es bueno. Seguro que nunca serán felices ni bellas por completo. ¿No sé si yo me explico?

- Lo entiendo claramente.

- Pues ya sabes y ahora me voy porque tengo que llevar a mis carneros a las praderas de las cumbres para que coman hierba. Dame un beso por si cuando vuelva por la tarde ya no estás.

Le di un beso y le dije que cuando volviera ella por la tarde yo no estaría porque me tenía que ir pero también le dije:

- Por tu mata de hierba, la violeta adorata, no te preocupes. Ya que me la ha regalado, me voy a tomar mucho interés en cuidarla para que sea ella misma y mientras quiera vivir en este río y cerca de tu casa, las cosas serán como tú me has dicho. Vendré a cuidarla todas las semanas y así cada vez que la vea o le preste algún cuidado me acordaré de ti.

- Puede que cuando pase el tiempo un día se haga vieja y como las personas muera pero eso está en las manos de Dios.

- De todos modos tu mata de hierba es de las que vive casi toda la eternidad.

- Ni siquiera en invierno se seca ni cuando caen las nieves, se forman los hielos o las escarchas por las noches cubren los campos. Porque en esta tierra mía, ya te darás cuenta, nieva mucho, hace mucho frío y las escarchas son muy grandes.

- Pero aun así vendré todas las semanas, todos los meses, todos los años, todo lo que me queda de vida a cuidar de a tu mata de hierba.

Y ya la niña se fue con su madre a cuidar de sus carneros. Quise decirle que desde ese mismo instante iba a quererla también mucho pero no se lo dije pensando en lo que momentos antes ella me había dicho. “Nos gusta que nos quiera pero dejándonos en la libertad de nosotros mismos para que no sintamos el agobio. Que el cariño sincero de los demás esté ahí, sin que se note pero que esté ahí para que vayamos cogiendo de él lo que necesitemos en cada momento y no que nos lo impongan a la fuerza. ¿Comprendes?”

La vi retirarse y como lo que de verdad llevaba en mi corazón no se lo había dicho antes de que se alejara más las llamé a las dos:

- ¡Esperad un momento por favor!

Madre e hija se quedaron paradas en la sendica de tierra que va por el borde de las rocas y la pradera que llega hasta las aguas del río y esperaron a que me acercara. Corrí un poco y cuando ya estaba llegando a ellas les decía:

- ¡Es sólo un momento porque tengo que decirte lo más importante.

La niña me miraba y esperaba con cierta expectación. Hablé y dije:

- ¡Gracias por regalarme tu mata de hierba!

- De nada.

Respondió ella con solemne nobleza.

- Pero no. Quiero darte las gracias desde lo que de verdad siento.

Hubo un momento de silencio y la niña me miraba. Me di cuenta que no sabía qué decir ni qué preguntar. Yo sí sabía lo que quería comunicarle pero no encontraba la forma adecuada. Dije de nuevo:

- Son otras las gracias que quiero darte.

- ¿Qué gracias?

Y ya dije:

- Soy un viejo sin cariño de nadie, sin casa, sin tierra a donde ir, con mucha soledad en su vida y poco tiempo ya para vivir. Quiero darte las gracias por haberme regalado tu mata de hierba porque me has hecho muy feliz. Estoy tan solo en la vida que nada podría hacerme más feliz y llenarme tanto que haber encontrado este valle tan bonito, en él unos pastores como vosotros, una niña como tú que me hace el mejor de los regalos. Soy muy feliz por haberte encontrado y así sin más poner en mis manos tu cariño y confianza regalándome una mata de hierba que quieres mucho. Quiero decirte que voy a poner de mi parte todo el interés para no defraudaste nunca. Me entregaré de lleno a tu mata de hierba para sí hacerte feliz y sentirme feliz haciendo cosas por ti. Me tomaré todo el interés porque deseo que seas mi amiga y que me regales para siempre con tu amistad. Estas son las gracias que quería darte y ya lo he hecho. Desde ahora mismo voy a no defraudaste nunca porque ganarme para siempre tu amistad será lo más importante que he hecho en mi vida. Soy un viejo y me siento muy solo, inútil y sin ningún amigo bajo el sol. A partir de hoy parece que entre vosotros voy a tener un hogar, unos amigos que me dan su cariño y una amistad sincera que me alivia de la gran soledad que en mi vida tengo.

- “¡No te preocupes!”

Fue lo único que respondió la niña y junto con su madre ya continuaron subiendo por la sendica hacia la tiná de sus ovejas.

Aquella misma mañana desmontamos las tiendas y unas horas más tarde ya nos retirábamos de la orilla del río y la pradera verde que se extiende por delante de su casa. Pero antes de abandonar el lugar crucé la corriente del río y fui a donde la mata de hierba. La saludé al modo en que se saluda a un ser querido y no sé por qué al momento sentí admiración por ella. Ahora empecé a ver en sus verdes hojas, en sus pequeñas flores violetas y sus tallos alargados como una imagen de la niña pastora. Y lo que más me gustaba fue que empecé a sentir esa fuerte admiración por ella acompañado de un delicado sufrimiento que se convertía en amor puramente espiritual y fino.

Como si en aquella mata de hierba mis ojos vieran una delicada imagen de Dios. Y por primera vez sentí deseos de estar ahí de rodillas y a su lado contemplando aquella majestuosa y sencilla belleza que me llevaba a Dios. Por eso en mi alma se despertaron sentimientos que hasta entonces yo no conocía. Eran sentimientos de ser cada día más bueno, dulce, comprensivo, cariñoso con los demás y sobre todo comprensivo para que la belleza que ya amaba en la sencilla mata de hierba no se tronchara nunca y me quedara sin ella. Me dije que jamás haría daño a la preciosa mata de hierba. Como cuando en la vida real se enamoran las personas.

Algo así me pasaba a mí con la mata de hierba y era, además de por su fina belleza también porque

ella era ya para mí imagen de la hermosa niña pastora en aquel edén junto al río. Y claro que estando allí y con estos tan hermosos sentimientos en mi alma por primera vez en mi vida me sentí con una gran ilusión en el horizonte de mi vida. Como las personas cuando se enamoran. Me sentía como si Dios me hubiera regalado la más bonita y grandiosa misión que al ser humano se le puede encargar bajo el sol. Esto sentí yo y lo sentí hondo y sinceramente. Tenía conciencia que mi deber, a partir de este momento, era luchar para ser mejor a fin de perfeccionar mis virtudes para así enriquecer y salvar a la mata de hierba. Como cuando se enamoran las personas. Y vuelvo a repetir que este bello y agradable sentimiento por primera vez lo sentía resplandecer en lo más hondo de mi ser. Por eso me pregunté:

“¿Qué es esto, Dios mío?” ¿Qué sensación me empuja a partir de este momento? ¿Quién es esta mata de hierba y por qué ante ella tan noblemente te adoro y la adoro? ¿Por qué con esta mata de hierba siento que me haces el mejor regalo que puedas regalar a ser humano? ¿Por qué me siento tan dignificado, gratificado y hasta amado en lo más esencial de lo que soy? ¿Qué ocurre aquí, Dios y por qué te muestras con esta tan dulce belleza? ¿Por qué me siento tan bien? Y te lo digo porque me parece que ahora mismo mi corazón arde en un gozo tan grande que parece se me va a salir del pecho. ¿Qué hay aquí, Dios mío y por qué permites que con esta fuerza y satisfacción lo experimente?”

Estas y otras preguntas le hice a Dios como en un intento de agradecer al tiempo que deseaba saber qué misterio encerraba la sencilla mata de hierba de la

niña pastora. Tanto fue el gozo que sentí en mi corazón que junto a esta ya adorada mata de hierba dije: “Violeta, buenos días. Si necesitas algo y te apetece que esta tarde te riegue me lo dices. Siempre estaré a tu lado. Tu jardinero”. Y al instante oí una delicada voz que decía: “Muchas gracias pero esta tarde prefiero quedarme en la paz que me regala el río. Ve con Dios. Adorata”.

Aunque parezca un poco confuso este mensaje yo lo entendí. Por eso me quedé en reflexión. Ella me decía que allí estaba conmigo, que aceptaba mi cariño y comprendía pero deseaba ser ella misma. Tal como la niña pastora me lo había dicho. Y aunque parecía un mensaje algo extraño yo capté su claridad por lo que luego diré en otra parte. Así que me retiré sabiendo que ella había aceptado que yo fuera su jardinero pero de una forma nueva que yo nunca antes había vivido. Por eso comenzaba a recibir mensajes de ella. Era una forma de irla conociendo y así lo acepté.

Algo más tarde salimos del valle pequeño junto al río diamantino y en mi corazón seguía ardiendo la llama de una bonita ilusión. Era como si ya estuviera todo preparado para empezar las más bonitas de las aventuras y ello me hacía feliz. ¿Cuánto tiempos tendría que transcurrir para que pasara no se sabía qué? Me pregunta esto porque en el ambiente también se captaba la sensación de que tendría que pasar algo. Como cuando dos personas se aman en el corazón se instala el miedo a perderse algún día. Y cuanto más se aman y más bello es lo amado más miedo hay en el corazón. Las cosas en la vida y en este planeta Tierra no duran eternamente ni

permanecen siempre sin cambiar. Las cosas nacen, se desarrollan, se expanden en muchas direcciones y un día desparecen de este mundo.

Lo de mi mata de hierba regalo de la niña pastora ¿por qué no iba a ser así? Algo ya el corazón mío intuía pero sólo Dios sabía en aquel momento lo que sucedería en el futuro. Pero digo una vez más que como le sucede a todo ser humano así me sucedía a mí. Empezaba a sentirme enamorado de algo realmente hermoso y por eso el miedo se instaló en mi corazón. También el dolor. Un extraño pensamiento que era generado por la belleza de lo que ya amaba y la intuición de la muerte que se presentía. Es el vislumbre de lo inmortal y lo perecedero. Comprendí que Dios mismo estaba en este dulce y a la vez doloroso sentimiento. Allí estaba presente como diciendo:

“A ti, el que yo quiero, te hago saber que cuanto más hermoso sea el objeto amado por ti más sentirás el miedo a perderlos y después el dolor. A más amor más miedo sentirás y en esa misma proporción será el dolor”. Esto llegué a comprender en aquel momento y ya remontábamos la cuesta desde hacia el collado de la tiná. Aquí nos paramos y echamos una lenta mirada por todo el valle por donde la casa de la niña pastora. Y el valle nos pareció repleto de una belleza sin comparación. El día se presentaba sereno, sin apenas viento, el cielo azul y bañado rosada del sol que ya se levantaba y el bosque por las laderas de las montañas como durmiendo en una espera sin igual. Despacio echamos una honda mirada sobre aquel paisaje y durante un buen rato estuvimos adivinando a la niña pastora tras

las cumbres por donde daba pasto a sus carneros. La estuvimos adivinando y nos parecía hermosa porque ella lo era y los paisajes por donde trazaba sus sendas.

Escuchamos atentos y a través del viento nos pareció oír el dulce tono de su voz hablando con sus carneros o con su madre. Luego su voz dejaba de oírse y ahora sólo nos quedaba el pensamiento intentando adivinarla por aquellas praderas verdes. Ella se dedicaba a lo suyo, a su trabajo y aunque gozaba y sentía la vida que le rozaba su trabajo la absolvía con la fuerza de lo verdaderamente importante. Algo nuevo que también nos traíamos de su valle: el gusto y el amor que la niña pastora ponía en cada una de las cosas que hacía. El gusto sincero y el amor verdadero por su trabajo fuera el que fuera. Por eso allí mismo el corazón se nos llenó una vez más de sentimientos puros y bellos.

Quisimos recoger el momento para que se quedara eterno. Del alma nos surgió una sencilla poesía que pensé podría servir para la letra de una posible canción en el futuro como regalo para la niña pastora.

Rueda la
mañana
que lenta se va
llenando de
plata
valle y praderas
de tus amadas
montañas.

Aquí hoy te
quedas
pastora de
nácar
con tu mata de
hierba,
tus carneros
viejos,
tu jardín
preñado
de verde
esmeralda,
el cielo azul de
sangre
besando y
besando
a la casa de
piedra
que es más que
palacio
de una fina
princesa.

Aquí hoy te
quedas,
pero voy a Dios
rezando
que conmigo te
vengas
ahora y hasta el
fin del tiempo
a jugar con
estrellas
allá por donde
los rojos
de las amapolas
viejas
para que en
Dios y en el
tiempo
siempre seas
la hermosa
pastora
de la mata de
hierba.

Ahora estás
y aunque al
marcharme
siento como
pena
pensando que
quizá
cuando vuelva
a lo mejor no te
vea
porque no
estés,
te tengo
conmigo
y con tu mata
de hierba. Pero
qué tontería
pensar que te
vayas
y te pueda
perder
si en Dios te he
plantado
ahí crecerás y
en él
siempre tendré
tu prado
y tu alma y tu
pie.

Y ya seguimos avanzando dejando atrás el bonito rincón del río diamantino. Nos dolió alejarnos de allí pero las cosas en la vida son así. Unas horas más tarde salíamos por la loma de la Cumbre que en invierno cubren las nieves, atravesamos el puerto y por donde la gran vega salimos de la sierra. Su sierra y mi sierra.

Tres días más tarde volví atraído por la mata de hierba y también pensando en la niña pastora. Me las encontré a las dos y a sus padres que cuidaban a sus ovejas. Por el valle verde del río diamantino estuve con ellos durante muchos días y fui feliz. Muy feliz porque me sentía amado, acurrucado en al calor de un sencillo hogar, mimado y respetado por la mata de hierba de la niña pastora y deliciosamente agasajado por la pequeña dueña de la mata de hierba. En el bonito valle de las altas montañas estuve todo lo que aun quedaba de verano. Con unos y con otros y con la niña pastora compartí absolutamente todo lo que en mi tenía. Mis dudas, mis temores de viejo ya camino de la tumba, mis dolorosos momentos de soledad, mis sueños más personales y únicos, mi fe en Dios y en el paraíso que espero ver cuando abandone esta vida y así fue como me sentí de verdad humano y hermano de los hombres creados por el mismo Dios. Lo mejor, más real y puro que he sentido en mis días mortales lo sentí en la compañía de estas personas, por su valle de altas montañas y entre los juegos y sonrisas de la niña pastora.

Llegó el otoño y todos los días que pude volví. Volví luego en invierno cuando ya las nieves comenzaban a cubrir las crestas de las montañas.

Volví muchas veces más al verano siguiente, al otro y al otro y así durante varios años. La niña pastora creció y también su mata de hierba pero ninguna de las dos ni sus padres ni sus hermanos se hacían viejos. Pasaba el tiempo pero ellos no envejecían a la velocidad que envejecen todos los humanos de la tierra. Yo sí me hacía viejo y cada vez me encontraba con menos amigos en este mundo, más soledad en mi vida y por eso con más necesidad de la amistad de los pastores del valle, la niña dueña de la mata de hierba y de la misma mata de hierba.

Un día, también en el mes de agosto y cuando más calor hacía, vine otra vez al valle del río diamantino. Ya he dicho que habían pasado varios años desde aquel primer día y encuentro. En esta ocasión no vi a la niña pastora porque estaba en su colegio, con sus amigas y con las cosas que ella soñaba pero sí estuve junto a su mata de hierba. Seguía lo mismo de sencilla, verde y florida pero mis ojos la vieron mucho más bella. Allí a su lado aquella noche me quedé y como era verano ni siquiera monté mi tienda. Sobre la hierba me acurruqué y frente a la luz de las estrellas me quedé dormido. Me arrullaba el agua limpia del diamantino río y el canto de algún cárabo. A la luz de la luna observé la blanca silueta de la casa donde vive la niña y a sentirla ahora ausente, ni sé por qué, me puse triste.

Concentré mi pensamiento y al tener conciencia que en estos momentos estaba durmiendo allí, al calor mismo de la mata de hierba que ya tenía abrazada en mi corazón, un temblor me sacudió todo el cuerpo. A mi derecha y algo más abajo de mí, en su mismo fresco, frente al sol de la tarde, algo en balcón

sobre el río y arropando por el tejado de rocas que brotaba de la montaña. Los álamos y la hierba de la ancha pradera se mecían un poco más abajo. Más cerca varios rosales silvestres. Allí mismo y como si fuera un delicado nido tenía mi mata de hierba su cobijo. Al aire de las montañas crecía. Un poco más arriba, a sólo treinta metros sobre el rellano, en la torrentera es donde yo puse mi saco y me acurruqué como en una isla de soledad y silencio. Sólo para estar cerca de ella y sentirla respirar cuando dormía o se estiraba al llegar el día. Y esta realidad, sencilla y por eso sin ninguna importancia para los demás, para mí era como estar acurrucado en el calor mismo de la vida. Como si con esto tuviera lo suficiente y por eso el resto del mundo ni existía. Con la mata de hierba que me había regalado la niña pastora lo tenía todo. Me sentía el jardinero de la más bonita mata de hierba que existía en toda la sierra. Y me sentía bien porque estaba haciendo lo que agradaba y hacía feliz a la niña del valle.

Pero aquella noche, cuando por fin envolví mi cuerpo en el saco de dormir no me puede quedar dormido enseguida ni encontraba la razón para que así fuera. Durante mucho rato mi pensamiento hervía en la cabeza como si quisiera encontrar no sé qué extraña solución a no sé qué sentimiento embarazoso. Mi desvelo se parecía mucho al que tienen las personas cuando están enamoradas. Algo que no se sabe por qué pero que se origina en el alma como un ardor y logra que la persona ni pueda coger el sueño cuando por las noches se acuestan ni tampoco puedan dejar de pensar en infinitas situaciones y cosas relacionadas con el objeto amado. Esto mismo me sucedió a mí aquella noche y todo era no dejar de

pensar en mi mata de hierba. A ratos me decía: “Pero si la tengo aquí mismo y la quiero y hasta cuando la he visto esta tarde me ha sonreído como diciéndome que se alegra que haya venido y me preocupe por ella”.

Mas mis pensamientos no paraban de bullir y así fue como comencé a dar vueltas en el saco y en la noche mientras el tiempo corría. Llegué a pensar que un día la perdería sin saber por qué. Luego me dije que no sería por mi causa sino porque ella me rechazaría. Y esto me produjo un gran dolor, una enorme desazón y un estado de desesperanza que hasta me sentía morir. Tanto que en un momento dado sentí, cerca de mí y por entre el sigilo de la noche, una voz que me decía:

- ¿Tú sabes lo que hará un día contigo tu mata de hierba?
Y como movido por un resorte pregunté:
- ¿Qué hará?
Pero enseguida corregí la pregunta:
- ¿Quién eres tú que desde la noche me hablas?
- Soy el compañero de tu mata de hierba.
- ¿Qué compañero?
- El cardo azul que esta tarde has visto nacido junto a ella.
Y si más dije:
- A ti te arranco yo de ahí en cuento amanezca.
A lo que con voz tranquila respondió:
- Esa es la reacción que esperaba de ti y precisamente si te dejas llevar por ella será tu muerte y la de tu mata de hierba.
- ¿Por qué será mi muerte?

- Tú, jardinero de la mata de hierba más bonita que ha crecido y crece en estas sierras no debes comportarte del modo en que lo haría cualquier mortal.
- ¿Qué quieres decir?
- Pues que si aspiras a convertirte en el mejor de cuantos jardineros hubo bajo el sol precisamente debes dominar las pasiones humanas.

Y dije:
- Lo mío no es pasión descontrolada. Me acabas de anunciar que un día tendré problemas con mi mata de hierba y que la perderé para siempre.
- No es eso exactamente lo que te he dicho. Pero ya que te adelantas me lo pones en bandeja.
- No sigas porque en cuanto salga el sol me voy a levantar, te buscaré y con mis propias manos te arrancaré.
- Te repito que no podrás hacerlo porque además te vería tu mata de hierba y esta acción te desprestigiaría mucho ante ella.
- ¿Te vas a burlar de mí?
- Quiero decir que yo, el cardo azul que vive junto a tu mata de hierba nunca podrá ser arrancado por ti. Y ahora que lo sabes ¿me quieres escuchar?

- ¿Y qué es lo que tengo que oír?
- Te quiero decir algo para que no te ciegues con tu mata de hierba y en el futuro te lleves un desengaño tan grande que te mueras de pena. Ya estás muy viejo y no resistirás un desengaño como este ¿Me escuchas?
- Vale, te escucho.
- Con pocas palabras tengo suficiente.
- Di lo que quieras que estoy esperando.

Y entonces el cardo me dijo:
- La sonrisa que ves en tu mata de hierba y esa dulzura amable que refleja su cara no es sincera. Te va a querer sólo en la medida que te necesite. Quiere conseguir cosas y en algo le puedes ayudar y por eso te buscará y te pondrá buena cara pero no es sincera. No te querrá nunca sinceramente. En cuento se le presenta la oportunidad ya verás como descubres que no te ama.

Al oír estas palabras guardé silencio y me dije a mi mismo que mi mata de hierba no podía ser tan cruel. Y menos si ella descubría que yo se lo quería dar todo. Quise decir esto pero justo ahora oí una voz que decía:
- Tú no te preocupes que en lo que yo pueda te ayudaré para que los dos seáis felices. Resolveréis todos los problemas que se os presenten. No te preocupes.
Y pregunté:
- ¿Quién eres tú?
- Soy la hermana mayor de tu mata de hierba.
- ¿Cómo te llamas?
- No importa mi nombre pero no olvides lo que te he dicho. Vivo en estrecha armonía con tu mata de hierba y por eso la conozco bien. Me ofrezco para ayudarte en todo lo que sea necesario.

Recordé que justo al lado de arriba de donde tenía sus raíces mi mata de hierba crecía un buje. Una planta añosa que casi siempre se asocia a las violetas silvestres y son tan recias y potentes que ni los hielos ni las tormentas pueden con ellas. Tampoco yo podría arrancar esta planta porque forma parte del entorno

natural que rodea a mi mata de hierba. Así que sentí cierto alivio y ya me quedé dormido.

Era ya casi media noche y cuando ahora por fin cogía el sueño una pesadilla se apoderó de mí. Sueño que mi mata de hierba una mañana de agosto caluroso amaneció enferma. Con las hojas algo amarillas y sus tallos flácidos. Al verla enseguida quiero ponerme a su lado y prestarle todos los cuidados que necesite. No sabía qué pero quería estar allí para lo que me necesitara. Era como si ya hubiera pasado mucho tiempo desde el primer día. Y precisamente por esto mi cariño por ella había crecido. De tanto haberla cuidado a lo largo de casi veinte años. Ya sabía ella de mis comportamientos y sentimientos y del amor que en mi corazón existía. La había mimando hasta en los detalles más pequeños y por eso ya éramos mucho más que amigos.

Pues en mi sueño, al notar que estaba enferma me puse a su lado para lo que necesitara cuando oí una voz que decía:
- De parte de tu mata de hierba que no vayas a verla porque me ha dicho que no quiere recibir a nadie.
- ¿Quién eres tú?
Pregunté.
- Soy el cardo azul.
- Pero yo ¿cómo no voy a ponerme al lado de mi mate de hierba en un momento como este?
- Pues me ha dicho que la dejes en paz.
Y al oír esto me sentí morir. "¿Qué quiere, Dios mío?" Le pregunté. Pero Dios guardó silencio. El amor de mi corazón enfermo junto a la orilla del río y yo allí sin poderlo ver. Me sentía morir. Si era verdad que mi mata de hierba no quería recibirme en un momento

como este también podría ser que ella no aceptaba del todo mi amistad. Pero esto yo no podía creerlo.

Acudí a la hermana mayor de mi mata de hierba y le pregunté:
- ¿Qué le pasa?
- Es lo de siempre. Tú ya sabes que a ella se la está comiendo por dentro una rara enfermedad. Como si sus tripas se estuvieran pudriendo poco a poco y por eso hoy se ha levantado más débil.
- Pero yo quiero irme a su lado para verla y por si me necesita.
- Ya sabes que es así. Se lo diré y si me dice que sí ya te lo comunicaré.

Espero la respuesta junto a la corriente del río cuando al rato, oigo la voz de su hermana que desde el pedestal entre las rocas de las partes altas me dice:
- Me ha dicho que no quiere saber nada de ti.
- No es posible.
- Pues eso es lo que me ha dicho pero no te preocupes que yo la animaré.
- ¿Luego cuándo?
- Al caer la tarde.
- Si ahora mismo es medio día de aquí a la tarde y con el dolor que hay en mi alma me moriré.
Y ya no hubo respuestas.

Esperé que pasara el tiempo y que llegara la tarde. Mi dolor era terrible y a dos pasos de donde ella se acurrucaba en su dolor y la tierra que la alimentaba. El tiempo se me hacía insoportable hasta que en un momento dado me acordé del gran sueño que en los últimos años mi mata de hierba tenía en su corazón.

Un día había llegado por aquí una gaviota extraviada que venía desde el mar. Se paró justo al lado de mi mata de hierba y cuando ésta le preguntó la gaviota le habló del mar, sus playas de arena, sus olas blancas, su olor a algas y su brisa fresca. A mi mata de hierba le gustó mucho el mundo que la gaviota le descubría y sin saber por qué ella se sintió atraída por el mar que la gaviota le había descrito. Desde este día vivía como añorando el amor de su alma. Ir a conocer el mar y las maravillas que le habían contado del mar se convirtió en su gran sueño. Hasta que un día me dijo:
- Puede que allí me enamore de alguna tierra que sea distinta a esta y en ella me quede ya para la eternidad.
No le dije nada porque así era como yo trataba a mi mata de hierba. Pero cuando esta otra tarde de mi sueño supe que estaba enferma pensé que ella quería irse al mar que soñaba. Pensé esto y luego me dije que ya nada podía hacer en ningún sentido. Yo era su simple jardinero por propia voluntad mía y por eso su siervo y esclavo.

Pero de pronto, como una voz que me traía el aire, me saludó diciendo:
- Aquí estoy. Sólo tengo un poco de debilidad y nada más.
Era la voz de mi mata de hierba que desde la distancia me saludaba diciendo que nada pasaba y aquí se me acabó el sueño.

Amaneció por los campos de la alta montaña y al abrir mis ojos la luz del nuevo día casi me cegó. Sentí el canto de un pajarillo que allí mismo, en las ramas de los majuelos, se enfrentaba al nuevo día. Lo busqué con mis ojos y no lo vi. Pero seguí oyendo sus

trinos que eran alegres y parecía como si me quisiera decir algo. Por eso desde mi corazón le pregunté:
- ¿Vienes a traerme algún mensaje de parte de alguien?
Y me contestó diciendo:
- Eso es lo que traigo.
Miré pero seguía sin verlo.
- ¿Qué me tienes que decir?
- Que un día de estos tenemos que hablar de muchas cosas. Pero hoy, en cuanto el día termine de abrirse tenemos que ir junto a tu mata de hierba y charlar con ella.
- Eso es lo que estoy pensando.
- Pues hazlo que será bueno.
- ¿Y tú?
- Otro día hablamos.
Y ya dejé de oírlo.

Me salí de mi saco de dormir, saludé al nuevo día, bajé hasta la corriente del río, bebí, me lavé y me fui a donde mi mata de hierba. La saludé diciendo:
- Buenos días Violeta.
Y ella me respondió:
- Buenos días jardinero.
Le dije:
- Todavía no he hecho muchas cosas por ti y me gustaría mucho.
- Tú no te preocupes que yo estoy bien.
- Pues si no hago algo por ti no tendré alegría en mi alma.
- Ya haces mucho sólo venirte a mi lado y estar.
- Siento que esto es nada.
- Me siento bien.

- Pero quisiera cavar la tierra alrededor de tus tallos, quisiera regarte con las aguas de este diamantino río, quisiera quitarte el pasto que se enreda en tus hojas, quisiera apartar las zarzas que por arriba te van cubriendo, quisiera limpiarte de los tallos secos, acariciar tus hojas y oler tus flores. Todo esto quisiera hacer por ti y más cosa que tú necesitas.

- Tú no te preocupes que estoy bien. Cuando necesite algo de lo que me has dicho te lo pediré.

- No quiero pecar de pesado pero te repito que apenas me siento útil.

- Lo eres más de lo que crees. No olvides que soy una mata de hierba silvestre y así es como me tienes que dejar. Como mi propia identidad. Yo quiero por mí misma alcanzar la belleza y libertad que sueño y apetezco. Por mí misma ¿sabes? Porque así es como me sentiré bien.

- Lo entiendo pero algo podría ayudarte yo.

- Puede que tengas razón mas déjame que la necesidad me empuje a pedírtelo.

En estos momentos aquella mañana no hablamos más. Allí me quedé junto a mi mata de hierba sintiéndome bien. Feliz como la persona más feliz del mundo y con todo colmado. Me senté en la torrentera del talud frente a las aguas del diamantino río de la niña pastora. Alcé mis ojos y observé su blanca casa al otro lado del río. Sobre las rocas y arropadas por las ramas de las nogueras. Deseé verla salir y deseé encontrarla por la senda que sube a la tiná de las ovejas. Deseé esto y como me sentí dichoso elaboré un discurso para decírselo a mi mata de hierba. Más o menos pensé lo siguiente:

“Como ahora soy tu amigo y ya mi corazón te pertenece me voy a sincerar. Quiero que sepas que bueno no soy, porque aunque en mi corazón amo a Dios sobre todas las cosas, los hombres me han rechazado y juzgado. No he sido capaz de cumplir las reglas tal como ellos las tienen escritas ni tampoco he sido capaz de hacer las cosas tal como ellos las hicieron siempre. Bueno no soy según las personas y la sociedad donde vivo pero amo a Dios y por eso me gustan los bosques de estas montañas, la clara corriente de este río, el balido de las ovejas, la nieve sobre las cumbres, los días nublados y la lluvia cayendo desde las nubes. Me gustan las praderas repletas de hierba, los manzanos florecidos y los cerezos repletos de frutos rojos. Me gusta el silencio de estos campos, las fuentes que manan bajo las peñas, las sendicas que trazan las ovejas cuando van a las llanuras de las cumbres, los rosales silvestres cuando florecen y cuando luego en otoño tienen sus semillas rojas y me gustan los pastores que viven junto a un río diamantino como este. Me gustan las palabras sencillas que dicen y los comportamientos humanos que tienen para con los que a ellos se acercan. Me gusta la soledad de estas cumbres, los juegos de la niña pastora que vive en la casa de las rocas y es tu amiga y hablar de Dios con estas personas tan buenas.

Bueno no soy, ya te lo he dicho, porque cada mañana cuando me levanto y cada noche cuando me acuesto hasta llego a pensar que ni siquiera Dios me quiere. Dios no me quiere porque no fui yo bueno con él por eso el día que muera no me salvará. No hice en esta tierra las cosas buenas que los demás sí y por eso Dios no podrá salvarme. Me condenará, seguro y

esto me atormenta. No he sido ni soy bueno y Dios me lo tendrá en cuenta. Sin embargo yo, a mi manera, lo amo y creo en él.

Tampoco soy rico. No soy rico porque en esta vida no tengo riqueza ninguna. Solo algunos dineros, muy escasos, que me dan como premio para mis gastillos. No tengo ni coche ni dinero en el banco ni casa ni familia ni nada parecido. No me parezco en nada a los demás humanos de esta tierra y fíjate qué viejo soy ya. Y por no tener ni siquiera tengo títulos ni cualidades para nada. Ni siquiera tengo don de palabras como otros ni soy guapo ni alto ni con fuerzas en mis brazos. Casi no soy nada en este mundo y por eso cuando encontré tu calor, en este recogido valle del río diamantino, me quedé aquí para acabar mis días. Ya no puedo ir a ninguna parte ni buscar amigos en ningún lugar. Aquí, contigo, los pastores de estas montañas y la amistad de la niña pastora, tengo todo lo que tengo bajo el sol. Por eso te decía que ni soy bueno ni tengo dinero ni cultura ni nada. Si tú lo quieres y lo quiere la niña pastora para vosotros y los pastores de estas montañas todo mi corazón, toda mi alma y todo lo que siento y amo. Otra cosa no puedo daros pero mi sincero cariño, el cariño que nunca di a nadie porque nunca tuve nadie ni nada a quién amar, para vosotros y sin reservas. A vuestro lado y en vuestro regazo quiero acabar mis días".

Esto más o menos pensé decir a mi mata de hierba para así abrirle de par en par mi corazón y alma y ganarme de una vez para siempre su confianza y amistad. Pero aquella misma tarde no me atreví a decir ni una sola palabra de lo que arriba he dejado escrito. Pensé que se presentaría un momento mejor

en otra ocasión y, a ser posible, con la pastora y los pastores presentes. Para ellos también estaban pensadas las palabras que necesitaba pronunciar. Y hasta llegué a pensar que la niña me preguntaba:
- Cuando por fin mueras un día ¿dónde quieres que te entierren?
Al oír la madre que estaba al lado dijo:
- ¿Por qué haces esta preguntas?
Y enseguida me di cuenta que intentaba apartar del tema de la muerte. Por eso dije:
- No me molestan que me hablen de la muerte. Tengo asumido que ocurrirá algún día lo mismo que ocurre el nacer. Muchos dicen que las dos cosas más seguras y ciertas del ser humano son: que ha nacido y el que tiene que morir. Todo el que ha nacido tiene que morir. De todos los que por ahí respiramos ahora seguro que el primero en morir seré yo.
Volvió a preguntar la niña:
- Pues cuando mueras ¿dónde quieres que te entierren?
- No quiero que me entierren. Quiero que me quemen y esparzan mis cenizas al viento desde las cumbres de estas montañas. A ser posible desde las cumbres de la montaña que precede a este valle tuyo. Esto es como mi testamento, mi última palabra.

Terminó de abrirse el día de aquel mes de agosto y como me sentía bien y era feliz me fui con los pastores por las montañas tras sus ovejas. Con ellos estuve horas y horas y cuando caía la tarde regresé. Me ofrecieron, como tantas veces, su casa y su comida pero les dije que no porque me sentía bien al lado de mi mata de hierba, regalo de la niña más buena del mundo. En mi saco me acurruqué y aquella noche dormí de un tirón toda la noche. Ni siquiera oí el

canto del cárabo ni los graznidos de los mochuelos. Me sentía feliz porque estaba cumpliendo fielmente el encargo que un día me había confiado la niña del valle. La estaba complaciendo y esto era lo que de verdad me importaba.

En cuanto amaneció me desperté y di comienzo a mi rato de oración de todos los días. Quería y debía agradecer a Dios muchas cosas. Así que sintiendo la belleza de los campos que me rodeaban y fascinado por el bonito amanecer que venía levantándose desde los lejanos horizontes, me puse a orar para agradecer sinceramente.

Luego me levanté y me fui al lado de mi mata de hierba. La saludé como todos los días y me puse a compartir con ella mis sentimientos. Le dije:

- Con los ojos del alma una vez y otra veo y gozo la inmensa red de acequias, arroyuelos y ríos que surcan todas las laderas y valles de la sierra. Y veo que mi cuerpo es semejante a esta sierra también alimentado y bañado por aguas limpias como diamantes. Con los ojos de mi alma me recreo en los paisajes hermosos que van dibujando estas acequias tanto en la sierra como en la totalidad de mi cuerpo y me siento feliz. Es como si un gran riego de diamantes líquidos me empapara y empapara a la sierra que amo para que nada se marchite ni pierda la frescura de su vida. Un gran gozo y una dulce sensación de luz y transparencia tengo ahora mismo en las fibras del espíritu. ¿Tú sabes explicarme esto?

Violeta guardó silencio y al rato me dijo:

- A pesar de todo y lo que crees la luz de los diamantes más finos te empapa y empapa a tu sierra. Ello viene a decirte que ni estás podrido por dentro ni

estás seco de vida sino todo lo contrario: estás atravesado de infinitos canales repletos de purísima savia. Lo más transparente de Universo te pertenece, te riega, te surte de vida igual que los mil arroyos y acequias que atraviesan las sierras que amas. No eres miseria sino belleza inmaculada empapada de Dios aunque tantas veces, tantos y tanto te hagan sentir lo contrario.

Le dije:

- Pero aun así en el alma hay un fino dolor.

- Sé qué es ese dolor: No está lo que de verdad amas y necesitas y por eso no puedes compartir la visión y la sensación con que te regala el cielo. No está aunque su centro sean las montañas, el valle y el río de tu corazón y por eso no puedes compartir este fino y dulce gozo tuyo. Ni siquiera sabes si lo entenderías pero la posibilidad de compartirlo te haría muy dichoso. Con nadie más en este mundo te apetece compartirlo porque crees que transparencia y savia de vida tan delicadas no se pueden compartir sino con aquello que es de la misma naturaleza. Con aquello que se asemeja y por eso comprende bien la transparencia de las aguas que va por las acequias y los arroyos tanto de la sierra como del cuerpo. No está y al no poder compartir este diamantino gozo tuyo en el alma hay un fino dolor. Una fina sombra de tristeza y melancolía por su ausencia. Los ojos del alma han visto y ven el fino paisaje de acequias y arroyos repletos y repletos de aguas purísimas que riegan las tierras de sus montañas y las carnes de tu cuerpo pero la dicha no es completa porque falta en este divino y dulce espectáculo.

Y pregunté a mi mata de hierba:

- ¿Por qué falta si el Universo entero quiere que esté?

No me respondió.

Y estando en este momento de recogimiento, desde el lado de la mata de hierba, oí la misma voz que otras veces.
- Te doy los buenos días por cortesía pero cuando sepas lo que ha sucedido para ti no será buen día el de hoy ni el de mañana ni el de pasado.
Pregunté:
- Eres el cardo azul que crece junto a mi mata de hierba. Te conozco por el tono de tu voz y por los mensajes trágicos que siempre quieres transmitirme.
Y seguí diciendo:
- Has visto mi felicidad y como no te caí bien desde el primer día a todas horas busca la manera de hacerme daño. No sabes qué decir para fastidiarme. Lo sé bien.
- Soy quien dices pero no te pases de listo. Hoy sí tendrás motivos para ponerte triste. En cuento sepas la noticias hasta llorarás como lloran los niños pequeños.
Y ya algo preocupado pregunté:
- ¿Qué noticias es?
- Tu mata de hierba ya no está.
- ¿Cómo que no está?
- Ni ella ni la niña pastora que te la regaló.
- Ya te dije que te conozco.
- Si no quieres creerme no me creas. Peor para ti. Deja el rincón de tu paz y gozo y ven a verlo. Descubrirá como es verdad que tu mata de hierba ha desaparecido.
- Lo veré ahora después pero mientras dime ¿quién se ha llevado a mi mata de hierba y a la niña pastora?
- El hada de las montañas que tanto amas.

Y estuve a punto de reírme. Yo nunca he creído en las hadas de las montañas y menos que ellas anden por las noches robando matas de hierba de los prados junto a los ríos y niñas pastoras que viven con sus padres. Estuve a punto de reírme porque para mí pensé: “La niña pastora ¿a dónde va a irse y por qué se iba a llevar con ella la mata de hierba que me regaló aquel día? Las dos son de este valle y las dos llevan en sus venas el viento de estas montañas y la luz de los amaneceres. ¿A dónde va a irse?” Pero de repente sentí miedo. Por el corazón me corrió como un temblor y sentí miedo. Dejé mi oración, me levanté y a toda prisa me acerqué al talud de mi mata de hierba. Asombrado descubrí que no estaba.

La tierra donde había tenido hincadas sus raíces se veía removida y la mata de hierba, la preciosa y siempre verde Violeta adorata de las altas montañas no estaba en su lugar de siempre. El miedo que momentos antes había sentido se me convirtió en tristeza y enseguida en ansias de muerte. Miré al cardo azul y él sí que estaba. En su mismo sitio y más resplandeciente que nunca. Se me cayeron dos lágrimas y entonces oí una risa. Vi que era el cardo azul. Se reía de mi desgracia y por eso, sin rencor pero con rabia le pregunté:
- ¿Sabes quién se la ha llevado?
- No se la ha llevado nadie. Ellas dos se han ido por su propia voluntad.
- ¿A dónde se han ido?
- Al mar. A la playa de arena fina por donde los pinares y las olas azules.
- ¿Cómo ha podido ser y sin que me lo hayan dicho?
- Ya te lo advertí. Tú las amas sinceramente pero ellas a ti no. Tú las amas sinceramente porque las

necesitas. Estás solo en tu vida y nada tienes bajo el sol. Necesitas del calor y cariño de las criaturas bellas y jóvenes para no morirte de soledad y pena pero ellas no te necesitan a ti. Son jóvenes y tienen toda la vida por delante. ¿Para qué iban a necesitar de la amistad de un viejo achacoso y pobre como tú?
Dos lágrimas más rodaron por mi mejilla y estuve a punto de pisar el cardo azul por lo cruel que era conmigo. Estuve a punto de herirlo y dejarlo sin vida para siempre pero me contuve.

Pregunté de nuevo:
- ¿Qué les hice yo para que si decirme una palabra se hayan ido? ¿Por qué no me lo dijeron y fueron sinceras conmigo como yo sí lo fui siempre?
- Te sientes engañado. Te han traicionado. Mientras te necesitaron se portaron bien contigo porque les ayudaba en aquello que necesitaban pero en cuento han conseguido fuerza suficiente y saber para valerse por sí mismas, se han retirado de ti y se han ido diciendo: “si te he visto no me acuerdo”.
- Eso no es cierto. En ellas debe haber una razón muy poderosa que no se atreven a comentarla. No pueden retirarme su amistad así y de la noche a la mañana.
- Di lo que quieras pero los hechos dan la razón. A la vista está. ¿Quieres saber cómo han sido las cosas?
- Me da igual pero aunque no me consuele dime cómo han sido las cosas.

- ¿Te acuerdas de la gaviota que un día apareció por aquí?
- Me acuerdo.
- Desde entonces la niña pastora y la mata de hierba han vivido con el sueño en su corazón de irse al mar. Lo del hada de los bosques es cierto. Esta noche

pasada la niña vino por aquí y como la mata de hierba es suya le dijo:
- ¿Te vienes conmigo al mar?
Le contestó la violeta:
- Me voy.
- No le vamos a decir nada al “viejo”, sabes. Es un solitario que ahora se ha encariñado con nosotras y por eso nos lo tenemos que quietar de encima. No vamos a estar toda la vida con ese pesado controlando nuestras palabras, planes y demás asuntos. Al viejo no le vamos a decir nada. Déjalo que se muera en su sueño y con sus achaques mientras nosotros somos libres y nos lanzamos a la vida. ¿Te parece bien?
Y la violeta dijo:
- Lo que tú digas me parece bien. Tengo muchas ganas de ver el mar. Desde que me hablara de él la gaviota no he dejado de pensar en el mar. Vayámoslos esta noche misma sin decirle nada al viejo a ver si así se cansa y desaparece de este valle para siempre y de nuestras vidas. Opino lo que tú.

- Y la niña pastora que tanto te fascinó el primer día que la viste se acercó a la mata de hierba, la arrancó y se la llevó con ella. Ahora ya ninguna de las dos están en este valle ni en estas montañas. En estos mismos momentos van camino de la playa que tanto sueñan. Te han burlado y engañado y te han dejado más solo que la una.
Pregunté:
- ¿Sabes a que parte del mar se han ido?
- Sí que lo sé y te lo puedo decir. No conseguirás nada pero si estás tan loco como para seguirlas y buscarlas allá tú.

Me dijo el nombre de la capital, del pueblo y de la playa y luego me dijo la carretera que tenía que tomar y el lugar exacto donde podría encontrarlas. Y ya no aguardé más. Allí mismo dejé mi saco de dormir, no me despedí de los pastores y por los caminos de tierra y polvo de las altas montañas que tanto amo me fui corriendo. Con el corazón ensangrentado, los ojos llenos de lágrimas y el alma rota. Mientras caminaba sin saber ni siquiera en qué rumbo rezaba al cielo pero tan extraño y duro había sido para mí el trago que ni siquiera tenía esperanza que el cielo pudiera ayudarme lo más mínimo.

Muchos días tardé en llegar a la casa donde ahora me has visto y estoy por donde ya sabes como yo que sí he encontrado rastros de lo que tan vitalmente busco.

Guardo silencio porque ya creo que con este relato he concluido la historia esencial de la mata de hierba que ahora busco y espero. Espero que el pájaro de la tarde me pregunte algo. Que me dé su opinión de unas cosas y otras, que me descubra algún rayo de luz para alimentar mis esperanzas pero el pájaro no me pregunta nada. Deja que el silencio me dé su beso con la fuerza de la misma muerte y deja que mi corazón encuentre algún camino. Quizá él sepa como tantos otros bajo el sol que guardar silencio sobre ciertas cosas es lo mejor aunque no lo sea. Guardar silencio y dejar que el tiempo pase y se coma el fuego de la sangre y el ardor del corazón es lo mejor para la solución de ciertas cosas que no tienen respuestas en el mundo de los humanos. Es lo mejor aunque no lo sea y es la única respuesta. La más dolorosa pero la que de verdad está en las manos de Dios.

La noche se fue terminando. La extraña y desconsoladora noche de la vigilia y la espera se fue terminando. Por el horizonte y lado de las altas montañas que tan lejos ahora tenía y tanto amaba comenzaba a levantarse el nuevo día. ¡Qué día más anormal, misterioso y de luz desenfocada! Ya ni siquiera tenía lágrimas en mis ojos. Ni siquiera tenía fuerzas para sentir más dolor ni tampoco paz en el alma ni claridad en la mente. Me aparte de la ventana dejé caer mi cuerpo sobre la pequeña y fría cama de la habitación. No tardé ni un minuto en quedarme dormido. El tiempo siguió rodando y las horas pasando. El mundo de los humanos siguió su ritmo ajeno al dolor del pobre viejo y ni siquiera el mar dejó de bramar al romper sus olas en las rocas de los acantilados. Las gaviotas siguieron trazando sus vuelos y por entre los pinos las chicharras siguieron con su monótono y gris chirriar.

Cuando desperté casi se ponía el sol por la raya del horizonte sobre las aguas del mar. Busqué unas hojas de cuadernos, tomé un bolígrafo y escribí los siguientes poemas:

1- Recuerdos de ti
tengo por muchos sitios de la tierra,
pero entre tantos
unos de gran belleza
por los rincones alejados
de arena.

En sueño te vi
por donde la playa aquella

tomando el sol junto a la tarde,
muda, quieta,
besando las olas rizadas,
la brisa vieja,
con los amigos que por ahí tienes
muchos y en la sincera
limpieza de tu alma
y luego paseando
y en la distancia inmensa
hablando con el teléfono
tras las fronteras.

¿Recuerdos de ti?
Ya sobre la arena
tengo sueños
en tus huellas
y el aroma precioso
de la fina hierba.

2- Surcando el camino
arropado de adelfas
y por entre pinos
bajas y te quedas
en espacios fríos
de playa y arena.
Ahí tengo claros y fijos
cuadros de tu imagen
en momentos divinos.

Desde la ventana
que da al infinito
se te veía bajar
como en un sueño chiquito
que buscara encontrar
bajo el sol, su sitio.

Cayendo la tarde
se te veía subir
como en sueño metido
muda, sola y luz,
pero sol y brillo.

No lo sabías,
pero mudo y recogido
rezaba en soledad
al Dios de los cielos
por ti y dolorido.

3- Pero tengo que decirte
que en aquel alejado
rincón de la tierra
hoy por ti pisado
oí que decían:
- Iré al amado
espacio de la sierra
sin que un sólo día contado
se quede vacío.

Y no fueron exactos,
porque pasaban los días
y quedaba de lado,
los sueños rotos
y a Dios olvidado.
¿Qué pasó, alma buena
o por qué extraño
sentimiento o deseo
de oculto rechazo
se quedó solo en palabras
aquel intencionado
y bonito proyecto?

Sabes que lloré
a solas en mi cuarto
rezándole a Dios
por ti
y la en eternidad

4- Y dentro de aquel sueño
que vestido de blanco
parecía no ser de la tierra
aunque estaba mezclado
con polvo y arena,
al canto del cárabo
en las noches de estrellas
y el aire calmado
te sentía respirar
a tres simples pasos.

Volaba mi sueño
por el mismo espacio
mientras corría la noche
y del mar encrespado
subían aromas de algas
todo empapado
de ti, Dios y cierta melancolía
que besaba quemando
siempre contigo presente
en el silencio quebrado
de la noche, la luna y el mar
y tú a dos pasos.

¡Qué sueño más bello
para el que anda buscando
horizontes azules
que dan abrazos
que nunca encontró por la tierra

ni en los hermanos!

6- Pero tengo que decir
que ya fue belleza
exquisita y rotunda
que estuvieras
por el rincón de la playa
y que pudiera
verte tras el viento
que llevaba tu esencia.

Para el pobre mortal
que siempre renquea
y anda sin casa
con su manta vieja,
fue más que suerte
que verte pudiera
ir y venir
dejando esencias
de Dios, sin dudar
en la tarde serena
y el alma desconsolada
en la tarde y la tierra?

del poeta en su pena.

5- ¿Y por qué no decirlo
alma bella?
En ese mundo soñado
de playas y arena,
caminos entre pinos
y arropado de adelfas
aunque estabas no estabas
tal como la esencia
aunque sí la brisa

y la hierba gritando
en la tarde quieta.
¿Qué pasó, Dios del cielo
para que sin morir muriera
el bonito sueño
del poeta?

Y otra vez en la tierra
se abrían los caminos
en la tarde quieta
ansiosos y sedientos
buscando praderas
donde encontrar el arroyo transparente
y la fresca hierba
que da vida y consuelo
al alma que vuela.

¿Qué pasó, Dios del cielo
y por qué en pavesa
quedaron los sueños
por la playa de arena
y la hermosa entre flores
se hizo hiedra
de rocío inmortal

Estos poemas escribí como en un intento de encontrar algún consuelo y dejar recogido para siempre mi dolor y los latidos del corazón aunque fueran en sueños. Luego me asomé a la ventana y miré sin buscar nada concreto. Miré para el lado norte que era por donde me quedaban las montañas amadas y ahora tan lejanas. Las sentí casi perdidas para siempre. Me concentré y vi el valle surcado por el río diamantino, los álamos temblando al sol de la

tarde, las laderas repletas de pinos, la corriente del río, las espesas ramas de las nogueras, las mil veredas que trazan las ovejas al ir de un lado para otro y así cada detalle, cada rincón, cada brizna de hierba, cada nube, cada trozo de cielo azul y cada ráfaga de viento. El pequeño pero hermoso valle del río diamantino que tan hondamente tengo en mi corazón y la sangre de mi ser lo siento lejos, casi perdido en el confín del mundo y alejado de mí para siempre.

Seguí mirando por el hueco de la ventana y más cerca vi todo un mundo frío y desconocido para mí. Un mundo que no me decía nada. Que me era extraño porque en él no tenía nada más que dolor y soledad. Como un preso encerrado en la cárcel que no ha elegido y por eso sin gusto por las cosas que le rodean. A dos pasos de la ventana los pinos, las palmeras, el césped del jardín, algunos rosales florecidos, las ramas de algunos cedros meciéndose levemente, el desteñido cielo y por eso sin color azul ni gris ni nada. El chirriar de las monótonas chicharras y todo los demás monotonía teñida de una desconsoladora tristeza. Dejé libre a mi pensamiento y todo era ir siempre a lo mismo. Al mismo centro donde ciertamente estaba la única luz que podía iluminar y dar la fuerza para volver a sentir la vida.